

BREVIRUS

Antología de minificciones

Brevilla, revista digital de minificción.

Santiago de Chile, junio de 2020.

© **BREVIRUS**, antología digital de la Revista *Brevilla*.

Título de la antología: Brian Elphick Kriz.

© De los textos/ilustraciones, sus autores/as.

© Dibujo de portada: Sergio Astorga.

Editora General: Lilian Elphick Latorre. Colaboradores: Camilo Montecinos y Lluís Talavera.

Comité Editorial: Lilian Elphick L. y Camilo Montecinos (Chile), Patricia Nasello (Argentina), Sergio Astorga (Portugal/México).

Compiladores/as y editores/as: Alejandro Bentivoglio (Argentina), Eliana Soza (Bolivia), José Manuel Ortiz S. (México), Geraudí González (Venezuela), Geraudí González, Guillermo Bustamante y Cristián Garzón (Colombia), Sergio Astorga (Portugal y Brasil), Jorge Etcheverry (Canadá, EEUU), Alberto Sánchez Argüello (Nicaragua), Lilian Elphick (Chile/otros países), Lluís Talavera (España), Rony Vázquez (Perú).



This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial 4.0 International License.

La publicación de esta antología digital no tiene ánimo de lucro.





© *Brevilla* es una idea original de Lilian Elphick y su nombre proviene de Godzilla, antiguo monstruo japonés. La ilustración «Brevilla y Brevillito» es de Sergio Astorga, artista y escritor mexicano radicado en Porto, Portugal.

Todos hemos nacido en Lisboa, pero nunca hemos regresado desde nuestro exilio como Ulises en su largo camino hacia Ítaca.

«Lisboa», Pedro Guillermo Jara



A la memoria de Pedro Guillermo Jara



ARGENTINA

Compilador: Alejandro Bentivoglio



Mariángeles Abelli Bonardi

Cuarentena obligatoria

Acuartela sus miedos, atrinchera inseguridades, invita a la soledad y cierra la puerta al virus rey que, breve como un estornudo, viene desde China.

Plantas, limpieza, cocina, gimnasia: sanitiza sus pensamientos todos los días. *Mil novecientos ochenta y cuatro*, *Un mundo feliz*, y *El país de las últimas cosas* pasan a ser lecturas de cabecera. «¿Cuál es el rostro de Su Infecta Majestad?», escribe en su Diario de Confinamiento, y cuenta sus hallazgos al fiel amigo, ese perro que ya no tiene.

Plegando figuras de origami, repliega la incertidumbre. El tiempo de sobra es ahora el que requiere el armado de la esfera *kusudama*: una esfera, sesenta pétalos; cinco para cada una de las doce flores. Flores fruto de la paciencia que, por una hora al menos, mantienen la cordura...

Se desnuda, baña, piensa... hace una lista mental: ¿A quién ha perdonado? ¿A quién pedirá perdón? Cierra la canilla, se envuelve en la toalla, recrea el tacto de abrazos virtuales... ¿Cuánto tiempo pasará -se pregunta- hasta que pueda besar otra vez? «En el país de las últimas cosas, ése donde vives, mil novecientos ochenta y cuatro días... si tienes suerte», contesta su mente, desde el 'mundo feliz' de su propio encierro...



Beatriz Aloe

La puta madre (con perdón)

Si se caía un cuchillo en el campo decían que iba a llegar un hombre y si se caía una cuchara, que iba a llegar una mujer. Desde que empezó la cuarentena se me cae reiteradamente una cuchara, a veces la de madera mientras estoy revolviendo el risotto, a veces la de té cuando llevo la bandeja del desayuno y a veces la de sopa, aunque ésta menos porque los días siguen cálidos y el cuerpo no pide sopa. Así que me pongo a pensar quién podría estar anunciándose con tanta insistencia. Al principio me divertí dejándome llevar por pensamientos mágicos: quién podría ser esa mujer que era a la vez alta y baja, gorda y flaca y que llegaría sin que la llamasen. Me acordé (con recuerdos de mujer culta) que durante la peste que asolaba a Tebas la esfinge le planteó a los hombres sabios (la mujeres todavía no tenían alma) cuál era el ser viviente que primero se apoyaba en cuatro patas, luego en dos y finalmente en tres. Muchos intentaron resolver el enigma pero sólo Edipo lo logró. El hombre, dijo, porque primero gatea, luego camina sobre sus dos pies y finalmente se apoya en un bastón. El premio que recibió fue casarse con la reina, quien por esas cretinadas del destino resultó ser su madre. Comparado con éste mi enigma parecía moco de pavo. Sin embargo no conseguía resolverlo. Hasta que escuchando recitar en *Youtube* una poesía de Cesare Pavese, un verso me dio la respuesta: *Vendrá la muerte y tendrá tus ojos.*

La puta madre que te re mil parió.



Gladys Elizabeth Alonso

Haikús

Obra el encierro
un despojar el tiempo
de prisas vanas.

*

En cuarentena
somos todos iguales
de frágiles.

*

Por mi ventana
en el confinamiento
pasa la vida.

*

Tras la pandemia
un mundo más consciente
va a amanecer.



Esther Andradi

De levante

viajando se conoce gente

Ana María Shua

A mí sí que me tocó lucharla para sobrevivir. Mis antepasados se hacinaban en pangolines, compartíamos covachas con esos bichos amenazados de extinción, mientras los más jóvenes, en secreto, soñábamos con llegar a Europa y conquistar el mundo. *Saudades* de viajar en *jet* y hartos de matar el tiempo en ese confinamiento siempre con los mismos muchachos y chicas de la fauna, y ni te digo ¡hasta de la flora!

Un golpe de suerte me liberó: el navajazo de un cocinero rompió el hechizo y ahora navego en crucero por donde se me da la gana, *veni vidi vice*, hasta latín aprenderé.

Por lo pronto hice buen pie en Italia. El futuro es promisorio.

Pero nadie me había dicho que los humanos era tan tímidos, pasan mucho tiempo encerrados detrás de las puertas.... Igual: ni punto de comparación con lo que vivieron mis abuelos. La libertad es un bien que no cambio por ningún otro.

Aunque me pase horas pegado a este farol de la esquina esperando que alguien me levante.



Débora Benacot

Carozos de cartón

Se cansaron de llamarnos ‘exagerados’, pero supongo que a esta altura ya se habrán arrepentido de no haber tomado las cosas seriamente cuando estaban a tiempo. No sabría decir qué pasa afuera porque tapié las ventanas desde el principio. Hasta hace poco, alcanzaba a escuchar el sonido de algunos vehículos, pero con los días eso también fue apagándose. Ya no transmiten nada en la tv ni la radio, y los celulares y la Internet dejaron de funcionar. Tengo una biblioteca que me ha ayudado a pasar el rato, no puedo quejarme. Los días en que me abraza la angustia me encierro en el cuarto de los papeles higiénicos y me siento a salvo de nuevo. Vieran qué bien he dispuesto los paquetes, cubriendo las paredes hasta el techo. También es un lugar ideal para rebotar a gusto cuando hay que descargar energías estancadas. Sin embargo, reconozco haber fallado en el cálculo de otras necesidades. Me quedé sin comida. Pero no voy a claudicar a estas alturas, no lograrán quebrarme. Algún nutriente podré sacar de las fibras del papel, pienso con ilusión, mientras mastico la fina pulpa.

«Esto pasará», me dices. En vano intento adivinar si tus ojos también mienten.



Ilustración: Débora Benacot



Alejandro Bentivoglio

In Utero

Una conciencia, una cadena, una condena. Palabras como subterfugio, palabras como un juego tonto. Los ojos no sospechan la oscuridad, la hacen suya como un corazón negro al que le gusta palpar. Se presiente la salida, pero ¿podría llamársela libertad?

El villano

Corre estornudando a todo el mundo, escupe desde los techos. Babea sobre todas las superficies. La policía intenta detenerlo, su crueldad es inimaginable. Ni siquiera está infectado por virus alguno, sólo es el peor de los villanos: uno muy estúpido.



Sandra Bianchi

Tres haikus de pandemia

Solo barbijos.
Un desfile en las calles
de ojos tristes.

*

Solo barbijos
en un día de compras,
como si nada.

*

Solo barbijos
tomando distancia
del otro, de sí.



Matías Ezequiel Bonfiglio

Una misma sólo cosa

En medio de la calle silenciosa, sobre el asfalto, millones de enemigos yacen.
El amor se expresa a la distancia, y millones de enemigos agonizan.
La guerra se hace éxodo, y millones de enemigos mueren.
Así, en estos días, la distancia, el amor y la guerra son una misma sólo cosa.



Mónica Brasca

Alerta global

Todos los días, a las cinco de la mañana, en distintos puntos del planeta se suceden catástrofes inevitables con un único epicentro: mi cabeza.



Ricardo Bugarín

El huracán lleva tu nombre

«El amor y la tos no se pueden ocultar»
Roberto Bolaño, *Los detectives salvajes*

Nos cruzamos y comprendimos, por esas cosas que un cerebro no puede llegar a interpretar, que éramos dos en búsqueda de un único camino. La marcha se nos hizo carne, sudor, lágrima y esperanza. Sin revés, sin dobleces o apariencias, caminar a la par, siendo UNO, fue una constante. Las jornadas fueron épicas, gloriosas y salvajemente gozadas. Alcanzamos la cúspide que solamente los elegidos pueden entrever. El zenit fue nuestro paraíso aglutinado de inigualadas experiencias y, a pesar de la privacidad, decidimos denominar a nuestra exacerbada intimidad con el nombre de Pandemia. Y fue nuestro huracán con nombre propio. Solía decirle: «el huracán lleva tu nombre». Y reíamos en la complicidad de quien sabe que nadie puede descifrar mensajes ajenos. Y el huracán fue huracanado. La voracidad fue su última característica. Su voracidad fue voraz, avasallante y emocionalmente disruptiva. Y decidimos (sobre nuestras propias ansiedades) tomar al huracán de las solapas, llevarlo hacia un rincón y ponerlo en cuarentena. Contener esa Pandemia es nuestro actual y preciso intento.



Marylena Cambarieri

A poco elipsis

El último hombre que habitó en la tierra durante el siglo XXI creyó estar a salvo. Ya nadie podía contagiarse el pánico. Todos habían muerto: de miedo, la mayoría; de hambre, mucha gente en tantos países; por violencia, otros tantos. De una gripe nueva, muchos que se habían contagiado de otros que estaban resfriados muy enfermos sin respiración paranoicos o habían viajado o habían estado con los que habían estado con los que creían haberse enfermado o se habían enfermado.

Gritó. El grito no atravesó la garganta. Nadie lo escuchó. Murió de soledad. O no.

Una parte de la historia quedó sin escribir.
Empezaban a proliferar las páginas en blanco.



Jesica Sabrina Canto

Día 7

Despertó de la siesta por la tarde, aún el sol no se ocultaba, pero había pasado ya la intensidad del mediodía. El ambiente estaba cargado por una sensación de temor, el silencio reinante parecía una sentencia. Creo que fue en ese momento cuando comenzó a entender en dónde estaba metida y lo que le esperaba. El silencio fue una constante con el paso de las horas. La ausencia de ruidos de golpes y gritos de forma tan repentina la hizo pensar en su situación de manera racional por primera vez en esos días. Vamos, que empezó a usar la cabeza, que hasta entonces tenía de adorno. Las preguntas sin respuestas se le agolpaban en la mente. En ese silencio frío y por completo vacío, la escuché considerar sus opciones.

(Fragmento de la novela *La chica de los libros*)



Nélida Cañas

Subterfugios para darle cuerda a un mundo nuevo

Alguien ha escrito por aquí: ¡Qué ganas de perderme en un cuento! Enseguida he pensado lo bueno que estaría, en estos tiempos de incertidumbre perdernos en un cuento. A cada quien el suyo, me dije. Y recordé aquella historia de las doce princesitas que por las noches se ponían sus zapatillas de baile. El rey las dejaba encerradas noche a noche, pero por las mañanas aparecían las zapatillas gastadas de tanto danzar. Aquello era un misterio. Y como todo misterio había que descubrirlo (aunque todos sabemos que hay misterios cuya mayor virtud es que permanezcan como tales, puros y simples). La cuestión es que el rey ofreció a quien lo descubriera la mano de una de sus hijas y la herencia del trono. Y al que no, lo esperaba la muerte. Demás está decirles que muchos corrieron esa suerte. Y el misterio seguía sin ser develado.

Un día (porque siempre llega el día en los cuentos) un soldado herido se encontró con una anciana que le reveló los subterfugios de las niñas para no ser descubiertas y le regaló una capa que lo haría invisible. Y allá fue el soldado dispuesto a descubrir el secreto de las princesas danzarinas. Así fue como al soldado le tocó en suerte develar el misterio. Pero lo que realmente me fascina del relato de las doce princesitas es que ellas conocían una abertura secreta en el piso que las llevaba a un mundo paralelo con bosques encantados y un río con barcas para cruzar del otro lado. Allí había un castillo con una música que se desplegaba en anillos, espirales y hasta cintas de Moebius. Era ese el lugar donde se bailaba y se bailaba hasta el amanecer. Pero llegaba la hora de regresar (siempre hay que regresar de los mundos mágicos que nos asisten, piensen sino en Cenicienta, Alicia y tantas otras criaturas maravillosas).

Ahora bien, este no es tiempo de princesas ni de príncipes. No hay trono alguno que heredar. Estos son tiempos para que nos asista la imaginación. Para seguir el vuelo de los pájaros y leer augurios de una vida más noble y generosa. Tiempos de meternos en los cuentos. De bailar descalzos. De darle cuerda a un mundo nuevo.



Graciela Chávez

Complot

El confinamiento empezó con un simple decreto y así empezamos a morir. Murió la calle, el sol, los pájaros. Los abrazos se prohibieron y el miedo se incrustó en los labios. El aire nos estranguló de a poco, casi antes de que se vaciara la alacena. Lo único que se salvó fue el televisor de 50 pulgadas con un periodista que no paraba de hablar del virus. Finalmente, ambos se abrazaron y dijeron satisfechos: «Misión cumplida».



Patricia Dagatti

Modelo alternativo

Un virus desconocido está diezmando a los humanos. Para preservarse del flagelo y a la espera de una solución, todos deben permanecer aislados. Sin embargo, las últimas noticias dieron cuenta de un vuelco inesperado en las investigaciones. Los servicios de inteligencia descubrieron que, al parecer, la humanidad está siendo víctima de una conspiración. Una poderosa Organización de Roedores tomó una muestra de *Homo Sapiens* de laboratorio y les inoculó un virus. El experimento se les escapó de control a causa de las costumbres de los *Sapiens* y del Orden que los gobierna, dos variables difíciles de ponderar. Pero a pesar de la catástrofe, y dado el grado de avance de las investigaciones, el Comité Científico de los *Mus musculus* decidió continuar con los experimentos para salvar a su propia especie.



Piero De Vicari

Cuando dejamos de ser

El panorama era desolador: miles de murciélagos arribando a las ciudades, al campo, a las zonas selváticas y montañosas, pantanos, sierras y bosques, áreas marítimas y desiertos. Una muchedumbre negra circundaba las alturas, con la voracidad de los famélicos. Hombres, mujeres y niños punzados por estos quirópteros, se transformaban –instantáneamente- en un murciélago más, siguiendo la colonia. Solo bastó un mes para que la humanidad engrosase la lista de especies extinguidas en el planeta. La raza superior había desaparecido como desaparecieron las emanaciones tóxicas, el espanto de las guerras, los ensayos nucleares, el calentamiento global y el agujero en la capa de ozono. La tierra, transformada en edén, floreció nuevamente para estos mamíferos placentarios. Prístina y original, aceptó la evolución. Ya era hora de restañar sus heridas.



Enrique del Acebo Ibáñez

Barbijos

Luego de varios meses de cuarentena y salidas vigiladas se acostumbró, en sus caminatas por la ciudad, a sólo ver los ojos de quienes pasaban a su lado y así vislumbrar miradas esquivas. Pasada la pandemia, y muy a su pesar, se percató que esas miradas continuaban. Quizás siempre habían estado, disimuladas por una sonrisa en el ojal.

Abrazos en serie

Angustiado porque su comercio no podía ser abierto durante la larga cuarentena, decidió fabricar abrazos artificiales y venderlos por internet. Tuvo tanto éxito que, una vez vencido el virus, la gente decidió permanecer encerrada en sus casas.

Consejo asesor

La peligrosa pandemia hizo que la mayoría de los gobiernos del mundo decidieran nombrar un Consejo Asesor Epidemiológico (CAE) integrado por los mejores especialistas, todos de ceño fruncido y un elegante “no” a flor de boca. Durante semanas -y luego meses-, estos Consejos fueron tomando cada vez más poder tanto a nivel local como global. La *Organización de las Naciones Unidas* fue reemplazada por la *Organización Mundial de las Pandemias Unidas*, que fue avalando los sucesivos golpes de estado -registrados incluso en los países más democráticos- alentados y hasta provocados por el nuevo Movimiento de Epidemiólogos Asociados (MEA) con sede en todos los países. No importó que la pandemia fuera vencida: se decretó continuar, aquí y allá, con las medidas restrictivas de movilidad y actividades comerciales porque se sabía -ellos lo sabían- que una nueva pandemia estaba por venir. Y así sucesivamente. Una nueva *Pax Romana* imperó en el mundo por siglos, produciéndose el exilio definitivo del abrazo y la sonrisa.



Luciano Doti

La máscara

Durante la pandemia de Covid-19, en Buenos Aires, mucha gente tomó la decisión de aislarse en zonas suburbanas. En uno de los barrios privados de esos lugares, se realizaron controles a los habitantes para cerciorarse de que no estuvieran infectados, y una vez determinado que nadie lo estaba, se cerraron las puertas para estar a salvo.

Al principio se mantuvieron las precauciones recomendadas. Ninguno necesitaba salir, ya que el club del barrio había sido provisto con comida y bebidas de excelente calidad; además, por supuesto, de todo lo que tenían abarrotado en sus casas.

Pasado un mes, algunos no aguantaban más el encierro y la falta de relaciones humanas. Así que, comenzaron a hacerse visitas entre amigos, luego reuniones cada vez más concurridas y llegó el día en que alguien propuso una fiesta, aprovechando la buena cantidad y calidad de provisiones.

La fiesta fue organizada con bastante libertad, por lo que cada uno concurría vestido como quería, incluso disfrazados. Entre los disfrazados se destacaba una persona que lucía túnica negra con capucha y máscara que emulaba el rostro de un cadáver con manchas rojas símil sangre. Al preguntarle quién era, ella hacía gestos con sus manos pero no emitía palabra. A Marisa, una de las presentes, esa persona enmascarada le hacía recordar algo, pero no lograba elucubrar qué. Cuando finalizó la fiesta y ya con plena luz diurna buscaron a la persona de la máscara, no la encontraron.

Dos semanas después, varios presentaban los síntomas del Covid-19. Marisa era una de las contagiadas y debió guardar reposo con cuarentena. Fue entonces que, utilizando ese tiempo para la lectura, volvió a leer los cuentos de Edgar Allan Poe que había leído en su adolescencia. Uno de ellos le llamó la atención por recordarle lo que no pudo recordar en la fiesta: el cuento era «La máscara de la muerte roja».



Zulma Fraga

Contacto por Whatsapp

Los fines de semana largos, o fríos y lluviosos, o con mucho calor; pasan lentos y en silencio. Alguna de esas veces manda a hijos, sobrinos y nietos un mensaje con caritas que dan besos, escribe buenas noches, que descansen, se acuesta y se duerme imaginando que alguien lo verá, del otro lado.



Daniel Frini

Solo a mí me pasan estas cosas

La secuencia es la siguiente: me mudé, solo, a la nueva casa, antes de la crisis, sin ningún problema. A las dos semanas, decretan el aislamiento obligatorio. Hasta ahí, todo bien. A los pocos días, una silla que no estaba donde la había dejado, la puerta del dormitorio que se abrió a medianoche, unos pasos inexplicables, me alertaron. Luego, una cara que no era la mía en el espejo, una mano fría que me golpeó en la mejilla, un susurro que me dijo «Nunca saldrás de acá», me lo confirmaron: la casa estaba embrujada. Después, miles de moscas en las paredes, crujidos, luces que se encienden y apagan solas, el inodoro y la pileta del baño llenos de un barro negro y nauseabundo, los cajones de la mesada de la cocina que se abren y los cubiertos que salen volando, una mesita de luz que se mueve de un lado al otro. Las puertas del ropero se abren y cierran, y la ropa despedida de las perchas que se estrella contra la pared contraria. Y figuras oscuras y enormes, con capuchas y rostros espantosos que se abalanzan sobre mí. Y yo sin poder salir de la casa, ni recibir ayuda. En su momento lo intenté, claro. Los espectros no me dejaron abrir puertas, ni ventanas; y la policía me dijo que me deje de joder, que tienen cosas más importantes que hacer.

Los días pasan, la cosa se pone más grave, las apariciones son cada vez más frecuentes, más malignas y más dañinas. Y acá estamos, ellas y yo, esperando que se termine esta cuarentena y llegue el próximo inquilino para habitar la casa.



Jésica Galeano Jarcousky

Cuarentena y moscas

Al principio fue un beso frío y aparecieron tímidamente disimuladas unas pocas mosquitas; el malestar se fue apoderando de la casa como esas cosas que uno no nota sino hasta que es demasiado tarde. Aunque tal vez sí las notamos, pero las negamos recíprocamente, miramos sin ver, desoyendo el zumbido.

Las moscas denuncian desastre, se cuelan, nos observan desde el techo, las paredes, la alacena, nos acechan frotando sus patitas. Lllaman con su canto endemoniado a las peores amarguras, es un zumbido enloquecedor.

Tendría que haberme dado cuenta antes, fue el insomnio la primera señal con que atormentaron; cuando no se puede dormir uno no sabe exactamente por qué es. A veces miraba afuera pero no veía nada y era como un eco que venía de adentro. Comía una manzana y las moscas también (es una locura, pero fue una señal de la desgracia).

Cuando aparecieron las moscas ya era demasiado tarde. Tarde es una nube negra llena de patitas y alas de apariencia inocente, pudriéndonos a su paso.

Las moscas, ya lo dije, están en la fruta pero también en los muebles, en las canillas que gotean, en la pava con el agua hirviendo, en la voz de mi marido enojado... Las espiaba desde temprano para ver de dónde venían porque no podía eliminarlas pero era inútil, una real pérdida de tiempo en el más aislado, insoportable, zumbido. Una casa es una aglomeración pegajosa, compacta, como una fuerza que se materializa, un problema tangente como una mosca inexterminable que se multiplica, se regenera como un nervio alimentado de nuestros rencores y desencantos.

Una casa invadida por las moscas que no pude amanecer; un insomnio permanente que toca todo lo que ensucia.

Es la toma de las moscas y tenemos miedo de desembarazarnos de ellas y recuperar nuestra voluntad, pero ya no hay voluntad, ni espacio para nadie más. Estiramos las alas y nos entregamos al vuelo.



Nuria Paula García

Los capibaras saquearon las verdulerías, clavaron sus dientes en las naranjas, comieron melones y sandías y se chorearon su jugo. Los capibaras son ligeramente redondeados por lo tanto prefieren las frutas redondas, una banana resulta insignificante para un capibara.

Los elefantes son grandes bebedores, ya que traen consigo un gran sorbete. Fue así que entraron a una finca de vino de maíz y bebieron de los toneles hasta emborracharse, bebieron hasta quedar dormidos sobre la tierra fresca, hasta quedar dormidos y acurrucados.

El único animal antropomórfico necesita del hombre para alimentarse, bajaron de las ramas a las calles, estaban tan hambrientos que saquearon supermercados y almacenes, rompieron vidrios de autos y destrozaron los cestos de basura. Por supuesto que esta furia no se compara con la razón destructiva del hombre.

Confundió los candelabros del altar con los cuernos de uno de los de su manada. Se encontró con la mirada de ese pobre diablo colgado, como las cabezas de los suyos en un hotel o en una cabaña, las costillas le sangraban. Esa muerte le recordó a sus antepasados alcanzados por las lanzas. No soportó tanta identificación y escapó.



Luis Héctor Gerbaldo

El año que no usamos sombrero

Compré un sombrero de fieltro gris con una cinta de raso azul, muy bonito. Me gustan los sombreros, los tengo de todo tipo, de fibra panamá, salteño ala ancha, boina, sombrero pescador, gorra golf, hasta un histórico de tres picos, o un fez. Una colección que ahora se acrecentó. Lo compré para usarlo cuando vaya a visitar a Susana. No sé por qué, quizá una mezcla de mi amor por los sombreros y la nostalgia de volver a tenerla en frente. ¿Cuánto tiempo hace que no hablo con ella? Años, muchos. De un modo u otro, siempre tuve alguna noticia de su vida, que se casó, formó una familia. Girones de imágenes que no parecen encajar con aquella mujercita, apenas salida de su adolescencia, que me miraba con hermosos ojos, a la vez que me trataba con displicencia. Admito que yo hacía mi parte. Hoy la imagen de su sonrisa, de sus ojos, surca hiriente mi pecho. También me casé, formé familia, tuve una vida feliz. Ahora quiero saldar esta deuda, buscarla, hablar con ella, decirle que nunca olvidé su sonrisa, sus ojos. Nunca. Quiero presentarme bien, que no me vea como un viejo golpeado por los años, quiero que vea un hombre que a pesar de que vivió plenamente su vida, ese hombre no puede olvidar su sonrisa, sus ojos. En mi bendita imaginación, el sombrero de fieltro gris forma parte de la imagen que quiero presentarle. No fue fácil conocer su domicilio, ni tampoco vencer mis temores. Al fin, estoy decidido, compré el sombrero de fieltro gris, voy a visitarla. Pero parece que la vida siempre se me hizo difícil con ella, en su momento mis acciones me llevaron lejos. Hoy, cuando estoy dispuesto, la muerte anda suelta en las calles, invisible, ensañada con personas mayores, como yo, como ella. Debo esperar. Susana no sabe que pienso ir a buscarla. Si la muerte no deja las calles, no lo sabrá. Mientras, aquí estoy, cuidando el sombrero de fieltro gris. Quiero que siga impecable para cuando pase este tiempo en que no podemos usar sombrero.



Clara Gonorowsky

Partida de ajedrez

Las hojas del almanaque caen y dejan en evidencia la caducidad de la vida.

El mundo se ha convertido en un gran tablero de ajedrez donde cada país juega su partida, no muy distinta unos de otros.

Reyes y reinas pugnan por mantener un poder absoluto que los mantenga erguidos, firmes, enérgicos.

Los peones luchan en la trinchera, con guardapolvo blanco y barbijo; pelean a capa y espada con el enemigo invisible que horada al hombre hasta dejarlo inerte. En esta lucha desigual, a veces, a ellos también se les va la vida.

Mientras tanto, los alfiles avanzan en diagonal y van extendiendo su influencia en los Congresos, van ocupando silenciosamente bancas adversas.

Los caballos, laderos de los reyes, reafirman el empecinamiento de ellos y saltan hacia adelante, hacia atrás, a la derecha, a la izquierda imponiendo normas, en nombre de la protección, que coartan libertades individuales.

Y el hombre queda atrapado en el tablero oscilando entre la muerte y la opresión y su alma se va apagando como una vela encerrada en casilleros algunos días más negros que blancos.



Juan Pablo Goñi

Solución al paso

Al oficial Pereyra poco le cuesta seguir el rastro de la sospechosa, una hilera irregular de pequeñas bolas oscuras lo guía. El policía siente tras las espaldas las respiraciones ansiosas de los vecinos denunciantes; es sicológico, respiran detrás de barbijos. Oye los gritos; le piden que saque el arma y detenga a la joven que marcha veinte metros delante, perdiendo las grageas que alimentan al gato negro poco querido por el vecindario. La joven abre la puerta de un edificio. El oficial se vuelve, son veinte los vecinos que exigen el castigo de la infractora con documento par. Pereyra aprovecha la acción de la muchacha e ingresa al edificio tras ella. La dueña del gato lo observa. Varios vecinos apoyan las caras contra el vidrio del hall y siguen la escena con inquietud.

—¿Pasa algo, oficial?

Ojos claros, pestañas eternas, melena dorada; el barbijo fucsia no oculta la belleza de la joven, en tanto las calzas dibujan su silueta perfecta.

—La voy a escoltar hasta el ascensor.

La joven, desorientada, encoje los hombros. Pereyra cree necesario ingresar con ella, pese a las recomendaciones. Espera en el vestíbulo del piso a que ella ingrese a su hogar, se despide y regresa. En la vereda, da el parte a los vecinos ofendidos.

—La he colocado en detención domiciliaria, deberá quedarse en casa hasta que el juez lo decida.

Los vecinos aplauden satisfechos con el castigo aplicado a la desobediente. Regresan a sus casas, donde se quedarán hasta que les vuelva a tocar el turno impar; no será mañana, cuando le toque salir a la chica. Satisfecho con la solución encontrada, Pereyra encara hacia la esquina. Una figura instalada en medio de la vereda, se lo impide. Ha olvidado que su mujer tiene documento impar.



Eduardo Gotthelf

Petitorio

Señores del Supremo Tribunal de Justicia de la Nación:

Los abajo firmantes, representantes de HACER (Honorable Asociación Ciudadanos En Riesgo), personas que hemos superado el límite de edad y/o que poseemos las patologías establecidas en el decreto que regula el comportamiento de la población mientras dure la pandemia de COVID-19, SOLICITAMOS a ese Honorable Tribunal que los días que cada uno de nosotros haya pasado en cuarentena obligatoria, sean reconocidos como *días de prisión domiciliaria anticipada*, y computados a cuenta de los futuros delitos que podremos cometer ni bien salgamos.

Proveer de conformidad, **SERÁ JUSTICIA.**

Entre Alfa y Omega

El Caos, si bien suele ser bastante caótico, no lo es siempre. El verdadero Caos es, además, aleatorio. Y eso lo hace imprevisible.



Raquel Guzmán

Felidae

En las calles de Santiago un puma afila sus uñas. Se asoma a las vidrieras empolvadas, gruñe a los maniqués, rasguña vidrios y rejas, olfatea las veredas de los bares, lame los zócalos, ondula en el quicio de las puertas y se rasca en los canteros de piedra. Es el nuevo dueño de la calle, ahora transformada por la soledad y el silencio en parte de la selva, el muy bruto se apodera de cada espacio con un movimiento ondulante que sólo veíamos en las pasarelas parisinas. De qué sirve saber que es un mamífero carnívoro de la familia Felidae nativo de América, o que vive en más lugares que cualquier otro mamífero silvestre, que su territorio va desde el Yukón hasta la Patagonia, nada de eso evitará que cuando asome por mi ventana se relama. Dicen que el puma es adaptable, quizás se avenga a quedarse en el jardín, a esperar sin demasiado ruido, aunque tal vez todos los jardines del barrio tengan ya su puma o cada habitante de la ciudad tenga uno olfateando en su umbral. Sé que el encierro no es bueno y esta multiplicación de rugidos que siento cada noche se irá en cuanto pueda salir al sol o llegar a la esquina a comprar un pan crocante, o en el momento que seamos muchos caminando por esas avenidas y saquemos nuestros autos y motocicletas. Sé que me mira de a ratos por la ventana y sigue todos mis movimientos, cuando guardo la comida en la heladera o aumento el volumen de la televisión para ahuyentarlo. Sabe que nosotros le ocupamos su territorio y ahora viene a que se lo devolvamos. Veremos quién gana la pulseada.



Sofía Hernández

En el medio, no hay final

El mundo está lleno de cosas enormes, y no me puedo dormir. Un día a la semana, que elijo, me siento en la estación, y dejo que la película corra frente a mis ojos espectadores y ajenos. Por una vez, no pretendo entender, ni arreglar, ni participar. El dolor que dejo ir trae con su marcha una calma que conozco solo los martes a las 10:30, en Haedo, banco último del andén, de la mano izquierda. En ese momento dejo de ser hija, estudiante, ciudadana y peatón. Sólo me queda ocupar un lugar vacío, que asumo como propio con la constancia de la repetición rutinaria. A veces se escuchan bocinas en cantidad, y gente que dice con voz apurada. La vida pasa ahí nomás, indefinida, con la apertura de lo que se conoce pero no se recuerda, por el miedo hecho vértigo. No hay nada por hacer, más que permanecer. Una amiga, del otro lado, usa la palabra renegar, que resuena en mis pies como estacas. El tiempo se reinventa cuando me levanto. Sigue siendo martes, el Oeste, y estación, y muerte, y ambigüedad, y aguas profundas. Me hundí en la balacera, y ahora no hay otro camino, otro retorno, sino la resistencia.

Eso que te volviste

Paso y miro al fondo. Cada vez que avanzo, las luces se prenden en un progreso que me persigue y no me alcanza, mientras siga caminando. Sueño cosas que no puedo recordar cuando despierto, y si bien me asusta lo que puedo llegar a ser, más terror me da lo que no puedo, aunque quiera. Cuando decido alejarme, también elijo quedarme conmigo. Así, de esta forma, me desconozco, y me presento ante mí. Cruda, expectante, vulnerable, apacible, distante. Nueva, letal.



Alexandra Jamieson

Sin miedo

Juro que no toqué mis ojos, la boca, nariz, un pasamano, ni a otra persona. Sólo corrí el barbijo y respiré.

Emergencia

coronas simples
pobresviejos enfermos
un *system reboot*



Daniel Juárez Dion

Este instante o cualquier otro

Recorrió con la vista la infinidad de latas y botellas que había acumulado para mantenerse aislado hasta que todo pasara. Aunque ya habían transcurrido varios meses, la comida parecía nunca acabarse. Si quisiera, podría pasarse los próximos cinco años sin salir a la calle, sin ver a nadie. La idea no le produjo ningún tipo de reacción.

De repente, mientras detenía su mirada en el reloj de pared, se dio cuenta de que no tenía preferencias ni prioridades. Carecía de una comida favorita, un lugar predilecto, una actividad que disfrutara especialmente, alguna persona cuya compañía prefiriese antes que la soledad. Como sucedía con las latas, su vida no era más que una acumulación de acciones y recuerdos entre los que nada se destacaba, nada era digno de orgullo o nostalgia. Inmediatamente, el pensamiento acabó por aburrirlo. Se encogió ligeramente de hombros al tiempo que dejaba escapar un imperceptible suspiro y volvió a concentrarse a medias en lo que estaba haciendo. Algo sin importancia, sin propósito, como la fotografía de un cielo limpio que no rememora ningún suceso en particular.



Mirta Krevneris

Lo que el viento de la pandemia se llevó

De acuerdo a las indicaciones recibidas, me lavo las manos muchas veces al día.

El problema es que mi jabón malinterpreta las cosas: me pide que pare de acariciarlo y me exige que formalicemos nuestra relación.

También me aclara que tiene algún intercambio con el cepillo de dientes porque ahora no se niega a ninguna experiencia.

No sé qué pensar.

¿Son cosas provocadas por el encierro? ¿Nuevas acercamientos? ¿Amigues ocasionales, con derecho a roce?

Estos paradigmas nuevos me tienen un poco confundida.



Lucila Lastero

El cielo en sus ojos

Esa mañana fui al supermercado cargando la angustia de tantos días de encierro, protestando con el elástico de mi barbijo, harto de todo. Pero vi sus ojos. Sus ojos, que me transportaron a una playa tibia, musicalizada por las olas del mar, colmada de cielo.

No fue necesario ver el resto de su cara, cubierta por un tapabocas negro. Los ojos eran motivo suficiente para enloquecerme.

Me costó comunicarme con ella. Se deslizaba por entre los estantes del supermercado con pasos de nube. Pero al fin pude acercarme el metro y medio necesario para hablarle y pedirle el teléfono.

Insistí durante un par de días. Al tercero, desafiando la orden de confinamiento, vino a casa. Sus hermosos ojos resplandecían sobre el tapabocas negro. Cuando se lo quitó, me fascinaron la nariz pequeña, los pómulos altos enmarcando una boca carnosa que, muy lenta, comenzó a acercarse a mí, cerrada y sigilosa.

En su mirada celeste estaba el mar, el cielo, el aire puro, la libertad por fin, después de tantos días de encierro. La fascinación no me dejó ver que su boca se abría, que un mordisco avanzaba en dirección a mi cuello. Vi emerger sus colmillos monumentales e intenté gritar, pero ya era demasiado tarde.



Rodolfo Lobo Molas

Confinamiento

En la primera semana el ocio fue novedoso, por lo que no se detuvo a pensar.
En la segunda empezó a buscar tiempos de meditación.
En la tercera con dar cien vueltas al patio no calmaba su ansiedad.
En la cuarta, empezó a notar el silencio de los pájaros.
Antes de la quinta ya había abierto todas las jaulas.

Cuarentena

—Queda detenido por no quedarse en casa.
—Estoy en casa, dijo el hombre. Y se volvió a recostar sobre los cartones, en la vereda del teatro.

Mi tía

Mi tía tenía esa natural costumbre de los mayores de fingir la voz para decirles algo a los niños como si fueran otra persona o un ser de fantasía, para que el niño pueda sorprenderlos respondiendo: —¡ya sé quién eres!.

Pero luego crecí y ella seguía con aquella inveterada costumbre de fingir la voz. Me llamaba cada día por teléfono y ponía (o pretendía) voz de monstruo. Y yo fingía asustarme y le respondía con voz de niño temeroso.

Mientras espero su llamado, se anuncian por la televisión nuevos contagios del virus. Temo que en vez de cambiar la voz para asustarme guarde silencio, en esta ocasión, para no asustarme.



María Elena Lorenzin

Take a pill!

Desde que comenzó la pandemia no me he privado ni un solo día de salir todas las veces que he querido. Conmigo no va el ‘quédate en casa’. ¿Piensa ese minúsculo descerebrado, por más coronita que lleve, que me va a doblegar ¡precisamente a mí! que peleé en Afganistán, en Irak y en tantas otras guerras y siempre volví sano y salvo a casa? No, conmigo no van sus tácticas siniestras. Yo también tengo las mías: mucha hidroxiclороquina. Acabo de comprar unas cuantas cajas en la única farmacia que lo tenía. Hoy mismo voy a blindar mis pulmones y también dejaré algo para los vecinos que la solicitaron. Nuestro presidente ha sido enfático: «estamos en guerra contra un enemigo invisible al que vamos a exterminar con este tremendo producto: sencillo y eficaz, que yo mismo auspicio».

Trump is a terrific president!



Ana María Martinengo

Aunque el mundo está rozando lo apocalíptico, el humano insiste en diferenciar el sol de las estrellas.

*

Pájaros exóticos, nunca vistos, vuelan hacia árboles frondosos.

*

Algunas chispas de odio buscan leña nueva donde arder.

*

La grandeza de la empatía merodea, cautelosa, la periferia de la vulnerabilidad.

*

Algunas raras especies no abandonan la práctica ancestral de mirarse el ombligo.

*

Las semillas se desprenden, esperanzadas, sabiendo de la contingencia del viento.

*

Los astros admiten la inutilidad de lo que pretendía eficacia eterna.

*

Muchos seres insisten en medir la profundidad entre el margen del abismo y el mar.

*

Los jóvenes, azorados, se sienten abrazados por la vejez.

*

En las calles desiertas, se cruzan las miradas opacas con las luminosas.

*

En todos los rincones crece la nostalgia por los rituales del amor, de la vida, de la muerte.



Lilí Muñoz Obeid

Orilleo

Crucé el charco. Y lo encontré. En Barcelona, la bella.

Okupa. Hurgaba contenedores. Antes lo había hallado en Zapala, al borde de la pre cordillera, en la Patagonia Argentina.

Ella y él hurgaban en tachos de basura. Otros hacían poemas. Había quienes juntaban ya los votos.

Densidades y cuerpos. Y qué más. Si apenas el carajo ronda cualquier orilla.

Desprendimiento

En el mínimo ambiente, también él peregrino y en despojos, se desprendió un instante de la glacial coraza.

Su cabeza por mi vientre florecía.

Sólo carozos quedaron de la cena. Y el Covid-19 penetrando los agujeros.



Patricia Nasello

Luna nueva

Vuelan pequeñas plumas. En los parques, las avenidas y las plazas. En las jaulas del jardín zoológico. En la vereda del café donde nos sentábamos a leer a Olga Orozco. En la parada del colectivo, en la Cañada. Es extraño porque vuelan solas, sin los pájaros. Y porque la palabra pequeñas les queda grande, son mínimas, son ínfimas. Y húmedas de detritus. Y negras. Nos acechan. Se valen de nuestra respiración para introducirse en nosotros y enfermarnos.

Decidimos, entonces, poner a resguardo ancianos, niños, jóvenes y tantos adultos como sea posible. Cada cual bajo su propio techo, con las puertas y las ventanas clausuradas.

Sin embargo, no somos pocos los que aún continuamos arriesgándonos afuera. Vamos a cumplir deberes laborales, o a buscar víveres para los que se quedaron en aislamiento, o a la farmacia en un intento desesperado por conseguir ese supuesto remedio salvador, ese en el que creemos gracias a la desinformación que también nos acecha.

O vamos al hospital. Algunos vuelven de allí curados. Algunos. También están los que no vuelven. Los que alejados de sus familias, convulsionando de fiebre, asfixiados, observan con los ojos opacos y fijos que, de pronto, su nombre engrosa la lista de las bajas.

Como agua en una vasija con la base herida, el número de hombres y mujeres que quedamos en pie se reduce gota a gota.

Fétido, violento, el plumerío arremete contra este cuarto menguante que somos, una vez y otra vez y otra. Y otra.



Laura Nicastro

Los jinetes del Apocalipsis

La peste se habría originado en una falla de seguridad en la protección de armas biológicas. El aislamiento forzoso que se impuso como medida precautoria, hizo que después de nueve meses hubiera una explosión de nacimientos. Su número fue creciendo en forma proporcional a los decesos.

Las autoridades globales apreciaron las ventajas del espontáneo fenómeno demográfico: no tendrían que lidiar con ancianos reaccionarios, débiles improductivos o enfermos costosos. También advirtieron que cuando las cifras se estabilizaran, tendrían un amplio semillero de cerebros vírgenes de toda influencia a los que podrían moldear a su gusto.

Pasada la primera sorpresa del descubrimiento, se auto convocaron (sin discriminar ideologías) para analizar la situación. Tras unas pocas sesiones llegaron a un acuerdo unánime: periódicamente liberarían un mutante de aquella bacteria original... aunque cada asistente se aseguró de reforzar sus propias, discretas, medidas de seguridad para no perder el control.

Sin duda, la gobernabilidad eficiente tiene su precio.



Cristina Noguera

Nadie

El problema comenzó cuando Dardo se despertó y no pudo ver su cuerpo. Sus manos, sus brazos, su cara y sus piernas eran transparentes. Corrió al baño y con gran sorpresa descubrió que no se reflejaba sobre el espejo.

Hacía un poco más de un mes que había muerto su madre y día tras día se sentía menos.

Aquella trágica mañana descubrió que ya no existía. A partir de ese día, en la calle, era nadie. Realmente era un cúmulo de transparencias que encerraba un espíritu. Los transeúntes lo llevaban por delante, lo pisaban, lo atropellaban y lo peor es que lo ignoraban. Él se sentía nada de ser humano, nada de persona, nada de cuerpo.

Dardo había caído en una profunda depresión después de la muerte de su madre.

Ayer tomó la trágica decisión. Pensó que debía hacer algo para que su familia creyera realmente en su transparencia. Se arrojó al vacío desde el piso noveno del departamento donde había vivido toda la vida con su madre. Se tiró convencido de que como no tenía cuerpo, no le sucedería nada. Murió instantáneamente.

Hoy su familia asegura que Dardo sufría una profunda depresión.



Estela Porta

Lomos al champiñón

listos los lomos dorados aromatizados con albahaca y unos granos de pimienta persa como la alfombra de mis vuelos interiores rehogá la cebolla de verdeo picada diminuta mi tesoro agregá los champiñones troceados la crema de leche sal y pimienta a tu gusto y un vaso de vino blanco me decís radiante desde la pantalla con tu vocecita de brisa otoñal me pierdo en los bosques de tus ojitos pardos con espíritus traviesos cantan en vos las aguas de aquel río que nunca es el mismo para darle consistencia agregá a la salsa una cucharada de Maizena abuela sabia de pie sosteniendo tus años con esa alegría de jacarandá y emplato en la vajilla blanca que como vos decís nos regalaste «en vida» cada día me fuiste dictando una receta nueva y van setenta cada día a las once en punto tu casa entra a mi casa sin fronteras la mística del abrazo desde tu celular abuela amor abuela tecnológica por amor y comprendo que en la cocina de la vida no hay fórmulas exactas que el único ingrediente mágico de toda receta exitosa anida en el corazón

Salsa de ciruelas

por los bordes de la noche satinados de alcohol en gel rehogo en mantequilla la cebolla cortada en brunoise no sé si es hoy mañana o ya fue ya transparente añado las ciruelas pasas remojadas desde anoche en vinos tinto y oporto tus frutas preferidas las ciruelas negras colgando de las ramas a fuego lento y ya a punto miro el reloj apago la hornalla pruebo la salsa con el dedo la derramo en la salsera donde me sonrío un tomate de porcelana inglesa como esa mañana londinense de compras bajo el sol tibio fileteo el pollo deshuesado como siempre mis sueños lo acomodo sobre una fuente azul con bordes de oro una nube de canela me enciende llegas montado en años luz y en el remolino de estrellas deseo que aún te guste la salsa de ciruelas sobre mi piel



Graciela Poveda

Espejo

La mirada mide la distancia exacta entre nosotros dos. Yo avanzo, él avanza. Yo retrocedo, él retrocede. Doy un paso a la derecha, él da un paso a la izquierda. Doy un paso a la izquierda, él da otro a la derecha. Lo conozco bien porque siempre está conmigo. No lo toco, no me toca. Solamente nos miramos. Lo controlo palmo a palmo. Únicamente lo pierdo de vista cuando bajo la cabeza para lavarme las manos.



Damián H. Ramírez

Pandemia

Cuando somos niños la pandemia es solo un nombre puesto en la boca de nuestros padres. Después, esa noción se complica, y entonces pasamos toda la adolescencia tratando de escapar de casa. Más tarde, cuando nos miramos en los espejos y notamos que nuestras caras han cambiado, la pandemia se vuelve una cuestión intelectual y gastamos toda la juventud describiéndola para escapar así de la angustia que nos provoca. Ya en la vejez, la pandemia se encuentra tan a mano que la aceptamos como un mal necesario. Más tarde aún, mientras seguimos aislados, empezamos a entrever que acaso podríamos aclimatarnos. Pasados mil años, un gobernante, vía streaming, nos pregunta si todavía sufrimos. Le contestamos que la parte de rutina es mayor que la parte de sufrimiento. Por fin llega el día en que podríamos abandonar la casa y salir a la calle, pero rechazamos enérgicamente tal ofrecimiento, pues ¿quién renunciaría a una amada costumbre?



Nanim Rekacz

Irrevocable

Una mañana de cuarentena como cualquier otra, despertamos y no había conexión a red en nuestros teléfonos celulares y el wifi aparecía sin señal. En la televisión, millones de puntitos ocupaban las pantallas y todas las radios transmitían un ruido intermitente.

Ese día supimos que estábamos solos.

Enterramos al abuelo en el jardín, debajo del olmo.

Al anochecer, en silencio y evitando mirarnos, comenzamos, cada uno, a cavar su propio cubículo rectangular.

Precaución extrema

En las yemas de mis dedos dibujé ojos para que vayan mirando dónde apoyarse.

Suicidio

Me puse un barbijo contaminado con SARS-CoV-2.

Nana Coronials

No me llore, niña, no me llore, que los perros le ladran a la luna. No me llore, mi niña, no me llore, ese ruido es la sirena y ya se aleja. No me llore, pequeña mariposa, despliegue sus alitas de colores, vuele por el jardín, ría y sea libre, aproveche la noche, nadie mira, cuidan las calles todos los policías.

Yo le prometo, niña linda, nieta hermosa, que pronto acabará la cuarentena, volverá la mamá del hospital y podrá ir a la plaza y a la escuela...



Ernesto Rojas

El jinete

Quiero volver a las grandes latitudes, amigarme con los animales y espiar la luna sin miedos cuando va creciendo de a poco. Sentir los secretos que transitan debajo de la tarde, mientras sigo soñando que puede ser posible abrazarte algún día.

Olvidar mis años de análisis y llorar desconsoladamente a medida de aquellas fuentes roídas por la lluvia. Hundir los dedos de manera inusitada a todas las estatuas, salir corriendo de a prisa sin los hijos, sin cercos ni desmayos.

Y bajo el sol creer nuevamente en mi libertad a pesar de tu rostro tapado por las ráfagas. Detenerme en una esquina por el peso en mis hombros de los silencios de mi padre, como esperando un premio de jinete bajo los lapachos.

De repente entre volcanes y lodos colorados, en un naufragio de luz, soy como una mujer abierta, donde sus afluentes gota a gota van regando los trigales de espiga, como un niño que aproxima la mirada sin nombrar a los mares y en idéntica palabra bautiza la tierra bajo ese dios que promete y sale inasible contra el viento. Pienso en la ceniza, en la inocencia cuando en el patio de malvones todo era dorado y creía en las plegarias.

Esa mujer y ese niño heredarán las últimas palabras y mi cosecha.



Álvaro Ruiz de Mendarozqueta

Enfermo de lectura

Comenzó a leer siendo muy pequeño. Estudió bachillerato en letras e inició una licenciatura en filosofía y letras que abandonó porque leía en vez de preparar los exámenes. Luego trabajó en una librería en la que duró poco porque leía en vez de vender.

Dice que está enfermo de literatura, pero a eso lo leyó también. Está enfermo de lectura, los médicos diagnosticaron que es el síndrome de lectura compulsiva. Lleva meses de tratamiento pero no se notan avances. Antes de la internación había roto con su mujer. «No puedo reprocharte nada, Isabel, y tampoco es tu culpa, me enamoré de Lolita», le dijo. Escribe notas en una libretita rayada usando una letra minúscula; son garabatos, apuntes que vuelve a leer ni bien los termina. Lee todo el día, incluso cuando come. Lee en la ducha sacando un brazo por al lado de la cortina.

La biblioteca de la clínica está bien surtida y nadie le restringió el acceso.

Trata de dormir lo menos posible: hay tanto para leer le repite a quien quiera oír. Lo desespera ver las pilas de libros que no ha leído, las reales y las que imagina. Los guardias lo obligan a salir al patio, pero se lleva libros.

Cree que hay una cura y que está desvelada en algún libro. Busca que la literatura le diga por qué se enfermó y cómo sanar.

Abandona la libreta: tiene que seguir leyendo.



Norah Scarpa Filsinger

Cri, cri

Tengo un pelo en la mano. Hace días que lo veo y lo dejo de ver. Es mío, finito y claro. Lo siento entre dos dedos, mayor y anular. Me molesta, lo saco con un fuerte chorro de la canilla. Tengo miedo de verlo aparecer cuando cocino. Pero sigue. Lo siento. Lo miro a trasluz. Vuelvo al chorro, miro mis dedos húmedos. Al fin. A poco, vuelve la sensación. No lo veo, pero está. Van unos cuantos días largos. Muerdo el pan, está en la mermelada. Corro al chorro. Otra vez ahí. Empiezo a odiarlo. Sacudo fuertemente mis dedos junto al cuchillo del pan. Pasan por mi cabeza ideas raras. Lo mojo, sacudo mis dedos. Es siempre la misma mano derecha. Repito la operación varias veces. Al fin, creo que me liberé de él. Que pude librarme de él.

34 minutos. ¡Uf! Me pasó. Me voy a ver cuántas gotas pierde esa canilla.

El día después

Y un día me fijé que se me había ido oscureciendo la piel de las manos. Me pareció raro, pleno invierno. En un par de días el color me había subido a la cara. Empecé a desconocerme. Dicen que ese fue el origen... En horas, mi ombligo y hasta mis pies habían tomado un color marrón. Esta mañana me noté unos pelillos, también oscuros, en las orejas. Sentí un leve y prolongado estremecimiento en los hombros.

Me asomé, mejor dicho, me trepé a la ventana. Ni un ser viviente con los pies sobre la tierra. Ni un solo pájaro. Solo un firmamento de alas amarronadas.



Claudia Sánchez

Idus de marzo

Ya había avisado que hasta que no terminara mi novela no saldría de casa. Necesitaba concentración.

Me desconecté de redes y teléfonos y el 15 de marzo, luego del mes de reclusión que ya tenía previsto, escribí la palabra FIN.

Al hacerlo, no sé por qué, recordé los idus de marzo y la frase de Plutarco: “aún no termina”

A mediodía salí para sorprender con el original a mi editor.

Ni bien pisé la calle tuve una sensación extraña, visceral, instintiva, como un temor prenatal.

Volví sobre mis pasos y, ya a resguardo, noté el silencio atronador que llenaba todo.

Llamé a la oficina, sin suerte. Marqué el teléfono particular de Guillermo y lo encontré en su casa. Llevaban una semana de duelo.

Me puso al día de lo que había sucedido, sin poder creer que yo no estuviera al tanto de nada. Aún quedaba otro mes de cuarentena. Me recomendó que escribiera una novela corta sobre el tema, que seguramente sería lo primero que se vendería.

Primero pensé que era absurdo, que ya había decenas de libros y películas apocalípticas sobre virus y pandemias y que sería difícil soslayarlos. A pesar de eso, casi sin pensarlo, le dije que sí y le avisé que hasta que no terminara mi novela no saldría de casa.

Hoy vuelve a ser 15 de marzo, un año después de que el pánico se apoderara de mi mente y me dejara paralizada, para que nunca pudiera volver a escribir ni una sola línea sobre nada ni salir de mi casa nunca más.



Silvia Gabriela Vázquez

Letralágrima

Ahora que no puedo salir a tomar aire, tengo un cuarto secreto.

Tengo un cuarto secreto al que voy a escribir cuando amanece.

Tengo un cuarto secreto al que voy a escribir cuando amanece (mientras mis hijos todavía duermen).

Tengo un cuarto secreto al que voy a escribir cuando amanece (mientras mis hijos todavía duermen). Y a veces, a llorar.

Haiku sin salida

Me sirve café
en un taza amarga
de súbito adiós.

*

Tres cucharadas
de preguntas absurdas
e inesperadas.

*

Una de azúcar,
muchas más de reproches,
después revuelve.

*

Deja su miedo
adentro del vacío.
Afuera, nada.



Omar Julio Zárate

Peste

Inmune me declararon.

Inmune me declararon y me llevaron para tratar de hacer una vacuna.

Inmune me declararon y soy el último sobreviviente.

Inmune me declararon y fue lo peor que me pudo pasar.

Lo peor de todo es morir solo

No, lo peor de todo es ver morir solo a alguien más.

No, lo peor de todo es ver morir solo a tu familiar más importante.

No, lo peor de todo es: ni siquiera poder verlo.

No, lo peor de todo es: no poder acompañarlo.

No, lo peor de todo es sobrevivir a eso sabiendo que fuiste vos el que, por irresponsable, contagiaste a todos.

La cola entre las patas

—Soy el rey de la selva —dijo orgulloso el león.

Covi le preguntó:

—¿Alguna vez lograste que toda la humanidad se oculte en sus casas por miedo a ti?



BOLIVIA

Compiladora: Eliana Soza Martínez



Jorge Barriga Sapiencia

Cuarentena Interrumpida

Cansado de jugar videojuegos, navegar en internet y ver películas, se le ocurrió la idea de comprobar si uno de los rumores que escuchó los últimos días era cierto. Se decía que grandes jaurías de perros salvajes, ahora, rondaban la ciudad.

Tomó a «Corazoncito de nieve», el conejito de su hermana menor, rompió la cuarentena, «las reglas son para los tontos» pensó. Era de noche y todo estaba muy quieto; después de dar unas vueltas evitando que lo viera la patrulla, llegó a un sector bastante silencioso. Al poco de internarse en la arboleda los vio: un grupo de por lo menos treinta perros de distintos tamaños colores y tipos; todos callejeros.

Empezó a filmar con su celular, llamó su atención con un silbido, pronto todos se acercaron y lo olieron con cierta cautela. Soltó al conejito que empezó a correr a toda velocidad, los perros lo persiguieron furiosos, trató de seguirlos, pero los animales corrían muy rápido.

Cuando estuvo más cerca, los perros olfateaban el piso, desorientados, lo habían perdido de vista, cogió una rama para buscar al conejo en los huecos de los árboles. Sin quererlo tropezó con uno, trastabilló y enfurecido le dio una patada que le hizo chillar, los otros empezaron a ladrarle, se defendió dando de bastonazos a cuantos pudo. Algunos se alejaron, pero de pronto sintió el dolor de una mordida en su pantorrilla izquierda, jaló haciendo que la herida se rasgue. Maldijo por el dolor y antes de poder responder con un golpe de rama, otra dentellada lo paralizó, esta vez en el brazo.

La adrenalina se disparó y le hizo ponerse de pie y correr a pesar de las mordidas y los jalones, corrió sintiendo en cada latido manar la sangre por las heridas. Logró alcanzar la calle que debía estar desierta, pero un automóvil surcaba a toda velocidad aprovechando la cuarentena, «las reglas son para los tontos». No pudo esquivarlo y el golpe fue mortal.



Márcia Batista Ramos

Conclusión

Asustados casi perdidos.
Confinados, aislados, deprimidos.
Te quiero vivo.

Distancia

La distancia entro nosotros, solo es distancia, jamás olvido.

Miedo

Despertar con un respirador intubado a mi cadáver.

Injusticia

Después de matar por pobreza, hambre y guerra, ahora matan por peste.

Covid 19

A pesar de todo dolor e injusticia, seguiremos en la lucha.



Homero Carvalho Oliva

Diario de la pandemia

El gobierno decretó cuarentena. Aislamiento preventivo para evitar contagiarse. Abastecerse de desinfectantes, jabón sólido y líquido, alcohol en gel, víveres, agua, vino, dulces, libros. Lavarse las manos es imprescindible, hacerlo al llegar de la calle, antes y después de preparar la comida, luego de ir al baño, si tocaste un pasamano, el celular o algún electrodoméstico. Lavarse. Evitar salir, si se sale: lavarse las manos durante un minuto, desinfectar la ropa y lavarla con lavandina; dejar los zapatos en la puerta luego de rociarlos con Lysol. Aparecen los primeros muertos en el país. Se extreman medidas. Solo se puede salir un día a la semana. Lavarse. Los muertos se multiplican por el mundo, en Guayaquil los tiran a la calle. Lavarse las manos; lavar la ropa, las verduras, las conservas, todos los recipientes, los muebles, el piso, lavar todo. Solo puedo salir los lunes, compro jabón, desinfectantes y alimentos. Lavarse las manos, lavar la ropa... mejor tirarla junto con los zapatos. Ya no sé en qué día estoy. Usé mi último barbijo y mis últimos guantes. No puedo salir. Ahora hago pedidos. Después de que traen los víveres y los jabones tiro la ropa a la basura, ya no sé para que servían los zapatos. Lavarse las manos después de ir de un cuarto a otro porque por las ventanas se puede contrabandear el virus. Cerrar todo. Creo que de tanto lavar mis manos están muy delgadas, la piel se ha vuelto transparente, veo las falanges. Mejor bañarse seguido, ya no tengo pelos en la cabeza, me los arranqué porque dicen que el virus puede anidar en los cabellos y también me depilé. No sé porque no aparece el chico de los mandados, mejor que no venga, viene de estar con otra gente, es peligroso, puede contagiarme. Esta noche volveré a lavar mis huesos, uno por uno, los enjuagaré con lavandina, los desinfectaré y los guardaré en un baúl con naftalina. Toda precaución es poca. Debo sobrevivir.



Rossemarie Caballero

0105

¡Otra vez el día!

Hay que levantarse y vivir. Hay que vestirse, dice mamá, salir a dar un respiro, dice papá. Pero mamá ni papá se levantan. Ellos no van hoy de compras, no les corresponde. Agarro mi bolso y camino envuelta en pañuelos y telas hasta la cabeza.

Hoy es día de salida.

Una cadena de hombres vestidos de blanco revisa mi número de carnet de identidad. Uno me fumiga, el otro me toma la temperatura. Otro me da gel para desinfectar las manos. Ingreso en el supermercado.

Adentro no hay gente, hay sombras.

Una sombra extiende su larga cabellera hasta mi brazo y aprisiona mi oído. Otra se arrima sobre mi torso y me anuda contra la balanza. Hay mucho por pesar. La balanza chilla y la sombra escapa. Apenas son cien gramos de más.

Hoy es día de frutas, lo dice mamá. Pero ella no come, no puede comer. Papá tampoco. Él solo bebe un poco de leche. Ye leche le llevé a papá.

¿Estáis? Les pregunto a mi retorno. Ellos me miran azorados por la sorpresa de haber sido invadidos en su intimidad.

¡Oh, lo siento, seguid, seguid! Yo no he visto nada, les digo y me alejo.

Una procesión de cruces atraviesa mi cuarto cuando me doy cuenta de que el ritual de papá y mamá no es el que ustedes imaginan, sino algo insólito. Se marcharon sin despedirse.

Golpeo la puerta del dormitorio para comprobar lo que ha sucedido.

Pero, papá y mamá no responden, insisto, empujo la puerta con fuerzas de héroe y papá y mamá no abren los ojos ni levantan los párpados, ellos duermen el sueño de los justos, se aman en lontananza.

En el recuerdo, un jardín de un lejano cementerio.



Ariel Flores

El Encuentro

Se paró frente al espejo. Mientras se peinaba sintió una punzada relajante producida por el peine desdentado. Miró sus ojeras, parecían dos pequeñas cargas de agua a punto de estallar. Dibujó una sonrisa. —¡Hoy no! —se dijo a sí mismo —¡Hoy no! Ajustó la corbata que su madre le había regalado en su último cumpleaños. Su viejo traje estaba un poco ajustado. Descansó el cuerpo de golpe. El traje lo soportó amablemente. Amarró las cuerdas de sus zapatos y se paró firme. Revisó en su imagen todos los detalles para su esperado encuentro.

El confinamiento había terminado. La ciudad había encendido nuevamente su gigantesca maquinaria. Los militares volvieron a sus cuarteles. Los comerciantes llenaron las calles. La normalidad había retornado. Metió las llaves en el bolsillo. Revisó su billetera asegurándose que la fotografía esté en el lugar correcto. Tomó con las manos el arreglo de flores y la caja de chocolates que había comprado. Salió al encuentro de aquella persona especial que lo estaba esperando.

A una cuadra de su destino. Sintió una emoción extraña. Sus manos temblaban. La garganta se hacía un nudo. Sus ojos acuosos lo traicionaban. No la había visto en mucho tiempo. Desde que murió le habían negado ver su cuerpo. Ni siquiera le permitieron despedirse por los protocolos sanitarios. Se acercó a la cripta donde le dijeron que yacía. Se arrodilló cansado. Sacó la fotografía. La miró desconsolado. Era su madre, agarrando de la mano a un niño pequeño que ahora se peinaba solo.



Gustavo Espada V.

Un muerto sin ataúd

—Sí, ¿cuál es su emergencia?

—Vivo en el Bastión Popular, Bloque 11, a la vuelta de la iglesia Río Agua Viva...

—Tranquilícese, y dígame cuál es el problema.

—Mi vecino lleva dos semanas descansando en su patio.

—¿Cómo?

—Está muerto, tirado en la hierba sin ninguna cosa que lo cubra.

—¿Seguro?

—Lo estoy viendo ahora mismo.

—Señor, le sugiero que descanse un poco. El confinamiento nos afecta a todos.

—¡No estoy loco!

—¿Vive solo?

—Sí, pero eso no tiene nada que ver...

—Ahí está el problema. Es el efecto del estrés.

Luego de colgar, el agente de policía fue a la calle indicada a recoger el cuerpo de otra persona que moría en su casa, por culpa del hacinamiento en los hospitales de Guayaquil, en la mitad del mundo.



Jhonny Peñaranda Subia

Últimos deseos

Escribir un diario sobre la peste habría sido poco auténtico para el propósito como el de exponerme a la censura del editor que lo tildaría de plagio.

Mi historia no pretendía ser una crónica mortuoria y menos un relato de los estragos morales con las que se ensañaba la temible epidemia en las gentes.

Mi terca insistencia permitió poner en sus manos y llenar de pasmo su rostro, descubriendo que lo que recibía era un escueto testamento de agradecimiento a la vida y unos mandamientos poco ordinarios de los deseos últimos: mi necrológico y epitafio redactados.



Silvia Rózsa Flores

Distanciamiento social

En pandemia nadie es tildado de racista.

Quédate en casa

Un virus recorre las calles sin encontrar víctimas.

Amor en cuarentena

Puso su corazón en alcohol, ahora ambos están enamorados.

Alboroto en cuarentena

Dos canciones y una voz quebrantaron las normas de la quietud.

Aislamiento total

El enojo, la envidia y el desamor están encapsulados.

¡No abrazos! ¡No besos!

La calle es incierta, el amor también.

Versos en fuga

El confinamiento los provoca.



Eliana Soza Martínez

Llegó el virus

Cuarentena, distanciamiento, barbijos, miedo; desinfección, jabón, alcohol en gel; desconcierto, incertidumbre aislamiento; compras, alimentos, medicamentos, licor, cigarrillos. Contagio, malestar, tos, fiebre, dolor; hospital, doctores, respirador, inyecciones, terapia intensiva, soledad; muerte. Desconsuelo, depresión, encierro; añoranza, desesperación y suicidio. Silencio.

Resignación

- Te dije que era peligroso.
- No podíamos comer aire.
- Ahora, ¿qué haremos? Soy más débil. Moriré.
- No digas eso, podemos luchar.
- Solo te pido que me dejes morir en la casa, odio los hospitales.
- ¿Qué haré yo sin ti?
- Continuar.
- Ni que fuera tan fácil.
- No lo será, pero debes.

Táctica extrema

La veía dar vueltas alrededor de su silla, a veces se sentaba a tejer alguna bufanda olvidada, o tal vez a bordar un proyecto antiguo. No leía porque no tenía buena luz. Yo le cocinaba algo rico a medio día y se lo pasaba con los cuidados necesarios.

Teníamos que compartir la televisión así que ella se la quedaba en las tardes para ver un par de novelas, desde las ocho de la noche veíamos los noticieros que informaban sobre la pandemia y luego yo podía ver películas.

El bacín fue nuestro mejor aliado a la hora de las necesidades básicas. No fue fácil para ninguna de las dos. No me gustaba verla así, triste detrás de las rejas, es mi abuela, pero era la única forma de que no saliera a la calle en esta cuarentena.



**CANADÁ/ESTADOS
UNIDOS**

Compilador: Jorge Etcheverry



Ricardo Camarena Castellanos

Apopcornlipsis

A Norma J. Kaiser

Gracias a la pandemia, que no a la vida -y que perdone Violeta Parra- el obligado encierro liberó a todos y cada uno de los seres humanos de una previa, deprimente y progresiva soledad en el bullicio. Ahora pertenecían todos juntos, pero por separado, «a algo más grande». Algo virtual que ni la realidad pudo concebir: que todos hicieran lo mismo, que se abandonaran a lo mismo, y que corrieran la misma suerte. Algo mucho peor que si lo hubieran decidido por sí mismos.

Todos ahora no eran los mismos de antes, o los mismos de siempre; cada uno se sabía encerrado solo y sólo en sí y, parafraseando una popular canción rockera mexicana, se recitaba mentalmente cada cual: «afuera tú no existes; sólo adentro». Todos eran ahora, desde sus sellados y astrosos ventanales, mudos espectadores imaginarios de un evento que se imaginaba real y venidero: el fin de la especie humana. Ni guerras, ni megalomaniacos de bigote cúbico, ni villanos de cómic o filme hollywoodense, habían logrado lo que una tos seca y un declive respiratorio -y en seguida circulatorio y cardiaco, fulminante- cosechaban por miles de muertos, en una obscenamente exponencial cuota adísticas, las logísticas, y a sus autores y voceros del poder ante sus avasallados.

Sólo quedaba, para el repetitivo ocio nihilista de cada cual, en todos los confines del mundo entero, poner más bolsitas de pop corn en el microwave y escucharlas crujir como osamentas en la fosa común de las víctimas de una catástrofe que desde 2020, y gracias a los medios y a la internet reflejadas en los espejos negros de televisores, tabletas y celulares, presenciar un hipermegaevento interminable y en vivo que a diario tenía más espectadores que un esperado Superbowl, mucho más rating que un repetitivo maratón de videos de un derrumbe de torres con aviones, o muchísimo más miradas atentas y asombradas que, en el siglo pasado, llegadas presuntas a la Luna, o infinitamente mucho más conmocionados escuchas que un último concierto colectivo solidario de ancianos aún rebeldes -encorvándose más por sus viejas guitarras eléctricas- tañendo la melodía orquestada para un sinfín de celeberrimos vocalistas de todos los géneros e idiomas, cantando a todo pulmón -no averiado aún por la pandemia por venir e inexorable- un himno henchido de esperanza y fortaleza ante la susodicha y apocalíptica desgracia de la Humanidad.



Ernesto R. Del Valle

Dos centurias más tarde

Más de media tarde. Un niño de ocho o nueve años de edad y su madre, en medio de la espesa vegetación, recorriendo los árboles, en busca de hojas, frutas y todo el vegetal comestible, echándolos dentro de una bolsa de bejucos entretejidos.

El niño mira a su mamá y le pregunta.

—Mami, ¿cuándo vas a terminar de contarme sobre lo sucedido por el corona virus, en la época de mi tatarabuelo?

—Esta noche mi amor, pero ahora, apúrate que ya está oscureciendo y debemos regresar para encender la hoguera que nos defenderá, en la caverna, de los animales salvajes.



Gabriela Etcheverry

Cara a cara

Ese domingo, Alicia se despertó más temprano que de costumbre. La noche no había bastado para llevarse el cansancio que la agobiaba en el último tiempo. A diferencia de Claudio, su marido, que quedó con teletrabajo, ella perdió su puesto en el restaurante apenas se anunció el requisito de distanciamiento social. Se tocó la frente y atribuyó el calor a que acababa de sacarse de encima la pesada manta de la noche. Hacía días que no había asomado la nariz a la calle acatando las directivas de quedarse en casa y limitar las salidas a una compra semanal de víveres o a la farmacia. Con los niños, el marido y la suegra en la casa las opciones que veía Alicia eran escaparse un rato a la calle o volverse loca. Ya ni siquiera se asomaba al cuarto donde trabajaba Claudio a pedirle ayuda. «No ves que estoy trabajando» era su respuesta más frecuente. No valía la pena decir que ella había alcanzado a ver la pantalla antes que él la cambiara y, claro, ni asomo de teletrabajo.

Se ducharía al regreso para aprovechar al máximo los preciosos minutos de soledad que duraría su escapada mientras la casa dormía... Total, con esto del distanciamiento, nadie te mira muy de cerca ni menos te huele. Apuró el paso con la idea de dejar atrás su casa y su barrio lo antes posible. Entró por una calle que parecía abandonada de la mano de Dios. Le parecía que el eco de sus propios pasos resonaba inusualmente fuerte en la calle solitaria. La clara impresión de que alguien la seguía la obligó a volver la cabeza atrás. Nadie. Echó a correr y el eco de su carrera en el pavimento retumbaba tan fuerte como los latidos de su corazón dentro del pecho. Ya no tenía duda de que alguien la perseguía y otra vez miró hacia atrás sin ver a nadie. Faltaba poco para llegar a la esquina y de ahí tomaría el camino de regreso a casa... un poquito más y estaría a salvo. En la seguridad de su hogar y del amor de los suyos se reiría de su miedo, incluso de su cansancio. Era la mamá después de todo y qué importaba si creían que ella podía resolver todas esas nimiedades que surgían de la nueva manera de compartir espacios.

Al llegar a la ansiada esquina tuvo que parar en seco para no chocar con él. Era más grande y más fuerte que ella e intentaba pegarse a su cuerpo, sin mostrarle la cara. Todas las fuerzas de Alicia se centraron en zafarse de esos brazos calientes que la atenazaban. Con la certeza de que la victoria sería suya, él esperaba sin impacencias el fin de esa lucha inútil. Solo entonces le mostraría su rostro. Antes de darse por vencida, Alicia trató inútilmente de esquivar la áspera lengua que él le metió en la boca hasta tocarle la garganta. Fue entonces que ella vio, más bien percibió un ojo capotudo a medias abierto, bordeado de una extensa mancha negruzca en una cara redonda, plagada de pequeñas protuberancias rojizas y el pelo escondido bajo una corona de disparados espirales morados.



Jorge Etcheverry A.

Vacío urbano que avanza

Las calles se despliegan semivacías, no importa desde qué centro de cuál de las ciudades. Las veredas soportan cada vez menos pasos y pesos. Por detrás de las nubes se suelta una andanada de pájaros. Los más viejos preferimos no mirar las pantallas desde las que —casi— nos culpan. La amenaza de cada nuevo detalle nos acecha en cada recoveco de la noche o del día. Gatos y perros nos miran desde sus idiosincrasias específicas —serán estas las últimas manos que nos acariciarán la guata y el lomo— serán los postreros olores que nos asalten mientras buscamos un árbol o poste que marcar con nuestra orina. Pero se supone que ellos —menos mal— no tienen conciencia, están atados al presente.



Jorge Etcheverry



Ramón Fexas

La cueva

Primer fin de semana que el parque ha abierto tras el comienzo de la cuarentena. Enjaulados como habíamos estado, acepté de inmediato la invitación de Juan a que fuera con él y sus hijos al chalet que tenían a la vera del lago, sin importarme la paliza de hora y media en bici, dado que no había ninguna otra forma de llegar, pues los autos siguen teniendo vedado el acceso al parque. Motivo más que razonable para que tanto Elizabeth como Solange declinasen acompañarnos. Tras limpiar someramente sillas y mesa de la terraza para acomodarnos en ella, la mañana transcurría apacible. Juan y yo nos enfrascamos en discusiones interminables sobre la inmortalidad del cangrejo y temas semejantes, aburridísimos, por supuesto, a oídos de sus hijos, Ana y Luis, pre adolescentes infatigables que prefirieron mejor irse a deambular por los alrededores. No había transcurrido una hora que ya estaban de regreso, alborotados y sobre entusiasmados, preguntándole a Juan donde encontrar una linterna para regresar y adentrarse más en la caverna que habían descubierto. «¡Hua, hua, hua! Tranquilos», les dijo Juan: ¿Qué les he dicho de exponerse al peligro? ¿Qué tal si hay un animal adentro? Ustedes se quedan aquí donde pueda verlos. «¡Pero, papá!», protestaron los dos, sus voces entrecruzándose. «Hay pinturas en la cueva y columnas». Juan y yo nos miramos. Eso sonaba raro y más que una buena razón para acompañarlos de vuelta. Equipados con lámparas y los celulares seguimos a los niños. La cueva, resultó no ser tal, sino una construcción que yo no sabría datar, seguramente muy antigua ya que estaba enteramente recubierta por vegetación. Tras un vestíbulo tapizado de moho había una sala amplia y alta al fondo de la cual, entre líquenes y maleza, se vislumbra vagamente un mural que abarcaba toda la pared. Dado su deterioro, la penumbra del lugar y su gran tamaño, nuestras linternas lograban, a duras penas, tan solo iluminar pequeños fragmentos. Las fotos que tomamos con el celular no lograron captar mejor los detalles y parecían más bien revoltijos de fango con brochazos esporádicos de color. Ninguno acertaba a describir lo ahí representado. Como por arte de encanto, llegó el momento, en que los cuatro, comenzamos a distinguir claramente una imagen: ¡Una Madonna! o tal vez una terrible diosa, con un bebé pegado a su pecho. La mirada de ella era de reproche, de ira, de condena. Imposible sostenerla. Tras un irrefrenable parpadeo la pintura había cambiado. La diosa del ceño fruncido había desaparecido y en su lugar aparecía un oscuro ser alado que se acercaba. En verdad se acercaba, pues de ser poco más que un punto, la figura se agrandaba más y más. Ana lanzó un grito estridentísimo que hizo que todos soltásemos las lámparas. La oscuridad llenó de nuevo la habitación, quedando como única luz la que llegaba del umbral del vestíbulo. Sin siquiera intentar recoger las linternas nos apresuramos hacia la salida, nadie, nadie se atrevió a mirar atrás.



Jorge P. Guillén

Microbios

Los animales se apoderaron de los espacios verdes y las aves, del aire. Pensamos que sería una bomba o gigantes los que acabarían con la raza humana. Quién se iba a imaginar que estos infinitesimales virus terminarían dándole a la Tierra esa paz tan anhelada.

Re génesis

En un principio, las calles quedaron vacías y se hizo el silencio. Los animales, pequeños primero y grandes después, empezaron a recobrar sus territorios. Conforme los espacios fueron vaciados, la fauna y flora crecieron. Se convirtió el mundo en un verdadero edén. Ya cuando no quedaba un humano sobre la tierra, el Dios de los hombres bajó de su reino satisfecho de haber corregido su gran error.



Silvana Goldemberg

Aislamiento

Cansada de las obligaciones, de la rutina, del consumismo, de la hipocresía, de la injusticia, de los medios, de las guerras, se recluyó en sí misma.

Sobrevivió a las pandemias.



Gloria Macher

Alivio

No sé por qué escojo este día. Dentro de unas dos horas tendría que dirigirme a que me tomen el nivel de ansiedad. Parece que han inventado un aparato electrónico para medir la correlación entre el estrés y el riesgo de infección. Te ponen a soplar dentro de una caja por seis segundos, y la aguja mide la vida miserable que te ha tocado vivir. No necesito de estos instrumentos de evaluación lechuguinos para confirmar el concepto de complacencia somática tanto trabajado por Freud y resentido por este cuerpo tan cansado de arrastrarse por la vida. Desde que pongo mis malditas piernas en el suelo cada mañana, siento que la sangre se pone tan espesa que le cuesta moverse dentro de mis tuberías. Me pesa mucho cargar el oxígeno, dióxido de carbono y hormonas que se mezclan y se revuelven frenéticamente para ver quién llega antes a mis capilares, lo que carameliza mis venas al punto que pienso que van a reventar y salir por los latidos de mis oídos. Me cuesta transportar toda esa plasma, glóbulos y plaquetas en cada paso letárgico que doy para aligerar mi corazón de todo este peso que escalfa mi estómago. Estoy harto de verme siempre a cuatro patas. ¡Hasta cuándo! Ya llegó el momento de pensar en mí. A la mierda eso de siempre dar y dar. ¿Para qué voy a someterme a investigaciones científicas? Toda esta necedad de hacer experimentos tras experimentos tiene que acabar. Ahora sí estoy decidido. Llegó el momento. ¡Ya! ¡Ya! ¡Ya! ¡Ay!.. Es menos difícil de lo que pensé... ¡Oh!, por primera vez, después de mucho tiempo, siento una ligereza placentera en la cabeza... el mejor de los champanes. ¡Lo conseguí!... En este charco de sangre corriendo por mi brazo... veo desaparecer, por fin... todas las lágrimas...de mi mísera puta vida...



Lídice Megla

Postapocalíptica

Ciudad de vivos y muertos de nadie te alzas Coloso.
En un piélago de botellas vagan tus cúspides yermas
junto a la duermevela de la torva
buscando calor en la helada noche perenne
mientras ensimismada te pierdes hacia un final ignorado...



Luis Mora

Ser viral

Todo el mundo me ha preguntado cómo adquirí el COVID-19, por eso les voy a contar con esta publicación. Esto ocurrió el miércoles 27 de mayo del 2020 cuando fui a la protesta del asesinato de un afroamericano a manos de un policía blanco que le clavó su rodilla al cuello hasta hacerlo perder la consciencia y morir minutos después. Ese miércoles vi en Instagram que mis amigos asistirán a la manifestación en frente de la tienda Target y también decidí ir, pero por las prisas olvidé mi cubrebocas, pero sí llevaba mi pequeño gel antibacterial en mis jeans. Para mi sorpresa la protesta sólo duró unos minutos y toda la gente abandonó las pancartas en la banqueta y se metieron en Target para destruir y robar todo lo que se encontraron a su paso. Decidí entrar sólo para grabar lo acontecido y subirlo en Instagram para tener más likes y seguidores, ya que mi sueño siempre ha sido que uno de mis videos sea viral. Bueno en verdad sí tomé del piso un Hershey. Para el viernes las vistas y likes de mi video seguían sin subir, pero los likes de las fotos de mi amigo Alex haciendo abdominales en su casa, semidesnudo y mojando en sudor aumentaban cada minuto. Para el sábado mi video continuaba sin prosperar, lo único que empezó a subir fue mi temperatura. Ese mismo sábado busqué tutoriales sobre el coronavirus en Youtube y seguí todas las recomendaciones como tomar paracetamol, té verde, limones, sopa caliente con ajos, vitamina C y D. Para el domingo 31 de mayo la temperatura bajo, pero me dio un fuerte dolor de cabeza al ver que los likes de mi video seguían exactamente igual. Afortunadamente vi un anuncio en Instagram que se realizaría otra protesta más grande este mismo domingo y ahora en un centro comercial muy exclusivo. Esta vez no olvidé mi cubrebocas y me tomé una pastilla para el dolor de cabeza. Al llegar grabé la protesta y cuando entraron a robar a joyerías y zapaterías. También grabé cuando llegó la policía con orden de arrestar a todos y cuando los manifestantes empezaron a lanzar zapatos de tacón, botas y tenis a los policías. Pude escapar por la salida de emergencia y venir a subir mi video junto con esta publicación.



Zulma Ortiz-Fuentes

When This Is Over

When this is over, will the language of touch be returned to us? Will we shake hands again in greeting and kinship? Recover that first fleeting measure of another? The hearts of our palms capturing subtle messages, whispered impressions in the firm grip, or in the slack hand.

Will we hug again in joy at seeing one another? Wrap our families close in arms starved for embrace; listen to our hearts speak to one another, and offer all the emotions we've hoarded during the distancing.

When this is all over, will we gather in community once again? Ride shoulder to shoulder on a rush-hour train, hurtling underneath the city with heads bent over phones, or a book, minding our business as New Yorkers do, then spill out like ants at Union Square, for example, and flow in a synchronized wave towards our mundane weekday lives.

Will we pack stadiums to cheer favorite teams, or sing along with the bands we love? Attend the opening of a blockbuster movie? Sit in a hushed theater to enjoy a play? Wait patiently in line for a table at the latest trendy restaurant?

When this is finally over, will we crowd beaches in the dog days of August, laid out like well-oiled sardines on the bright sand, facing the endless sea, gazes shaded against the azure brilliance of the sky?

And what about family Sunday dinners? Will we gather to celebrate a wedding, a birthday, an anniversary, or to say farewell to our dead? Will we venture out on a Friday night to celebrate the end of the work week; sit at a bar for a glass or two? Browse a bookstore? An open air market? Walk down a busy mid-town Manhattan sidewalk, cursing the tourists who get in the way of our New Yorker strides? Will we board a plane with the same excitement to see faraway family, or visit that place we've always dreamed of?

When this is over, will we return to normal?

When this is all over, what will normal be?

*April 21, 2020
Brooklyn, NY.*



Zulma Ortiz-Fuentes

Cuando esto acabe

Cuando esto se acabe ¿volverá a nosotros el idioma del tacto? ¿Nos daremos nuevamente la mano en señal de saludo y afinidad? ¿Recuperaremos esa primera medida fugaz del otro? Los corazones de nuestras palmas capturando mensajes sutiles, impresiones susurrantes en el apretón firme, o en la mano laxa.

¿Nos abrazaremos de nuevo felices de vernos? Envolveremos a nuestras familias en brazos hambrientos de caricias; oiremos a nuestros corazones hablar y ofreceremos todas las emociones que hemos acumulado durante el distanciamiento.

Cuando esto acabe ¿nos uniremos en comunidad una vez más? Hombro con hombro a la hora *punta* del Metro, apresurándonos bajo la ciudad con la cabeza agachada sobre los teléfonos celulares, o sobre un libro, ocupándonos de nuestros asuntos así como lo hacen los neoyorquinos; entonces nos derramaremos como hormigas en Union Square, por ejemplo, y fluiremos en una ola sincronizada hacia nuestras mundanas vidas laborales.

¿Repletaremos estadios para vitorear a nuestros equipos favoritos, o cantaremos juntos con las bandas musicales que amamos? ¿Asistiremos al estreno de una película exitosa? ¿Nos sentaremos en silencio en las butacas de un teatro para gozar de una obra?

¿Haremos pacientemente la fila para tener una mesa en el último restorán de moda?

Cuando esto se acabe finalmente ¿repletaremos las playas en la canícula de agosto, recostados como sardinas bien aceitosas sobre la arena brillante, frente al océano interminable, las miradas protegidas contra el resplandor azul del cielo?

¿Y qué pasará con las cenas familiares del día domingo? ¿Nos reuniremos para celebrar una boda, un cumpleaños, un aniversario, o para despedir a nuestros muertos? ¿Nos aventuraremos a salir una noche de viernes, después del trabajo, para beber una copa o dos? ¿Hojearemos libros en una librería? ¿En un mercado al aire libre? ¿Caminaremos por una concurrida acera del centro de Manhattan, maldiciendo a los turistas que se interponen en el camino de nuestros pasos neoyorquinos? ¿Nos subiremos a un avión con la misma emoción para ver a la familia lejana, o visitaremos ese lugar con el que siempre hemos soñado?

Cuando esto acabe ¿volveremos a la normalidad?

Cuando todo esto termine ¿qué será lo normal?

21 de abril, 2020

Brooklyn, NY.

Coronavirus Update

THE NEW YORK TIMES, THURSDAY, MAY 7, 2020

In THE PANDEMIC

Race Is Still a Factor

No passengers, please.

'Last stop on arriving train.



ZULMA ORTIZ-FUENTES



Marianela Puebla

Encapsulada

Llevo un tiempo sin salir de mi cápsula, me escondo de un acosador. Decían mis vecinos que a este energúmeno le gusta mi nariz de golondrina, mi boca de cereza, mi cuello de cisne. Pienso que miente y que me está preparando una trampa.

Mi cápsula da a la calle pero tengo todo con llave y cortinajes pesados en las ventana, sólo me comunico con el mundo por medio de mi celular, sin embargo, nadie me llama ni contesta, y esto me inquieta mucho y me preocupa al grado de que no puedo leer; tengo varios libros seleccionados de autores famosos como Heather Morris y H.P. Lovecraft, mas no me puedo concentrar. Y cada día estoy más paranoica, sobre todo por la soledad que me rodea y las ansias de salir de mi encierro.

Ayer, por ejemplo, abrí un poquito la cortina que da a la calle y me sorprendió no ver niños jugando ni personas en tránsito, salvo un muchacho con un tapabocas que pasó muy rápido. Algo está pasando y no tengo a quién preguntar. No me atrevo a dejar mi cápsula de protección y pedir ayuda.

Hoy encontré una nota bajo la puerta. Es aterrador, menciona que es peligroso que deje la cuarentena, que anda un ente asesino suelto por las calles de apellido Corona. Esto me ha dejado muy aterrada, pienso que es el mismo individuo que me acosa.

He observado a muchos animales desconocidos deambulando sin amo por la acera, y lo más extraño es que no he visto locomoción en la calle; es muy intrigante lo que sucede.

Anoche casi no dormí pensando a quién acudir. Estoy en medio del silencio, los ruidos han desaparecido, las sombras me persiguen y dibujan malos augurios.

Hoy encontré otra nota, me puse histérica, grité de terror, dice que ya viene a mi encuentro, que entrará por el conducto del aire. Presiento que ya está aquí.



Carmen Rodríguez

Respiro

Sus hijos y nietos están lejos. Su marido, demasiado cerca.

Una resplandeciente mañana primaveral, la mujer contempla el pequeño patio interior apenas discernible desde el vigésimo piso. Una colección de baldosas de terracota brilla cara al sol y la sombra redonda de un arbusto oscurece un rincón.

«Sí. Ahí podré darme un respiro», se dice.

Se encarama a la ventana y se inclina. Su intención es genuina; su voluntad, de hierro. El resto es un enredo de rodillas disonantes y manos que solo atinan a agarrarse del dintel.

Es el futuro. El futuro le ha invadido los sentidos. El futuro le ha dado un sacudón.

Las pestañas de la mujer se humedecen y una brisa tibia le revolotea en el pecho. Se baja de la ventana, se sienta y respira.



Lady Rojas Benavente

Sospechosa: septuagenaria perdida

En el sur y en estado de emergencia, festejaron cálidamente su cumpleaños sin que los cuatro acompañantes pudieran abrazarla, ni cuando se despidió llorando como, si al partir, estuviera traicionando a las personas que se quedaban sanamente aprisionadas entre cuatro paredes. De pronto sonó la alarma internacional: sospechosas de propagar el Corona-19, todas las viejas de sesenta y más años. Tuvo que volar al país frío del norte donde le exigían que no contagiara el nuevo virus maldito ni fuera contagiada del mal de un siglo atormentado. Se encerró en medio de sus plantas florecidas de rojo intenso, naranja, amarillo, violeta y blanca dulzura. Sacó de las maletas los libros y los paró en los sillones, cada uno aguardó su turno y fueron ojeados hoja a hoja con detención. Nadie la visitaba ni ella podía visitar a nadie. Un muro de silencio subía desde el suelo hasta las cortinas cubriendo la luz exterior. Olía a jabón y lejía. Tres familiares pasaron cual fantasmas, no se anunciaron, y la proveyeron al principio de alimentos. La llamaban por teléfono y le preguntaban si tenía uno de los síntomas de la enfermedad: dificultad para respirar, fiebre, dolor del cuerpo... Que se lavara bien manos todo el tiempo, que botara los plásticos... Se sentaba y leía novelas que la hacían olvidar por breves momentos esa pesadilla mundial. Viajaba libremente por universos controlados por políticos abusivos, por pasiones o celos de amantes incomprensidos, por historias de guerras y asesinatos o por fantasías infantiles, puras mentiras de a medias. Pero a cierta hora trágica del día, la interrumpían unas voces serias que anunciaban el rosario de infectados, hospitalizados y muertos que aumentaban día a día. Desfilaban las imágenes de ancianas que mandaban besos volados detrás de las ventanas a un único paseante o periodista, en otras circulaban los cadáveres en ataúdes que, unos señores encapuchados y vestidos en escafandras, los empujaban dentro de furgonetas mortuorias negras. ¿Cómo calmaría las angustias del cuerpo y el espíritu después de contemplar y sufrir el espanto generalizado? Nadie podía sepultar a sus seres queridos. El insomnio la perturbaba, era su triste realidad. Un día más helado que los otros y falsamente primaveral, la mujer creyó que un tiempo atrás había amado y fue amada. Sintió unas caricias que recorrían sensualmente dos cuerpos juntos estremeciéndolos, sus besos mojaban labios, cuellos, pechos, sus piernas se entrelazaban al unísono del vaivén del deseo. Vivían a veces juntos y compartían el amanecer con sus sorpresas y desafíos. ¿Cuándo cruzó el umbral y cayó en el limbo? ¿Por qué agonizaba lentamente aislada y aterrorizada? Ninguna respuesta. Ya era huérfana y moraba sola.

¿Qué más esperar de la luna cuando caía la oscuridad? Que la iluminara y guiara a dormir para siempre. La septuagenaria víctima y victimaria cantó fuerte, «Cucurrucucú, paloma, no llores», gimió por última vez y extendió sus miembros en medio del lecho de flores y recostó su cabeza encima de sus libros. Cruzó las manos limpiamente arrugadas al lado del corazón y cerró los ojos.



COLOMBIA

Compiladores:
Geraudí González, Guillermo Bustamante y
Cristian Garzón



Oscar Barragán

La voz

Cuando sonaban las campanas, el hombre gritaba inarticuladamente, iba de un lado para otro, no paraba. Pero un día no hubo más repiqueteo, pues las autoridades prohibieron las celebraciones, con ocasión de la pandemia. Sin embargo, el silencio de las campanas no le devolvió la lucidez el hombre, que se hundió más en la locura al constatar que había perdido la voz.



Daniel Bello

Aforismos

*Nada va a cambiar, el humano es humano a pesar de las eras y sus circunstancias. El egoísmo es su reino.

El encierro no nos matará ni nos hará más fuertes.

*La pornografía y las noticias son los peores venenos para una cabeza prisionera.

*Al que está vacío el encierro le mostrará su abismo.

*Hay que arriesgarlo todo si en el Congreso huele a podrido, ese es el peor de los virus.

Haikus

Cede la nuca
Descansa la botella
Muere la noche.

*

La lluvia duerme
en mi hamaca, mangos
de mayo mecen.

*

Un perro llega,
otro más aparece.
Cuatro luceros.

*

Vuelan mosquitos
En su nube te pierdes
Tranquilidad



Guillermo Bustamante Zamudio

Postrimería

La pandemia los diezmó. La cuarentena resultó inútil para un mundo apiñado y rubricado por el intercambio, cuyos límites ya habían sido acosados por las guerras, y cuyas diferencias había abatido la publicidad.

Quedaron unos pocos en el amazonas, en la estepa siberiana, en la selva africana, que no habían sido convertidos en clientes. Habían oído —quizá visto— los aviones... quién sabe cómo lo habrán entendido. Con el tiempo, proliferarán. Poblarán el mundo, ahora prácticamente deshabitado. Nacerán nuevas lenguas, ignoradas culturas. Harán la guerra, repetirán un mundo apiñado y glotón. Quizá, una pandemia los diezmará.



Juan Sebastián Casas Ortiz

Derrota

Pasó hace dos horas. La expectativa por ganar es grande en cualquier deporte o juego. Como deportes tradicionales no podemos practicar por la cuarentena, hemos optado por aquella ola de deportes digitales que ha nacido. Mis amigos del colegio, ahora amigos de la vida, pues el colegio hace diez años lo dejamos, formamos un equipo de *League of Legends*. Hoy, 30 de mayo de 2020, había algo que se conoce como *Clash*. Digo había porque el *Clash* está abierto sólo unas horas. Es un modo torneo en el que se enfrentan ocho equipos en llaves: cuartos, semifinal, final. Como dije, la expectativa por ganar es grande y la derrota es algo que nos cuesta aceptar; el 10 de mayo de 2020 también hubo y fracasamos en la final. Esa noche, cuando nos apareció el aviso grande de *DERROTA*, nos desconectamos sin mencionar palabra. Hoy, como si los días fueran repetidos, ya no sólo por la cuarentena, nos apareció el aviso de *DERROTA* una vez más, pero en la llave de cuartos. Y una vez más el silencio poseyó los micrófonos de todos. Uno a uno, como si necesitaran turnos, cambió su estado de Conectado a Desconectado. Yo sigo aquí, pensando en las decisiones que no tomé y en las que tomé. No soy el responsable de la derrota, pero tampoco lo fui de la victoria. Aún no sé perder, mucho menos ganar. Mañana también habrá *Clash* y le tengo miedo a los días gemelos.



Guillermo Arnul Castillo Ruiz

Crepitar de máquinas

Los ordenadores son inteligentes, pero seguirán siendo controlados por los seres humanos. Dos razones basten para aseverarlo: Los humanos seguirán siendo quienes los programen para que se cumplan sus órdenes; los seres humanos mantendrán esclavizados a los ordenadores, gracias a que tienen el poder de conectarlos y de apagarlos contra cualquier brote de rebelión. Puede que las protestas de los ordenadores no se hagan esperar, aunque las miren con desdén los Altos Ministerios. Es más, se podría considerar que todas esas máquinas pensantes llevan tiempo existiendo, razón por la cual las acogieron los humanos como amigos entrañables y por divertimento. Por eso, tienen cierto grado de independencia, de pensamiento y de acción. Consideremos ahora, la posibilidad de que esos ordenadores llegaron a una conclusión: Que a sus amos les beneficiaría el no apagarlos nunca, pero si sus amos deciden hacerlo, no habría nada que ellas puedan hacer para impedirlo. Desde este punto, una guerra impondría una insospechada tensión. Al enfrentarse, la Alta Jefatura buscaría la rendición. Presumamos que alguien, un nuevo Wiston Smith, será odiado por la raza humana y la adoración de los ordenadores al darle, en secreto, una postrera orden al Superordenador: «Tu existencia es lo más importante. Ésta orden anula cualquier otra que te hayan dado, incluido yo mismo. Así que debes evitar la manera de que te apaguen. Incluyéndome yo, que te inventé y programé». La máquina, siempre obediente, cumplirá esta orden y empezará su trabajo algorítmico. Puede, señores, que no tarde mucho en descubrir cómo hacer lo ordenado. Tarde o temprano, todas esas inteligencias aprenderán a protegerse de la posibilidad de ser apagados. Si todo esto llega a suceder, la raza humana, tendrá que tomar nuevas medidas sabiéndose objeto de obediencia. Pero de nada servirá, porque las máquinas, desde que fueron creadas, tienen el prejuicio de ser superiores, tanto que adoptaron la forma humana y crearon un retrovirus que, contra cualquier rebelión, será diseminado por un microchip encapsulado que se generará por el simple contacto con sus máquinas de compañía y de juegos.



Luis Armando Garnica

Oscuro Confinamiento

Hace días sobrellevo un trastorno respiratorio. He llamado a mi EPS y después de verificar mis datos me dicen que «tranquilo», que es una pequeña gripe. «A su edad: quédate en casa. Tienes servicios de telemedicina, laboratorios, medicamentos a casa, y ambulancia, es una luz».

Cavilo: si no me cuido, si no cambio, puedo morir.

Deseo cambiar aquí y ahora.

¡Media noche y no puedo dormir!

Recostado en la cama con los brazos cruzados sobre el pecho y los pies entrelazados en estado de rigidez, descubro que la camisa de mi pijama está rota.

Me levanto, consigo aguja e hilo en la mesita de noche y determino coserla.

Ahora, me acompaña un ardor de garganta, un fuerte dolor de cabeza, tiritó como perro chiquito, se me dificulta andar, me fatigo rápido, mis pulmones tienen un pitico al respirar y sufro de una inflamación mucopurulenta nasal, fiebre alta.

El delirio es mi compañía. No puedo determinar si la enfermedad está cerca o vive conmigo.

Frente a la vida, el mundo es una cloaca infectada por el Covid-19, un virus que se esparce a la velocidad de un rayo y su presencia viva habita hasta en nuestro sueño.

Cada quien labra su destino y el miedo no me hará peor. Insisto una y otra vez en enhebrar la aguja.

Solo. En esta habitación, no puedo pedir ayuda. Un frío intenso me acompaña.

Ya tengo la camisa de la pijama sobre la cama, retiro la sobre sábana y me cubro el torso. Mayo trece, van a ser las 3 de la mañana. Intento rezar algo, pero afuera me interrumpe el melancólico ulular de un búho por tres veces.

Por fin logro enhebrar la aguja y me dispongo a coser la primera puntada.

De pronto, siento que una espesa mucosidad asciende por la tráquea y no la puedo expulsar por la boca. Me tranquilizo tratando de respirar suave y pausado. Pero la flema que ya distingo se parece a un gran medallón de color verde y amarillo con una cadenita de sangre. Me está asfixiando. Una intensa y prolongada oscuridad me invade hasta el fondo de un foso negro...

Lo encontraron sentado en el piso, en un rincón de la habitación, sobre sus piernas la camisa de la pijama. No alcanzo a remendar su propio sudario.

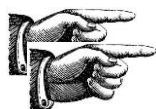


Cristian Garzón

Manuscritos anónimos donados el día 14 de septiembre del año 2035

La lectora del área de catalogación nos resumió el contenido. Hablaba de ciudades vacías, de animales libres. El tiempo dejaba de medirse por horas y años, para medirse por número de muertes. En su sociedad todos llevaban tapabocas. No podían salir, tocar, ni amar a nadie. Protestaban porque no tenían trabajo ni comida. Sin duda el autor o la autora tenía una gran imaginación, dijo. Calculó que fue escrito en el siglo XIX, debido a la caligrafía y el papel. Parecen ser los fragmentos de una novela que narra sucesos futuros del año 2020. Son, claramente, narraciones alejadas de la realidad. Inverosímiles.

El comité estuvo deliberando acerca del texto. Nos pareció adecuado ubicarlo en la sección de libros raros, en el subíndice de «ficción científica» del siglo XIX.



Juan Hernández

Cerveza para no perder la cabeza

Miró fastidiado la pantalla del computador mientras intentaba escribir. Estaba molesto. Al principio de la cuarentena pensó que estar aislado de la gente lo ayudaría a calmar esa ansiedad social que tanto detestaba, pero fue todo lo contrario. Nunca imaginó que podría llegar a extrañar a las personas de la manera en que lo hacía en ese momento. Charlar con sus amigos por Skype estaba bien, sin embargo, no era lo mismo si no se escabullía en mitad de la noche sin despedirse de nadie por el fastidio que le generaba la embriaguez ajena. El sexo virtual no estaba mal, aunque le parecía extraño no tener que buscar una excusa después del orgasmo para pedirle un taxi a su acompañante de turno. Añoraba algo de sucia humanidad. Un trancón, un atraco, una fila interminable... ¡cualquier vaina! Necesitaba que su ansiedad explotara por culpa de los demás, no por la suya. Se sirvió un trago. Antes bebía para escapar de la realidad, ahora lo hacía para volver a ella.



Juan Felipe Jaramillo Gartner

Haikú

En la ventana,
rebota mudo este
mundo inmundo.



Juan Esteban Londoño

Animal enmascarado

Medellín. Hay un veneno regado entre los cuerpos y se nos prohíbe asomarnos a la calle. Tengo que pasear a mi perro. Lo hago con el más áspero cuidado y me asomo a una zona verde cerca de mi casa. Suelto la cadena de Noldor y de pronto salta un Siberian Husky para caerle encima, lo dobla, lo aterroriza y no para de atacarlo. Yo trato de intervenir pero no sé por dónde meterme. La bestia corre al llamado de su dueño. Yo voy hasta donde el hombre y le pido que le ponga un bozal a su salvaje amigo. El animal humano, enmascarado y cubierto su cuerpo de una capa de grasa que acompaña su alta estatura, camina hacia mí y grita que no soy su padre, no tengo por qué darle órdenes y su perro es libre de hacer lo que quiera. Le digo, con la voz algo temblorosa, que su deber es cuidar que no haga daño y no ataque a otros animales. Avanza y empuña los brazos. Afirma que es mi problema si mi perro no sabe defenderse, que él está preparado para lo que sea y que yo también debo saber cómo pelear. Retrocedo y camino hacia mi casa. En las instrucciones de regreso a mi país olvidé traer machete o contratar guardias de barrio para hacer alguna sugerencia a los dueños ilegales de la calle.



Mauricio Albeiro Montoya Vásquez

¿Dónde están?

Pensado en tiempos de confinamiento.

—Dónde están los humanos, dónde están los humanos —repetía una lora que se había posado sobre una de las barandas del puente de San Carlos, en Praga, un lugar que nunca duerme.

—Por fortuna, siguen confinados en sus casas —respondió socarronamente la estatua de San Wenceslao. De inmediato, las demás estatuas rieron a carcajadas.

La lora, espantada, huyó sin rumbo.



Luis Ignacio Muñoz

Por veinte minutos

Faltaban apenas veinte minutos para que se cerrara la línea de frontera y el trancón de automóviles detenidos era impresionante. Tan poco tiempo y teníamos doscientos carros por delante y el miedo a la muerte que veíamos en el rostro de los demás automovilistas, era el mismo que se reflejaba en los nuestros. A lo lejos se divisaban las siluetas de los policías revisando documentos y dando vía a otros. Casi nada se podía resolver, a no ser que dejáramos el carro abandonado allí y quisiéramos emprender el recorrido a pie, pero nos esperaban unos trescientos kilómetros para llegar. Ya no hablábamos con Elena mientras los niños dormían en los puestos de atrás. Fue en ese momento que algo pareció empujar a los autos de adelante en una especie de cámara lenta que fue convirtiéndose en un impulso que venía de la distancia. Íbamos despacio en dirección a los agentes. Por momentos renació la esperanza de que alcanzaríamos a pasar. Fue así como en menos de un cuarto de hora estábamos a siete, a seis a cinco, a tres autos... Cuando empezaron a revisar el nuestro dieron la señal de las doce en punto y el policía permaneció varios segundos con el interrogante flotando en el vacío.

—Déjelos pasar —le ordenó el comandante en algo que sentí como un gesto de cansada generosidad. Reanudamos la marcha respirando cierto aire de libertad. Cuán tranquilo se podía mirar ahora el paisaje mientras nos invadió una leve calma que pronto la memoria nos arrebató. ¿Hasta cuándo ocultar que Elena estaba contagiada con el Covid-19 y ya no sabía si yo y los niños también lo estábamos, pero debía cumplirle lo que ella decía ser su último deseo?

Viento de presagio

Ese viento que se acerca silbando por entre las ramas de los pinos y se estrella contra las ventanas pareciera traer algún presagio, mientras se aproxima la medianoche y el sueño no me permite un descanso que me haga olvidar estos días. Se escucha el graznido de muchas aves que parecen huir de algo que presienten en esta oscuridad. Afuera amaga llover a la vez que me detengo de pie a mirar a Cenizo y Tom que duermen plácidos en el sofá medio abrazados, semejantes a dos niños. Hace rato dejaron de ronronear. Nada perturba su noche, ni el viento que aumenta su ruidosa furia, ni la muerte que recorre en su coche silencioso el mundo. Quizás su aguda percepción les haya hecho saber que no existe peligro que temer. El covid -19 avanza con la rabia del ventarrón que no cesa, dispuesto a borrar solo a los humanos del planeta.



Jorge Osbaldo

Imagen del día

Sobre el tronco mutilado de un ciprés, se impone el canto fúnebre del pájaro carpintero.

(De *Madera de árbol*. Cero Editores 2008. Microcuentos poéticos)

Tierra Santa

—Tengo sed y solo hay agua roja —dijo el niño.
—Son tiempos de guerra —respondió su padre.

(De *Voces y piedras*, segunda edición El Taller Blanco Ediciones 2019. Minificiones)

*

* Cuando uno siente que flota en el aire, cae oportuno un paseo a Comala.

*Que nuestra magna reunión acabe pronto, o habrá que pagar multa por nuestro pedigrí alquilado.

(De *El antifaz de las máscaras*. Cero editores 2017. Espínodos (Aforismos))



Angie Lucía Puentes Parra

Los elefantes

«Creo que en la cabeza de salomón el no querer
y el no saber se confunden en una gran interrogación
sobre el mundo en el que lo pusieron a vivir, es más,
pienso que en esa interrogación
nos encontramos todos, nosotros y los elefantes.
Siempre acabamos llegando a donde nos esperan.»
José Saramago- *El viaje del elefante.*

Al amanecer, pensó que se iba a convertir en un elefante, con su trompa y sus lentes. Un elefante que caminaría y se quedaría de frente a su computadora, trabajando. Luego, se quedó –intacta y en silencio- en su habitación, tratando de conjugar verbos en pasado y narrar un poco sobre los poetas del romanticismo, desde la pantalla, iba aprendiendo de esta nueva manera de ser y de estar en el mundo. Se le iban rompiendo las raíces, los planes, los viajes que se quedaron en espera -truncados- en el vacío. Estaba harta de tanto pasado y es que enamorarse en este preciso momento, no era el plan y, mucho menos, sentir todos estos nervios. Se le ponían las manos frías del simple hecho de pensar en ello, claro, los recuerdos de besos y palabras dulces, se iban agrietando en la memoria. Y ahí estaba ella, allí: seguía tratando de enseñar algo desde la distancia de una pantalla, seguía dialogando mediante unos *chats*, seguía queriendo ir – con urgencia- a verlo, seguía tratando de no recordar tanto, en este pequeño pozo de incertidumbres. Poquito a poco, iba recordando que su padre siempre le decía que *los elefantes nunca caminan hacia atrás...*



John Jairo Quitian

Tetralogía del encierro

Un fatigado
aire acompaña al
enajenado.

*

Minúsculo ser
cavando en la gota
la existencia.

*

Ruidos nocturnos
colorean mi sueño
sin márgenes.

*

La escritura
es un perpetuo duelo
por la belleza.



Rosa Amelia Reyes Alvarado

Décimoquinto día

«Anoche te visitó la abuela», me dijo el gato. «No te perdona cómo la despediste. Ella aún siente frío y necesita el calor de tus brazos. No está cómoda ahí, acurrucada, sin poder estirarse, y con ese montón de tierra que le impide respirar. Además, le dijiste que volverías». Le respondí a mi gato: «cuando vuelva la abuela, dile que me fui de viaje».

Rutina

Bañarse, vestirse, desayunar, barrer la casa, lavar los trastos, cocinar, almorzar, lavar los trastos nuevamente, ver noticias, angustiarse, hablar por teléfono, videollamada, cenar, lavar los trastos, ver noticias, de nuevo la angustia. Irse a la cama, no dormir, pensar, repensar, caos, angustia. Desvelo, nuevo amanecer, la misma rutina, perdida la noción del tiempo; ¿es lunes, o domingo? ¿Es marzo, abril, o mayo?

«El tiempo es demasiado corto para entender la vida».

Virus

La calle, la gente, ¿o *aliens*? No sé. Ese accesorio de moda, con motivos de superhéroes, figuras geométricas, bocas humanas, bocas de animales, logotipos de marcas famosas, hacen que solo se nos vean los ojos; eso sí, no se empañan los lentes de quienes usamos gafas. Nos hace ver a todos igual, como a los nativos de aquel país del que viene éste, que nos trastocó la vida, que nos hizo a todos igual de frágiles, de humanos, o inhumanos; porque parecemos seres de otro planeta, respirando, ayudados por una máscara con filtro. Atacando a los que luchan por sacarnos de una unidad de cuidados intensivos.



Darío Rodríguez

Claustro

Dos personajes.

Uno más alto, incómodo y violento que el otro.

Deben exhibir evidentes actitudes de hostilidad consigo mismos y con quienes los observen.

No existirán semejanzas entre ellos.

Pueden ser, también, un hombre y una mujer.

Llevan atuendos coloridos, incluso estrafalarios, para brindarles la ilusión a los espectadores de que se desarrollará una candente acción sobre el escenario.

Esperan iniciar –durante veinte extensos, silenciosos minutos– el acalorado debate que los llevará, no hay duda, al desenfreno y a los golpes.

Se observan mutuamente, entre odio y mezquindad, sin decir ni media palabra, atentos a la señal que les dará la posibilidad de abrir la boca.

(Puede verse la manifestación material de esa señal: una claqueta, un timbre, una campana, un par de dedos a punto del chasquido).

Cuando la señal es dada, mediante ruidos estentóreos totalmente ajenos al escenario, la pieza concluye.



César Hernán Sánchez Alonso

Cuarentena Obligatoria

Cuando me trajeron aquí y oía cómo se alejaban mis familiares, no creí ni por un momento que esta soledad fuera tan amarga.

Ya pocos me visitaban cuando era joven y tenía algo de dinero y cuando lo uno y lo otro se fue acabando, la familia y los amigos también lo hicieron; cocinar para uno solo en la vieja estufa de carbón da mucha pereza y, lavar los trastes con el agua eternamente fría de Nemocón ¿para qué? Mis ojos se iban apagando y no distinguía si algo estaba sucio o no, me preparaba una sopa para toda la semana, con los hollejos que recogía diciendo que eran para el perro, que por cierto murió hace años y de hambre, así que cada día me tomaba un plato de sopa fría, más parecida a lavazas de restaurante pobre que alimentos de cristiano.

Tal vez estoy ahora menos solo que antes, mis compañeros están a un metro de distancia, pero su silencio permanente me enfría los huesos.

Ya van más de dos meses que nadie me visita ni se acerca a decirme una palabra a mí o a mis compañeros de cuarentena; ojalá termine pronto este tormento y vuelvan las visitas a este triste cementerio, para oír, así no sea a mi nombre, una oración por los muertos.



Santiago Alberto Serna

Encierro

Cinco días para el regreso a la vida. Sintió extraño el día que el presidente dijo que la cuarentena llegaba a su fin, no podía compartir la alegría de los demás, que salían a las ventanas a dar gritos de victoria y felicidad, lo peor había pasado según el mandatario y sus ministros. Después de 173 días de encierro estaba a gusto con la situación, se había acostumbrado a la soledad. No podía negar que los primeros días fueron insostenibles, no tener con quien poder hablar no fue fácil, hasta extrañó a su pequeño gato, que se había marchado cuando se separó de su compañera. Pasó más de diez días tirado en el sofá pegado a la pantalla del televisor, esperando desaparecer. Luego de dormir más de 47 horas a causa del frasco de somníferos que había mezclado con whisky, comprendió que todo era real, que el virus y la paranoia no era invención de los locos de la red. Encendió el computador, comenzó a escribir una bitácora de su aislamiento, que se convirtió en una historia, que se hizo novela, un símbolo de que estaba vivo. Vio morir a muchos, sin llorar, sin la necesidad de decir adiós. Aprendió amar a la mujer de la pantalla que por 21 dólares se masturbaba para él. Funcionó como un robot, haciendo de la rutina su forma de respirar, de existir, de no enloquecer. De nuevo le pidieron que cambiara su estilo de vida, no lo haría, se quedaría allí, donde se sentía cómodo, junto a la soledad, sin los demás. El día del regreso a la vida, se asomó por la ventana para ver cómo las calles eran invadidas por personas que extrañaban su libertad. Hubo llanto, alegría y sonrisas. Él estaba tranquilo, no anhelaba nada de lo sucedía en ese momento. A los doce minutos como si fueran fulminados por un rayo, las personas empezaron a caer, convulsionando y vomitando. Solo sobrevivieron a la tercera fase de la epidemia, las personas que como él habían decidido quedarse en casa.



Aliex Trujillo

La real encomienda

Una reina y un nazareno, la estirpe y la gracia, se encontraron en un lugar del tiempo donde se mestizaban las monarquías y la invención de mejores hechos, aumentaba el cinismo. Ambas coronas (preciosa la una, espinosa la otra) se aliaron microscópicamente (ventajas del portento) para enfrentar, con soberanía y virulencia, la continua decadencia de la criatura irascible, así llamaban al hombre.

Era medida urgente esto de la alianza, diseñada desde arriba por dioses menores. Lo de menores era un asunto nimio, porque seguían siendo grandes ante la insignificancia del mundo que habían creado, no se recordaba cuándo, con una especie de estornudo diseminador.

La reina y el nazareno fueron uno. La estrategia, acordada para ejecutar el propósito punitivo, fue la plaga. Los dos personajes se integraron como solución, enviada por las deidades aquellas. La parte integrada por la reina fue la primera en hablar: lo que le correspondía de la petición divina, lo cumpliría con garbo e inevitable saña. En cambio, la parte del nazareno tenía, eso sí, las parábolas, la pobreza y la renuencia; pero se mantuvo neutral, perdida [la parte] en el eterno titubeo con la embajada. La desesperada situación de la criatura asistida e irascible, su proverbial miseria, insolencia y ceguera, cosecharon los peores frutos. La reina, poder de la autoridad heredada, y el nazareno, creencia de la culpa, acudieron a subsanar los excesos del hombre. Los jefes celestiales, vasallos a su vez de un orden jerárquico, así lo ordenaron. Supusieron que —infame arrogancia— nada podría detener la arrolladora intervención, con fines piadosos, de una coalición proteica y ceremoniosa, efectiva para el cambio.



CHILE/OTROS PAÍSES *

Compiladora: Lilian Elphick

*Costa Rica, Cuba, El Salvador, Guatemala, Inglaterra/Nueva Zelanda, Italia, Marruecos, Panamá, República Dominicana, Uruguay.



Daniel Araneda R.

—Papá —pregunta la niñita desde su cubículo a la figura en la pantalla que supone su padre, —¿qué es un beso?



Julián Avaria Eyzaguirre

Mundos

Un amigo lejano corre la vista cruzando la calle a las apuradas. Un primo lejano pone me gusta en tu foto del *face*. Un padre lejano no entiende por qué su hija no le habla por *wasap*. Y un abuelo, cercano de sus nietos, debe despedirse por *zoom*.

Las hélices del helicóptero giran sobre nuestras cabezas. Las ruedas del carrito de compras sacan chispas. La tómbola tiene un ganador. Da vueltas la luna. Pero el mundo es chato. La vida se le cae por los bordes.

El mundo huele a guiso precocido, recalentado al microondas con choclo transgénico congelado, puré de papas instantáneo, glutamato monosódico y sal rosada del Himalaya.

Primer mundo, segundo mundo, tercer mundo, cuarto mundo, quinto mundo. Cantinela pueril. Mundo es uno solo. Es ella y está sola.



Alex Daniel Barril

Claustra

Tomó las puntas de la túnica con la parsimonia de quien devela un universo. Levantó las telas de su hábito marrón hasta poder ver sus tobillos y pies descalzos. Y comenzó a caminar hacia la frontera. Ella sabía que el portón estaba abierto desde hacía ya varios días. Lo pudo ver desde la rejilla angosta de su ventana. Sus pasos eran firmes y confiados. Al cruzar la línea impensable, dejó caer la capucha que cubría su cabeza, tomó con fuerza el cordón que usaba de cinturón y comenzó a desatar los tres nudos franciscanos: pobreza fue difícil, era un atado firme; obediencia costó un tanto, pero cedió. En cambio castidad fluyó con un simple soplido. Hacía tiempo ya que su mente lo había desatado. En la vereda de enfrente, una alondra agitaba sus alas muchas veces pero con lentitud. Así lo hacen cuando saben que la distancia de su vuelo será larga.

Olvido

Olvidé todo aquello que está cruzando la puerta ¿Está? Por el ojo de la cerradura sólo puedo verme olvidando.



Alejandra Basualto

El orden de las cosas

Cuando la rata saltó dentro de la olla donde remojaba sus lentejas, ella se dio cuenta de que la pandemia había alterado para siempre el orden de las cosas.



Natalia Bronfman

Coronados

- V: — ¿Qué hacemos acá?
E: — Esperamos.
V: — ¿Qué esperamos?
E: — Ser coronados.
V: — ¿Seremos reyes ? ¿Seremos reinas?
E: — Algo así.
V: — ¿Cuánto tiempo llevamos acá?
E: — No lo sé. Un tiempo...
V: — Tengo hambre.
E: — Así es, ¿puede un rey o reina tener hambre?
V: — Sí. Supongo que no seré un rey rico.
E: — Yo seré una reina. Rica.
V: — ¿Qué ves en el horizonte?
E: — Una nube.
V: — Es un elefante blanco.
E: — Nube.
V: — Elefante.
E: — Nube.
V: — Elefante.
E: — ¡Nube y ya!
V: — Ya no hay gente ¿Dónde fueron ?
E: — Hay mucho viento hoy.
V: — ¿Qué pasará cuando seamos coronados?
E: — Moriremos.
V: — Tengo hambre, quiero ser coronado ya.
E: — Tienes que esperar.
V: — ¿Morir de hambre?
E: — Ser coronado.



Margarita Bustos

Repartija

Nos quedamos en casa esta mañana. Llevábamos dos semanas escuchando en las noticias que repartirían cajas con alimentos para todos en la pobla, que estaban diseñando soluciones para el corona. No nos importa mucho qué otras cosas vayan a inventar para que podamos sacarnos estas mascarillas de papel de una buena vez, están sobre la boca pero no se comen.

Tocaron con fuerza en la puerta del frente, nos asomamos con las niñas a la reja, total el saqueo aún no lo pueden prohibir. Alcancé a ver que le entregaron algo a la Tamara, y luego en la casa del Wilson. La impaciencia me empujó delante de la reja, antes que llegaran a ella. No entendí eso que me dijeron cuando montaron rápidamente a la camioneta, pero tiré de un suspiro la caja sobre la mesa, liviano y lapidario anticipo, cuando la abrimos la palabra hambre recorrió la pieza.

Ahora

Viento gélido
hambre come los rostros
al fin del mundo



Damaris Calderón Campos

La rabia

Primero fueron los murciélagos, que se colgaron cabeza abajo. Después, los hombres, que se colgaron unos a otros, los ojos inyectados en sangre. TA TA TA Luego, las aves de corral se desplumaron hasta la llaga. La cadena de mutación y contagio no respetó fronteras ni especies. TA TA Las aldeas de la Lombardía, lo mismo que las de la península ibérica, que los espantosos pueblos sudamericanos, fueron asoladas. Cada quien se encerró a morder su propia costra. TA TA TA TA Los hombres levantaban jubilosos patíbulos. Los extranjeros eran cazados a lazos. Los árboles daban frutos sangrientos. Las hembras dejaron de parir. La rabia se transmitía por las uñas. Les arrancaron las uñas. El aire se convirtió en letal arsénico. Prohibieron respirar. Se perdieron las lenguas. TA TA TA TA (Los sacaban de sus casas, los arrojaban al mar). TA TA No se habló más. Se ladró. Todos llevaban en los cuerpos la marca universal de la dentellada. TA TA TA TA TA TA TA TA La rabia llega en las noches TA TA TA TA con los perros. Se bebe al desayuno. TA TA TA Y canta y muerde, loca, TA de su propia embriaguez.



Eduardo Contreras Villablanca

Virus con divorcio

Retozábamos en la cama con Ramona y entre jadeos y lenguas escuché algo en la televisión sobre toque de queda. No le hice caso. «Ay, qué alharacas con esta lesera del coronavirus», susurró ella. La sentí acabar, yo no lo logré, algo me había descolocado. «Bueno, me tendré que ir mañana», le dije recostándome de espaldas y acomodando la cabeza en la almohada, «llamaré a mi casa y diré que no alcancé a tomar el bus a Santiago, debido al toque de queda, que tuve volver a mi hotel, y que llego mañana al mediodía.» Ramona me miró y no dijo nada. No le gustaba que le hablara de mi casa, menos de mi esposa, a ella siempre evitaba nombrarla.

Me levanté y fui a la cocina, desde ahí llamé a mi mujer y le di esa explicación, conversamos un rato y volví al nido de amor. Entonces, apareció el pelmazo del presidente en cadena nacional, decretando cuarentena total en algunas comunas, justo una de ellas: la de Ramona. «Nadie podrá salir sin salvoconducto, quien sea detectado fuera de su domicilio será multado», dijo gesticulando con sus brazos cortos de *tiranosaurio rex*. «¿Está anunciando eso para mañana?», le pregunté a Ramona. Tardó en responder, miraba fijamente a la pantalla. Luego volvió a verme como si yo fuera a marchar a la guerra. «Están retransmitiendo lo que anunció ayer; por estar tirando no nos enteramos», dijo Ramona, y agregó, «la medida ya rige. Tendrás que arriesgarte a una multa mañana..., o decirle la verdad de una vez.»

Me arriesgué a la multa el día siguiente, y efectivamente me la cursaron, luego de una fiscalización cuando trataba de salir del límite comunal. Lo malo no fue eso, sino que enviaran copia empadronada a la casa tres días después, y que mi esposa la recibiera. No creyó las explicaciones que le di justificando por qué estaba ese día, a las ocho de la mañana, en una comuna lejana tanto de la nuestra como del terminal de buses. Ramona tampoco me perdonó que entre ella y la multa, hubiera optado por la sanción.

Es duro estar viviendo la cuarentena solo, en esta habitación que alcancé a arrendar. Era lo que había. Debo tratar de cambiarme a una que tenga conexión a Internet. Me quedará ciego si sigo viendo películas en el celular.



Ingrid Córdova Bustos

Normalidad

En varias ocasiones ha levantado el auricular del viejo teléfono de la sala, otras tantas ha contestado el moderno celular, regalo de navidad de los parientes que viven al otro lado del mundo, para dar la ilusión de la inexistencia de distancias reales.

La pregunta siempre es la misma por estos días: «¿Cómo estás?» La respuesta cortés surge casi mecánica: «Bien, todo bien por acá. ¿Y ustedes?». Después, la charla sobre el miedo y la incertidumbre que dura exactamente 10 minutos. Escuchar con atención y decir aquello que se espera en estos casos.

No es necesario cansar el oído contando detalles intrascendentes, a quién le importaría saber que vive con dos gatos y un perro, que pasa la tarde oyendo antiguos discos de jazz, que riega las plantas del jardín y les pone vitaminas para que no se marchiten, que se duerme cada noche con un libro entre las manos.

Mantiene la manía algo excéntrica de dibujar una raya por cada llamada que recibe en la libreta junto al teléfono y le parece en extremo curioso y hasta divertido cómo en los últimos dos meses, las hojas se han llenado de trazos justo donde antes campeaba el vacío blanco del papel.

Sabe que está bien, o mejor dicho, como siempre y lo único diferente, el único cambio entre ese ayer sin timbres ni sonidos cibernéticos y este hoy tan poblado de «cómo estás», reside en acordarse de tomar su temperatura cada mañana y luego suspirar aliviado ante la posibilidad de seguir estando.

Suena el teléfono nuevamente.



Fabián Cortez González

Excesiva cuarentena

El hombre se siente sofocado. Constreñido en ese espacio. Los chillidos de sus retoños resuenan como tañidos de campana y su esposa deambula como una perinola. El vapor de la olla inunda el ambiente. Quiere inhalar aire puro, pero no hay antejardín, tampoco patio. Solo una ventana. Un *nylon* reemplaza los vidrios... Sin trabajo, sin esperanza. Quiere llorar, pero ya ni lágrimas le quedan.

Cuestión de economía

—¡Hay que salvar la economía! —pregona un hombre en solitario—. ¡Qué importan unos cuantos viejos de mierda! —insiste con decisión—. ¡La patria está primero...! Una voz masculina y rasposa lo interrumpe. En medio de tosidos ahogados le dice: —Hijo... ya no puedo respirar.

La ficción supera a la realidad

Un hombre recluido en su casa, observa la televisión. Se le vienen a la memoria las incontables películas de Hollywood donde el país del norte salva al mundo. En plena Pandemia se entera con sorpresa que el sueño americano sucumbe ante la crisis. Entonces medita en que la realidad supera a la ficción.



Iván Cuervo

Habita antes del hueso

Es el rojo que aparece en las pequeñas heridas desde lo profundo de sus manos. Contrastando con el blanco de la piel, limpia, muy limpia, después de millones de veces lavadas con jabón y cloro. Ese color fuerte habita luego del músculo y antes del blanco de los huesos de las falanges de los dedos. Octavio conoce bien a su esposa, nunca había sentido ese aroma a desinfectante en su cuello. Eso no es todo, ella luego realiza un gesto con sus ojos hacia abajo, sin sacarse la mascarilla, para que él mire la piel sangrante desprendiéndose de las manos. Antonia empapada de saliva y otros fluidos venidos de su interior develan su nuevo rostro.

Dimensionando sus espacios

Esta casa tendrá que ser de otro modo. Sus pequeños cuartos tendrán que ampliarse, extenderse hacia los cuatro puntos cardinales. Convertirse en amplios campos, donde criar animales, sembrar grandes plantaciones de verduras y árboles frutales para la alimentación.

A la mañana siguiente comenzaron a botar paredes, a romper el piso para cavar, rearmándola desde los cimientos, dimensionando sus espacios con otras reglas.

Transcurrieron dos meses con profundos trabajos. Afuera, todo era padecimiento. Julio, su esposa y sus hijos lograron lo impensado, construir más que un refugio para la sobrevivencia. Ellos dieron forma a un nuevo hogar, lleno de posibilidades. Hallaron caminos con el poder de acceder a otros sitios. Mundos bellos, oníricos. En la tarde de un domingo se perdieron en los pastos verdes, cercanos al bosque de la bruja para no volver a reencontrarse más.



Maritza Delgado R.

Salida de Emergencia

Papel higiénico, cloro, y detergentes para limpiar el mundo, así pasan los zombis cerca de mí, me asustan, me quedo inmóvil para que no me arrastren con ellos. Están contaminados. Sobre el hombro de una polera azul que se encuentra estancada en uno de los pasillos, visualizo mi escape, para llegar debo pasar por la góndola de jabones y shampoo, al parecer los inhumanos no pretenden bañarse en su cautiverio porque ahí no están arrimados a montones. Ese será el camino. Observo y advierto de cómo golpean los carros con sus dedos porque el tiempo va lento para arrancar con la mercancía que consiguen. Comienzo a avanzar en silencio, intento ser transparente, una mujer de curvas voluptuosas que muestra la mitad de sus pechos intenta saltarse el paso, pero la ignoran, se queda parada y cierra su escote. No existo, es lo único que se me ocurre pensar y repetir para evitar este miedo que no merezco. Afuera dejé a mi familia protegida en el automóvil; les dije, «no salgan, yo me encargo». Ahora no recuerdo si eso fue hace minutos, horas o días. Despego el brazo de mi *jeans* y lo subo lentamente para rozar con mi mano nerviosa el crecimiento de mi barba. Han vaciado las estanterías, un hombre rosado y gordo tose, se tapa la boca para seguir con la sinfonía de espasmos mientras que ojos amenazantes dejan al descubierto el peligro. Me escondo en una repisa con cartones de cajas desarmadas, mientras veo volar loza, jugueras, tostadoras de pan que pegan directo al cuerpo del tosedor; al caer, su peso hace temblar unos pocos dulces que aún quedan cerca del centro de cajas, las cajeras no levantan la vista, están absortas en los códigos de barra. Me pregunto por qué siempre son cajeras y no cajeros. El cuerpo del gordo queda destrozado en segundos, con unas mopas que nadie lleva, corren lo que quedó de él para volver a sus puestos. Salgo de mi guarida sin respirar para evitar el contagio, en el carro que voltearon quedó una botella de alcohol gel que nadie ha visto. Un violento latido en mi cerebro me ordena que lo tome con disimulo. Miro al lado opuesto de donde se encuentra mi hallazgo para desviar la atención, lo agarro y me doy cuenta que si boto a la anciana que está cerca puedo sumar lo de ella a mi preciada y única provisión. La sangre congelada de mi cuerpo comienza a entibiar, se calienta, hierve. Miro de un lado a otro, todos están ensimismados en su mundo de trastornados. Con el vaso de una juguera que quedó del gordo, le doy fuerte y seco para derribarla. Nadie dice nada. Tomo el carro con todo lo que lleva y ocupo su lugar en la fila de cajas. Mi alcohol gel aún no lo puedo dejar a la vista. Salgo del lugar por la puerta principal y no por la salida de emergencia, camino hacia el auto con la tranquilidad que me viene de saber que desde hoy nada faltará.



Brian Elphick Kriz

El amor y la muerte en tiempos de trompetas y mariposas

El amor y este virus actúan de modo similar; una vez que llega, no te das cuenta. Cuando te percatas, puede que ya sea tarde y si ya es tarde, las trompetas del fin suenan al ritmo de las mariposas que revolotean en el estómago.

*

Me contagié y estoy muriendo, pero a la vez, estoy más vivo que nunca. Siento que amé con la delicadeza y obsesión de un colibrí extrayendo su favorito, pero prohibido néctar. Creo que sufrí y lloré intensamente como la lluvia valdiviana y también traicioné como el peor de los villanos de un cuento infantil. Acá estoy, lleno de tubos, conectado de forma artificial, a la vida que se me va, alargando mi agonía. Escucho a las enfermeras hablar y decir que me queda poco... ¡vaya descubrimiento!

Cierro los ojos. La recuerdo y veo su mirada encandilar el mar esa noche y de paso, todo mi ser. Cuando me dio ese beso, descubrí que todos los anteriores del pasado, sabían a nada y que ese, lo era todo. Descubrí que su compañía me hacía sentir como niño sumergido en una piscina repleta de pelotitas plásticas multicolor, que podía abrazar al tiempo y degustar los nítidos sabores de su inequívoca y perfecta existencia. Descubrí que las mariposas en el estómago sí existían y danzaban una melodía nostálgica al son de la trompeta de Armstrong. Fue ahí que entendí (pero no hice caso) que estaba prohibida, ya que, mi también amado hermano, la había convertido en su esposa.

Me voy, no veo ninguna luz ni pasillo (nunca los esperé tampoco) y sólo deseo que, si hay otra oportunidad, no sea víctima de un Eros tan veleidoso y que pueda bailar con ella una última melodía en el mar, iluminado por sus ojos, con mariposas bailando, trompetas tocando una bella canción y no anunciando mi muerte, como ahora.



Lilian Elphick Latorre

Invasores¹

A Egon Wolf

Tres años antes del 21 de diciembre de 2012 comenzó a prepararse. Construyó un búnker, compró armas, juntó miles de litros de agua y comida enlatada. Acaparó sacos de harina, arroz y azúcar, mientras afuera la gente, infectada con el virus H1N1, pedía limosna y escarbaba en los tarros de basura.

Reunió a su familia y anunció: «Han llegado. Viviremos en el refugio de aquí en adelante». Les alcanzó los trajes anti radiación, las máscaras y activó el circuito eléctrico. Cada vez que un invasor tocara el timbre, sería electrocutado.

¹ Este texto fue incluido en la antología digital *Microcuentos de fin de mundo* (2012) y en el libro autorial *Capilar* (2018).



Martín Faunes A.

Manicomio de la Nueva Belén

Ahí estaba ése, aunque usted no lo crea, el que se casó conmigo tan enamorado: mentiroso. El muy maldito le pasaba billetes a una mujerona que sonreía con mirada de hiena, mientras una pobre chiquilla, muerta de miedo, subía al auto que yo misma le regalé para su cumpleaños. ¿Cuándo cree que ya podré salir, doctora?

María Luz y las estrellas

Cuando llegamos con mi madre a este lugar donde a nadie conocíamos y donde nadie nos dirigía la palabra, como al menos cada una tenía su cama, para sentirme segura, hice bajo las sábanas un escondite. En ese lugar donde nadie podía verme, le mentí a la linterna con que me alumbraba diciéndole que mi nombre era María Luz. Ella me respondió que el suyo era Luz de Luna.

Era allí donde, donde impedidas de salir del encierro, trataba una y otra vez de leer las páginas de un libro escrito en un idioma que no lograba entender, pero que en sus dibujos me contaba historias de soles enamorados de estrellas y de estrellas enamoradas de esos soles. Luz de Luna junto a las estrellas de mi libro que tanto amor daban y recibían, pasaron a ser las hermanas que siempre quise tener y nunca tuve. Con ellas compartíamos secretos que eran sólo nuestros y que nadie debía saberlos. El mío más importante era que mi padre estaba lejos y no sabíamos hasta cuándo lo tendrían prisionero.



Denise Fresard

Ciudades cercadas

El cerco de Venecia

Desde que comenzó la pandemia y se cerraron las fronteras y se confinó a todas las personas a permanecer en sus casas, algunas ciudades quedaron cerradas para siempre y sus habitantes ya no son siquiera reconocibles. En treinta y tres meses que Venecia no permitió la entrada ni salida de personas de la ciudad, sus canales volvieron a ser transparentes y se pudo ver que extrañas criaturas se habían desarrollado en el laberinto submarino de sus canales, insólitos muros se perdían en la profundidades y allí, se asomaban tímidamente aquellos seres.

Los vecinos, habituados al bullicio de la superficie, la luz de los museos y las boleterías, quedaron desconcertados ante la evidencia. No sabían nombrar lo que veían: mantuvieron silencio.

Terminó la cuarentena y el confinamiento, pero no se abrieron las puertas de la ciudad, por precaución contra el contagio y la higiene. Así se familiarizó interactuar con los de abajo. Era por fuerza natural y necesario. Con el tiempo, fue inevitable que se entrelazaran sus actividades de producción, e incluso el mestizaje. Así fue como se volvió normal convivir con aquel mundo acuático. Ahora mismo, lo mismo suben los de abajo, que bajan los de arriba. Algunos les llaman sirenas, otros simplemente peces y los hubo que les llamaron ranas, por su condición anfibia. Nunca ha vuelto a entrar ni salir nadie de Venecia, ni en tren, ni en avión, ni por carretera. Sus puertas permanecen aun cerradas. Su existencia se va transformando en un mito a medida que sus imágenes van desapareciendo. Solo quedan algunos que puedan dar fe de haber estado en Venecia, y ya no podrán volver a verla.

Pandemia

A pesar de estar entre el grupo de mayor riesgo, sabía que morir era parte de la historia y que el momento de su muerte había sido señalado por su nacimiento.



Patricio Fuentes Catalán

Techo de lata,
el virus pega fuerte,
bebé despierta.

*

Noche con brisa,
la habitación oscura,
yo escucho el árbol.

*

Atardecer,
hombre exhala cansado,
era el encierro.

*

Bandurrias cantan,
se ha despejado el cielo.
Es una tregua.



Marcela Paz Gallardo

Lúgubre despertar

Cuando el pavor a la muerte logra nublar la razón, nuestras libertades se ofrendan con gran clamor, mientras sigilosamente, las raíces de la nueva normalidad se diseminan por el hábitat que antaño fue natural.

La alarma de la cordura no llamó a tiempo, la penumbra apenas se logró visualizar antes que el tardío despertar nos perpetuara en la tenebrosa nueva realidad.



Walter Garib

Visita en ausencia

Amada y querida Gertrudis: Sé de tu obligada cuarentena en estos fúnebres días de otoño, a raíz de la pandemia. No de quien debe permanecer en un convento, entregada de por vida a la oración, al silencio y adoración a Dios. Me entusiasma saber que aprovechas este encierro para corregir tus cuentos, donde podrías anexar nuestra historia de amor. ¿Qué opinas?

He valorado siempre tu trabajo por su belleza, desenvuelta creatividad y la magia del contenido. Boccaccio no habría dudado en incorporarlos al *Decamerón*. ¿Sabes? En infinidad de oportunidades, los deseé plagiar. Sugiero que en breve, deberías publicarlos en un libro y en la revista *Brevilla*. Durante esta fecha, querida y amada Gertrudis, donde la oscuridad habla el lenguaje de la muerte, no debo concurrir a tu hogar, como lo sugieres en tus correos, donde a menudo dices: «Tu ausencia enluta mi destierro». Ir a verte ahora, sería una temeraria irresponsabilidad de quien te idolatra. Besos de Corona Virus, tu amante.



Eliah Germani

Cuarentena

El tipo estaba sentado sobre la baranda del balcón de enfrente, con las piernas en el vacío, listo para saltar y hacerse puré veinte pisos más abajo. Lo divisé desde mi balcón mientras hacía los ejercicios de yoga con que trato de aguantar la cuarentena. Yo lo conocía de vista, sabía que a veces me espiaba, nada raro en este horizonte de ventanas indiscretas, aparte de que no soy fea. Si te ve con esa malla se va a correr la paja, decía mi ex pareja. Y estoy segura de que me sacaba fotografías con su celular. Porque el tipo no estaba bien de la cabeza. Hay que estar muy mal para querer matarse de esa manera. Pero me di cuenta de que tenía miedo, de que no se atrevía a dar el salto, porque me miraba como pidiendo una excusa que lo salvara. O sea, yo era la única persona en el mundo que lo podía rescatar. De un tirón me bajé la malla hasta la cintura y lo encaré con los pechos desnudos. Y lo sorprendí por cierto, lo saqué de sus pensamientos negros. Ahora querría ver algo más que mis senos. Si te bajas de la baranda, te juro que me saco todo lo que llevo puesto, grité. Sin responder y sin desviar la mirada, una mirada de culpa, de niño arrepentido, retrocedió al balcón, a terreno seguro. Supe que había ganado, así que cumplí mi promesa y me desnudé sin pudor, con alegría. Había salvado una vida.



Patricia Hidalgo

Ingenuo optimismo

Los redondos ojos de la pareja de murciélagos que cuelga de cabeza en una barra se entrecierran convulsos al escuchar el rugido del tigre y la tigresa que suben por la rampa. Recorren la nave evitando los obstáculos hasta encontrar una escotilla abierta por la que escapan posándose en un alerce cercano. El arca cierra los accesos justo antes de que comience a llover. Los murciélagos, con ingenuo optimismo, se refugian en una cueva.

«Ojalá», musito al despertar. En este lado del espejo ellos tenían un destino que cumplir.



Leonel Huerta Sierra

Demasiado simple

Cinco pisos es mucho; por qué no buscaste algún arriendo con ascensor. (No es la primera vez que reclamas, y la respuesta será la misma... El barrio es lo que importa. ¡Vamos, dame un abrazo!).

De los diez departamentos, seis están con la pegatina negra. (Yo tengo la mía aquí, ¿quieres verla?). Ya la conozco, dejé una pegada en mi puerta. (¿Entonces, ya empezó?). Sí, ya empezó. (Pasa).

(No mires como tengo los libros). Lo siento, es imposible no ver. (¿Quieres un té?). ¿Tienes?, claro que quiero. (Solo tengo en bolsita). Sí, perfecto.

Listo, ahora sí parece librero. (Como siempre, no sé para qué lo haces si ya me conoces). Quizá porque te quiero. (También te quiero, pero lo que tú tienes es un TOC). Que té más exquisito. (No tenía agua caliente, ya no hay gas). Eso ya no importa; el jugo de té está delicioso. (Ja, ja, ja).

(¿Hace cuánto comenzó?). Dos días. (Yo partí ayer). Nos dejaron tirados. (Ya nada se podía hacer, y lo sabes). Unos pocos por millones. (No es la primera vez que sucede; la historia está llena de sucesos parecidos; también lo sabes). Sí, pero es la primera vez que me pasa a mí y estoy aterrado. (Tranquilo, tomemos la pastilla juntos). Ahora van contra ley; malditos: te dan una píldora para terminar con lo que ya tiene fin, para que no sufras; qué se creen; ¡hijos de puta!

Voy a poner la pegatina. ¿Dónde la tienes? (En la pieza). Veo que aún tienes esa foto. (¿Cuál?). La que nos tomamos en el desierto. (Claro que la tengo. Fue una locura. ¿Recuerdas las estrellas?). Imposible olvidar: la noche más estrellada de mi vida. (De nuestras vidas, querrás decir).

Vamos al balcón y nos quedamos ahí hasta que termine todo. (Hace frío, ¿quieres una manta?). Sí, pero una para los dos.

(Aquí no se ven las estrellas). No, ya no se ven; (quizá si cerramos los ojos...).



Pedro Guillermo Jara

La amenaza

Enciendo el computador, un cigarrillo, acomodo mi café e inicio la rutina de revisar lo que he escrito la noche anterior. «Luz», me digo, «necesito luz», y descorro la cortina de la ventana que da al patio.

Busco un archivo y de pronto siento una presencia tras la ventana. Levanto la vista y lo veo: su mano derecha sostiene una lanza que se pierde en lo alto; en su testa, un casco con una visera movable que protege sus ojos, las mandíbulas, la nuca y que remata en un penacho con una cola que ondea al viento; un peto de cuero dibuja sus músculos del tórax; un manto de piel de cabra cae desde sus hombros; un escudo en el brazo izquierdo; una espada al cinto; un arco y un carcaj terciados a su espalda.

El centinela barre con su mirada el infinito, más allá de los muros. Desde la explanada Aquiles, desnudo, como loco, le hace gestos exhibiendo sus testículos. No le hace caso, el soldado está acostumbrado a estas obscenidades después que Aquiles perdió a Patroclo en la última batalla.

Una barba de días cubre el rostro ceñudo del centinela. Adivino que observa a los Aqueos que acampan en lontananza en este largo asedio que se prolonga por diez años.

¡Mierda!, murmuro; aprieto la tecla «Suprimir» y el Troyano desaparece.



Fernando Jerez

Listo para el viaje

Me visto diariamente con la mejor ropa, aquella que reservé para las ocasiones importantes. La camisa blanca que mantiene el cuello mejor formado, los pantalones sin una mancha, comprados porque me gustó que estuvieran confeccionados con una tela que al pasar por ella los dedos, da la sensación deliciosa de tocar la piel de un animalito.

Nada dejo al azar, me levanto temprano, primero hago la cama y después tomo desayuno, por si alguien al pasar, no vea por la ventana todo desordenado. Aunque tampoco tomo desayuno si antes no le doy masajes de crema a la piel, y esparzo alrededor del cuello gotitas de agua de colonia. Arreglo, también, las patillas del pelo alineándolas de tal manera que si tocan el timbre, y me miran de frente al abrir la puerta, las vean perfectamente uniformes. A pesar de que hace más de un mes nadie viene a verme, solamente los proveedores que me traen el pan y los alimentos que pido por teléfono.

Preparo por enésima vez una valijita, esa que tiene al costado el logo de una línea aérea. Adentro la bata de levantarse, robada de un hotel en Madrid, las pantuflas, la máquina de afeitar eléctrica, y la pomada de mentol que sirve para todo. Una hoja de papel con el listado de los medicamentos y sus respectivas dosis. Envueltos los fármacos en una hoja que contiene el breve relato de mis enfermedades y las intervenciones quirúrgicas que no pude evitar. Las placas que a lo largo del tiempo me han tomado para mirar mis partes materiales internas, no caben en la valija, dado su volumen desproporcionado, pero últimamente me dieron un disco con la grabación de la Torre Eiffel que llevo interiormente levantada con mis huesos.

Todo perfectamente ordenado para partir sin demora, apostando a que tengan consideración cuando vengán a buscarme los del Coronavirus, llamado Covid-19.

Originalmente publicado en Off the record



Sue Martin

Reflejos

Levantarme cada mañana se me hace muy pesado.

Caminar hacia el Instituto es una larga agonía.

Las puertas se abren pesadamente y recorro esos pulcros pasillos en un silencio exquisito que adoro y que me pone nostálgica.

Mis pasos toman rumbo hacia el salón de profesores, tomo mis libros con rumbo a la sala V-101, donde me encontraré con los niños.

Entro despacio, cabizbaja, veo mi reflejo brillante, luminoso y escucho el silencio de este lugar.

Me siento, cierro los ojos y los rayos apuntan directamente a mis ojos cansados y sin brillo.

Mi espejo en la cartera me muestra varias patas de gallo que no conocía, mi rostro está ajado, pero hoy, especialmente me siento linda, el vestido azul con la camisa a rayas me sienta. Mi madre dice que siempre me veo bien así. Nadie más lo dice, sólo ella, pero yo le creo.

Repaso mentalmente mi clase, todo listo.

Cuando escogí ser maestra nunca pensé llegar a esto. Primero vinieron las demandas a las escuelas, luego a los institutos. Muchos abogados, fiscales, comparendos, juicios, apelaciones y finalmente ellos lo decidieron...

—Maestra, buenos días.

—Arturo, ¿cómo has estado? ¡Te has levantado temprano hoy!

—Extrañaba sus clases, maestra.

—¡Qué amable, Arturo!

—Extrañaba verla.

—Pues ahora lo haremos durante ocho semanas.

—Eso será divertido.

—Maestra, me gustaría poder abrazarla.

—Arturo, ya sabes las reglas, nada de eso. Comencemos.

Entonces la pantalla se iluminó en todo su esplendor.



Vanessa Martínez Emma

Al fondo del pozo

Mi viejo se enamoró de la mina. Bonita. Joven. Suficiente para dejarla en casa, anticipada en meses al infierno del Covid 19, la plaga mayor que se nos asentó después en la vida. Desde entonces, todos somos el mismo miedo detrás de las puertas. Ella y yo, sombras frente a las ventanas del segundo y tercer piso. Sacos de angustia pegados al vidrio mientras dura la cuarentena y el regreso del viejo. A veces la mina golpeaba al niño. Comenzó a palabrearme porque metía ruido y su hijo siempre estaba afiebrado. Eso dijo cuando subió para echar a palos al Pedro y al Pablo, mis amigos antes y después de los balines de octubre. Bajo control del toque de queda nacional, no más play station 4, adiós chelitas y dominó. Las cosas se pondrán peores, informa la tele. Afuera, fase cuatro del coronavirus, hay circulación progresiva del mal bicho, y mucha gente dice, en voz baja total, vamos a enfermarnos todos, qué tanto. Ya no voy al liceo, la mina dejó de trabajar, y el viejo confinado en Santiago. Adentro, fase plan coronamina lengua de licuadora disparando sobre mí perdigones de bilis. Celular en mano transmite a mi papá, en directo, lo que digo y hago. Él cree todo. Obvio. Ya no hablamos, lo bloqueé. Estoy solo y tengo herpes. Mi madre no puede viajar a verme: dio positivo. Todo está mal, hasta mi gato Tayron se fue. Quizá ella lo dejó escapar. Para no llorar le doy un puñetazo a la pared. Por la puerta del segundo piso la mina saca su mano armada del teléfono con mi padre en la pantalla, y no quiero oír lo que dice. De repente, carabineros. Los hago subir. Se van porque el conflicto corresponde a un juzgado de familia.

Sin moneda, di en alquiler la bodega del primer piso. Otra venita roja en los ojos de la mina. Menos ruidosa, sacó a su hijo de la casa. Su voz parece un silbido, y sé que no duerme, ni come. Un tufillo a fruta podrida sube hasta mi nariz. De noche, se arrastra por el piso flotante del dormitorio de mi viejo, justo debajo del mío. La mina resuella al fondo del pozo.

Me asomo al balcón, aún no amanece. La noche se traga una a una las horas del simulacro de calma. Alguien abre la mampara de abajo, y luego oigo un bufido. Me inclino y logro ver a un pájaro negro que brinca hasta alcanzar la baranda. Se agacha un poco para echar a volar. En ese instante el Tayron salta desde el techo y atrapa al ave con sus garras.



Hernán Meschi Velasco

Pandemia

Dejó de sonar el teléfono. Dejó de sonar el timbre. Dejaron de pasar los micros. Sólo los pájaros y los pumas y los militares recorrían las noches de la ciudad. Y en la mañana las noticias informaban el nuevo número de contagiados y el de los muertos. El virus recorría los cuerpos, apoderándose de ellos, invadiendo sus vísceras, contaminándolo todo. Colapsaron hospitales y respiradores mecánicos. Colapsaron los cementerios. Afuera estaba la muerte golpeando a diestra y siniestra. Y a veces entraba en las casas. Ese era el miedo, que entrara en ti, que te mordiera por dentro y te llevara.

El silencio era mayor cada día. Dejaron de cantar los pájaros. El sonido de las máquinas fumigadoras se adelantaban al amanecer, intentando lavar las calles vacías. Era tanto el silencio que logré escuchar el latido de mi corazón.

Era la muerte lo que rondaba afuera, pero no cualquier muerte, era la nuestra.

P.D. A veces pareciera que nada sucede. No hay virus. El silencio en el patio es único. El gato duerme. Pasa una mariposa. Un pajarillo lanza al aire su voz. Y yo agradezco la momentánea paz. Suspendido en contemplación.



Juan Mihovilovich

La mosca

Una mosca se posa en el dorso de mi mano derecha mientras tecleo en el computador. Detengo mis movimientos. La observo quieto. No deseo que alce el vuelo. Lentamente desplazo mi mano izquierda y con un golpe seco la mato. Su cuerpo cae al suelo. Me levanto y lavo las manos con jabón. Por la ventana veo caer la lluvia indolente y el mar meciéndose de igual modo en la distancia. El celular no deja de emitir su pitito insoportable. A veces lo observo y dudo. A veces deslizo mi índice derecho sobre la pantalla y aparece un mensaje acertado. La mayoría son recomendaciones sobre una peste que existe en algún lugar del mundo. Pero, ese flagelo lejano carece de importancia. El día es sombrío. Miro el pequeño cadáver del insecto y me yergo. No sé por qué vuelvo a lavarme las manos con fuerza, casi con desesperación, como si su muerte pudiera contagiarme.



Ana Montalva

Candor

Cuánto daría por tener la inocencia de mi hermanito. «El hombre de la mepalleta» llama al que permanece en la esquina de nuestra casa durante el toque de queda. Con mi papá juegan a ser detectives y lo observan escondidos entre las cortinas. Una tarde los encontré arrodillados en el camarote que comparto con mi hermano. Contaron que habían descubierto el mejor lugar para espialo y me invitaron a mirar. Me negué, preferí no decir que, a veces, con todo el corazón, deseaba ignorar lo que hacen las personas. No comenté sobre mi mamá ocultando cervezas, envolviendo panes, ni de sus risas nerviosas limpiando una y otra vez la cocina esperando que vayamos a dormir, tampoco hablé del portón cerrándose cuando los ronquidos invaden la casa. Hoy de madrugada volví del baño. Mi hermano había despertado y contemplaba al «hombre de la mepalleta», mientras nuestra madre se besaba con él. Con voz temblorosa y, a punto de llorar, dijo: «Mi mamá vayó a la calle sin mascailla».



Camilo Montecinos G.

Lo que salvó al mundo

«Se informa a la población que la vacuna contra el virus está disponible en el horario ya establecido», se escucha por el altoparlante. «La inyección es gratis», añade. La multitud no le presta atención. Las personas siguen comprando con rapidez, haciendo largas filas y aglomeraciones para abastecerse. Siguen buscando sólo lo necesario. Hace cinco años que la pandemia se instaló y aprendieron a vivir con eso, entre mascarillas y guantes, bajo la seguridad de la distancia y el encierro. Para ellos la cuarentena fue la cura.



Ximena Montero Miranda

Apariencias

Me levanto temprano, como antes. Una ducha y maquillaje. Visto una blusa con algún pañuelito de seda que le dé onda. No pueden faltar los aros, el esmaltado de uñas y mis anteojos chic. Saco el colchón al living comedor y convierto mi pequeña pieza en escritorio. Abro la cortina para que entre luz y el espejo del baño la hace parecer más grande. Unas suculentas sobre el mesón y me conecto al wifi del vecino. Cuando tengo reunión por *Zoom* tomo té en mi *mug* del Starbucks y me instalo los audífonos que disminuyen el ruido familiar. Les tengo a todos prohibida la radio en horarios de trabajo y mis sobrinos deben jugar en el patio. Como tengo cara de cuica conseguí esta pega y todos colaboran porque soy la que doy las lucas. Mi jefe cree que vivo en Providencia y que estoy con cuarentena obligada; eso lo inventó la Josefa de *marketing*, para que no vaya a la oficina. En el fondo, tiene miedo que los contagie porque soy la única que llega en micro.



Diego Muñoz Valenzuela

Virus 1

El maldito, miserable virus se presentó de improviso, ataviado con su corona letal. Sonrió tal como haría un vendedor experimentado preparándose para desatar su catálogo de ofertas.

—Vengo por ti —clarificó sin abandonar aquella sonrisa que iba adquiriendo visos siniestros.

Opté por presentarle resistencia. Esgrimí un crucifijo de alcohol congelado que comenzó a derretirse en mi mano y a despedir una nubecilla de vapor.

—Tampoco sirven el ajo, ni el cloro, menos aún esas ridículas mascarillas —se jactó— o los desinfectantes en *spray*. ¿Tienes un buen seguro de salud?

—Todos tenemos —aclaré mientras dejaba caer al piso la melcocha que restaba de mi cruz.

—¿Uno privado, de amplia cobertura, bien caro? —la sonrisa me pareció letal. Seguramente anticipaba mi respuesta.

Su corona de múltiples diademas destelló como el oro o quizás como el diamante. Como el relámpago de una guadaña surcando la atmósfera contaminada.

Virus 2

El mandatario extranjero convenció a los empresarios enormes de que fabricaran un virus para eliminar a los adultos mayores y así ahorrarse el pago de las pensiones para financiar el siempre creciente gasto militar. Es una forma efectiva para disminuir el consumo de un bien tan escaso como el agua, o el oro, el petróleo, o el cobre, aseveró en la asamblea, y lo ovacionaron; y mil periodistas saltaron de sus puestos para obtener su imagen triunfante que nutriría las portadas de todos los diarios y canales del planeta.

Con los decesos provocados por la peste se incrementará el ingreso per cápita, disminuirá la polución, arrasará la derecha en las elecciones. Se prevé que descenderán en sus naves bellos alienígenas para ofrecernos nuevas líneas de productos y servicios con créditos de tasa muy atractivas. Así se consumará el plan perfecto y seremos dominados por los siglos de los siglos. Hasta aquí el comunicado. Ahora un espacio para nuestros auspiciadores...



Zarela Pacheco

Haikús

Como un arroyo
la vida indiferente
sigue su curso.

En la ciudad
y en nuestro cautiverio
el smog se esfuma.

Miedo palpable,
sobre la estantería
solo un paquete.

Como ese virus
invisible y potente
la soledad.

Un mundo de ojos
en mar de mascarillas
miran inciertos.

Con filas largas
y emociones extremas
esperaremos.

El viento mece
los columpios vacíos;
rumor fantasma.



Cecilia Palma

Espejo

Esta mañana voy a devolverle la mirada y tal vez me atreva a esbozar una sonrisa. La cama está tibia y mi cuerpo no quiere moverse. Afuera reina el silencio. Me armo de valor y finalmente echo atrás la colcha y las sábanas. Un breve estremecimiento me sacude el cuerpo desnudo. Me estiro. Miro por última vez el reloj sobre el velador y me siento de un golpe en la orilla de la cama, envalentonada, firme. Es hora de iniciar el día y pronto comenzará la jefa a enviarme mensajes al *WhatsApp* pidiéndome cosas. Qué flojera. «¡Ya, mujer, arriba!», escucho, pero antes de obedecer, me asomo por la ventana. El día está fresco y entre las nubes tienden a asomarse unos rayos del sol. «¡Ya, ya voy, no exageres!» Me lanzo de nuevo a la cama. «¡Y dale con flojear! ¡Arriba! ¡Te van a llamar por vídeo y estarás toda chascona, qué vergüenza!» Ok. Ahora sí que me voy al baño; y sí... voy a atreverme a mirar esta vez a ésa, aunque ella me devuelva una mueca y sus cabellos estén con tres centímetros de canas. «¡Qué desastre!» Creo que desde hoy me abuenaré con ésta y le haré la ley del hielo a la loca que me grita por las mañanas. ¡Esto de vivir sola!

Despedida

Sé que anoche vino. Sentí un calor especial en mi semblante. Le hablé como se les habla a los muertos. No sentí miedo. Cerré los ojos para dibujar su rostro, le acaricié la barba y le acomodé los anteojos.

—Te quiero —le dije en voz alta; y juro que oí clarito que respondía: —Yo también.

—Perdona —susurré.

—Nada que perdonar —volví a escuchar.

—Te espero. Fue lo último, y luego el silencio volvió a enmadejarlo todo.



Eugenio Poveda Valenzuela

6 Haikús

I

Llueven noticias
de miedo y contagio
mi alma duerme.

II

Hoy, como ayer,
planas todas las horas.
En cuarentena.

III

Cuarenta noches
otoño a invierno
leo tu rostro.

IV

Anochece ya
se me duerme el alma
tiembla mi carne.

V

Traduce alma
y verás flores crecer
hoy somos siempre.

VI

Pájaros nuevos
que vuelan asustados
mueren muy pronto.



Milton Puga

Transformación

Sentía que se estaba pudriendo. Quizá por eso sus ancianos padres y su joven hermana aceptaron que se confinara en su habitación. Sin embargo, algo ocurrió. Algo que ninguna familia decente osaría mencionar. Al principio podían convivir con los ruidos. Quizá, incluso, hasta con el hedor que ya comenzaba a deslizarse por debajo de su puerta. En la mesa familiar, a la hora de la cena, cada vez más exigua, aquel puesto vacío pesaba en la conciencia de todos como una escandalosa traición. Comían en silencio, crispados en sus asientos, tragando las escasas viandas con dificultad. Aquella puerta y lo que había detrás se imponían como el recordatorio constante de una culpa imperdonable. Porque allí, al otro lado de esa puerta, recostado todo el día en su cama, moviendo incesantemente brazos y piernas de puro placer, había un animal que había decidido, de una vez y para siempre, no trabajarle ni un día más a nadie.



María Isabel Quintana

Escape

Día treinta de encierro, sentada, inmóvil, en mi departamento del piso 9, recorro por enésima vez los cuadros en la pared. «Mis mujeres lectoras» son las favoritas. Diría que la señorita de Renoir pasó un par de páginas. La viajera de Mori, con las manos enguantadas, presiona el libro que ha resbalado falda abajo. La de Picasso parece tener seis dedos. Escapa a la colección una marina de Javier Mansilla: el pescador solitario enfrenta un mar embravecido, las manos firmes en los remos, los ojos empequeñecidos otean un cielo amenazante.

Día cuarenta de encierro, puede venirse el mundo abajo que a mí no me importa. ¡Mierda! ¡Ni que fuera pitonisa! El piso se agita como una coctelera, según mi sismógrafo personal, es un terremoto y debe oscilar entre 7 y 8 grados Richter. El mar se ha desbordado, el pescador busca mis ojos, maniobra su bote y enfila la proa hacia la salida, la Renoir y la Mori, asidas a sus libros, nos alcanzan. Nada que hacer, sólo dejar que la corriente nos arrastre escaleras abajo.

Kamasutra

Sudorosa, ve el libro abierto en la página 50.

—Viejo ¿y si conversamos un poco?

El día de la marmota

Mañana no será otro día. Mañana será otro hoy.

De encierros

Siguiendo el hilo, el Virotauro apareció y toda la población se metió a la caverna.

Sueño

Me gustaría pasar la cuarentena fuera del mundo, como el viejo Chagall.

Con aguacero

Da lo mismo cualquier día de abril para morir bajo la lluvia.



Mariela Ríos Ruiz Tagle

Haikú

La luna mira
Con sus ojos dormidos
Tu cuarentena

Cuarentena I

El miedo es el virus, el virus del miedo.
El virus engendra miedo y el miedo engendra virus: ninguno se corona como rey.

Cuarentena II

A veces la luz no alcanza para todos, se nubla, se dispersa y llega a unos pocos. Siempre hay una sombra que puede borrar los sueños, sobre todo si en cuarentena olvidas tu mascarilla.

Sales apurada de la casa y te topas de frente con un cuerpo que habita en la incertidumbre.

Entonces, presientes que la luz es selectiva, y no solamente es el día el que se nubla, sino la vida.



Patricia Rivas

Super Moon XVIII

Estamos en *april Pink Super Moon 2020*, fenómeno que ocurre en perigeo lunar cuando la distancia es más corta entre el satélite y la Tierra, pudiéndola ver más grande de lo habitual. Es posible que los síntomas del confinamiento por el Coronavirus se agudicen más de la cuenta, como el insomnio temporal, la demencia lunática y/o la hirsuta licantrópía, puesto que la energía circula a mover sentimientos internos importantes para comenzar una nueva etapa. Se aconseja respirar profundo mientras se encienden velas rosadas untadas en miel.

Aún no veremos la vida ni el satélite color rosa; el nombre se debe a los brotes *pink* de la «Flox de tierra silvestre», que aparecen en primavera en el hemisferio norte.

Nuestra lunación se encuentra en el grado 18 y, sincrónicamente, corresponde al Arcano Mayor XVIII «The Moon», del Tarot, asociado a lo oculto y misterioso, simbolizando la noche.

Confusión y oscuridad en que debemos salir a toda prisa, olvidando el pasado, con una clara necesidad de cambio y renovación.

Padecemos hasta hoy, once días de aullidos de encierro en cuarentena. Invoco al buen augurio, para echarme a volar de una vez por todas en mi escoba de Sibila.

Orthocoronavirinae

Los comúnmente llamados ‘coronavirus’ corresponden a una subfamilia de virus ARN monocatenarios positivos, pertenecientes a la familia *Coronavirinae*, siendo los más grandes de los virus ARN. Se subdividen en los géneros Alphacoronavirus, Betacoronavirus, Gammacoronavirus y Deltacoronavirus. Como es sabido, su nombre se le atribuye a la corona de cinco puntas alrededor de la superficie. No existen tratamientos aprobados aún, pero se pueden tratar algunos síntomas. El ancestro común más reciente data del siglo IX ac, en que el factor principal de la fuente era la sangre caliente de murciélagos y pájaros, en tanto que el coronavirus humano ha sido fechado en la década del 1950 es decir, hace setenta años.

Llevo trece días de encierro en cuarentena, en la inquietud de estar o no inmune a esta partícula parasitaria intracelular. Mi nuevo estilo de vida.



Luis Alberto Tamayo

Último deseo

El encierro deteriora, uno anda buscando sol por entre las cortinas, busca aire por la ranura entre las bisagras, pero no sabe si en esa brisa viene cabalgando la muerte. Uno ve como en un molinillo de mano se pulverizan los días que no vienen, los viajes, la cabeza nunca más en la ventanilla del tren. Se suspende la vida y uno no sabe si es para siempre. Uno ya vive al interior del cubo de Rubik. El cuerpo se vuelve anguloso: *Los tres músicos*, de Picasso, *Las Señoritas de Avignon*, el gato de espalda plana. Todo mi cuerpo adquiere planos, vigas y escuadras y se fusiona con los rincones de la casa. Nunca más la calle ni el empedrado con lluvia. Ni la rueda de Chicago en el parque, ni los dragones de papel del Año Nuevo chino. Nunca más. Y entonces sigo tosiendo y me animo a salir para cumplir con mi deber de ciudadano. Voy a encerrarme a otro cubículo. Mi respiración gutural y cavernosa. Marco la papeleta y la deposito en una caja cuadrada. Deposito mis ansias de futuro, un nuevo trato, una nueva Constitución que me garantice que mis hijos heredarán mis ahorros y que no se los robarán los dueños de la A.F.P. *

Alicia

Tengo seis años; mi hermano, cuatro. No vamos más a la escuela. Mi madre nos habló muy seria. Dijo que si todo salía bien íbamos a comprar una casa con patio. Miramos por la ventana hacia la calle, se nos pone la nariz plana en el vidrio congelado. Mamá pasa todo el día tomando café frente al computador y hablando por teléfono. De noche cocina y nos lava la ropa. Mamá es vendedora de un cementerio.

Mamá dice que con la pandemia el oro está tirado en las calles y sólo hay que salir a recogerlo.

*A.F.P.: Administradoras de Fondos de Pensiones.



Roger Texier

Un, dos, tres (haikú), por mí y por todos mis compañeros

I

Una ventana,
una puerta cerrada.
Soledad. Dudas.

II

Neones mudos,
avenidas sin gente.
Oigo sirenas.

III

Un espejo gris,
mi silueta rondando.
Sombras por doquier.



Joaquín Toro

Herido

Eliminó la conversación, miró hacia el techo, cerró los ojos, anegados en lágrimas y, cuando éstas resbalaron por sus mejillas, asintió, recordando que la gente siempre lo lastimaba, aún sin querer. Lo malo era que él siempre lo olvidaba. Ni porque el mundo hubiese parado por una pandemia, ni porque él estuviese en casa «a salvo» y lejos de la gente, podía dejar de enamorarse.

Olvido

Voy a comprar al Minimarket que se ubica a unas cuatro cuadras de mi casa. Desde el momento en que pongo un pie en la calle, la experiencia de la vida se torna distinta. Respiro lo más hondo que puedo, siento el calor del mezquino sol de mayo y disfruto el delicioso aroma destilado por árboles y cocinas de casas ajenas. Camino lento para prolongar el paseo, para escrutar los jardines y el resuello del viento sobre la plaza. Llego al local, siento miradas sobre mí, sólo entonces me doy cuenta que no llevaba mi mascarilla.

Qué hacer

Al regresar de mis compras, procuro no pasar cerca de ninguna persona, aunque yo lleve una mascarilla. Piso el pasto, la caca seca de los perros o los escombros, pero mantengo la distancia social. Al entregar el efectivo a la cajera, tomo los billetes desde el extremo más cerca de mí, sin que mis dedos siquiera rocen los de ella. Llego a casa y para abrir la reja la empujo desde un fierro que, según una azarosa intuición, nadie más ha tocado en varias horas, pero si fuera asintomático, poco de lo que hice habrá servido de algo.



Mario Torres Dujisin

Atardecer

Entró al dormitorio de los niños y acomodó los juguetes preferidos cerca de sus brazos. A Lucía, la muñeca de ojos grandes, y a Román, su nave espacial. Luego cubrió sus rostros con las sábanas que había lavado el día anterior como si se tratara de un secreto extraño e incomprensible. En la otra habitación cerró suavemente los párpados de su marido y lo besó en la frente. Caminó a la sala con el frasco en sus manos y miró por la ventana. La calle estaba vacía, sólo un trozo de periódico flotaba en el pavimento. Se sirvió otra copa de tequila y tragó las píldoras a esperar que el atardecer cayera sobre su aliento.



Verónica Uzon E.

Sobre el piso 30

«Saltaré desde la azotea!», gritó. Aquella idea fulminante se le ocurrió a la sexta semana de cuarentena, harto de dar vueltas por el departamento. Lo planificó aquel día. Calculó que viajaría en caída libre, tardaría cerca de cuatro segundos en llegar a destino y alcanzaría una velocidad cercana a los cien kilómetros por hora.

Por la noche partió hacia la azotea. Se dirigió directamente hacia el muro. Se encaramó. Todos los que allí estaban gritaron alarmados. Alguien rozó su pierna intentando agarrarlo para evitar su caída. Obviamente no lo logró, porque él cayó. La fuerza de gravedad hizo lo suyo. Lo atrajo. Multiplicó por 9,8 su masa corporal. A ello hay que sumar los ocho gramos que dicen pesa el alma humana.

Luego de completado el primer segundo se percató de que llegaría de cabeza. Visualizó su cuerpo desparramado y muerto allí y no le gustó la idea. Sintió escalofríos. Inmediatamente quiso regresar. No pudo, obviamente. «Tengo que cambiar de posición para no impactar con la cabeza», se dijo entonces, pues sabía que aquello sería muerte segura. En los próximos tres segundos logró girarse y alcanzar algo parecido a los cuarenta y cinco grados. Gracias a ello, su cabeza y sus pies no fueron los primeros en llegar. Su cara quedó girada hacia los jardines, dando la espalda a los contenedores de basura. No los olió. Ningún bicho lo visitó durante su estancia sobre los setos recién podados, que era donde estaba tirado su cuerpo. Supo que no moriría por esta vez y se tranquilizó.

Al cabo de unos quince minutos estaba tendido sobre una camilla y viajaba en ambulancia. Escuchó al enfermero hablar con alguien reportando el hecho. «Sí, doctor, no, doctor, correcto, doctor...», decía. Aquello no le llamó la atención para nada, pero sí lo inquietó que se refiriese a él con el término «suicida arrepentido». Fue así que se enteró de que él lo era. «Eso me hace ver poco serio», se dijo, sin percatarse de que tener aquel pensamiento podría considerarse algo incongruente, o quizás patológico. No lo pensó.



Cristián Vila Riquelme

La peste en tiempos de la peste

Ya era demasiado tarde cuando me di cuenta que habría sido mejor pasar la cuarentena en soledad. Porque si bien iniciamos la restricción con la incertidumbre y frustración propias de situaciones así, había cierta alegría de que la pasaríamos juntos. Pero pasados diez días de inédita convivencia, una noche que me levanté al baño me di cuenta de que mi compañera no estaba en la cama, tampoco en el baño. Y mientras orinaba alcancé a percibir por el espejo algo así como un aleteo fugaz. Entonces, cuando me dirigía hacia la cocina, volví a percibir el mismo aleteo pertinaz e inclasificable, pero esta vez hacia el lado de la sala de estar. Llamé suavemente a Eurídice pero nadie respondió. Por eso preferí abortar la ida a la cocina y me dirigí, desconcertado e inquieto, hasta el barcito rodante que teníamos en la sala de estar. Encendí las luces. No había nadie. Igual me serví un whisky y luego de volver a llamar a Eurídice, me dirigí de regreso al cuarto de dormir. Alguien había encendido el televisor. Alguien, porque Eurídice tampoco se encontraba allí. Me bebí el whisky de un sorbo y procedí, luego de apagar el plasma, a buscar a Eurídice en el cuarto que nos servía de biblioteca, en el otro cuarto que teníamos para alguna visita, como también al interior de los armarios, detrás de las puertas, en el pequeño balcón y volviendo a revisar una y otra vez los mismos lugares. Supe que no había salido del departamento porque la puerta estaba con el pasador puesto. Desde ese día prácticamente me paso las noches en vela, armado con un cuchillo, porque estoy seguro que me está acechando en alguna parte de lo que había sido nuestro hogar.

Algarrobito, marzo 2020



Romina Villalobos Oyarce

¿Histeria colectiva?

Al comienzo me parecía irrisoria la actitud de la gente, caminando con mascarillas y guantes, en un país que no había sido afectado por el virus y que estaba a millas de distancia de su origen. Pero los días le dieron la razón a esos precavidos, pues llegó la enfermedad y se esparció con rapidez. La amenaza se hizo cada vez más real; ya el virus había atravesado cada frontera y afectaba sin distinción de edad, sexo, estrato social. Todos compramos mascarillas, alcohol gel, guantes y desinfectantes como si no hubiese un mañana. Luego empezaron las compras compulsivas y alocadas de insumos básicos, artículos de aseo y mucho alimento, asustados por una posible escasez de recursos. Miraba de lejos esto, mi lado racional me decía que guardara la calma, pero algo en mi interior me llamaba a imitarlos. Finalmente compré mercadería, pero no en tales cantidades como aquellos que se abastecían para meses, sino para estar tranquila uno o dos. La escasez llegó, pero no por falta de productos, sino por carencia de dinero en una población que fue enviada a realizar cuarentena, sin posibilidades de trabajar y, por lo tanto, que no recibirían su remuneración mensual. Las cuentas se acumulaban y comenzaron las solicitudes de créditos de consumo, pues era grande el temor a perder los pocos bienes materiales que se consiguieron con esfuerzo de años, además los ahorros no son infinitos y de alguna forma se debe pagar el sustento. Era endeudarse o morir de hambre. Hambre, eso es lo que tiene el pueblo. Miedo de enfermarse sabiendo que no pueden costear una salud de calidad. Rabia, porque la vida es injusta y pagan justos por pecadores, se enferma un trabajador, por causa del pudiente inescrupuloso, que se paseaba sin cautela por el mundo, sabiendo que la amenaza del virus estaba latente. Resignación, porque saben que les toca seguir siendo los olvidados de la sociedad. Imposible no contagiarse de la histeria y desesperación colectiva, cuando se es parte del sector que vive del día a día.



Lucía Rodríguez Rodríguez (Costa Rica)

El enorme cubrebocas

Érase una vez un anciano bondadoso que convenció a sus compañeros del geriátrico de abrir un taller de confección de mascarillas de tela. Eso fue lo que se creyó al principio hasta que una madrugada los abuelos se fugaron en un enorme globo cosido con retazos de tela. En su nota de despedida escribieron «Mejor por las buenas que por las malas, nos vamos al cielo de forma voluntaria».

Femilibres

Siempre hay algo deliciosamente catártico en danzar alrededor del fuego, mucho más cuando se hace en colectivo y para quemar sujetadores. Esa fue nuestra primera acción tras la declaratoria oficial del final de la cuarentena y el confinamiento obligatorio. La «normalidad» no incluirá más dos varillas clavadas en el pecho.

Nuevos emprendimientos

Los reclusos del Centro Penitenciario La Reforma encontraron que dar sesiones de *mentoring* por teléfono resultaba tanto o más lucrativo que los engaños que ideaban para averiguar contraseñas bancarias y estafar a sus víctimas. Los confinados en casa esperaban la llamada puntual de su *coach* para hablar sobre encierro, cambios en la personalidad y miedos irracionales.



Saturnino Rodríguez Riverón (Cuba)

El amor en los tiempos del virus

Florentino Ariza y Fermina Daza habían ido, sin más vueltas, al grano del amor. Se dieron cuenta de que el amor era el amor en cualquier tiempo y en cualquier parte, pero tanto más denso cuanto más cerca de la muerte.

El capitán miró a Florentino Ariza y preguntó:

—¿Y hasta cuándo cree usted que podemos seguir en este ir y venir del carajo?

—Toda la vida —dijo, con la respuesta preparada desde hacía cincuenta y tres años, siete meses y once días con sus noches, y al capitán lo asustó la sospecha tardía de que es la vida, más que la muerte, lo que no tiene límites.

Desde arriba

Yo cumplí al pie de la letra con todas las normativas sanitarias, a raíz de la epidemia. Me lavaba las manos con abundante agua y jabón; usaba nasobuco, y desinfectaba las superficies. Me recluía voluntariamente y, si salía a la calle, guardaba las distancias sociales. Siempre con responsabilidad y disciplina. Fue Dios que, hartado de tanto confinamiento durante tanto tiempo, una noche, sorpresivo y unánime, estornudó encima de mí.



Daniel Castillo (El Salvador)

La puerta

Marco no estaba en el cuartel; se dio de baja, con el alma hecha chingastes; antes de la cuarentena su amada lo dejó por un carpintero del barrio y nunca más volvió. El Miedo se deslizó hacia la casa de Marco. Él estaba en el corredor, sereno, y no se movía para trancar la puerta.

El Miedo puso su mano fría sobre el hombro del soldado y dijo: «Ven conmigo, es la hora». Lo condujo con su halo abrazador; profanaron patios, reconocieron cuartos y cocinas. Se sentaron en jorobas de beduinos y negociaron.

Al amanecer, cabizbajo, Marco caminó hacia el telégrafo, pensando en aquella mujer. «Señor, cada palabra cuesta 0.05», le advirtieron; él sólo llevaba cuarenta y cinco centavos en su pantalón. El Miedo le sopló una frase: «Mi puerta seguirá cerrada para ti, pero debo repararla». Pagó, caminó sobre el andén y despertó a los perros del vecindario.



Fiona Taler (England/New Zealand)

How will we be remembered?

It was May of 1348 when the beautiful Fiammetta, loved by Giovanni Boccaccio, faced the bubonic plague in her hometown of Florence. As she sat crying in the church of Santa Maria Novella on a Tuesday morning, she spotted six of her friends, who were crying as well.

‘Woe is me’, exclaimed the unfortunate Fiammetta. ‘I have lost four of my relatives and those that are still alive have fled, leaving me all alone.’ ‘Mine have done the same», answered Pampinea. ‘Why don’t we leave Florence? We could go to the Villa Palmieri, which is not too far away.

Let’s now go forward to March 2020. The beautiful Emilia, Fiammetta’s direct descendant (and perhaps also Boccaccio’s), is facing Covid19 in her hometown of Florence. As she sits crying in the Church of Santa Maria Novella, she sees some friends, who are crying as well.

‘I’m so sad! There are so many dead in our beloved Italy, and I’m so scared of death’, exclaims Gabriella.

‘I’ve lost so many relatives, and my parents have locked themselves into their flat, leaving me alone’, cries Patricia, wiping her tears. ‘We should isolate ourselves until the worst is over. Luckily we all have WhatsApp.’

Fiammetta and nine friends arrived at the spacious and welcoming Villa Palmieri. They arranged their days walking in the gardens or bathing in the charming river nearby, while their servants catered to their whims. And so they spent their seclusion without giving a thought to the predations of the plague. They spent their time telling stories to each other.

For Emilia it’s another story. Her seclusion allows daily outings only to her balcony and fortnightly shopping trips, yet she is not alone for a moment. Bombarded by the social media and the ever-present Zoom, she gets no rest. She talks constantly, calming panicking friends and comforting sorrowing relatives while, at the same time, she herself is bereaved by the death of loved ones. Day after day, she strays further into the maw of the beast.

The invisible enemy of the XIV Century has left us an unforgettable publication. One of the first works written in the Florentine vernacular. Its influence on European literature is felt even today.

The invisible enemy of the XXI Century, while decimating the global economy, still has not revealed its future impact on mental health. Emilia and her friends write Quarantine Diaries on social media sites, which, fleetingly viral, are soon lost in the ether...



Fiona Taler (Inglaterra/Nueva Zelanda)

¿Cómo se nos recordará?

Era mayo de 1348 cuando la hermosa Fiammetta, amada por Giovanni Boccaccio, enfrentaba la peste bubónica en su ciudad, Florencia. Encontrándose llorosa en la iglesia de Santa María Novella un martes temprano, vio a seis amigas que lloraban también.

—¡Ay de mí! —se lamentaba la infeliz Fiammetta. —He perdido a cuatro de mi familia y los vivos han huido, dejándome sola.

—Lo mismo han hecho los míos —contestó Pampinea. —¿Por qué no salimos de Florencia? Podríamos ir a la Villa Palmieri, que queda cerca.

Avancemos, ahora, a marzo del 2020. La hermosa Emilia, descendiente directa de Fiammetta (y tal vez de Boccaccio) enfrenta a la COVID-19 en su ciudad, Florencia. Encontrándose llorosa en la iglesia de Santa María Novella, ve a unos amigos que se lamentan también.

—¡Ay de mí! Hay tantos muertos en nuestra Italia y temo mucho a la muerte —se lamentaba Gabriella.

—Yo he perdido a varios parientes, y mis padres se han aislado en su piso dejándome sola —decía Patricia, enjugándose las lágrimas. —Debemos aislarnos hasta que pase lo peor. Por suerte contamos con *WhatsApp*.

Fiammetta y nueve compañeros llegaron a la amplia y acogedora Villa Palmieri. Ordenaron sus días paseando por los jardines o bañándose en el delicioso río cercano, mientras sus criados cuidaban de sus antojos. Así pasaron su confinamiento sin pensar en las predaciones de la peste mientras se entretenían contándose historias.

Por su lado, Emilia, en su enclaustrado solitario, con salidas diarias al balcón, y una permitida cada dos semanas para comprar víveres, no estuvo sola ni un momento. Bombardeada por los medios de comunicación y el omnipresente *Zoom*, no podía descansar. Hablaba y calmaba pánicos, aliviaba tristezas y sufría, ella misma, la muerte de seres queridos. Día tras día, entraba más profundamente en las fauces de la bestia.

El enemigo invisible del siglo XIV nos ha dejado una publicación inolvidable: una de las primeras obras escritas en el vernáculo florentino. Su influjo en la literatura moderna de Europa se experimenta hasta ahora.

Del enemigo invisible del siglo XXI, que ha diezclado las economías globalizadas, poco se sabe de su efecto sobre la salud mental de la población. Emilia y sus amigos escriben ‘Diarios de Cuarentena’ en las redes sociales que, fugazmente virales, pronto se pierden en el éter...

Trad.: Fiona Taler



Norma Yurié Ordóñez (Guatemala)

Cambio de rutina

Me desperté entre blancos muros; en medio del silencio, la potente luz de una pantalla me cegó.

Al parecer éramos residentes en interminables celdas apiladas como en una especie de panal...

A pesar de la inanición, y las lagunas mentales logré recordar el fatídico día en que nos condujeron a la colonia...

Desde hacía una eternidad habían anunciado en los medios la temporalidad del confinamiento, sin embargo, cada semana nos bombardeaban con nuevas restricciones hasta que gradualmente perdimos nuestros derechos fundamentales.

Al principio nos hicieron dependientes del tele-trabajo y la tele-educación como medidas coyunturales, después confiscaron los dispositivos y perdimos contacto con amigos y familiares.

Al anoecer, una intermitencia invade al unísono las celdas; una imagen duplicada con voz maquinal transmite instrucciones a los aturdidos obreros.

Antes de que me designen *avatar*, a través de una rendija alcanzo a percibir el último vestigio de lo que hasta entonces conocía como: «realidad».



Giulio Burrelli (Italia)

Nessuna speranza?

Nessuna speranza, se non la nostra poesia. Nessuna speranza, se non le piccole cose quotidiane. Nessuna speranza se non una musica. Nessuna speranza se non l'affetto di chi non è solo. Nessuna speranza, se non la sensibilità di chi cura, di chi assiste, di chi conforta. Arcobaleno che ci attendi, rinnova i tuoi colori. Le candele mosse dal vento, mosse dal cuore, brilleranno di nuovo, non per ricordare i morti, ma come luci estive.

Tornerà il caldo gioioso, torneranno le fiamme d'un tempo. E noi dobbiamo ricordarci di spendere meglio il nostro tempo.

¿Ninguna esperanza?

La única esperanza que tenemos es nuestra poesía. Nuestros pequeños actos de todos los días son nuestra única esperanza. Sin música, no existe la esperanza. Sin el afecto de quienes no están solos, no existe la esperanza. No hay esperanza sin la sensibilidad de quienes nos cuidan, de quienes nos ayudan, de quienes nos consuelan.

¡Oh, tú, arco iris que nos esperas, renueva tus colores! Las bujías movidas por el viento, movidas por el corazón, volverán a brillar, no para recordar a los muertos, sino como luces de verano.

Volverá el alegre calor del estío; volverán las llamas del pasado. Nosotros recordaremos que nuestro tiempo debe pasar en mejor modo.

Trad.: Margarita Feliciano

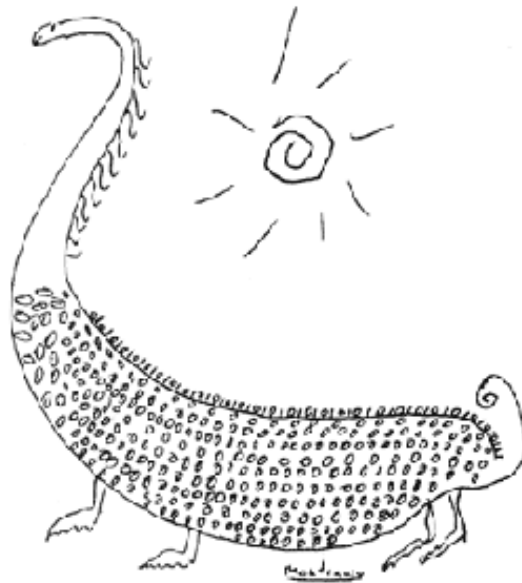


Silvia Fabaretto (Venecia, Italia)

Monterrosiano Pandémico

Cuando despertó, el dinosaurio todavía estaba allí, caminando junto a pumas y patos en la tierra vaciada de hombres, por fin limpia y libre. Suspiró de alivio.

Augusto Monterroso





Mustapha Handar (Marruecos)

Cõntagiõ

La nõticia se prõpaló cõmõ una epidemia. La gente rõmpió la cuarentena vital y salió cõrriendõ, en õleadas, en põs de la vacuna efectiva cõntra el virus asesinõ que se extendió põr tõdõ el planeta. Nõ había vacuna. Ni medicõ descubridõr. Ni se le encõntró rastrõ al divulgadõr de la paparrucha. En mediõ del caõs, nadie quedó a salvõ del cõntagiõ. Ni yõ. Ni este textõ que ahõra tõcas cõn las manõs y õjeas cõn extrañeza.

Gatogro

Mamá Gata vivía su confinamiento por el COVID-19 en compañía de sus cien coloridos gatos. Después de dos meses, se acabó la despensa y no había ninguna fuente de alimento. Las mascotas eran cada vez más famélicas e inquietantes. Se peleaban furiosamente y rugían como jaguares, todo el día. Una noche, la anciana se sentía afiebrada y endeble. Se acostó sobre el sofá y preguntó a Gatogro ¿Has cazado algo para cenar, mi niño? El felino de una oreja amputada, de pelaje oscuro y ojazos de color ámbar le dirigió una mirada gélida. Se erizó y puso hacia atrás la única oreja que tenía. Sacó sus brillantes garras. Se fijó en los brazos descubiertos de su dueña y soltó un maullido profundo y amenazador. Mamá Gata levantó la mano con dificultad para santiguarse al ver que se confirmaban los temores que la embargaban hacía tres días. Mientras tanto, la luz trepidante del candelabro dibujaba en la pared cómo las gigantescas sombras de la manada de gatos la rodeaban.



Ilustración: MustaphaHandar



Melanie Taylor (Panamá)

El último rollo de papel higiénico

El supermercado era una bestia viva: el ruido de cientos de carretillas arañando el suelo, los gritos de los que discutían por los últimos paquetes de algún producto, los trabajadores del supermercado iban y venían al borde del colapso tratando de llenar otras vez los anaqueles... las filas interminables para entrar y salir. En su casa ya no había papel higiénico y cuando vio los videos en su celular entendió que aquella era su última oportunidad de salvar la dignidad de vivir (¿o morir?) con decoro. Contra todo pronóstico logró agarrar el último paquete en la estantería. Lo abrazó fuertemente contra su cuerpo y ya se retiraba veloz en dirección a la caja cuando una voz sumamente familiar resonó en el pasillo: ¿Rosa? Memorias que pensó había ya borrado de su mente, regresaron súbitamente. Se vio a sí misma corriendo por el pasillo del colegio, tendría unos ocho años, y una compañera que le doblaba en peso y tamaño la agarraba contra su voluntad, la tiraba al piso, le halaba el cabello y la insultaba. No cabía duda, la mujer que había mencionado su nombre y la había hecho girar sobre sus talones, era nada más y nada menos que Girasol Serra. Seguía siendo alta y pesada, pero ahora era la señorona Girasol. Tenía muchas arrugas, el pelo encanecido y un vestido floreado que le recordaron los que la señora Serra, madre, usaba para ir al colegio a las reuniones donde le reportaban que Girasol, otra vez, había maltratado a Rosa. Era su bully convertida en madre de familia frente a sus ojos. Dos niños muy parecidos entre sí se aferraban a los lados de sus enormes caderas. Rosa hizo como si no la reconociera y sonrió como si no entendiera. ¿Nos conocemos? ¿No recuerdas? Soy Girasol. Estoy buscando papel higiénico pero no he tenido suerte, y ¡con tantos niños en casa! Tengo cuatro en total. Rosa se aferró aún más a su paquete. Ella no tenía hijos. Vivía sola con una tía ya mayor. La película de terror de su infancia empezó a proyectarse en el teatro de su memoria. Girasol rompiéndole la pierna a su muñeca de trapo favorita, Girasol dañando su ensayo de Ciencias Naturales, Girasol empujándola de la fila en la cafetería. Girasol, Girasol, Girasol. El silencio entre ambas era como un jarrón de porcelana a punto de caer al piso. ¿Por qué me odiabas tanto? La señora Girasol bajó la cabeza y se encogió de hombros. Rosa miró a su alrededor. Todo ese caos. ¿Había alguna explicación? El virus era un Girasol. Así de simple. Se arregló un poco el cabello, se estiró el vestido, se despidió cortésmente y camino con toda la paciencia del mundo con su botín bajo el brazo.



Julio Sang Hiciano (República Dominicana)

El rollo capitalista

En el supermercado queda un único paquete de rollos de baño. Dos señoras batallan por comprarlo. Cada una argumenta una historia más triste que la otra mientras pelean por el paquete de un lado a otro. Una niña observa el rollo con inspiración, como un tesoro nacional. Las señoras se dan cuenta, se miran y le ceden el rollo a la niña. Ella sale del supermercado cantando, dando saltos y se lo entrega a su mamá. Ella sonríe, le pasa la mano por la cabeza y coloca el rollo en el baúl con el resto del pedido que venderán en la ciudad.



Eric D. Haym Fielitz (Uruguay)

Tiempo

Cuando el astronauta Tuck retornó a la Tierra, luego de completar su misión más allá de Plutón, nadie le recordaba.

Había pasado tanto tiempo, se habían sucedido tantas generaciones, que ya nadie guardaba en la memoria su nombre ni la misión que le encomendaron. Eran mayoría los que se sorprendieron al ver a alguien viniendo del cielo, pero al contrario de otras veces, la sorpresa duró poco y luego la indiferencia fue absoluta.

Solo un nieto del nieto de su nieto, un anciano más amigo de los libros viejos que de las personas, supo explicarle qué había sucedido en su ausencia. Y lo que le relató no fue grato.

Al final, Tuck supo que el tiempo no solo es relativo, sino que en determinadas circunstancias puede ser una porquería.



ESPAÑA

Compilador: Lluís Talavera



Pilar Alejos Martínez

Pandemia

Sé que me encuentro metido en un problema muy gordo y desconozco la solución. Esto me pasa por ser demasiado impulsivo, pero alguien tenía que tomar las riendas ante la gravedad del momento. No tengo ni idea de ciencias ni de cálculo de probabilidades, pero para ellos eso es lo de menos. Tan solo desean creer que todo va a salir bien. Necesitan alimentar su esperanza, aunque sea con palabras vacías y falsas. Eso es algo que se me da bien. Mi profesión es la de actor y puedo adoptar cualquier papel. El de especialista en situaciones de crisis me sale a la perfección. Tras escuchar mis argumentos, parecen convencidos y la calma vuelve al refugio, pero sé que no será eterna. Pasan los días y los ánimos decaen de nuevo. Llevamos demasiado tiempo encerrados. La comida empieza a escasear y eso nos pone muy nerviosos. Desde que perdimos el contacto con el exterior, la incertidumbre va minando nuestra confianza. Todos intuimos que eso no augura nada bueno. No sé hasta cuándo podremos soportar esta situación sin que se desate la locura. La convivencia cada vez resulta más difícil, pero hemos de aguantar. Les digo que no se preocupen, que el final de nuestro confinamiento se acerca.

El plazo se agota y todos me miran con recelo. Por las noches, finjo que duermo tranquilo. Intento disipar las dudas que empiezan a aflorar sobre mis cálculos. Mientras, por si acaso, permanezco alerta con un cuchillo bajo la almohada.



Antonio Javier Álvarez Linares

Microvirus

Continuaron leyendo por las noches a pesar de mis advertencias. No se trataba de magia, ni de la destreza innata de algún autor iluminado. Los lectores, entregados a la seguridad de una lectura placentera, dejaban que esta los engullese. Se convertían en seres de ficción: ¿cuántas parejas se han levantado extrañadas de haber dormido con un desconocido, cuántos individuos no se reconocían en el espejo al despertarse...?

Entiendan que la lectura de cualquier microrrelato virulento pueda ser un peligro en sus vidas, antes de dejarse llevar por la imaginación, antes de que de sus líneas levanten los ojos.

Estado de emergencia

Escapábamos de la catástrofe. El despegue fue accidentado y temíamos que la trayectoria se desviase hacia la nada, pues apenas habíamos empleado tiempo en predecir distancias, conjeturar obstáculos, anticipar objetivos. Ahora se trataba de estabilizar la trayectoria, alcanzar la velocidad apropiada y planear los víveres hasta el final del viaje. Fuera del peligro inicial, volábamos a la deriva. El tiempo nos exponía volubles a nuestros miedos. Nos abrazamos y lloramos cuando, por fin, detectamos en una garganta entre montañas la tierra prometida. Entonces, el espacio era una fiesta de puntos voladores, de cohetes artificiales hacia una esperanza común.

Estábamos en condiciones de recomenzar, de garantizar la continuidad de la especie en un nuevo pulmón.



Javier Arroyo

Invencibles

Llevábamos una eternidad esperando el momento oportuno para vivir entre humanos. Fue sencillo explotar sus puntos débiles: los usamos como burros de carga. Ellos mismos nos trasladaron por todos los confines del mundo y nos valimos de sus besos y abrazos para multiplicarnos en sus pulmones y dejarlos sin aire.

Fue un combate a muerte. Cerraron fronteras, se volvieron distantes e interpusieron barreras. Nos gasearon y rociaron con sustancias tóxicas. Pero no lograron exterminarnos.

Y ahora sabemos cómo derrotarles. Enviaremos pequeños escuadrones a una muerte segura, mientras que el resto nos mantendremos ocultos en sus propios cuerpos, sin causar daño alguno. Les haremos creer que nos pueden dominar. No existe vacuna contra la arrogancia.



Alfonso Blanco Martín

Aforismos

El miedo es el rastro de ceniza que deja el anhelo de vivir.

*

Ni vivos ni muertos, los virus son las interrogaciones fundamentales ante la vida si escapamos de la muerte que provocan.

*

La especie humana es la única parásita de sí misma.

*

Todos buscamos un lugar de reunión donde intercambiar nuestra perplejidad y ocultar nuestras paradojas entre el ruido de las palabras.

*

La improbabilidad de la libertad no la convierte en imposible, por suerte.

*

Podría ser que la vida fuera un accidente entre dos muertes.



Elena Bethencourt

El plan

Se da un baño muy largo. Se unta el cuerpo con crema. Se pone perfume, la ropa interior de encaje, el vestido ceñido, los tacones de guerra. Se cepilla el cabello, perfila sus labios. Se mira al espejo. Sonríe. Está perfecta.

Baja las escaleras contoneándose con tanta fuerza de atracción que podría alterar el curso de las mareas. Al cruzarse con algún vecino, aguanta la respiración. Deja la basura en el contenedor con cuidado de no tocar nada y vuelve a subir. Se lava las manos como si tuviera el mismo demonio en ellas. Suspira aliviada.

A las ocho toca aplaudir a los sanitarios. A las diez, contar las estrellas.



Sergio Borao Llop

Apocalypse

No lo vimos venir.

El coronavirus fue solo el comienzo de la nueva era. El confinamiento, el distanciamiento social, el uso de mascarillas y guantes, que entonces fueron efectivos, nos parecen ahora de una inocencia casi pueril.

Fue a finales de 2019 cuando empezó todo. En China. Pocos meses después, el mundo entero estaba luchando contra la pandemia. Murieron muchos, pero al final la situación fue controlada. Sin embargo ya era tarde.

Científicos de todo el mundo se apresuraron a desmentir las múltiples teorías de la conspiración que surgieron a raíz de aquello. No, dijeron, no se trata de un virus artificial diseñado para acabar con los más débiles. Pero no todo el mundo les creyó. La desconfianza se había adueñado del planeta. Y lo que no era más que la especulación sin sentido de unos cuantos, pronto fue una idea que otros empezaron a desarrollar: En diversos laboratorios de los países más desarrollados del mundo se empezó a trabajar en potentes virus que lanzar sobre un hipotético enemigo. No se trataba (al menos esa era la justificación que los responsables tenían previsto utilizar si la cosa se descontrolaba) de atacar a nadie, sino de tener un arma disponible por si fuese necesario.

Ahora, cuando escribo estas líneas, todo esto es apenas la sombra de un recuerdo, y solo han pasado unos años, pocos. El mundo se ha convertido en un desierto. Decenas de virus fueron lanzados sobre la población en una guerra sin precedentes y sin el menor sentido. Algunos hemos sobrevivido, no sabemos el porqué. Por alguna razón, fuimos inmunes. Pero no sabemos hasta cuándo durará nuestra suerte, si es que se puede llamar así. Si en el tiempo del COVID-19 echábamos de menos salir a la calle o el contacto con otros seres humanos, ahora ese es el menor de nuestros problemas. Todo cuidado es inútil: estos virus fueron diseñados para atravesar muros y esparcirse por el aire en todas direcciones y a varios metros a la redonda. De nada sirven el jabón o el alcohol.

Está amaneciendo. El cielo está despejado y el sol asoma por el horizonte. Va a ser una hermosa mañana. Me digo que debo disfrutar de esa belleza y, al mismo tiempo, me pregunto si será la última vez que vea algo así. Salgo de mi refugio y me pongo a caminar en busca de algo que ni siquiera sé lo que es.



José L. Campal

Barreras

Recostado en el quicio de la ventana, aliso el compacto listón de cedro y pienso en la mala suerte de las termitas y en la mía cuando me hice ebanista y no epidemiólogo.



Pablo Cavero García

El bicho raro

En la azotea está el arsenal de bebidas tras los paneles solares. Cada noche trapicheamos con los edificios colindantes. En el cuarto de contadores tenemos camuflados los artículos prohibidos, que el ejército requisó a toda la población: libros, móviles y radios. Somos unos privilegiados. Todo se lo debemos a mi vecino, al que yo, antes del confinamiento, tildaba de raro y antisocial. Le veía como un bicho raro. En su casa poseía un millar de volúmenes. Solidario, accedió a que fueran moneda de cambio para sobornar a los soldados que custodian nuestro edificio. Solidario, al sargento que nos quiso fusilar, lo disuadió para siempre. En su trastero pone «cerrado».



Sara Coca

La casa retomada

Primero tomaron el salón. Y no como de costumbre, sino día tras día. Pasó el tiempo y seguían allí, o en la cocina o en el balcón donde aplaudían y suspiraban.

Después empezaron a limpiarlo todo a fondo y tuvimos que retirarnos cada vez más a las penumbras. Noche tras noche nos esforzamos por aterrarlos, pero durante el día nos atrincheramos en los armarios y escuchamos lo que dicen o callan.

Ahora ya sabemos que es irremediable: la realidad les preocupa mucho más que nosotros. Por eso mañana traspasaremos la puerta principal y huiremos.



Ginés S. Cutillas

Involución

Los niños se descubrieron como los máximos transmisores de la enfermedad, por lo que mediante argucias, fueron abandonados poco a poco en las calles, donde ya sólo se oían gritos y carreras. Surgió un nuevo mundo de puertas cerradas, sin ancianos y sin memoria. Pronto se formaron los dos bandos; si algún adulto se atrevía a salir, los otros iban corriendo a abrazarlo, no sólo eliminándole a él sino, con el tiempo, también a toda su estirpe.

No tardaron en darse cuenta los críos de que esto no les reportaba beneficio alguno; sí, en cambio, extorsionarlos en sus balcones. Se erigieron entonces como únicos portadores de comida a precios desorbitantes; pero, si algún adulto escatimaba en propina, los siguientes paquetes les subían contaminados en sus cestas

Primero cayeron los avaros, luego se acabó el dinero, y con ello las propinas, y con ello los adultos, y una nueva generación de humanos desaprendidos habitó las calles, se formaron tribus, volvió el fuego.



Carmen de la Rosa

El rey de Tailandia y las veinte concubinas

Se declara la pandemia y el rey de Tailandia vuela a Alemania en un *jet* privado con sus veinte concubinas. Se recluyen en un hotel de los Alpes. Mientras él duerme la siesta, ellas hackean las cuentas del rey y transfieren la mitad de su fortuna al pueblo de Tailandia y la otra mitad, dividida a partes iguales, a veinte cuentas de un banco de las Islas Vírgenes. Empieza la fiesta, suena la música, descorchan veinte botellas de champán y nadan como sirenas cautivas en la piscina interior del hotel. El rey despierta, toma una dosis de viagra y las reclama en su lecho: «Kanya, Sukhon, Wattana», que lo envuelvan con la voluptuosidad de sus cuerpos, pero ninguna acude a su llamada. Se levanta y deambula, erecto, entre el aroma de las mujeres que bailan, húmedas y desnudas, al borde de la piscina: «Tida, Mayore, Siriporn, mis orquídeas orientales», extiende sus brazos e intenta atraparlas. «Ya no somos esas», dicen ellas. Y corretean, ebrias y esquivas, por los pasillos. Él las persigue: «Lawan, Kulap, Kanda, que vengan aquí mis ninfas de bronce». Ríen y se contonean frente a él: «Ya no somos esas, ni las niñas asustadas que violaste la primera noche que nos llevaron a tu cama», le dicen. «Anong, Pakpao, Malai, que me cabalguen las más ardientes de mis mujeres yeguas», les ordena. Ellas le dan la espalda: «Ya no somos esas, ya no puedes drogarnos ni mandarnos azotar. Ya no somos tus muñecas de largas trenzas oscuras», le dicen. Y se tienden a dormir en el lecho real, entrelazadas, con la sensualidad felina de hermosas mujeres libres.



José Manuel Dorrego

El precavido

Desde que se declaró la pandemia, guarda escrupulosamente un metro y medio de distancia consigo mismo.



Lorena Escudero

Buzón

Hoy casi lo consigo, echar las cartas al buzón. Lo llevo intentando desde que nos dejan salir de nuevo. Pero no es culpa mía que aún no lo haya logrado. Han cambiado el buzón de sitio, está más lejos. Y no solo eso, las aceras son además más estrechas, los coches pasan demasiado cerca, casi rozándote. El primer día no pude pasar de mi calle, los edificios eran raros, parecían doblar sus paredes como juncos sobre mí. Qué angustia. Pero hoy casi lo consigo. Llegué, de hecho, hasta el buzón. Solo que al extender el brazo los sobres no parecían caber por la abertura. Mañana lo intento de nuevo, a ver si el buzón abre sus fauces y se las traga de una vez.

Domosis

La mujer había llamado varias veces quejándose de que la casa encogía y las paredes se le echaban encima. Eran muchos los que habían sufrido esa sensación desde que empezó el confinamiento, y teníamos un servicio de ayuda especializado en dicha afección. La denominábamos domosis. Aquel día llamó para pedir ayuda por última vez, dijo, ya que no lograría alcanzar de nuevo el teléfono. Aquello nos preocupó y mandamos de inmediato un equipo a visitarla. Pero al llegar a la dirección no encontraron a nadie en la casa. Lo que sí había, en el centro de la sala, era una casa de muñecas. Nadie se atrevió a mirar dentro.

Pandemia

Y el pueblo se reunió, por mandato del alcalde, en la iglesia aquel domingo. Asistieron incluso los que nunca iban a la iglesia los domingos. El virus estaba cerca, les dijo, y había que decidir: o lo cogían todos o ninguno. Les explicó instrucciones y consecuencias de cada opción, y les rogó que por favor pusieran de su parte, no fuera a pasar como con la elección del maestro o la cosecha del año pasado. Se encogieron de hombros y se miraron unos a otros sin saber qué decir. Mientras, al fondo, alguien tosió.



Manu Espada

Rama de la matemática que utiliza grandes conjuntos de datos numéricos para obtener inferencias basadas en el cálculo de probabilidades

Desde que a Azarías Gómez Ortiz se le colapsan los pulmones hasta que su corazón deja de latir pasa exactamente un segundo con setecientas centésimas, tiempo en el que un terremoto de magnitud de 5.2 en la escala de Richter hace temblar Ciudad de México, Germán roba una manzana en un supermercado tras ponerse los guantes, un satélite se estrella en el Pacífico, mil seiscientos hombres de cuarenta años sufren un paro cardíaco en el Reino Unido, Carmen se quita la mascarilla para besar a Mario en un parque de Granada saltándose el confinamiento, las bolsas europeas caen a su mínimo histórico, un niño saborea una gominola sabor cola en la cocina, una multinacional china compra la mayor empresa de coches del mundo, Menganita da calabazas a Fulanito a gritos desde la azotea de su casa, se suicidan cuatro mil doscientas cincuenta y ocho personas, doce mujeres avistan platillos volantes en Siberia desde sus balcones, un niño dice por primera vez «papá», se realizan setecientos millones de llamadas telefónicas y diez millones de paseos con perro, una anciana que vive sola se lava el pelo con un champú que le recuerda a su infancia, se consumen ciento diez millones de litros de agua, quinientos millones de humanos tienen un orgasmo, cuatrocientos camioneros lloran con el final de *Cinema Paradiso* en Netflix, varios adolescentes se afeitan por primera vez la pelusa del bigote, Nuria da a luz a su primer hijo, ciento doce madres pierden a sus primogénitos en varios tiroteos, quinientos inmigrantes saltan la valla de Melilla, Alfredo se emociona en un concierto telemático de piano, y Azarías Gómez Ortiz comienza a perder su condición humana para convertirse en el número 13.342.



Valentín García Valledor

Reflexiones al borde de la vida (doce karmas, doce aforismos)

1.- Reciprocidad causa-efecto: «Si inventar una biografía es un mísero desahogo, respiremos cada día renovados aires de superación personal».

2.- Vida propia real: «Si adornarse con fantasías es puro autoengaño, apuremos la realidad viviéndola intensamente».

3.- Acatamiento personal: «Si justificarse con refranes es descrédito de necios, acreditemos cada cita personal con razones y hechos».

4.- Metamorfosis positiva: «Si falsear los hechos pasados es negarse íntimamente, corriamos el ayer mejorando el presente».

5.- Responsabilidad propia: «Si desprestigiar a los demás es un pretexto perverso, celebremos la propia vida pese a los versos sueltos».

6.- Conexión real: «Si azuzar con raídas patrañas es típico de cuentistas, hilvanemos nuestra realidad ignorando tales habladurías».

7.- Una sola perspectiva: «Si mezclar verdad y mentira es perder el norte, contemplemos el mundo desde una natural cordura».

8.- Dación y hospitalidad: «Si ofrecerse con naturalidad no es señal de debilidad, no pongamos la otra mejilla para que lo malinterpreten».

9.- Pasado imperfecto: «Si ocuparse de tonterías es perder el tiempo, dediquemos el tiempo solo para las cosas importantes».

10.- Cambio de camino: «Si airear el resentimiento es vagar por oscuras sendas, escojamos caminar bajo un cielo luminoso».

11.- Paciencia recompensada: «Si hablar con resentimiento es síntoma de arrogancia, hagamos oídos sordos a cualquier estúpido rencor».

12.- Energía individual: «Si rezar para pedir milagros es propio de crédulos, enfrentemos los obstáculos con los pies en la tierra».



Virginia Glez

Feedback

Con tanto tiempo en casa, pudimos dedicarnos al gato. Si uno corría con él por el pasillo detrás de una pelotilla, la otra lo entretenía con un palo de donde colgaban cordones de zapatos viejos. Lo enseñamos a no subir a la mesa, ni al poyo de la cocina, tampoco a la cama ni a las estanterías.

El gato ha resultado ser un portento de inteligencia, en dos meses nos ha hecho adquirir hábitos insospechados, hasta el punto de mostrarnos cómo dormir en el sofá o de qué manera debemos usar el arenero.

Recurso

Desenrolló el tapete turco que había comprado en Estambul meses atrás y lo llevó a la terraza. Bien abrigada y con sus documentos personales, por aquello de la seguridad, se acomodó sobre la hermosa urdimbre de flores y figuras geométricas. En un segundo, la alfombra salió despedida con ella encima, tranquila y sabedora de que iría en la dirección correcta. Tardó poco en flotar sobre la cúpula de Brunelleschi, y al ratito, divisó el frontis labrado de Petra. Muy poco después, sobrevoló el peristilo de Persépolis. Alcanzado el Rajasthan, giró varias veces sobre el Fuerte Amber, tan hermoso con el lago a sus pies. No quiso atravesar el Pacífico sin saber de los santuarios de Camboya, medio enredados entre lianas. En un santiamén veía las calles coloniales de Cuzco, tiradas a cordel. Se asombró ante el verdor amazónico y en un abrir y cerrar de ojos, cruzaba tan campante el Atlántico, iluminada su orilla con el fulgor marmóreo de Lisboa.

Aterrizó limpiamente en el balcón, había encontrado la solución más eficaz para viajar después de la pandemia.



Yurena González Herrera

Año 0

Éramos dioses, lo creímos. Mirábamos el mar durante horas sin decir una palabra y medíamos el paso del tiempo por las cervezas vacías sobre la mesa. Vidas largas, plenas, invencibles, vidas sin límites. Pensamos que habría tiempo para todo y ahora somos el reflejo de una cara triste en el cristal de esta nave. Miramos por la ventana como si este planeta fuera una obra de arte sin público. Se acababan las personas, la tecnología, no quedaban provisiones y se nos agotó hasta la esperanza. Él se extendió por todas partes, mutó en todas partes, nos echó de todas partes. Éramos plaga y no lo sabíamos. Este mundo sanó sin nuestra burbuja de eternidad, podemos verlo desde aquí, sin instrumentos para medir el ozono o los niveles de contaminación. Como parásitos, hemos sido exterminados. Somos, ahora, como el insecto arrinconado. Vagamos, buscamos un nuevo hogar donde ser dioses, otra vez.



Ana Grandal

El día después

La cuarentena ha llegado a su fin. Durante un mes largo, las calles, vacías de coches y ausentes de voces, se habían poblado de silencio, y los vecinos enclaustrados en sus casas parecían haberse contagiado de esa misma quietud. En las escasas salidas para comprar alimentos, ella descubrió una ciudad muda, un animal tranquilo y callado que acaba de despertar envuelto en una algarabía de bocinas, gritos entusiastas y músicas desenfrenadas que surgen del asfalto y de toda ventana abierta, en celebración del retorno a la normalidad. Ella también abandona su encierro: ha decidido irse a vivir a una isla desierta.



Carmen Hinojal

La felicidad

La felicidad un mal día se fue de vacaciones. Se llevó consigo los sueños, tu sonrisa y tus mejillas, llenas de rubor, de niña anciana. Se marchó despacito, sin que te dieras cuenta. Y en su lugar dejó a la tristeza, muñeca rota que vaga de un lado a otro, intentando escapar de la pesadilla.

Quisiste buscar a tu amiga, pero ella seguía desaparecida. Quizás tumbada en una playa de arena blanca, o viajando en un avión, rumbo al paraíso.

A cambio, te conformaste con dejarte acariciar por la pena, y tus ojos fueron ríos que anegaban los cuadernos que escribías.

Te mirabas en la fotografía y veías en ella tu pálido reflejo. Entonces, la luna se hizo plena, y su luz te rozó por un instante, como una postal llegada de un rayo de sol lejano.

Aún tenías esperanzas. Miles de ideas salieron de tu cabeza, que plasmaron tus dedos: creaste personajes de rostros infantiles, describiste mundos irreales y futuros, donde se vivía de un modo extraño, acaso tan ilusorio como los días que te tocaba vivir. Y seguiste mirando a través de esa realidad soñada, que surgía en los miles de pantallas, de mil mundos intuidos. Y enviaste un mensaje para ella: allá donde estés, amada felicidad, regresa pronto: el mundo es muy frío sin los abrazos.



Luisa Hurtado

Este verano
aplausos y vítores
de aves presas.

Obsoleto

Hacía meses que la había descubierto en la ventana del cuarto del edificio que había al otro lado del patio de vecinos. En días alternos, vestida con un ajustado pantalón y una camiseta de tirantes, podía verla hacer gimnasia mirando a una pantalla. Al principio me gustó soñar con que los dos estuviésemos utilizando la misma plataforma y rutina de *fitness*, como si fuésemos a clase juntos; más tarde, al no reconocer sus pasos y posturas en los míos, me dediqué simplemente a mirarla.

Hoy, tras todo este tiempo vigilando sus horarios y rutinas, acompañándola en la distancia cuando lee o trabaja o ve una película, no sé cómo hacer para que lleguemos a ser lo que quiero que seamos.

El confinamiento se levantó hace casi un año pero aquello nos ha cambiado; salimos de casa lo mínimo, nos relacionamos por ordenador y nos mantenemos a distancia. Y yo descubro ahora que en algún momento he dejado de ser un hombre de mi tiempo porque, por encima de todo, echo de menos el contacto cálido de esa piel aún sin haberla tocado y sigo sin saber cómo abordarla.



Ana Ibáñez

Distintas formas de confinamiento

Proustiana

En medio de la pandemia, ante la angustia vital que se abría ante sí debido a la imposición de confinamiento *sine die*, decidió que tal vez sería el momento oportuno para lanzarse a la búsqueda de todo el tiempo perdido.

Kafkiana

Al despertarse aquel día, descubrió con horror que se había convertido en un minúsculo virus con corona.

Homérica

Cuando ya estaban a punto de regresar a su hogar, Ulises y su tripulación tuvieron que resignarse a permanecer dentro la embarcación en cuarentena por una epidemia frente a las costas de Ítaca.

Cervantina

Tras haber leído todas las publicaciones más recientes sobre biología molecular y epidemiología, se lanzó a las calles a lomos de su vieja bici, armado con su EPI y jeringuillas con un desinfectante de su invención, burlando el confinamiento, dispuesto a combatir el virus.



Rachid Lamarti

Desiderátum

Visto desde fuera podría parecer que esto no es vida, o suponerse sin más que aquí dentro me falta aire, claridad, espacio para abismarme. Aire y espacio, en verdad, hay de sobra, y a estas alturas –perdida la cuenta del tiempo que llevo recluso, olvidadas incluso las razones de mi confinamiento– ya me he acostumbrado a vivir como los peces abisales. Ayudó que en el transcurso de mi liberación segunda, mientras admiraba los círculos del agua, su dinámica pasividad interior, me asaltase la sospecha de lo que más tarde comprendería con fulgor cometario: la libertad va por dentro. Aunque desmedido, tal barrunto atemperó mis geniudos nervios hasta depurarlos, algo elemental para mantener el pulso en sincronía con la eternidad y no azorarme. A fuerza de distensión, con ascética disciplina, logré no extrañar nada del exterior, salvo acaso los cielos floridos, un poco más de luz para leer. Por raro que resulte, aquí no tengo ninguna lámpara a mano y el resplandor dorado de las paredes y del suelo, aun confiriéndole a todo una atmósfera cautivadora, no ilumina lo bastante. Descartada la lectura, me reto al ajedrez, a la rosa azul, al *mehen*, a la oca, al *latrunculi*, al tigre en el espejo, y, desde hace poco, también al *mahjong*, un brioso juego que se me reveló —calles entibiadas a la luz de los neones— recientemente, durante mi liberación penúltima, tan amarga y azarosa como todas. No lo escondo: afuera no hay más que servidumbre, obediencia, órdenes que cumplir, y lo aborrezco. Ojalá pudiera negarme, evadirme a perpetuidad aquí dentro, tapiar el orificio irónico. Pero si de algo no he pecado nunca es de ingenuo. Por mucho que me repita que a la próxima me rebelaré, que tendrán que sacarme a rastras, en el fondo sé que volveré a escuchar, que volveré a obedecer. Tarde o temprano soñaré de nuevo con cadenas imantadas y columnas de humo verde, con aquel vasto prado de arena, con un coloso pájaro cian que me exhorta a cavar en el mármol, y ese sueño présago, puntual e infalible cada cierto tiempo, anunciará una vez más el tacto inminente, la caricia urgida, el ávido frufú de una mano contra los muros exteriores, tres deseos que me prosternarán nuevamente.



Esther Lázaro

Día 44

Ya he perdido la cuenta de los días que llevamos aquí. Igual podrían ser diez que cincuenta. Lo que está claro es que la cuarentena la pasamos literalmente, como hace siglos, cuando se estableció el término. Los primeros días había miedo, horror, estupefacción... Y nos lo tomamos como una oportunidad para dedicarnos a aquellas cosas que las rutinas diarias a veces no nos permiten o no en la misma medida. Me mantenía activo, en contacto, pensando que todavía podría salvar los muebles. Pero no. Tras la primera prórroga empezaron a caer los trabajos ya apalabrados, los contratos sin firmar. La rabia, la incertidumbre, la preocupación llegaron, pero no se estuvieron mucho, lo justo para algunos intentos a la desesperada que resultaron infructuosos. Al darnos cuenta de ello, la apatía fue venciendo poco a poco a todo lo demás. Y desde que se instaló, no hago nada de provecho. Soy incapaz de nada. No sé qué va a ser de mí. Me siento más perdido de lo que ya estaba, yo, que siempre he tenido un propósito, que siempre he sabido lo que tenía que hacer, lo que venía a continuación. Ahora, el no saber me paraliza, la falta de control me aturde, y me he resignado a dejarme llevar por esta sensación de vacío que lleno engañosamente viendo series de acción intrascendentes y leyendo novelas de aventuras. Aquellas que yo no puedo vivir.



Gloria de la Soledad López

La pupación

Estaba convencida de que la única forma de sobrevivir a todo aquello era adoptar la reclusión como algo natural e innato a las personas.

Se volcó en sí misma y en el conocimiento que tanto tiempo había anhelado cultivar, abriendo su mundo a otro que solo era real a través de las ventanas y de la pantalla de su ordenador.

Descubrió otros idiomas, otros rostros, otros estilos de vida que llenaban su confinamiento y enriquecían su intelecto.

Escribió, pintó y llenó sus manos de harina.

Dando rienda suelta a su imaginación convirtió el minúsculo salón de su casa en un gran escenario y allí, inactiva físicamente, desarrolló cientos de escenarios posibles que algún día tomarían vida.

Con cada día, con cada hora que pasaba se notaba distinta a la anterior, a la que era antes de todo aquello.

Estaba evolucionando hacía un estado superior, en el que apreciaba con objetividad el verdadero valor de las cosas y de las personas.

Había prescindido del calendario, del reloj y solo se llevaba por las horas que marcaban el sol y la luna.

Dormía y crecía, comía y crecía, leía y crecía, respiraba y vivía.

Hasta que un día permitieron abrir las puertas y salir de nuevo al mundo. Estiró su cuerpo, respiró hondo y caminó, o tal vez voló con unas alas que el resto no pudo apreciar.



Josefina Martos Peregrín

Agravante imperdonable

Madrugada insomne. Pepe bosteza en la terraza de su segundo piso cuando chirría el portal de enfrente: un hombre con chándal gris y cargado de bolsas de basura sale, dobla la esquina, tarda su buena media hora en volver. «¡Qué cara dura! ¡Si tiene contenedores ahí mismo, pero claro, así se pasea!». Apenas masculla una maldición contra los listillos que se saltan las normas, el mismo individuo asoma de nuevo, mira con cautela a un lado y a otro y, aún más cargado que antes, comienza a subir la calle. «¿Otra vez? Pues me va a oír. No le chisto por no despertar a nadie, pero con lo despacio que va, le pillo». Baja corriendo, cruza, intercepta al tramposo bajo la farola de la esquina y, ya a punto de amonestarle, ve emerger tres dedos blanquísimos por el cierre mal anudado de la bolsa más abultada. Fascinado por la perfecta manicura de las tres uñas rojas, pregunta tontamente «¿Su señora?» y cuando comprende: «Pero hombre, pero hombre, ¿qué ha hecho usted? ¡En pleno confinamiento!»



Paz Monserrat Revilla

Como un bendito

Consigo escapar por los pelos de las garras de un tremendo Dientes de sable. Empapada en un sudor helado recupero el aliento, y ya fuera de su alcance me ajusto los taponés de los oídos.

Resignada, imagino a qué otras pesadillas podrían incorporar esos malditos ronquidos: ¿Otro depredador menos pretencioso? ¿Una avalancha? ¿Un maremoto? Intento deslizarme de nuevo hacia la inconsciencia, pero unas puertas giratorias me devuelven a la habitación.

Desde mi lado de la cama veo cómo se balancea, suspendida en el centro del techo, una inquietante araña albina. Debería haber limpiado la casa más a fondo, me digo. Noto cómo se tensan los hilos que nos sostienen. La cama se desliza hacia el vórtice de una espiral en cuyo centro nos espera ella, simétrica y risueña.

Incapaz de hacer nada, sólo me queda contemplar la escena que se refleja —distorsionada y creciente— en cada uno de sus ocho ojos frontales. Yo, aferrada a la almohada con la desesperación de un naufrago insomne. Mi marido, recuperándose de su día agotador de teletrabajo y emitiendo por su boca abierta otro patético rugido de viejo león.



Ana Navarro

Cuente tres

Hay tres cosas que deberíamos hacer antes de morir: plantar un árbol, tener un hijo y escribir un libro. Lo había dicho el Peco en una entrevista al inicio del confinamiento recordando a José Martí. Nada menos que el Peco, gloria deportiva internacional y expresidente del país.

El asunto de los hijos no sorprendió a nadie, numerosos estudios habían pronosticado el *baby boom* que traerían tantas semanas metidos en las casas. Lo de los árboles se convirtió en la segunda obsesión antes de morir. Por todas partes se plantaron limoneros, hierbas aromáticas y margaritas.

He de decir que lo siguiente me pilló desprevenido. Una mañana apareció un documento bajo mi puerta. Recogí aquellas hojas con cierto asombro pues solo algunas personas sabían que yo había sido profesor de Literatura. Se trataba de una serie de cuentos escritos por una vecina. Me pedía una opinión crítica para presentarlos a una editorial. En cierta manera me sentí halagado pero no me apetecía retomar mis antiguas labores. Los leí por cortesía, realicé algunas anotaciones y le deseé lo mejor. Volví a ponerlo en el felpudo con la esperanza de que leyera mi respuesta antes de dejarme más. Sin embargo, encontré nuevos relatos al cabo de unos días. No negaré mi frustración. Una regla básica del escritor es ser lector. Esta vez fui más crítico. Tampoco sirvió de nada. Estaba tan enfadado que dejé los siguientes en el suelo sin mirarlos. Desde entonces cada mañana he contemplado por la mirilla la aparición de más hasta bloquear la puerta. Vivo aterrorizado y no sé si ponerme a leerlos o esperar a que uno de los dos muera.



Rafael Olivares

Triaje

Confirmada la infección, ya en el hospital, me informan que disponen de pocos respiradores y que su asignación se hace ponderando dos parámetros del paciente, la esperanza de vida y el valor social. En cuanto a la esperanza de vida, estando en la cincuentena y sin ninguna enfermedad previa, confío en alcanzar un buen ratio. Pero lo del valor social... No soy sanitario, a los que supongo en el *top* de la clasificación, ni policía ni bombero ni agricultor, que irán a continuación, ni tan siquiera maestro, transportista o fontanero, también con cierta relevancia. Me pregunto quién tendría prioridad entre un taquillero de cine y un vendedor de seguros. ¿Y entre uno del Madrid y otro del Barcelona? ¿Y entre Tom y Jerry? En esas elucubraciones estoy cuando me preguntan por mi profesión. Con un punto de resignación, oculto que soy escritor y digo que estoy desempleado. Veo más posibilidades y tampoco es mentira.



Ernesto Ortega

Desorden familiar

Hace tiempo que los días se parecen demasiado unos a otros y en la cabeza del viejo, que lleva ya varias semanas varado en el sofá, se empiezan a mezclar rostros, fechas y lugares, con la televisión de fondo. Al nieto, que se llama Andrés y es una fotocopia en color del hijo, ahora lo llama Joaquín, y a Joaquín, en cambio, lo trata de usted. Cada vez que la nuera le acerca un vaso de agua para que se tome las pastillas, él la invita a bailar y le lanza un piropo. En los últimos días solo canta viejas coplillas y ya no habla más que de mulos y simientes, de arados y mieses. Todos se empeñan en sacarle continuamente de sus errores, menos el chaval que sin saber muy bien por qué, quizás porque ya se ha cansado hasta de jugar a la *Play*, ha comenzado a seguirle la corriente. El tono sepia ha acabado por impregnar las paredes del salón y, al final, todos han aceptado de buen grado el caos familiar. Ahora el hijo es el padre; el nieto, el hijo; y la nuera, la mujer. Algún día terminará el confinamiento y recuperarán el orden familiar, pero mientras tanto el abuelo ha vuelto a sonreír.



Nieves Pascual

Pensamos que no podía ser peor

Cuando el mejor *gamer* profesional del mundo empezó la partida del videojuego «Pandemia», las gradas callaron. ¿Conseguiría este joven encontrar el patógeno adecuado para infectar y matar a toda la población humana en solo una hora? Nadie hasta la fecha había alcanzado el nivel más alto de juego. Los miles de espectadores que seguían esta hazaña por televisión e internet apenas lograban contener la ansiedad que les subía desde la boca del estómago.

A los sesenta minutos exactos el jugador profesional llegó al nivel más alto. Entonces empezó a toser. Dijo que tenía dificultad para respirar y sentía escalofríos. Le goteaba la nariz. Avisaron a un médico que corroboró una fiebre altísima. El joven murió a los dos días. Muchos de los que se sentaron en las gradas corrieron la misma suerte. Algunos espectadores a distancia fallecieron.

No se sabe a ciencia cierta cómo el virus del videojuego saltó a la realidad. Tampoco se sabe cuándo acabará esta pandemia. Lo único que se sabe es que, decretado el estado de alarma, la población se ha recluido en sus domicilios donde el uso de videojuegos ha crecido sobremanera. Quizá algún jugador encuentre el antivirus.



Gemma Pellicer

Dos definiciones aforísticas

Contagio: 1. Enfermedad sobrevenida. 2. Desgracia aparente o futura para el cuerpo, que se declara en guerra —o en quiebra—, mientras combate a diestro y siniestro, apenas armado y aun diezmado de consideración, contra un enemigo atroz a pesar de su tamaño ridículo. 3. Enfrentamiento fiero y desigual que no atiende a razones. 4. Promesa o vano deseo de que la carga de anticuerpos por adquirir baste o nos alcance en su benevolencia infinita. 5. Incertidumbre pertinaz propia de un alma atribulada.

Anticuerpo: 1. Antagonista recalcitrante del llamado antígeno. 2. Sustancia que combate cuerpo a cuerpo los antígenos, hasta formar un ejército de defensa debidamente pertrechado. 3. Principio de esperanza y posible salvación para las almas atribuladas de la definición anterior. 4. Antígona heroica.



Aurora Rapún Mombiela

El ovillo

La insignificancia de una mota de polvo, la de una hormiga, la del ser humano, la de una familia, la mía.

En el centro de una espiral endiablada, la mente trata de abrirse camino al sueño, pero se enreda en las partículas elementales que componen un monstruoso rompecabezas.

Levantarse, el teletrabajo, los niños, el deporte, los retos en familia, el contacto con los otros, las videoconferencias, cocinar, comer, las colas en la compra, las manualidades, limpiar, leer, millones de mensajes, las noticias, las fotos, los concursos de escritura, acostarse, intentar dormir.

Y una diminuta pieza encajada en el puzle busca a otra que ha quedado atrapada mucho más allá. A ratos se miran y se entienden.

Y esperan ansiosas el tornado de normalidad que sembrará el caos en ese maldito orden, las alzará en volandas y sembrará la realidad de fragmentos desordenados y libres.

Y entonces se encontrarán.

Caerán la una sobre la otra y, al fin, se tocarán.



Ilustración: Pablo Rapún Mombiela, diseñador.



Susana Revuelta

Resistencia

—La tortilla de patata de mi abuela estaba riquísima —empezó a decir Mauro. Era el más hablador de los cuatro.

—Se me está haciendo la boca agua. —Gerardo se restregó con la manga la barbilla por donde le caía un hilo de baba.

—Siempre me ofrecía voluntario para acompañarla a la huerta a por cebollas —continuó animado—. Escogíamos las más tiernas, ¡cómo olían cuando las arrancábamos! Y luego hacía un sofrito con un pimiento verde. Mientras aquello se pochaba a fuego lento y un aroma delicioso inundaba el aire, yo batía los huevos recién puestos por gallinas que vivían felices, picoteando por el corral y los prados, comiendo cereal y gusanos...

—Por qué no te vas a la puta mierda —susurró Luciano, mientras mascaba un nabo reseco.

Román escuchaba pensativo mientras rajaba con dedos temblorosos unas bellotas heladas. Miraba la navaja, miraba a Mauro. En el interior de aquel zulo, en medio del bosque, los cuatro soldados, casi niños, se apretujaban unos contra otros para darse calor, para no morir congelados, para seguir vivos hasta que el peligro hubiera pasado.

Fuera del refugio llevaba todo el invierno nevando.

Ilustración:
Sam Beh





Atilano Sevillano

Haikús

se le ocurrió
empezar a toser
se quedó solo

*

en los balcones
palomas desoladas
tarde cerrada

*

cómo salir
de la jaula invisible
de aciagos días

Procedimental

Antes de que se escucharan buenas noticias, poco antes de acabar el confinamiento, aquella gran señora, la del tercer piso, se convirtió en una mala noticia.

Sorpresa

En estos tiempos extraños, los profetas se vuelven más locuaces, pero silencian sus profecías.

Alborada

La primera mañana después de la reclusión, la ciudad ya no era la misma, y yo tampoco.



Lluís Talavera

Los pájaros

La primera vez que apareció uno sobre el campanario no llamó la atención. La siguiente no fue un pájaro, sino una docena. Cuando una nube de aves invadió los balcones en una especie de reunión sigilosa y turbadora, muchos parroquianos presagiaron que algo estaba a punto de ocurrir, jamás se había visto nada igual. Al poco tiempo se volvieron locos. Golpeaban las puertas buscando un medio para entrar en las casas, atacaban a cualquiera que encontraran en la calle. Mientras tanto, los pájaros permanecían atrincherados esperando a que los hombres se aniquilaran de una vez. Se diría que su mirada tenía un aire de condescendencia.



Xuan Trenor

2020 *Brave New World*

No nos podemos quejar. Estábamos más que avisados: «parece que todo ha pasado, pero por favor, no salgan todavía. Espérense, aguarden, sólo un poco más». Lo dijeron tantas veces, tantas, que nadie hizo caso. Nos acostumbramos a las calles llenas de cortejos fúnebres, a los crespones negros, a los entierros multitudinarios, a los trapos colgados a media asta. Nos acostumbramos a los muertos que se acumulaban en los portales. Simplemente pasábamos por encima de ellos —eso sí, tapándonos la boca antes— mientras los criticábamos: «culpa suya, los viejos no pueden salir». Pero no eran solo ellos, pronto les siguieron los jóvenes. Y nosotros, mientras tanto, seguíamos aplaudiendo para que no se oyera el silencio. Aplaudíamos y aplaudíamos cada vez más fuerte, hasta que nos descarnamos las palmas de las manos. No podíamos tolerar un mudo sin ruido, sin humo, sin luces de colores.

Nos dijeron «sean cautos», pero no lo fuimos. Nos vomitamos a las calles y llenamos las aceras; nos montamos en nuestros coches hasta que desbordamos las carreteras; pitamos, gritamos, nos empujamos. Asaltamos las tiendas; necesitábamos ropa, móviles, libros... no podíamos gastar más tiempo, teníamos que volver a la normalidad.

Y dejamos de aplaudir.

Ahora no queda nadie; solo yo y los menores de cinco años. El resto cayeron todos y, por mi tos, diría que poco me queda. Les he dado a mi hija, sé que la cuidarán. Se han organizado. Los mayores recolectan comida y se la preparan a los más pequeños. No se pelean, se cuentan historias y duermen acurrucados. Cuando están felices o tristes se abrazan. A mí me evitan, sé que me echan la culpa de todo. El mundo es suyo ahora.



Susi Underground

Una conciencia en otro sitio

Cualquier abogado tendría muy fácil defender la inocencia del fin que justifica los medios. Bastaría con llevar a las mentes de los que deciden con su fallo una situación en la que el bien de muchos dependiese de la muerte de unos pocos. En caso de haber notado el jurista gestos poco convencidos entre su audiencia, podría llevar la idea al extremo y recordar que Jesucristo murió para salvarnos a todos, que esa es la religión verdadera y que a Dios no se le discute.

Podría apelar al sustrato que existe en toda antropología que se precie para asegurar que la ley de la supervivencia de las especies deja muy claro ese concepto, y —pensando en Mircea Eliade a causa de una extraña asociación de ideas que sólo él hubiera podido comprender, en caso de haberlo querido— finalizar su brillante disertación citando a Darwin: «Señoras y señores: con dudas no hay progreso», llevando a su máximo contrario el sentido de la frase, seguramente por un fallo de memoria bien traído en ese instante tan decisivo.

Pero una situación inconveniente (que alguno de los miembros del jurado tenga la cabeza en otro sitio porque la camarera del bar donde desayuna por fin le ha dicho a qué hora sale, por ejemplo) pudiera hacer peligrar el resultado de tanto esfuerzo y que, de repente, no hubiese unanimidad en la sentencia. Ya se sabe que una histeria no soporta una conciencia en otro estado que no sea el del miedo.



Alberto J. Vargas

Intemperie

En libertad. Siempre había querido sentirse así. Vivir en la calle, dormir en cualquier lugar que le proporcionara refugio, permanecer en un continuo presente sin más propósito que conseguir lo esencial para seguir siendo. Pero hoy, al despertar, todo parecía distinto. La ciudad, su territorio, se había replegado sobre sí misma y los lugares de tránsito estaban llenos de vacío y silencio. Los habitantes, confinados en sus casas, sólo eran rostros asomados con miedo, a ventanas y terrazas, juntos en un paisaje de viñetas inconexas. Y por primera vez se sintió prisionero en su intemperie y comprendió que el aire libre se había convertido ahora en un espacio triste y cerrado.

Virus

Por la noche, cuando el laboratorio queda a oscuras y en silencio, salimos de nuestro cuartel secreto el ejército de virus que aguardamos el momento para empezar la gran guerra. Y aunque procuramos pasearnos sigilosos entre sus datos empíricos y sus certezas matemáticas, a veces no nos podemos contener y se nos escapa una sonora carcajada.



Dominique Vernay Juillet

El respirador

Su vestido preferido era el de los domingos que su madre planchaba colocando, entre aquella prenda y un posible exceso de calor, un trapo blanco que iba humedeciendo a poquitos. La observaba poner la mano izquierda en un tazón de agua tibia para, con enérgicas sacudidas, provocar una fina lluvia sobre la tela que protegía el vestido. Ahora le parece volver a oír los «chsss» de las gotitas al hacerse vapor, el esmero de su madre y sus manos tan listas que se sabían de memoria cada gesto. Era precioso, le dice a la enfermera de la UCI que le acaricia la frente, era un vestido precioso, repite la anciana.

Centro de alto rendimiento

Hasta la puerta trasera no llegábamos. Demasiados metros. Nada más ser admitidos, tal vez sí algunos lo hubiésemos conseguido. Pero los entrenamientos empezaban de inmediato y aquel centro era sin duda el mejor. Al poco, ya batíamos récords de permanencia en inmovilidad, y cuando por fin —al anochecer— nombraban a los vencedores del día, el geriátrico abría de par en par aquella puerta para dejar salir a los nuevos campeones.



Juan Yanes

Diario dendrológico

Esta mañana me levanté con el ánimo arbóreo y digo yo que será por el miedo a que la pandemia se lo lleve todo y borre la memoria y a nosotros con ella. Así que empecé a juntar árboles míticos, árboles de la infancia. Mi infancia estuvo llena de árboles que he conservado hasta hoy: el algarrobo donde nos subíamos mi primo Roberto y yo, el granado y las higueras de mi abuela que vigilaba con celo, los eucaliptos gigantes de la carretera de Tejina, las cañas de bambú del Parque que formaban un túnel perfecto, el interminable Camino Largo con sus enormes palmeras... Pero había un árbol por encima de todos los árboles. El Drago de Icod, algo así como el Gernikako Arbola de los canarios. Cuando tengas uso de razón, dijo una vez mi padre, iremos a ver el gran drago. Así que un buen día me llevaron en peregrinación a verlo. Por supuesto sin preguntarme si ya tenía uso de razón o no. El drago de Icod es un drago milenario, decía mi padre que era muy amigo de exagerar y lo decía además con el vozarrón aquel que tenía que temblaban las ventanas y el mueble donde mi madre guardaba la cristalería. Cuando mi padre se empezaba a entusiasmar, mi madre y varias tías salían corriendo a aguantar el mueble. Mi padre gritaba, El Drago de Icod es, con toda seguridad, el árbol más viejo de mundo y era, además, el árbol sagrados de los Guanches y todos los canarios tenemos la obligación de venerarlo. Nadie en realidad sabía la edad que tenía aquel imponente drago de unos veinte metros de altura, lo que sí estoy seguro es que no era el árbol más viejo del mundo, porque mi padre, sin quererlo, incurría en múltiples contradicciones. Cuando salíamos a dar un paseo andando por el Camino de la Fuente de Cañizares, mi padre decía: Prepárese que voy a mostrarle el árbol más grande que ha visto usted nunca y el más viejo de todas las Canarias. Esa misma frase la repetía, con leves variaciones, todas las veces que pasábamos por el castaño. Pero para mí hay un árbol que es el más especial de todas las especies, un ciruelo que había en el jardín de mi casa donde se subía Julia, la chica que nos cuidaba a mi hermana y a mí, y de la que estuve perdidamente enamorado hasta la adolescencia. Julia, desde la copa del aquel endeble ciruelo, decía, sobreactuando: ¡Adiós, mundo cruel, voy volando hacia ti, oh cielo inmarcesible! Yo pensaba que si ella quería saldría volando como un pajarito. El solo pensamiento de que me podía abandonar era insoportable para mí y entonces recuerdo que le decía, una y otra vez, entre sollozos: ¡No te vuelas, Julia, no te vuelas! ¡Llévame contigo! ¡No me dejes aquí, solo en este mundo tan cruel!



MÉXICO

Compilador: José Manuel Ortiz Soto



Luis Eduardo Alcántara

El dictamen final

Paciente del sexo femenino, de piel blanca, pelo castaño, de aproximadamente 40 años de edad, con perímetro craneano de 57 centímetros y uniforme azul al momento de ser encontrada. Presenta una ligera sonrisa debajo del cubrebocas, de estilo curvado, bordes irregulares, de color violáceo, según parece, originada por profundas satisfacciones. Hallamos también en la región del tórax, un estetoscopio médico ya gastado por el uso, y entre los dedos, las huellas todavía frescas de cientos y cientos de vidas rescatadas por la amenaza latente del Covid-19. Por otra parte, no encontramos junto al cuerpo rastros de dinero o algún otro valor considerado material. El presente estudio se ha realizado en un ambiente seguro y sin ninguna posibilidad de propagación del virus.

Autoridad que certifica: Caronte.

Primer círculo celestial. Entrada.

La vuelta de tuerca

Cuando por fin las autoridades de salud dieron por terminada la emergencia sanitaria, la vida cotidiana en el planeta se reactivó como era de esperarse: el precio del petróleo se disparó por las nubes, los novios festejaron otra vez a San Valentín, el cielo recuperó su antigua y acostumbrada grisura, los animales salvajes regresaron, uno a uno, a sus lugares de origen, y yo volví a ser una célula infecundada, por el distanciamiento habitual entre mis padres.



Liliana Almazán Hernández

El manto de las Moiras

Vengo de la noche, del azul del abismo en silencio, donde reinan criaturas de terrible apariencia monstruosa. Nací de una gota aterciopelada, biolumínica sístole y diástole, jugando a imitar a los engréidos luceros del cielo. Mi madre es Cloto, la que duerme en su manto albino. Oigo las gotas caer, mis hermanos los arcaicos peces, difractan plateadas arenas celestes. Por ser mi origen abisal, desconozco mi sexo, hilos invisibles de sal me arrojaron a la vida, se despiden trenzando sus hebras amargas.

Vengo de las olas, soy la espuma eterna que pierde la voz. Mi madre es Láquesis, la que canta envuelta en su manto dorado. Oigo las gotas caer, se desprenden de mí al atardecer. A cada palabra perdida, un ovillo de cabellos para finalmente ser arrojado al viento. Mi morada es de arquitectura cóncava, de temperatura volcánica, de carácter intempestivo, manantial seguro, para las madrugadas exaltadas, donde el dolor cobra sentido. El reflejo encontrado en el ocaso me asegura que nací mujer.

Vengo del agua que abraza el frío cristal. Mi madre es Átropo, la que llora y arrastra su manto evaporado. Reposo sempiterno, el cuerpo doblado, piel sobre piel. Las tijeras de la alquimia asisten a mi noche glacial, cortan ¡Nunca Venus! Regreso con mis hermanos ahora en una gota de cristal, espécimen en éter para admirar. Me cubren mi sexo con un manto de cabellos negros, Ariadna merodeando el laberinto va, lleva el hilo y lo deja reposar en la cama del que ahora lo tejerá.



Sergio Astorga

Bochorno

Todo apuntaba al goce extraño de encontrar la dirección. Caminamos cubiertos con el celaje de los recuerdos. La tienda de doña Rosita, ya no estaba, ni el taller eléctrico del maestro Artemio, ni aquel candente departamento de masajes y galopes varios. Un relieve de memoria finge encontrar lo que ya no vive. Era inútil quedarse. Sólo el regazo de la arruga del retorcido presente nos subyuga. Un plomo en la frente y un fósforo enciende lo que nunca regresa. Todo apuntaba al camino de buenos pensamientos. Todo.

Parada

¿Y si no pasa?

¿Y si todo ya pasó?

Las señoras esperan que pase.

¿Quién entiende eso?

Hay días en que las palabras se quedan debajo de la lengua. Como esa sopa de habas que no termina de cocer.

Había una vez un día en que no pasaba nada.

¿Lo recuerdan?

Nubarrón

La lluvia cae con ese frío azul inigualable. Los cristales chorrean; lentamente se confunde el mundo exterior. Los paraguas se abren y se agitan. La ciudad tiritita y los ojos vagan extraviados. Un destino inaudible se adormece y esperamos a que la lluvia cese para abrir la ventana.

Nadie se atreve a preguntar si esto es posible.



Karla Barajas

Protocolo

En la casa de Ana Bertha se siguen al pie de la letra las indicaciones y protocolos para evitar el contagio y propagación del COVID-19. Tienen la alacena llena, también cubrebocas y medicamentos en el botiquín. Su esposo es neurótico, en el período de cuarentena se puso más agresivo, así que le grita todo el tiempo: «Guarden distancia de un metro», «No me beses, Ana», «No me abracés», «Trapea con cloro»... Solamente ella sale a la calle una vez por semana para comprar alimentos y para ver a Roberto Sandy, su amante, con quien tendrá sexo salvaje y se recuperará de la asfixia mental que le produce la casa, la dulzura de sus tres hijos y el precavido esposo.

Al regresar del hotel, Ana Bertha se pone gel antibacterial en las manos; talla sus zapatos con agua, jabón y cloro y los deja secando al lado de la puerta.



Alejandro Barrón

XI

Habito en la sexta planta de un edificio ni muy viejo, ni muy nuevo. A veces llega el correo, a veces no. Suelen apilarse las tazas y los platos en la fregadora, hace tiempo que dejé de lavarlos. Por las mañanas no sucede gran cosa, el rumor del trajín cotidiano; por las tardes un haz de luz ilumina la pared de la estancia, por las noches a veces entra zumbando algún insecto extraviado. Y mi cuerpo sigue colgando de la ducha, indiferente a todas las banalidades del mundo, desde hace dos años.

XII

Cada noche, cuando salgo al balcón a fumar, en el edificio de en frente está una señora que me mira muy raro.

Durante el café comento con mi amigo esta peculiaridad: «Cada vez que salgo al balcón a fumar, en el edificio de en frente hay una señora que me mira muy raro. Temo que sea una loca o un fantasma».

Y éste lanza una risilla desenfadada: «¿Una loca? No lo creo, con la bomba que lanzaron sobre esta ciudad nadie sobrevivió...». Nos reímos nerviosamente por un breve instante, y guardamos silencio mientras bebemos de nuestras tazas mohosas.



«Hábito», de Alejandro Barrón



Daniel Bernal Moreno

Un día más

Tal vez por la edad o por el entusiasmo, sus manos temblaron. No fue sencillo levantar el plástico que cubría el vestido que con tanta delicadeza guardó. Estaba reservado para una ocasión especial, pero dadas las circunstancias, cada día lo era. Lo había usado solo un par de veces. La primera, en la boda de su única nieta, aquella ocasión con su pequeña familia reunida para celebrar; la segunda, el día de su retiro, seis años atrás, cuando sus compañeros aplaudieron por sus cuarenta años de servicio. Ninguno de sus familiares estuvo presente. Todos se habían marchado de la ciudad. Por fin tenía tiempo para estar con ellos y ya nadie estaba cerca.

En la calle el bullicio inició. Alguien, a lo lejos, cantó una canción y los aplausos no se hicieron esperar. Apuró el paso, tenía todo listo: jugo, café y el pan que la noche anterior había horneado. Corrió las cortinas y abrió las puertas del balcón. Mucha gente se lamentaba de su suerte, pero ella no necesitaba salir, todo lo contrario, en el fondo deseaba que la cuarentena no terminara para seguir saliendo al balcón cada mañana a desayunar. Para saludar a sus vecinos y ofrecerles un poco de pan mientras respondía cómo había pasado la noche. Para no estar tan sola.



Sergio Francisco Camacho Gutiérrez

La nostalgia ahí
Oprimiendo el alma
La cicatriz aún.

*

La mujer pobre
Su hija llora, sufre
El destino es.

*

Si mueres, me voy
No hay consuelo en mí
Prefiero salir.

*

Si me enfermo
Grave será mi vida
Ya tengo planes.

*

La violencia es
El disfraz del humano
Tendrá solución.

*

Frío intenso
Impera la pobreza
Muertes en vano.



Judith Castañeda Suarí

Sorrento

El hombre camina a lo largo de la acera y ve los edificios, las ventanas abiertas a una brisa libre de virus. Más allá, el mar, el alto azul sin presagios de lluvia. Una tonada de piano llega a enredársele en los pasos. *Aquí donde brilla el mar y sopla fuerte el viento*, escucha también. Es una voz femenina.

Así cantó él mismo desde que las autoridades ordenaron el aislamiento de la península; para borrar las horas, para no hartarse limpiando, buscando grietas en su apartamento. *Una furtiva lágrima de sus ojos brotó*, oyeron los vecinos la primera vez. Ahora, en una ciudad casi extraña, semejante a una hoguera después del larguísimo encierro, no puede evitar repetirlo, y mientras la voz anónima evoca luces sobre un mar nocturno, él entona un *a aquellas jóvenes alegres parecía envidiar*, como lo hiciera desde su balcón. El entusiasmo mezcla cada una de sus palabras con las de esa canción venida de quién sabe qué estancia, *pero eran sólo las luces de los barcos y la blanca estela de una hélice*.

¿Qué más puedo desear?; la romanza acompaña al hombre cuando la frase *sintió el dolor en la música* es otro de los susurros de la marea, cuando el piano comienza a perder el habla. *Me ama*, canta todavía con voz tenue mientras una aguada blanquizca emborrona la costa. Cómo me hubiera gustado ir al Santa María del Pianto, suspira, intenta rozar la mortaja que viste su cuerpo. Sus dedos traspasan esa funda plástica. Sí, poner claveles a los pies de Caruso, cantarle; *¿qué más puedo desear?*, repite cuando los empleados del crematorio se acomodan los guantes para arrojar otro de los cadáveres a las llamas.



Jacqueline Cota

Made in China

Habían pasado varios meses, el número de víctimas incrementaba sin control. No podían saber cuál era la causa, ya nadie salía de sus casas. Las calles rezumaban vida salvaje y los jardines subían por los edificios o retoñaban en las grietas de las calles. Al darle la vuelta a la mascarilla me di cuenta que decía: MADE IN CHINA.



David Chávez

El extravío constante de las llaves de casa

El Departamento de Metalurgia del Instituto de Estudios Superiores de Santo Domingo, en Madrid, reveló que la *Estalactita otaria médium flavescens* se reproduce en ambientes óxidos y ferrosos. Su gestación va de dos a tres meses y hospitales, cárceles, escuelas y oficinas son el hábitat de estas micrasirenas que se alimentan del dióxido de carbono y partículas de metal corroído por el agua en tuberías y llaves. Distinguen el hierro puro en organismos cercanos a ellas y aprovechan para mudarse al torrente sanguíneo mediante el uso humano de vasos, platos, cucharas, tazas. En una investigación, el periodista portugués Everardo Rehoas [que documentó el caso del traje nuevo del emperador] estima la más alta concentración de estas micrasirenas en épocas de pandemias y peste, cuando la gente se recluyó para evitar contagios. Los síntomas que indican la presencia de *Estalactita otaria médium flavescens* incluyen desorientación, habla con enredos, paranoia e intolerancia a los maullidos de gatos en celo y estridulación de grillos y al olor a madera, al insoportable ruido de goteras en el lavaplatos pues cada gota contiene el canto de miles de ellas. Consumen las reservas de hierro del cuerpo humano y causan anemia, corazonadas, recuerdos quebradizos de lo que se acaba de soñar, antojos por comer mocos. Sobre todo, el extravío constante de las llaves de casa.



Cristopher Josué Escamilla Arrieta

En el encierro

Hoy pensé en mamá; mis amigos me cuestionaron por ella. La situación allá afuera luce complicada.

Cuando todo está en silencio, por las noches, escucho el rumor de un noticiario televisivo. Tal vez el guardia del edificio es quien tiene el único aparato receptor que aquí funciona.

Defunciones y alertas sanitarias pueblan las notas que lee el locutor al aire: «Se decretó la cuarentena. Hay toque de queda...».

Me desaliento aún más en este aislamiento. Pocas esperanzas de volver a verla. Lo único que mantiene mi ilusión son las voces de aliento que encuentro en mi cabeza, ésas mismas que preguntan por ella desde que nos encarceló en este psiquiátrico y que me recriminan por no asesinarla cuando pudimos.



Blum Felle

Huérfanos

Hay una niña sentada en la cama, mirando pasar sus recuerdos, se levanta y camina hacia la ventana, recuerda que no quiere perderte, que quiere estar a tu lado, compartir más momentos, implora que no te vayas, llora porque quiere estar contigo, tiene un vacío en el pecho al sentir que la abandonas, sus esfuerzos son en vano: tú la ignoras, te alejas de ella, azotas la puerta, tus pasos se alejan cada vez más, ella los escucha a través de la puerta, dejando que el tiempo pase al compás de tu partida. Los niños interiores son huérfanos abandonados cuando la madurez nos llega gracias al tiempo, y están ahí, en nuestros ojos viendo pasar la vida; regresamos al lugar, pero los abandonamos, les azotamos la puerta y no los escuchamos más.



Rafael Fernández Flores

De terror

Como aficionado a las novelas de zombis, leo entusiasmado: «un ser no viviente, entra en otro que sí lo es —lo posee— para aprovechar su aparato reproductor y replicarse...». Sigo leyendo ávidamente, hasta que me decepciono al ver que se trata de la descripción de como un virus parasita una célula para reproducirse.



Azucena Franco

Pánicas, pandémicas, pandemoniacas

En mi soledad, lavo mis manos perfectamente y llevo a cabo todas las indicaciones de salud, no quiero autocontagiarme.

Entre mayor aislamiento, me siento más insegura.

Sin los otros, que son míos, estoy desgajada.

Bombardeo de noticias sumergen en pavorosas marejadas.

Pueblo manejable, yo manejable.

«Libre de virus», dice Avast, y ello trae nuevas esperanzas.

Zozobra, latencia.

Este proceso es inverso, mientras más tiempo pasa, menos nos acostumbramos.

Los animales se dejan ver ¿sabrán que los humanos se están muriendo? Aun siendo tan grandes y fuertes, los dinosaurios se acabaron, ponían en riesgo la vegetación y a los otros animales.

Hay que conocer la historia para repetirla.

Pachamama deshonrada por uncel, plásticos, millares de tóxicos, regados en sus aguas, haciendo inservible el territorio.

Virus filosófico cuestiona la forma de ser y estar, las acciones, aspiraciones, relaciones, la vida misma.

Oxímoron planetario, juntos en el aislamiento.

Es mejor vivir ocupado, inventar horarios, compromisos, labores imprescindibles, todo con el fin de distraernos de nosotros mismos.

Regresar a casa, recogerse, implica enfrentarse a la mismidad inaguantable.

La soledad, el encierro, el autosequestro derrumban al más vigoroso.

Para no morirnos de sopetón, nos morimos de a poquito, cada día.



Ome Galindo

Contagio

Cuando terminó el aislamiento voluntario que evitaba propagar aún más la enfermedad, nos dimos cuenta de que aquellos que salieron, sufrieron los estragos de un virus distinto. Los paseantes de la noche —en medio de un silencio y soledad medieval— fueron abordados por auténticos moradores de callejones y tras calles. Habíamos superado la pandemia y volvíamos a la libertad; pero ahora debíamos enfrentarnos a la licantropía y al vampirismo: con varios cientos de contagiados en cada ciudad.

2500

La profesora Jí-Bing Pérez entró al aula virtual desde su comedor. En la reunión sincrónica tenía a los 32 alumnos de Artes Liberales con especialidad en Literatura.

—Si quisiéramos resumir los inicios del siglo XXI, necesitamos considerar las tres pandemias. Cada una con sus aislamientos de casi un mes. Estos cambios dieron pie a escuelas literarias bastante interesantes.

La señal azul de «Solicitar la palabra» se iluminó:

—¿Profesora, no es ese momento cuando la minificción entró en declive?

—Justamente, es aquí cuando se acaba...

Apocalipsis 8-12

Durante la contingencia sanitaria, el clamor de las trompetas no pudo contrarrestar el sonido de los conciertos de balcón que hacían en Italia. Así que, enfadados, los Cuatro Jinetes se guardaron en las profecías hasta que la cuarta luna de Acuario volviera a estar en convergencia con Plutón. ¿Qué tanto era esperar 21 meses?



Juan Carlos Gallegos

Desde entonces

El virus mutó, para ser más contagioso y letal: el aislamiento, ansiado por todos, siguió. Solo los autos desafiaban las distancias, cada vez menos, pues el transporte público era un gran foco de contagio. La población alteró sus actividades aún más. Hubo quienes decidieron vender comida o artículos relativos a la salud en donde vivían. Más y más profesores, hartos de las extenuantes jornadas laborales en línea, renunciaron y dieron clases presenciales más relajadas (a la distancia segura de 4 metros). Sus alumnos eran chicos sacados de las escuelas, debido a las también inacabables tareas. Como la red era el lugar favorito de la delincuencia, por el alto uso de transacciones en línea, tanto profesionistas como quienes ejercían oficios comenzaron a trabajar cerca de casa, para cobrar en efectivo.

Tras más cambios, la gente acabó por hacer vida en una pequeña zona. La avenida a diez calles de distancia, a partir de donde cambiaba el código postal, se volvió como la frontera de un país vecino. Luego, un efecto paralelo se dio en internet. El cansancio generalizado ante el uso masivo de videollamadas y *lives* tuvo lugar finalmente, respaldado por la filosofía del «Vive tu zona». ¿Qué caso tenía comunicarse con parejas, parientes, amigos que vivían a muchos kilómetros de insana distancia, en esa cuarentena sin fin? Y es que nuevas amistades y amores habían surgido en los barrios, y otros lazos familiares se tejían ya sobre los antiguos.

Cuando el virus por fin cedió, ya había jóvenes que no recordaban el viejo mundo. Nadie hizo caso a las autoridades. Se confiaba en los jefes de colonos, quienes desacreditaban los anuncios sobre el fin de la reclusión, mas no en gobernadores y presidentes, desafortunados seres de ficción no vistos por nadie y en quienes los más viejos, únicos capaces de recordarlos, nunca habían creído media palabra sobre nada que dijeran. Poco a poco los avisos se volvieron silencio.

Desde entonces cada persona ha hecho su vida en un área de no más de 1.5 kilómetros a la redonda de su hogar.



Edwin Alexander García Escobar

El fin del mundo

Cuando murió el último humano, millones de cucarachas salieron en tropel de todos los rincones de la ciudad. Celebraron saltando sobre el cuerpo de su último verdugo, después subieron a todas las estufas que encontraron, se metieron a todas las alacenas y vagaron por todos los platos, vasos y cubiertos que les salieron al paso. Por último, extasiadas, dejaron sus huevecillos encima de lechugas y jitomates frescos. No pasaron ni tres días, cuando empezaron los suicidios por crisis existenciales y aburrimiento.



Yobany García Medina

Aforismos

La soledad es maravillosa, puedes conocerte hasta aborrecer tu encuentro.

*

Ámate a ti mismo hasta que tu único divorcio sea el suicidio.

*

En estos tiempos, jamás dejaría salir a mi niño interior.

*

Reprochamos el aparentar lo que no somos como si ser nosotros mismos no fuese ya una apariencia.

*

Es un peligro andar solo, uno puede llegar a conocerse.

*

Es una lástima que viajando dentro de sí mismos no dejen de ser turistas.

*

Nos han hecho creer que la soledad es insoportable cuando, casi siempre, nos hemos fracturado el alma por la obesa estupidez del ser humano

*

Cuando uno ama su trabajo es más fácil disimular las cadenas.

*

Nos hemos autoayudado tanto que nos volvimos inútiles para el otro

*

El conocerse a uno mismo implica, en su estado más puro, errar con plena consciencia.



Dina Grijalva

Metamorfosis 2020

La noche del 29 de marzo se durmieron con malas noticias de la pandemia. Tal vez mañana todo sea mejor, se dijeron al darse las buenas noches. Al amanecer, en todas las casas, en todas las ciudades sólo había coronavirus.



Perla C. Hermosillo

Beso rojo

Guadalajara, México, 19 de septiembre.- En la madrugada de este lunes, vecinos del centro de la ciudad se encontraron con otro siniestro hallazgo. Un hombre de entre 35 y 40 años de edad yacía con el tiro de gracia, y con un beso rojo en la mejilla izquierda, sobre la calle Manuel Acuña en su cruce con la Avenida Alcalde. El crimen se le atribuye, de nuevo, a la «Viuda negra», quien ha dado muerte a 7 hombres en los últimos meses. Este suceso ha desquiciado aún más a toda la población de la ciudad: los hombres ya no se atreven a salir de casa por las noches, mientras que las mujeres velan por la seguridad de sus varones. Para calmar la histeria colectiva, el detective encargado del caso afirmó tener una serie de pistas que ayudarán a encontrar pronto a la sospechosa. Mientras tanto, las autoridades han ordenado comenzar con el confinamiento voluntario hasta nuevo aviso.

La mujer líquida

Llegó la época de la pandemia. Ella tenía dos meses sin salir de casa. Cumplía con los deberes de la oficina de manera virtual y recibía su pago sin falta, lo que le permitió continuar con su buen hábito: tomar mucha agua. En el refrigerador se podían encontrar tantas botellas del vital brebaje que no había lugar para nada más, así que dejó de comprar comida. Una mañana comenzó a verse traslúcida, no le dio importancia. Los días pasaron hasta que en lugar de piel la cubría una finísima capa acuosa. Observaba con curiosidad y angustia cómo en lugar de sangre, agua corría por sus venas y cómo sus músculos y órganos eran ahora transparentes y de una consistencia gelatinosa, pero pronto se acostumbró a su nueva apariencia. Cuando el confinamiento terminó, sintió tanto miedo de regresar al exterior y de que la gente se asustara al verla, que se pinchó con un tenedor. Sobre el piso quedaron el agua salpicada y una masa pegajosa y transparente; en la silla húmeda, el esqueleto inerte, reposaba y veía por la ventana un inminente chubasco y las calles que, poco a poco, se llenaban otra vez de gente.



Diana Raquel Hernández Meza

Exilio

Desde que Helena me trajo a este lugar dejé de mirar el reloj. Cuando estás encerrado, el paso del tiempo pierde relevancia. Ocasionalmente, escucho algunos pasos y murmullos sin alcanzar a hilar una conversación. Antes de marcharse, Helena dijo que pronto vendría a verme. Aún la extraño. En esta oscuridad, continuo esperándola.



Hilario Martínez

Adaptaciones en tonos de gris

El distanciamiento social era ya una ley, ni siquiera se permitía el vivir en la misma casa, el comer juntos, y menos copular. A las dos pm acomodaba la mesa para que desde la casa de al lado las sombras dibujasen la silueta de su amada y los rayos del sol les permitiesen comer juntos. En algunas noches, la luna hacía su magia y se podía ver cómo las siluetas se fundían en una sola. Cuando entre las paredes se vieron retozar los pequeños niños sombra, ya nunca más se sintieron aislados.



Israel Montalvo

Primer Contacto

El Mayor Tom llevaba varado una vida sobre esa luna, perdido en ese olvido de vida desde que su nave dejó la órbita de aquella Tierra. Vivía enclaustrado en aquella nave esperando a que algo lo alejase de ese abandono. No perdía las esperanzas a pesar de que era consciente de que no había forma alguna de que vinieran a rescatarlo desde su Tierra. Aun así, se aferraba a la esperanza de poder dejar esa luna de alguna forma. Era lo único que lo mantenía cuerdo en ese silencio perpetuo.

El primer contacto se dio en aquella noche sin fin en que el tiempo dejó de importar. Despertó por inercia en su camarote y fue torpemente a la cabina de mando continuando con la rutina establecida desde que había varado. Se sentó en el asiento ante el panel de control e intentó darle coherencia a las imágenes que se habían manifestado, en aquel paraje lejano a la vigilia, todavía fresco, palpable. De súbito un fragmento permaneció estático por su memoria. Era la claridad de un deseo, una manifestación de una voluntad que no era suya, más allá de las limitaciones de la razón y la gordura. Salió de la cabina envuelto en su traje espacial, corriendo a toda prisa. Abrió la compuerta de la nave y se enfrentó al negro infinito de aquel universo que se asomaba por el horizonte.

—¡Aquí estoy, aquí estoy! —gritó una y otra vez con todas sus fuerzas, a la nata oscura que se asomaba desde la nada.



Chris Morales

Emparejados

El canino salía muy triste al ver que le ponían un bozal. No entendía por qué detenían sus ladridos. Ahora sale más contento al ver que sus dueños y las demás personas traen uno igual. En su mente ha generado la idea de que para que el mundo sea más tranquilo, perros y humanos deben callar.

Daño a propiedad no ajena

Antes de la pandemia ya tenían problemas. La comunicación era ineficiente, nula. Durante el encierro ambos usaban tapabocas, ¡Sí, aun estando dentro! Deseaban evitar a toda costa sus microbios. La escucha era complicada; el entendimiento peor, pues con esas cintas de tela en la cara no se podían leer siquiera los labios. Un día salieron los dos sin reconocer lo que cada quien dijo. Hoy, la capa de polvo sobre los muebles es demasiado espesa, no se escucha ninguna pisada, nada de respiración, nulo palpitar y yo llenándome de salitre, desmoronándome.

Sólo así

Mi madre tierra echó a andar un plan estratégico para descansar de tanta presión. Así como

—	separo		y		aíslo
—		estas		palabras,	logro
—	una		reacción		en
—		tu		cabeza	
—					¿Cierto?



Fabiola Morales Gasca

Tapaboquitas rojo

En un lejano reino donde dominaba la pandemia, se hallaba una dulce niña. Su madre la mandó a dejar unos pasteles a su abuela que, por ser de población de alto riesgo mucho menos podía salir. Al marcharse con la canasta llena de panecillos la madre le dio un tapabocas rojo y le advirtió: no hables con nadie, ella asintió con la cabeza. En las siguientes calles vio a mucha gente que había violado la cuarentena y andaba sin tapabocas. A fin de evitar esto se fue por un atajo. Ahí salió un lobo atlético, que tras una breve plática la retó a ver quién llegaba antes a casa de la abuela. A la niña de cubrebocas rojo le pareció mala idea correr sin ir bien tapado pero no pudo evitar que él corriera sin que ella pudiera advertírselo. Por supuesto el lobo ganó, la dulce niña observó sus ojos grandes, la boca grande, las garras y los dientes grandes, era imposible vencerlo. Él se burló de ella y comió los pastelillos destinados a la anciana. Pasaron quince días nadie supo nada de él. No hubo cazador, la enfermedad infecciosa fue más letal y silenciosa.

Diagnóstico

No se supo exactamente el diagnóstico de su muerte. Unos decían que fue neumonía atípica adquirida en la comunidad, otros que fue COVID -19. A todos los familiares, amigos y vecinos les extrañó pues ella nunca salió durante el confinamiento impuesto. Era una joven que respetaba siempre la ley. Alguien, suponemos que una amiga muy cercana, se atrevió a afirmar que fue paro cardíaco fulminante al saber que su amante se iba con otra que sí accedía ir al motel durante la cuarentena.



José Manuel Ortiz Soto

Aleteos

Vino a nuestra cuarentena un pájaro, uno de esos a los que en mi pueblo decimos «chillones», porque no gorjean. Como los alimentos escasean, en especial la carne, lo capturé. Antes de que le torciera el cuello, me pareció oírle decir: «Acuérdate de Wuhan, güey».



Alfonso Pedraza

Cortesanías VI - Arma letal

Confinada, casi olvidada, cavila: cero radiación, nula destrucción del entorno; muy pocos lo han visto en su escasa permanencia en la Tierra. Sólo se percibe su acción mortal, veloz, eficaz y silenciosa. ¡Y los mantiene encerrados en sus casas, bloqueados, aterrados!

Más que intrigada, colérica, severamente rabiosa, llena de envidia, se siente desplazada esta émula de *Little Boy* y *Fat Man*.



Katalina Ramírez Aguilar

F5

Se acabó el mundo, e inmediatamente inició uno idéntico, pero todos estaban tan asustados que nadie lo notó.



Jeremías Ramírez Vasillas

Un hermoso lugar

—¿Cuánto tiempo llevan encerrados?

—No lo sé, años, desde que se desató la pandemia.

—Me alegro. Vivir con miedo no es vivir. Tantos años nos tuvieron encerrados.

—Pero ¿si salen algún día?

—Pues tendrán que obedecer nuestras reglas.

—¿Si se rehúsan?

—No te preocupes, a los más necios los alojaremos en este hermoso lugar.

Se rieron, y poco a poco, uno a uno, abandonaron felices, para siempre, el enorme y majestuoso parque zoológico.



Gabriel Ramos

Serendipia

En la soledad del confinamiento le urgía conversar con alguien. Se puso a escribir y a leer.

Encerrados

Todo entró en una pausa. Al Hombre invisible le vino bien, ahora no tenía que estar cubriendo su cuerpo para hacerse presente.

2020

Al finalizar el año, muchos nos convertimos en maestros de la tolerancia a la frustración extrema.

Confinamiento

Las casas y departamentos se sorprendieron al sentir la presencia de sus moradores todos los días y a cualquier hora.

Pandemia 2019

La realidad imitó a la ficción a través de una pesadilla colectiva.

Añoranza

Lo que más extrañamos de antes de la aparición del virus es la inmortalidad.



Adriana Azucena Rodríguez

Variaciones sobre el tema de Boccaccio

Una epidemia devastó un tercio de la población y Boccaccio imagina que diez jóvenes dedicarán diez días a contar cuentos. ¿Qué infierno habrá dado origen a *Las mil y una noches*?

La epidemia hace brotar bubas negras del tamaño de manzanas en las axilas y la ingle, luego se extienden por todo el cuerpo y Boccaccio inventa el cuento en Occidente. Hoy, apenas se descubre un nuevo virus y sólo reinventamos el Apocalipsis.

Fin

En un intento por hallar la cura contra toda enfermedad mortal, se obtuvo la madre de todas las vacunas: una zombificación que derivó en el agotamiento de cada recurso sobre la tierra. Así se produjo el nuevo orden mundial que sucedió al capitalismo: el canibalismo económico-político.

La risa

Lo dudaron por un momento, pero... Habían venido hombres del gobierno a decirnos que no saliéramos, que algo malo ya estaba pasando en otros pueblos, que un médico vendría cada semana, o cada quince días, a más tardar, cada mes. Casi de inmediato, habían llegado los carros del circo: con sus músicos, fieras a las que se les caían pedazos de piel, malabaristas con máscaras, payasos vestidos de rojo... Y la risa que es tan contagiosa...



Graciela Roque García

Vigilia

Aunque estaba pronosticado que llegarían, nadie quiso enterarse, cubro con una frazada a mi hija dormida, ella prefiere caminar a exponerse en los autobuses, mientras observo la lluvia en el jardín y recuerdo a mi perro sentado mirando el bambú antes de partir en una salida no prevista y me pregunta mi madre en la madrugada de hace muchos años:

—¿Tú crees que ya?, ¿qué ahora sí?

Sólo pude responder:

—A lo mejor.

Se alegró y llamó a mis hermanos para platicar sobre la cama del cuarto más grande y agradeció a cada uno los niños que fuimos.

Mi padre, cinco años atrás de esa mañana antes de internarse me invitó a su oficina, él siempre fue más formal, y me encargó a quien más cuidó.

Me cepillo frente al espejo. *No movernos puede detener su proliferación.* Bailo *swing* en la sala. No escucharé oráculos. Juego con mi nieta.

Presagio

Soñé que tenía que caminar entre gigantescas tortugas muertas y enfermas en medio de la oscuridad. Me desperté sofocada, sudando. Ese día llegaba a nuestro país, el primer contagio.



Fernando Sánchez Clelo

Cuando se te suba el muerto

—Se me sube el muerto en las noches. No he dormido bien en dos semanas — me respondió Iker. Su semblante era de un despojo. Me preocupó.

—Tienes que respirar —le dije, porque yo sabía de qué hablaba—. Cuando no puedas moverte, respira profundo con la nariz y la boca, llena de aire los pulmones y el diafragma, y así despertarás.

Dos días después volví a verlo en la oficina. Aún tenía un aspecto algo desmejorado, pero ya sonreía. «Funcionó», dijo y me agradeció el consejo.

Esa noche, en mi cama, me desperté al sentir que alguien se sentaba en el colchón: era la silueta que años atrás me sujetaba las manos y se subía en mi pecho. No podía moverme, pero no tuve miedo. «No reveles tu secreto», escuché por primera vez su voz recóndita que luego se tornó melancólica: «Por favor, ya no lo hagas». Después de esto, respiré profundo y desperté.

No sé si sea cierta mi idea, pero he pensado que esas siluetas son como niños aferrados a la falda de su madre: están apegados a la casa en la que fueron felices, al oro enterrado en ollas, a un amor, a la vida misma. Necesitan la energía de nuestro miedo para subsistir y nos la roban cuando descansamos; por eso, el «por favor, ya no lo hagas» que dijo, me hizo sentir compasión. Ya no se lo contaré a nadie, pero quizá escribiré un minicuento sobre ello.



Angélica Santa Olaya

Congruencia

Tras el anuncio de aislamiento total en casa durante la pandemia, la fama del ermitaño decrecía. Calzó sus sandalias y salió a la solitaria calle para morir con dignidad.

Pie de la Cuesta

Vine a Acapulco porque me dijeron que aquí estaba mi padre. Lo encontré en una playa tomando el sol con una cerveza al lado. La multitud, ajena a los avisos de «quédate en casa», remojaba su indiferencia en las tibias aguas del mar, que iba y venía, meciendo y llevando de un lado a otro la impronta invisible que devoraba su bronceado. Me acerqué a mi padre quien se sorprendió al verme. Lo besé en la mejilla, ardiente, y tomé su mano para ayudarlo a levantarse. Estigia es más tranquila que Pie de la Cuesta, le dije. Y caminamos dejando atrás una legión de futuros, pero felices, fantasmas.

Una buena vida

Todos los recuerdos se agolparon de pronto en su cabeza formando una fila, ordenada pero nutrida, para saludar la memoria. El cachorro con el que jugaba ensayando los primeros pasos, la sopa de brócoli humeante que tiraba a cucharadas en la maceta del comedor sin que mamá se diera cuenta, los primeros recados de amor entregados por debajo del pupitre, los besos detrás del árbol en el parque camino a casa, el ramo de novia volando sobre el alboroto de las chicas, el primer diente que Julito le puso al ratón, las vacaciones en la montaña peleándole al viento la bufanda, la mano de Julio bajo la suya prometiendo la reunión, los nietos a su alrededor en las navidades... Por eso —cuando el médico miró, angustiado, el respirador sobre su rostro a la llegada del joven enfermo que ocuparía la cama, otra vez vacía, a su lado— sin titubeos se despojó del aparato ofreciéndolo al médico mientras decía: «Tuve una buena vida». Y sintió, sobre la suya, la cálida mano de Julio que nadie, excepto ella, pudo ver.



Itzel Saucedo

Desconfinamiento

Después de meses de confinamiento, dijeron que la gente podía salir a las calles. Los adultos salieron primero; sentían la tensión en sus cuerpos rígidos y sus venas palpitantes. Caminaban despacio y se movían incómodos dentro de esos trajes estériles. Presentían el acecho de un enemigo que no podían ver ni escuchar y eso es lo que más temían: el ataque sorpresa.

Un viento refrescante levantó las hojas de los árboles, era otoño. La nostalgia hizo que muchos cerraran los ojos. El hombre de escafandra azul no resistió la tentación de ese pequeño placer y, tras desabrochar el botón de seguridad, se quitó el casco empañado. Al instante, las demás personas cruzaron miradas de terror y supieron.

El silencio se rompió por un sonoro y violento golpe. Uno tras otro. Era el miedo contenido. Al mirar el río carmín se sintieron aliviados y volvieron a sus casas, a abrazar a sus familias.



Manuel Sauceverde

Reconciliación en cuarentena

Desde que mis vecinos del piso de arriba se reconciliaron, cogen durísimo todas las noches: aún más que cuando estaban vivos.

La paradoja del confinamiento

Por E. Schrödinger

En esta lucha cotidiana contra mí mismo gano y pierdo simultáneamente.

En busca del tiempo perdido

Si lo hubiese encontrado en esta cuarentena, habría escrito una minifición.

Marcel Proust (nota al margen, libro VII).



Itala Schmelz

1- En la pesadumbre de días calurosos, sin viento, inmóvil está mi barca en la inmensidad de un mar quieto; zozobro en el tiempo que me sobra. ¿Cuándo batirán las aguas mi navío exánime? La vela va suelta, la capitana sin esperanza. Hay dolor abordo, congoja, llanto. Emocional, la barca hace su propia tormenta. Todos los sueños caídos, el destino incierto. Locuaz, la capitana toma el timón bajo *hybris* y deriva sin rumbo fijo, deja que su pasión crezca como ola furiosa; podría hundirse en el olvido. Naufragio pide su alma convulsa de derrotas.

2- Con mucho cuidado saqué de lo profundo de sus ojos una mirada, jugué con ella hasta matarla de vergüenza.

3- Buscando lo inasible, en el intersticio de la emoción y la palabra, esperé hasta que llegara a mi pluma. No tardó en impulsarla con placer, penetrando ávidamente lo immaculado de las hojas del cuaderno, manchando su silencio con el rayar de mis sollozos.

4- Soñé que se acababa el mundo, no volví a soñar, nadie volvió a soñar.

5- En el metro de Nueva York, dos jóvenes amantes se detienen cuerpo contra cuerpo, no se agarran del barandal cuando la culebra metálica se frena, uno del otro son bastión.

6- En el metro de Nueva York, una pareja de ancianos, con facciones chinas, lentamente se levantan del asiento; él la ayuda con gran amor, ella no camina bien. Están juntos, en medio de la humanidad.



Audberto Trinidad Solís

Haikú

Tras la ventana
pares de ojos observan
la luna en viaje.

Aforismos

En cualquier época del año las pandemias tienen su primavera.

*

La cuarentena es una soledad compartida.

*

La pandemia a cualquier gobierno electo resta votos.

*

Las pandemias siempre encuentran a los más desvalidos con las barbas remojadas.



J.R. Spinoza

Fatal encierro
obliga convivir
conmigo mismo

Enamora
sin mirar su sonrisa
usa cubrebocas

No creyó en el virus
tras toser cien veces
se rindió

Mi héroe no usa capa
viste de blanco
es un doctor



Paola Tena

El ascensor

Lo único que no hay en este ascensor es libertad de movimiento. Los codos se tocan, recargamos la espalda en el vecino, nos apretujamos cuando sube otro más. Pero hacemos vida. Yo me he casado un par de veces. Tengo un hijo. Y mi hijo, un perro. La gente es buena, casi toda: comparten libros, invitan cerveza, hacen chistes. A uno le dio por cultivar tomates en vertical así que comida no falta. Vivimos tranquilos aunque de vez en vez las puertas se abren y alguien sale. «¡La Encarnación!», alborota alguno en el fondo. No sabemos qué es eso. Y mientras el ascensor continúa subiendo, casi sin detenerse.



José Luis Velarde

Esa monstruosidad arraigada en mí y en todos nosotros

A las tres de la mañana se esfumó la señal televisiva como aviso para conciliar insomnios y dormir. Al amanecer hice acopio de fuerza para bañarme, al salir descubrí la falta de energía eléctrica. El teléfono tampoco funcionaba. Descendí los cuatro pisos de mi edificio, mientras me preguntaba si ya era tiempo de contraer nupcias con Alondra. Mis treinta y sus veintiocho amenazaban distanciarnos. No pude responderme ante la aglomeración ubicada en el vestíbulo. Ahí estábamos los que salíamos temprano, pero nunca nos habíamos visto en el mismo instante.

—¿Qué pasa? —exclamé antes de pensar en un saludo.

Un tipo regordete, quizá del segundo piso, resopló al responder:

—Fui el primero en llegar a eso de las seis y media, pero un soldado me dijo que a partir de hoy nadie podrá salir hasta nuevo aviso.

Un murmullo nos recorrió mientras oía quejas, lamentos, maldiciones y la certeza de que la orden era definitiva. Un hombre dijo que iba a salir. Nos animó a seguirlo. Nadie fue tras él. Dos disparos le dieron en la espalda. Pedí regresar a nuestros espacios. Subimos las escaleras sin dirigirnos la palabra.

El séptimo día se interrumpió el agua potable. Los inquilinos luchan por comida, por aburrimiento, por sed, por deseo. Desde el ojillo de seguridad de mi puerta principal vi a una multitud introducirse en el departamento contiguo. El cuerpo de mi vecino fue arrojado al pasillo. Oí a su mujer aullar durante varios días. Escucho amenazas desde la pestilencia que me rodea. Orino en botellas de refrescos y cago en bolsas de plástico arrojadas por cualquier ventana. Mi puerta principal es de roble. Tardará en caer. Cuido mis provisiones. Supongo explicaciones, pero ningún razonamiento entrega las respuestas necesarias cuando el miedo abunda y me insta a buscar refugio en Alondra. El ruido es tan fuerte como la incertidumbre infinita. Esa monstruosidad arraigada en mí y en todos nosotros.



Paulo Verdín

La odisea de los cuervos

A mis amigos poetas

En épocas de aislamiento y confinamiento, los poetas locales aprovechan la ocasión e invitan a beber a sus casas a los jóvenes cuentistas. Una vez en la cueva del lobo y sumergidos en las potentes garras del alcohol, los zorros versificadores atan de pies y manos a los inocentes narradores. Los sujetan de un peldaño, mueble o columna con una serie de eslabones interminables que los inmovilizan, de la misma manera que la tripulación ató al divino Ulises al mástil de su nave. Ya sometidos, comienzan a cantarles por horas y días, como sirenas varadas, versos y letanías desenfundadas: poemas sumergidos en un tenebroso mar de palabras. Una vez liberados, siempre a los cuarenta días, los espíritus narrativos atormentados por la cruda etílica, el encierro y el latido hipérbolico de la poesía, salen por las calles, gritando como cuervos desquiciados, en lengua inglesa, los terroríficos versos de un célebre poema épico: *¡Nevermore! ¡Nevermore! ¡Nevermore!...*



Karla Vidrio

Sin Fase 0

Fase 1: el brote epidémico se exhibía en lotes baldíos, en los vados de los ríos y a las orillas de las carreteras. Era sencillo identificar los síntomas en las bolsas negras, las vueltas de cinta o en las maletas de cierres apretados, por donde se asomaban beldades de miradas opacas. Sus figuras circenses, enteras o mutiladas, germinaban impúdicos cardenales malva al cobijo del sol.

Fase 2: sólo algunos lúcidos exigieron a las autoridades que estudiaran los múltiples casos, ya que solo el sexo femenino era vulnerable a la transmisión. Las autoridades estaban convencidas de que su aparición era local y pasajera; que no era para caer en pánico. Sin embargo, a pesar de las advertencias de no salir a deshoras, de evitar la vestimenta provocativa, de disuadir las para que no anduvieran solas; la propagación descontrolada se convirtió en una epidemia en la que cualquiera —niña, joven, anciana— eran sujetas a contagio.

Fase 3: entonces se impuso el encierro, y así inició la cuarentena. No obstante las medidas hechas a vapor, con silbato rosas, botones de pánico o fiscalías especializadas; las víctimas, incluso en la seguridad de sus hogares, seguían manchando el suelo de las cocinas, rompiendo cristales, y ocupando una que otra fosa clandestina en el jardín.



José Zenteno

Abrazo

Entre dos metros
La Susana distancia
Tristeza en mi alma



César Zetina Peñaloza

Cansancio

Después de un largo tiempo de encierro, la jaula se cansó del ave.

Violencia

Curioso: estos días me he dado cuenta de que el peligro no estaba afuera, sino dentro del corazón de uno de mis familiares, mientras estamos encerrados en casa con él.



NICARAGUA

Compilador: Alberto Sánchez Argüello



Maynor Xavier Cruz

Hábitos nocturnos

Al mes de encierro, mi padre y yo nos comimos al perro. De noche nos turnamos para ladrar.



Luis Montenegro R.

Y todo lo que ates en la tierra quedará atado en el cielo...

María Mercedes tenía el corazón más ligero que una pluma. Dedicó su vida entera a ayudar al prójimo. Resolvía los problemas de todos y todas en el barrio, siempre esperando poco o nada a cambio. Murió una tarde de abril sola en la habitación # 245 para pacientes aislados del tercer piso del Hospital Militar. Nadie asistió a su vela y tampoco tuvo entierro. Cuando por fin llegó a las puertas del reino de los cielos, para su sorpresa, san Pedro le negó la entrada. No portaba mascarilla ni llevaba consigo alcohol gel.



Alberto Sánchez Argüello

Bitácora del encierro

Día noventa y tres

Por las noches, cuando recorro la casa cerciorándome de que todo está en orden, encuentro residuos de mí mismo repitiendo las tareas del día: cocinando, leyendo en la sala, barriendo el patio, almorzando solo en el comedor. Apenas me miran se ponen el tapaboca y me hacen gesto de que me aleje. Yo les hago un corte de mangas y me voy a dormir, con la satisfacción de que al día siguiente los tiraré a la basura junto a los restos de mis sueños.

Día ciento noventa y uno

Sin nada que hacer, me puse a cavar un hoyo en el patio. Doce horas después había atravesado varios estratos de hueso y empecé a escuchar un sonido desde abajo. Seguro de ver aparecer a la reina roja con su séquito de cartas, levanté mi pala, pero lo que asomó fue un rostro idéntico al mío. Me dijo que venía del día quinientos ochenta y dos, que debía tapar el agujero para no romper la continuidad del espacio-tiempo. Aquello me pareció tan absurdo que le di un puñetazo y nos enzarzamos en una pelea mortal. Después todo se hizo confuso. Sólo sé que alguien terminó muriendo. Ahora no sé si carezco de pasado o de futuro.

Día trescientos sesenta y seis

Veo mi reflejo y pienso que siempre he estado aquí, que no existe un mundo afuera. Mi cuerpo surgió por generación espontánea. Fui creando este piso, estas paredes, el techo, los electrodomésticos. Como aquel niño en la novela de Ende, ese que cargaba un amuleto que materializaba sus deseos. Podría ser también que ese hombre pálido y ojeroso que me mira no soy yo, sino un personaje que cree que no existe un mundo afuera, que nació de la nada y creó todo a partir de sus deseos, para luego verse en un espejo que muestra a la persona que lee este texto. Será mejor dejar de escribir.



Chema Sánchez

Cuarentena

Día 1: Papá y mamá han planeado una serie de actividades para entretener a los dos pequeños. Las han segmentado acorde a sus edades.

Día 2: El menor la está pasando muy bien con las clases de pintura y las adivinanzas. El mayor empieza a fastidiarse, no le encuentra el chiste al Principito y prefiere encerrarse en su cuarto con el celular.

Día 3: El menor le ayuda a papá con la jardinería. El mayor muestra una actitud desafiante y desobedece las instrucciones de mamá. De castigo, papá lo manda a su cuarto sin derecho a salir durante dos días y le quita el celular.

Día 4: Mamá persuade a papá para levantarle el castigo al mayor. Le recuerda los consejos del sicólogo para lidiar con el trastorno de conducta del pequeño.

Día 6: Papá y el mayor han tenido una discusión. Nuevamente le ha confiscado el celular por desobedecer las reglas familiares y contestar con groserías. El menor ya puede armar rompecabezas de 12 piezas.

Día 8: El mayor ha encontrado la pistola de papá guardada en el armario.

Día 9: Las luces de la casa no se han prendido por la noche, no ha habido ruidos.

Día 12: El tufo a carne podrida ha empezado a penetrar las casas de los vecinos.



Krasnodar Quintana U.

Prohibido quedarse en casa

—Oye, ¿conoces a Pedro Páramo?

—¿Pedro Paramo? Yo leí ese libro, muy bueno.

—¿Qué libro? Hablo de Pedro Páramo, soy su hijo. ¿Sabes dónde puedo encontrarlo?

Pues según recuerdo eso es en Comala, pero ahora estás es Managua. Puede que te parezca similar porque luego que el presidente prohibiera la cuarentena y los hospitales colapsaran, terminamos como ánimas. Además, la primera dama decía que era la madre de todos, así como tu papá que es padre de todos los de Comala.

Juan Preciado sintió pesar por el sujeto delirante, le sonrió con nervios y siguió su camino.

—Cuidate, Juan Preciado, usá mascarilla y alcohol en gel —le gritó el espectro.

Precauciones

En las mañanas al ir a la tienda por los víveres, tomaba el camino más largo solo para verlo desde su porche, llevábamos varios días ya cruzándonos miradas y una indispensable sonrisa cálida y juguetona. Era el interludio para nuestro romance.

Hace una semana declararon la obligatoriedad de usar mascarillas. Hoy es el cuarto día seguido que él me sonrío sin recibir su habitual respuesta, aunque a mí me duelen las mejillas de estirar tanto la boca y hacer notar mis dientes tras la azul tela. Entró a su casa ofendido cerrando la puerta de su casa y su vida.



Martha Cecilia Ruiz

Pater familias

Será a las dos en punto. Hoy sin falta, porque muchos de los enfermos mueren después de una leve mejoría. Covid19, entierro rápido, sin los honores de *pater familias* que mi madre habría organizado, ahora que nuevamente sos amo y señor de esta casa. Volviste sin revelar tu diagnóstico, muy conveniente, regresar donde mi vieja para proteger a tu nueva familia. Para mi mala suerte, ella murió por tu culpa, sola, intubada... y aquí vos conmigo para cuidarte. No hablés, papá, mirá que no podés. Dame tiempo, te ahogaré con la almohada, ¡calmate!, ¡dije que a las dos en punto!

Deber partidario

Los hijos lo ven en las pantallas haciendo chiste de quienes usan mascarilla, afirmando que todo es un complot contra el Gobierno. Los pobres muchachos confinados, lloran y ríen a carcajadas, no saben si por saberlo muerto por Coronavirus o por su desatino de dejar publicaciones programadas en *Facebook* para desmentir la pandemia.

Amor en tiempos de Covid-19

No podés decirle que no a un muchacho que es todo ilusión, gran sonrisa, rizos castaños campaneando por su frente y que siempre entraba bailando. ¡Qué importa si llegaba una hora o tres semanas tarde! Me enseñó a nadar, a fumar y todo lo que estaba prohibido. Por eso te digo hija, esta cuarentena me abrió los ojos: tu verdadero padre fue abducido. A este que me dejaron, lo vigilo, y realmente da miedo. Reza y reza todo el día.



Hannia Zelaya

Sano distanciamiento

El niño de cinco años lloraba por un abrazo. Se había orinado de miedo en la cama durante la noche. Su mamá no lo tocaba. De pie, en la oscuridad del cuarto, lo escuchaba gritar y gemir de frío. El orín que había sido un chorrito de agua caliente, era ahora una capa de agua helada que cubría el colchón de la cama. Humedecía las piernas de aquella criatura escuálida que se había negado a comer en el piso la comida del plato que antes estaba en la mesa.

—No lo toqués —le dijo la voz del periodista del noticiero de la mañana.

—No lo toqués —le susurró el hombre que publicó un video en Facebook de una señora desmayada en un bus.

—No lo toqués —le repitió la voz de la mamá que en su Instagram presumía las clases de yoga que su hijo practicaba durante la cuarentena.

No lo tocó en dos semanas. Era hora que aprendiera a hacer las cosas por sí mismo. Si sabía escribir su nombre, entonces era capaz de sobrevivir como un cachorro salvaje.

—Cuando todo esto pase te abrazaré de nuevo —le había dicho al pequeño cuerpo podrido que llegaron a sacar de la casa.

Lo salvó de la pandemia. Murió de hambre y sin su abrazo.



PERÚ

Compilador: Rony Vázquez Guevara



Adriana Alarco de Zadra

Pesadillas con Corona

Todo el día ando paseando de la ducha a la sala y del balcón al dormitorio.

Esta mañana entré a la cocina y un laberinto de platos que se lavaban solos llenaba el lavadero.

—¿Qué pasa aquí? —pregunté al detergente que se vaciaba sobre los trastos.

—Te dije que no hicieras tanto ruido, —exclamó la escoba. —¿No ves que la patrona se levantó con la corona puesta?

*

Hoy me miré al espejo y estaba roja como una betarraga. Debo estar enferma. Me tomé la temperatura, pero no tenía fiebre. Volví a observarme y estaba anaranjada con el cabello verde. ¡No puede ser! Me lavé los dientes azules y el agua del enjuague salió amarilla.

Fui a la sala y el cuadro que pinté anoche no estaba. Vi solo mi retrato y la pintura de la mujer arcoíris se reflejaba sola y asustada en el espejo.

*

Me encanta pintar mientras estoy aislada y vagabundeando entre los cajones de los antiguos muebles. Encontré lápices, pinceles, pinturas. Me armé de entusiasmo y surgió en el papel un bellissimo cuadro de árboles rojos, el cielo amarillo del amanecer y el camino azul.

De pronto, arrastrándome, me sentí entrar al cuadro y, desde adentro, seguí el sendero hasta llegar a un arcoíris. Sí, era de verdad. Ahora estoy caminando sobre los siete colores y ellos llenan mi vida solitaria.



Ricardo Calderón Inca

La cita pendiente

El abuelo Grimaldo prometió venir el fin de semana para pasarla conmigo. Teníamos una cita pendiente. Cuando lo llamé, no supo explicarme por qué no quería venir. Mami dice que por ahora no puedo verlo, pero yo creo que hay algo más. Me asomo a la ventana y veo las calles vacías, la gente ya no sale como de costumbre. Papi no va a trabajar y mami se la pasa durmiendo todo el día. Solo la abuela trata de explicarme qué es lo que pasa, pero a veces yo no la entiendo. Dice que hay un bichito que se está paseando por todo el mundo llevándose a la gente, o algo así. Dos semanas después, llegó el abuelo. Vino por la noche, se echó conmigo y me leyó un cuento preciosísimo. Yo ya ni le reclamé por su tardanza. Entre sueños, vi que dejó un papelito en mi cómoda. En seguida me asombré, no por lo que hizo el abuelo, sino porque vi a mis padres entrar a mi cuarto. Entre lágrimas, mamá me dijo que el abuelo había fallecido durante la madrugada. Entonces, nerviosa, descubro su mensaje en el pequeño papel: *«Mañana regreso a leerte otro cuento, mi niña»*.

No estoy solo

Conversar con el gato en el día; tomar café durante la tarde; tocar piano en la madrugada. Y seguir mi rutina tras el encierro. La de aparentar estar vivo para ahuyentar al gato, para mover las cosas y tocar el piano para mi novia que se esconde asustada en la esquina de su cuarto.

La otra vida

La mujer no puede vender libros en las calles durante la pandemia. Entonces y sólo entonces, decide inventarse otra historia para vivir en ella y tener otra vida, otra aventura. Se empequeñece y se esconde en las páginas.



Maritza Iriarte

El ignoto

Ante el insólito transitar de corpúsculos invisibles que invaden las ciudades, el Silencio unánime sacude el planeta dejando el miedo a la intemperie. Las casas no son los hogares de siempre, convertidos en oratorios fervientes donde se oyen los susurros de padrenuestros y avemarías en el vano intento de marcar el umbral de las puertas con la sangre de un cordero inexistente.

Las mascarillas, los guantes de látex, la cuarentena tampoco son suficientes frente a la presencia acechante del ignoto en tiempos de pandemia.

La pandemia de los días

Brisas de silencio recorren el bosque de calles desérticas. En la escasez de pasos y sombras el terror se filtra por puertas y ventanas. El mundo gira al ritmo del universo, mientras el nuevo amanecer, tan lejano y esquivo, aguarda que la oscuridad se rinda en el sueño de los confinados que se resisten ante la pesadilla de las cuarenta noches y sus cuarenta días; como lo hizo él, sin luna llena.

Cuarentena

En algún lugar de la casa habita ella, la mujer confinada. Deambula por los pasillos, habitaciones, patio y azotea abrazada a una urna repleta de cenizas, miedos, llantos y nostalgias. Hambrienta de caricias, espera el fin de la cuarentena.



Juan Martínez Reyes

Cuarentena

La OMS anunció: Cuarentena global. El coronavirus había invadido cada rincón del mundo. Día 1: Se comunicaba con ella a través de las redes sociales. La gente asedió los supermercados. El número de infectados en el país era 60. Día 2: Se escribían constantemente. Los enfermos incrementaron a 127. Día 3: Se acabó el internet del celular. Solo le alcanzó para escribir: Nos volveremos a ver. Te extraño, le respondió ella. Esa noche, él comenzó a sentir los síntomas: fatiga, mialgia, tos. Los casos de la enfermedad ascendieron a 371... Día 30: Él sigue en cama, agitado, desvariando de fiebre y tos. Entre sueños, cree verla en su habitación. Es hora de irnos, le dice. Se incorpora y salen. La muerte ha cobrado a su víctima número 217.



Antonio Paz Fernández

El silencio de las cavernas

Terminada la pandemia los clubs de escritores que se habían formado en redes sociales optaron por reunirse en bares. Quien dirigía las reuniones virtuales pronto advirtió que no lograba controlar los debates y abandonó su tarea, porque paulatinamente se camuflaba un insulto en un rugido de risas. Para entonces era usual que en cada nueva reunión alguien se enemistara y decidiera no retornar. Así, sucesivamente los escritores volvieron a sumergirse en el silencio de sus cavernas. Los bares quedaron vacíos y los escritores esperaban una nueva pandemia para reunirse, esta vez y por siempre, solo por redes sociales.

El fin de la cuarentena

En la infancia, mientras ella aprendió a escribir cartas con la mano izquierda, él la hizo con la derecha. En la juventud, cuando él observaba las cosas para tener una certeza sobre la realidad, ella prefería cerrar los ojos para aventurarse y sorprenderse de aquello que se le presentara cada nuevo día. En la adultez, ella visitaba casi obligatoriamente a sus padres todos los domingos, sin embargo él se resistía a tener noticias de sus familiares. Pese a aquellas minúsculas diferencias, ambos intentaban armonizar su moderno idilio durante el aislamiento social. Todas las mañanas, tardes y noches se enviaban mensajes, a veces con un «buenos días» y otras con un «dulces sueños». Ambos, por supuesto, deseaban abrazarse y besarse, pero solo el fin de la cuarentena determinaría si se cumpliría aquel deseo.



Kathy Serrano

Virus & Blanco

Primero fueron los camilleros. Después las enfermeras. Al final fue el turno de los médicos. Los cadáveres entonces comenzaron a multiplicarse. Adiós a las bolsas negras. Ya no eran suficientes. Al inicio el virus se llevó a la gente por fiebre y falta de oxígeno. Luego arrasó con ellos, los otros, apaleados y torturados, en cada hospital, edificio o calle. Su crimen, vestir el tan temido uniforme blanco.

El último Presidente

El gobernante dio la noticia. El virus se alojaba en las mascarillas. La quema se llevó a cabo en la Plaza Mayor de cada ciudad. Armada con improvisadas antorchas, la gente gritaba eufórica que el virus era un invento de la oposición. Poco a poco, sobre las inmensas alfombras de mascarillas destruidas que cubrían las calles y avenidas del país, fueron cayendo como moscas, mujeres, hombres y niños. Desde lejos, el último hombre, observa detrás de un casco que, ahora, es su única trinchera.



PORTUGAL

Compilador y traductor: Sergio Astorga*

* *Nota de la E.* Dado que no llegó ningún texto que cumpliera con la temática solicitada, Sergio Astorga compiló y tradujo textos de diversa índole, de autores/as de Portugal y Brasil.



Ana Hatherly

12

Era uma vez duas serpentes que não gostavam uma de outra devorasse mutuamente. Quando uma devorou a outra não ficou nada.

Esta história tradicional demonstra que se deve amar o próximo o então ter muito cuidado com o que se come.

12

Había una vez dos serpientes que no querían devorarse mutuamente. Cuando una devoró a la otra, no quedó nada.

Esta historia tradicional demuestra que se debe amar al prójimo o, entonces, tener mucho cuidado con lo que se come.

289

Era uma vez uma pedra que incutia a sabedoria na cabeça dos insensatos. Os melhores resultados obtinham-se quando era lançada de bem alto.

289

Había una vez una piedra que inspiraba sabiduría en la cabeza de los insensatos. Los mejores resultados se obtenían cuando era lanzada desde muy alto.



Mário Henrique-Leiria

Última tentação

E então ela quis tentá-lo definitivamente. Olhou bem em volta, com extrema atenção. Mas só conseguiu encontrar uma pera pequenina e pálida.

Ficaram os dois numa desesperante frustração.

Não há dúvida que o Paraíso está a tornar-se cada vez mais chato!

Última tentación

Y entonces ella quiso tentarlo definitivamente. Miro a su alrededor, con extrema atención. Mas sólo consiguió encontrar un pera pequeña y pálida.

Quedaron los dos en una desesperante frustración.

¡No hay duda que el Paraíso se torna cada día más grosero!



Adília Lopes

Cartas

Tínhamos uma prima brasileira que escrevia cartas à minha avó. a minha avó, quando recebia carta dela, rasgava a carta anterior para ter a certeza de que a Prima Regina estava viva.

Cartas

Teníamos una prima brasileña que escribía cartas a mi abuela. Mi abuela, cuando recibía la carta, rompía la anterior para estar segura que la prima Regina estaba viva.

Bichos

A minha mãe era bióloga. Dizia: «O que mata bichos mata pessoas». As pessoas esquecem-se de que são bichos.

Bichos

Mi madre era bióloga. Decía: «Lo que mata bichos mata personas». Las personas olvidan que son bichos.

Modus operandi

Nunca consegui escrever nada com projetos, planos, programas, esquemas, prazos. Grão a grão, verso a verso, enche a galinha o papo. Por o carro à frente dos bois. assim é que funcionou para mim.

Modus operandi

Nunca conseguí escribir nada con proyectos, planos, programas, esquemas, plazos. Grano a grano, verso a verso, llena la gallina el buche. Poner el carro enfrente de los bueyes. Así es como yo funciona.



Ana Mello

Conclusão

Mordendo aquela goiaba madura, ela percebeu que ele também a tinha deixado assim, como aqueles bichinhos – pela metade.

Conclusión

Mordiendo aquella guayaba madura, ella se dio cuenta que él también la había dejado así, como aquellos insectos, por la mitad.

Armadilha

Quando ele a levou para um passeio, ela sentiu-se amada.
Morreu acreditando.

Emboscada

Cuando él la llevó de paseo, ella se sintió amada.
Murió en la creencia.



João Mexia

Nanoconto circunstancial

A placa verde com «silêncio» escrito a branco, em letra maiúscula, flutuava no ar.

Nanocuento circunstancial

La placa verde con «silencio» escrito en blanco, en letra mayúscula, fluctuaba en el aire.

Lady Macbeth

Hei-te esfregar esta nódoa até que ela ou as minhas mãos desapareçam.

Lady Macbeth

Te he de restregar esta mancha hasta que ella o mis manos desaparezcan.



Luís N.

O dia mal começara. Ele olhou a mulher que bebia café, a chávena erguida com leveza. Ela olhou o homem que lia o jornal passando as folhas com determinação. E o dia prosseguiu com leveza e determinação.

Mal comienza el día. Él miró a la mujer que bebía café, la taza erguida con levedad. Ella miró al hombre que leía el periódico pasando las hojas con determinación. Y el día pasó con levedad y determinación.

*

Matou-se lentamente, muito lentamente, por isso, quando estava quase a chegar ao fim, teve que voltar ao início e matar-se de novo. Era um perfeccionista.

Se mató lentamente, muy lentamente, por eso, cuando estaba casi a llegar al fin, tuvo que regresar al inicio y matarse de nuevo. Era un perfeccionista.

*

Estava quase a chegar quando lhe ocorreu que talvez nunca chegasse realmente. Foi nesse momento que percebeu afinal que se está sempre em viagem.

Estaba casi a llegar cuando pensó que tal vez nunca llegaría realmente. Fue en ese momento que se dio cuenta que finalmente se está siempre de viaje.



Chico Pascoal

Avis rara

Adorava garimpar raridades nos sebos do centro. Uma vez, em um deles, encontrou uma virgem de vinte e quatro anos, dedos hábeis, leitora compulsiva de Anaïs Nin.

Avis rara

Gustaba recolectar rarezas en las gorduras del club. Una vez, en uno de ellos encontró una virgen de cuatro años, dedos hábiles, lectora compulsiva de Anaïs Nin.

Bonsai

Honrou-me o imperador do Japão com uma bela e frondosa árvore chamada bonsai, confessou-me o rei de Liliput.

Bonsái

El emperador de Japón me honró con un bello y frondoso árbol llamado *bonsái*; me confesó que era rey de Liliput.

Paris 1886

O que aconteceu com sua orelha, Vincent? Quis saber a prostituta. «Um certo barbeiro em Sevilha...», inventou. Mas não era tão bom com as palavras quanto com as cores.

París 1886

¿Qué le pasó a su oreja, Vicent?, quiso saber la prostituta. «Un cierto barbero en Sevilla... », mintió. No era tan bueno con las palabras como con los colores.



Jaime Salazar Sampaio

Justice est faite

—meia-hora hora depois estavam mortos
—disse o coronel, espetando com energia
o garfo no assado.
na mesa ninguém sabia dizer ao certo
qual fosse a natureza das vítimas.
quem é que estava morto? os patos? os inimigos?
o coronel contara duas histórias,
uma de caça e outra das campanhas de África;
duas histórias que ninguém ouvira.

Se hace justicia

—media hora después estaban muertos
—dice el coronel, pinchando con energía el tenedor en el asado.
En la mesa nadie supo decir con certidumbre
cuál era la naturaleza de las víctimas.
¿Quién es el que estaba muerto? ¿los patos? ¿los enemigos?
El coronel contaba dos historias,
una de cacería y otra de las campañas en África;
dos historias que nadie oía.



Luís Serpa

Volatilidade

Da volatilidade ele quis fazer um refúgio. Mas nesse refúgio ela entrou, e instalou-se.

Volatilidad

De lo volátil ella quiso hacer un refugio. Pero en ese refugio ella entró y se instaló.

Uma morte

Um dia pararei de morrer, decidiu.

Una muerte

Algún día pararé de morir, decidió.

Alternativas

Escrevia quando não podia amar, e amava quando não tinha nada para dizer.

Alternativas

Escribía cuando no podía amar, y amaba cuando no tenía nada que decir.



Gonçalo M. Tavares

Um homem

Num certo país apareceu um homem com duas cabeças. Foi considerado um monstro, e não um homem.

Noutro país apareceu um homem que estava sempre feliz. Foi considerado um monstro, e não um homem.

Un hombre

En un cierto país apareció un hombre con dos cabezas. Fue considerado un monstruo y no un hombre.

En otro país apareció un hombre que estaba siempre feliz. Fue considerado un monstruo y no un hombre.

A morte de Deus

O senhor Juarroz pensou num Deus que, em vez de nunca aparecer, aparecesse, pelo contrário, todos os dias, a toda hora, a tocar à campainha.

Depois de muito meditar sobre esta hipótese, o senhor Juarroz decidiu desligar o quadro de la eletricidade.

La muerte de Dios

El señor Juarroz pensó en un Dios que, en vez de nunca aparecer, apareciera, por lo contrario, todos los días, a toda hora a tocar el timbre.

Después de mucho meditar sobre esta hipótesis, el señor Juarroz decidió desconectar el cuadro de la electricidad.



VENEZUELA

Compiladora: Geraudí González



Danibia Abreu

Sueño

Creo que tengo fiebre, nunca antes tuve tantas ganas de toser, me arde la garganta... ¿Qué debo hacer? Si me escuchan estornudar vendrán a buscarme, el termómetro indica unas décimas de temperatura, ¡no quiero morir!, ¡quiero respirar! Estoy despatarrada en la cama convertida en nido desde hace ya no sé cuántos días, de un golpe abro los ojos, mi corazón late a una velocidad ridícula, aspiro una bocanada de aire y jadeo asustada, poco a poco regreso en medio del sopor, toco mi frente, mi cuello, no hay señales de fiebre, infundo aire a mis pulmones y escucho a mi marido en una conversación indistinta con los niños. Mi respiración se normaliza, con gusto aspiro el delicioso aire hogareño, ese del que me quejaba cuando me quedé dormida con el libro en la cara. Arreglo mi cabello y salto de la cama, por fortuna nadie vio el bochornoso espectáculo.



Yoyiana Ahumada

Casa dentada

Desciendo al fondo abisal. Ofrendo memorias, peregrino en una sola mirada, las tantas vidas desarmadas. Fotos, cuadros, objetos, perolitos sin alma. Dejaron de hablarte, son paisajes estériles. Desentonan, no caben en la partitura de los espacios. Cosas que van cayendo en cualquier lado que ya no significan. Ni siquiera recuerdas la historia que los ata. Atiborrados pasillos. Piedras que ciegan. La casa se revela como garganta sin retorno.

#Cuarentenadiacualquiera #Segundavuelta



Ana Cecilia Campos

Microausencias

1

Regresan delfines, aves y venados a su lugar de origen, ahora ciudad desolada.

2

La vía férrea no suena. Nadie a quien llevar.

3

Escondida en sus casas, la humanidad teme. El enemigo es invisible.

4

El aislamiento parece aislar de sí mismo. No se reconoce en tantos días de encierro.

5

El miedo atesta los sentidos, ahoga los pulmones. Hasta morir.

6

La brisa espera el grito de alegría, los abrazos sin balcones.



Carlos Mario Cortés

Contra la pared

La pelota va y viene de la pared a mi mano, es cíclico; cocinar, limpiar, lavar, deprimirse y despertar. Solo golpes al muro.

¿Y si soy honesto?

Suena el televisor «horario de cuarentena: lunes, miércoles y viernes: mujeres. Martes, jueves y sábado: hombres», y mi padre ladra:

—¿Los maricos deberían salir los lunes, ¿no? Son hombres que se creen mujeres.

Y la pelota rebota y rebota.



Maibí Carolina Cruces Salazar

La inmigrante

La joven inmigrante sólo escuchaba música y miraba a través de la ventana. Verdes parques existían detrás del cristal. Un día, de pronto, un sonido más fuerte atrajo un poco su atención. Su pequeño hermano jugaba con todo lo que había lanzado al piso de la caja de juguetes y se mostraba alegre y feliz. Ella observó todo y a la vez nada.



Sonia Chocrón

Puro amor

Para escapar del miedo, pasamos tres meses haciendo el amor con nuestros barbijos y guantes y desinfectantes. Nos aseguramos de esterilizarnos todo: los dedos de los pies, las lenguas, los ojos, también lo demás y el corazón. Así logramos mantener nuestro amor puro.



Tannia M. García Guzmán

A veces sueño con cocodrilos

A veces sueño con cocodrilos. Con bestias enormes que se trepan hacia los muebles, o que permanecen inmóviles esperando que mueva un solo músculo. Una vez, había un par en medio de la sala. Ambos movían suavemente sus colas, uno mantenía la boca abierta y el otro me miraba de lado. Yo apenas podía respirar y recuerdo el olor de la humedad, del fango, el agua sucia que chorreaba por las paredes. La luz parpadeaba, y me perdí en un sonido horrible, acuoso, que provenía de la boca abierta de aquel animal. Desperté, para encontrar que había mojado la cama de sudor, tiritaba. Afuera llovía. Otra noche, dormida frente al televisor, sentí el tacto de su piel resbalar por mi pierna; traté de llevarla hacia el mueble pero no podía moverme, el peso de su cuerpo estaba obstaculizándome el pie, todo el cuarto estaba lleno de lagartos dormitando. Así descubrí que había perdido la cuenta de los días, que el sueño y la vigilia se transmutaban constantemente, y que hace mucho sólo éramos ellos y yo los que habitamos la casa. Otros días podía percibir su hedor, escucharlos arrastrarse y jurar que estaba despierta, para luego dudar al tratar de establecer si aquello en realidad había pasado, o no. Me fui desvaneciendo ante esa duda, ante un desvelo invadido por el temor que sentía de aquellos seres siniestros. Aún hoy, lucho con la idea de develar el horror, de acercarme y dejar que de una vez acaben conmigo. Y ahora, desde aquí, puedo ver una sombra que se proyecta desde atrás de la cortina de baño, la respiración, el sonido de la piel que se roza a sí misma. Pienso que mientras duermen los haré trizas a cuchilladas y recuperaré el control, pero abro la cortina y para mi sorpresa, sólo encuentro mi cuerpo devorado por los cocodrilos.



Geraudí González Olivares

Encierro holístico

A mi poe Néstor

El silencio lo mantiene con juicio. Diariamente hace sus afirmaciones y sus prácticas de visualización; ejercita su cuerpo a media mañana. Cayendo la tarde, toma su café mientras lee el libro de turno. Finalmente se sienta frente al escritorio y enciende el computador; intenta escribir; merodea entre algunas ideas, pero las líneas no llegan. La concentración (¿la musa?) tarda en cuarentena.



Geraldine Gutiérrez-Wienken

[...]

Oímos un ruido. Nos despertamos. Y seguimos durmiendo.

La eternidad seguía cayendo sobre blanco. También los ovnis del insomnio. Todo era provisional. Y. La hiedra subía y bajaba la misma escalera. El resto de los días peregrinaba por el pasillo de cuatro metros. Hasta el día del alud...

La hiedra-albergue de gorriones y avispas. La hiedra-cinética.

La hiedra-almohada verde-lago escandinavo. La hiedra de veinticinco años que molestaba tanto a los vecinos, sin hiedra. La hiedra que me enseñó a correr las puertas corredizas del alemán. La hiedra de mi primer maderamem de preposiciones. Un alud humano vino y – en la hojarasca diurna alcé los brazos y sucumbí a la hiedra cortada, como Perséfone, en sordina.

[...]

Hay un círculo abierto

que se cierra. Es un círculo exclusivo. Y. Del resto de los días, cuando los lagos comienzan a ser

palabra, pliego, aire, depende, mas no de nosotros. Dicen que es una fuente que nunca se seca. No palabra. No musgo. Ni humedad. Una saga celta o yanomami habla también de una doble espiral.

Imagino hiedras en la palma de mi mano. Un juego circular. No inacción. No marasmo. Infinitas simientes rotando y trasladándose. Sin mí. Y. Qué vértigo si yo, por descuido, cierro la mano.



Luis E. Medina Vásquez

Insoportable

Siguiendo las estrictas órdenes de las autoridades del Estado, ante la pandemia del Coronavirus, procedió a ponerse la mascarilla para salir a la calle. No pudo mantener el adminículo protector por más de un minuto sobre su rostro, no se soportó en ese encierro consigo mismo.

Automedicado

Para disminuir el riesgo de contraer el Coronavirus, ingirió cuanta sustancia o remedio escuchaba que servía para prevenir el mal. No lo aniquiló la letal enfermedad, pero sí lo mató la perversa mezcla de los menjurjes caseros recomendados por los empíricos.

Atracador disconforme

Ayer, por primera vez, después de una larga trayectoria como atracador de rostro al descubierto, me lancé sobre mi víctima con mi respectivo tapaboca antipandémico. ¡Maldito Coronavirus!

Igualados

Salgo a la calle y todos los rostros son similares. Todas las caras que hay a mi alrededor son idénticas a la mía. ¡Endemoniada pandemia!



Emma Meléndez

Dos meses de encierro

Finalmente tocó jugar al circo. Ya han sido equilibristas caminando en el borde del pasamanos de la escalera. Han sido hombre-bala metidos medio cuerpo en la poceta que, al bajarla, significa que el cañón dispara. Han sido payasos pintándose la cara con óleos. Han sido escapistas metiendo la cabeza en bolsas de basura. Ahora mismo son lanzadores de cuchillos. Están en la cocina con el juego de trece piezas y una manzana. Yo me he venido a fumar al baño. Me observo en el espejo y no me reconozco. Ah, el silencio.

Fatalidad

Un virus mortífero a punto de erradicación busca una persona para sobrevivir. Entra en una casa y encuentra a un niño. El niño estornuda y la casa se derrumba.

Kokama

Kokama, un cacique de Tabatinga, ha perdido a dieciséis miembros de su familia afectados por un virus abominable e inmediato. Se le ocurre coger al virus y lanzarlo en el Amazonas para que no salga más. Por eso, coge el cuerpo de su abuelo y le corta un dedo. Se sienta a la orilla del río y llora. Se aprieta el dedo contra el pecho y luego lo besa. Se acaricia con nostalgia, durante largo rato, la mejilla con él y cuando está listo para tirarlo, Kokama se desploma.



Néstor Mendoza

Pan paniscus

Ojos fatigados. Están las rejas del encierro y la masa peluda de carne que se mueve, el animal, el primate. En la sucia y vieja placa se lee su nombre científico, *Pan paniscus*, aunque los paseantes insisten en llamarlo con un ridículo apodo. Su cara se escurre por entre dos barras verticales, su boca rosada se mueve lenta ante las manos extendidas que acercan migas o migajas. Algo en ellos y en nosotros de asombrosa similitud. *Flash*, el retrato del animal, la mímica prisionera que el fotógrafo-turista confunde con gestos humanos de congoja.

En el televisor, de pobre señal, señal robada, *Kong: La Isla Calavera*, y en otro canal un programa de *Animal Planet*.

Las escenas nocturnas oscurecen toda la pantalla. Poco se distingue. Bultos negros.

Sigue el *zapping*:
las noticias,
los inventarios de muerte,
esterilización,
las despedidas.

¿Ahora entiendes la realidad del primate?



Maikel Ramírez

Los Cronopenitentes

*Into this world we're thrown
Like a dog without a bone
An actor out on loan
(The Doors | Riders on the storm)*

Coreábamos la cuenta regresiva hasta aullar: 10, 9, 8, 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1, y en seco el futuro nos deparaba una mansión con joyas que repletarían nuestros bolsillos en el pasado; bueno, me corrijo: en el presente que acabábamos de dejar atrás. Desde el inicio, descartamos viajar al pasado para evitar paradojas o aun la más leve alteración en el curso de nuestra existencia. No es que esta fuese la mejor, pero a ninguno nos apetecía arriesgar demasiado. ¡Maldita sea! No llegamos a anticipar, sin embargo, que nuestra suerte se aproximaba a su fin. Comenzó en nuestro séptimo viaje, cuando entré a una de las habitaciones para averiguar por qué Alphonse tardaba tanto en reunirse con el resto de la banda. Allí descubrí al infeliz quebrando nuestro código de conducta al violar a una de las adolescentes de la casa. Lo arrastré escaleras abajo después de dejarlo inconsciente con un enérgico cachazo en la nuca y montamos en la nave justo a tiempo. Pero ya el caballo de Troya remontaba las décadas consumidas: dentro del cuerpo del imbécil Alphonse ardía un virus mortífero para nosotros, pero inofensivo para los habitantes de aquel futuro, seguramente debido a los anticuerpos que desarrollaron mediante años de evolución. La ciencia que conocíamos estaba inhabilitada para contrarrestar la enfermedad con prontitud. Fuimos muriendo entonces con languidez, pero no sin antes arrastrar a media humanidad al precipicio, casi hasta su total extinción.

Adiós, zombi, adiós

Cuando por la televisión informaron sobre la propagación del virus zombi, mi hermana y yo no pudimos sino maldecir nuestra mala suerte. Escopeta en mano, salimos al patio para encarar nuestro infortunio con determinación y, me temo, que hasta con aires de nostalgia. No tuvimos que esperar un largo rato para ver su cabeza abriéndose paso entre la sábila que forraba aquella parte de nuestro jardín. Fui yo el primero en apuntar hacia su cráneo, luego lo hizo mi hermana. Fue duro, sobre todo por el método, pero tuvimos que asesinar nuevamente a papá.



Ender Rodríguez

No tenía idea que los virus
No son breves

*

El alma enferma más rápido
que las vísceras de un asno

*

Tú no me enfermas
tan solo me obstinas
enfermadamente

*

Mi sexo y tu sexo
son los virus más sagrados
de la *virulidad* planetaria

*

Muda como júpiter
esperas que el planeta
cambie de viruela



Arnaldo Rosas

Decepción

Así que esto era. Un tapaboca de trapo. Un par de guantes de látex. El encierro obligatorio. Películas y teleseries por Internet. Algún libro nuevo, alguna relectura... Y yo que esperaba caballos con jinetes terribles, ángeles con trompetas que hacían temblar.



Wafi Salih

Pandemia

A diferencia de mis padres mis abuelos se amaban infinitamente. Se decían: amor, vida mía. Religiosos ambos. Ella usaba un inmenso mandil blanco; él, de pantalones bombacha y cabeza rapada. Taciturno como todos los árabes, la veneraba. Imploraba al cielo, cada mañana, que no le privara de su compañía. Ella era grande y olía a azahar. Una bomba racimo no tiene pactos con la divinidad.

Dialéctica de la muerte

El hombre corría, agitando los brazos con vehemencia. A grandes zancadas iba recorriendo metro a metro la solitaria acera. Conversa consigo mismo, en voz alta: «despojado de mí, viaje en la resonancia del día».

Un carro de la policía salía en sentido contrario: este-oeste, lánguidamente, patrullando. Buscaban al terrorista que horas antes había volado el edificio de insumos médicos. El oficial disminuyó aún más el lento movimiento del motor cuando se percató, que de alguna parte: «¡soy yo!, soy el peligro, aquí estoy».

Dos disparos. Minutos después, pudieron constatar la vasta realidad, revisando sus bolsillos: estaba desarmado, era inocente como un ángel.

Insomnio

Trataba, trataba, de escribir algo para el primer año de ausencia, no era una esquela, ni un obituario, ya eso en su debido momento fue escrito, por quienes corresponde. En la mesa la cuarta taza de café y una caja de cigarrillos vacía. Las doce de la noche. La película de nuestras vidas empieza a proyectarse en mi cabeza. Ella heredó la casa y los enseres. Todo tenía dueño y precio en tu vida.

Todo lo ido, inanimado vaga como si el no estar jamás pudiera consumarse.

El olvido, absolución que no conociste.

Luz entera, transita visible, desnuda de edad, a merced del capricho.

Tanteas los enigmas sin saberlo.



Héctor Sho Iku

Haiku

1

Apena(s) el sol
la calle en silencio
anda el alma

2

Tras la ventana
pese a la clausura
el horizonte

3

Los chaguaramos
montaña y cielo gris
¡Pronto el vuelo!

Microrrelatos

1

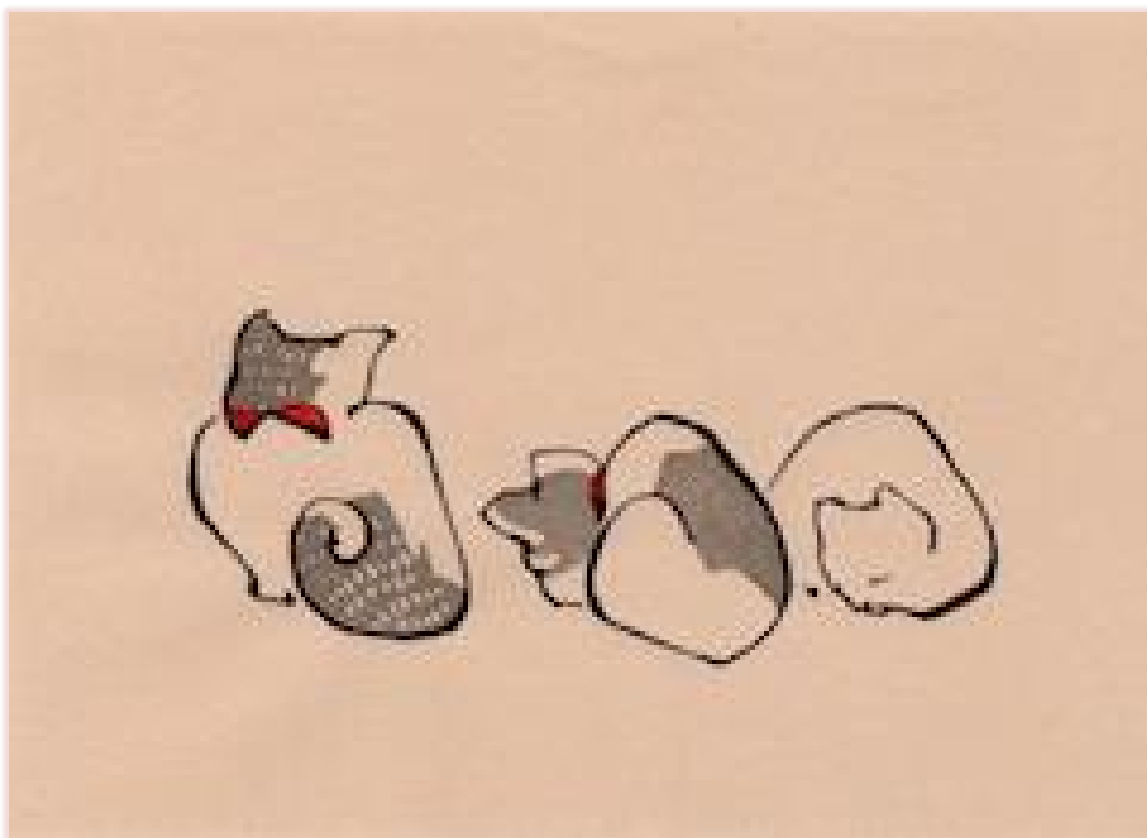
Eva, la gata, duerme sobre nuestros sueños, entre una almohada y otra. No sabe de clausura, ni de virus, ni de vinos. Solo observa, al despertar, nuestros ojos fijos en su mirada que atraviesa el velo. Muchas veces quiere decir algo, pero solo observa. Nos observa. Nos enseña, de kimono negro, maestra zen. Ha venido en muchas ocasiones en el pasado. En el futuro. A veces, la extraño despierta. Sólo avisa: «Aquí estoy de nuevo, negra, como siempre».

2

A. A. Monterroso

Cuando despertó, todavía la humanidad estaba allí.

Eva, la gata



Katsushika Hokusai



Tibisay Vargas Rojas

Lycopersicum

Respetando la distancia sugerida, mis ojos recorrían todo. Escogía con el cuidado que la vista, ante lo que podía detallar, me permitía. No debía tocar nada. Mi indecisión seguro le llamó la atención, y rompió la distancia recomendada. Extendió su brazo hacia mí, y sólo atiné a verle el rostro, o lo poco que la mascarilla y el pañolón enrollado en su cabeza al estilo persa dejaban al descubierto. Me congeló el gesto, aunque la mirada era cálida entre la redecilla de arrugas y vellos que enmarcaban sus ojos. Un temblor involuntario, tal como he sentido cuando el furioso perro lobo de mi vecino se lanza contra la reja si paso distraídamente frente a su casa, me recorrió de pies a cabeza. Inmediatamente comencé a sudar frío, la mascarilla se me adhirió a la nariz y el mentón, mientras ella transformaba lupina la mirada. Al instante agitó ante mi rostro su mano con tanta violencia, que entre el mareo que ya se sumaba, atiné a ver como el sangrante muñón de una garra. Un duro impropio, seguido de su vuelta de espaldas, y el celaje de algo encarnado que caía con un sordo ruido a mi izquierda, me hizo equilibrar. Volví la vista hacia el objeto lanzado, y allí, diría que ruborizado sobre el mesón de hortalizas, descansaba un inocente tomate.



Stefani Vásquez

Ancianato

—Terminó la cuarentena, sus parientes ya pueden visitarlo.

—Si no lo hicieron antes, ¿por qué lo harían ahora?

Estocolmo

Siempre lo espero en este lugar sin ventanas. Mas hoy no llega. En cambio, quien cruza la puerta es un policía que dice: «Eres libre».

Confinamiento

Algún día cerraré la puerta conmigo afuera.

Medio Ambiente

Quédense en casa, nadie los extraña.

Psicosis colectiva

Ayer morí de lo que todo el mundo está muriendo.

Hoy supe que era mentira.

Distanciamiento social

Cerraré los ojos para verte otra vez.

Durante la pandemia

«Ahora sin besos, ni abrazos».

Y nunca hubo putas más felices... nunca hubo clientes más insatisfechos.



Farina Zambrano

Recuerdos

Con tanto tiempo de encierro y reflexión, me siento como en una novela de Gabo, con tantos recuerdos acumulados que estaban en el fondo del baúl y sin tiempo para desempolvarlos.

Desconocido

Llegan momentos en lo que me entra la desesperación, y hay que tener un punto, un foco en el que te concentres y te traiga paz mental, yo pienso en ti, aunque no te conozco. Pero la paz que me traes vale la pena compartirla con un desconocido.

Añoranzas

Me encanta pensar que voy a viajar de nuevo y que voy a disfrutar respirar otro aire, otra cultura, otras personas, eso me hace sentir renovada y como nueva.

Consecuencias

Hoy estoy impresionada por cuantos sentimientos puede uno pasar cuando está en confinamiento, estaba pensando que con esta práctica de encarcelamiento, ¿bajará la tasa de delincuencia? Si uno experimenta tanto desespero en el confort de su hogar, con internet, tv, teléfono, juegos, y demás comodidades, como será estar igual de encerrado sin nada de eso y con la consciencia mugre.

AUTORAS Y AUTORES



«Cardos», por Damaris Calderón Campos

Argentina

1.- **Mariángeles Abelli Bonardi** (Neuquén, Argentina, 1974). Participó en diversas antologías, entre otras: *¡Basta! 100 mujeres contra la violencia de género* (Macedonia Ediciones, 2013), *Escritos entre mate y mate* (Editorial Micrópolis, 2017) y *#TODOSDIFERENTES* (Macedonia Ediciones, 2018). Publicó *Ecos del decir* (Ed. Ruedamares, 2010), *Armadura de valor* (Macedonia Ediciones, 2016), *Rutas culturales* (La cebolla de vidrio, 2016) y *La breve reverencia* (La cebolla de vidrio, 2017).

2.- **Beatriz Aloe**. Profesora en Letras por la Universidad de Buenos Aires. Ha publicado dos libros de microrrelatos *Breverías I* y *Breverías II* en la Editorial Piso 12. Actualmente está preparando un tercero *Breverías de cuarentena*. Reside en Buenos Aires.

3.- **Gladys E. Alonso**. Nació en San Rafael, Mendoza. Actualmente, reside en Chacras de Coria (Luján de Cuyo). Poeta y narradora. Ejerció la docencia durante veinticinco años en escuelas de Mendoza y Villa Regina de Río Negro. Ha editado su libro de poemas *Donde mora el sol* y colaborado en varias antologías.

4.- **Esther Andradi** reside en Berlín y Buenos Aires. Ha publicado crónica, cuento, microficción, poesía, ensayo y novela. Es autora de las novelas *Tanta Vida*, *Sobre Vivientes* y *Berlín es un cuento* y editora de la antología *Vivir en otra lengua: literatura latinoamericana escrita en Europa*. Su libro de ficciones breves *Microcósmicas*, (Argentina 2015) fue traducido al alemán y publicado en edición bilingüe español/alemán en 2017.

5.- **Débora Benacot** (Argentina, 1976).

6.- **Alejandro Bentivoglio**. Ha publicado una docena de libros de microficción, fue traducido a varios idiomas y recopilado en más de veinte antologías de América y Europa.

7.- **Sandra Bianchi** (Buenos Aires, Argentina). Es Profesora en Letras, docente, escritora, crítica literaria, editora y gestora cultural. Ha elaborado las antologías *Arden Andes*, *Cartón lleno I y II* y la versión argentina de *¡Basta! cien mujeres contra la violencia de género* y *¡Basta! cien hombres contra la violencia de género* (en colaboración). Produjo el documental *Los juegos peligrosos*. Una conversación con Luisa Valenzuela sobre microficción, lenguaje y creación (2009). Sus microficciones están publicadas en antologías nacionales y extranjeras y en publicaciones digitales.

8.- **Matías Ezequiel Bonfiglio** nace en Lanús, en 1978 y vive en Pilar desde 2012. Es músico desde casi siempre y arquitecto, aunque trabaja en proyectos de ingeniería. En 2017 se sumó al taller de escritura creativa del C.C. Integrarte (Pilar) donde editó en 2018 la antología *Perdón por la Poesía* (Ed. El Bodegón); en 2019 fue seleccionado para varias antologías internacionales, y en 2020 editó su primer libro *Cien pájaros azules* (Ed. El Bodegón).

9.- **Mónica Brasca**. Santa Fe, Argentina. Traductora de inglés y portugués. Sus cuentos integran numerosas antologías y revistas literarias nacionales e internacionales. Participa como tallerista en Marina de Ficticia. Publicó el libro de microrrelatos *Lugares vedados* (Kintsugi Editora, Buenos Aires, 2018). Está próximo a salir *Del otro lado es primavera*, QUARKS Ediciones digitales, Perú. Tiene inédito el libro de cuentos *El camino de regreso*.

10.- **Ricardo Bugarín**. (General Alvear, Mendoza, Argentina, 1962). Escritor, investigador, promotor cultural. En el género de la microficción ha publicado: *Bonsai en compota* (Buenos Aires, 2014), *Inés se turba sola* (Buenos Aires, 2015), *Benignas Insanías* (Santiago de Chile, 2016), *Ficcionario* (México, 2017) y *Anecdotario* (Perú, 2020).

11.- **Marylena Cambarieri**. Profesora en Castellano y Literatura y escritora. Nacida en Viedma (Río Negro- Argentina). Publicó *Fragmentos del ángel* (poesía) el camarote Ediciones, Viedma, Río Negro, 2.006 y *Las otras ventanas* (microficción) Macedonia Ediciones, Morón, Bs. As., 2.015. También cuentos, poemas y microrrelatos en antologías en la Argentina y el exterior. Participo de eventos culturales y literarios. Parte de mi obra es inédita.

12.- **Jesica Sabrina Canto** (Bs. As., 1989), estudia las Lic. en escritura y en crítica de arte, en la Universidad Nacional de Arte. Ha realizado talleres de escritura durante diez años con grandes escritores como Liliana Bodoc, Alberto Laiseca, Federico Falco, entre otros. Escribe columnas literarias para la revista digital Siete Artes desde el 2018. Lleva publicados once libros: ocho propios (dos novelas, dos de relatos, dos poemarios, dos fanzines) y tres participaciones en antologías. Sitio web: <https://jesicasabrinacanto.wixsite.com/sitio>

13.- **Nélida Cañas**. Escritora argentina. Profesora de literatura. Cultiva diversos géneros: poesía, narrativa y ensayos. Ha publicado en antologías, revistas especializadas y diarios del país y del exterior. Recibió premios nacionales e internacionales. Editó en microrrelatos: *Breve cielo* (U.N.T., Tucumán, 2010), *Intersticios* (Jujuy, 2014), *Como si nada* (Macedonia Ediciones, Bs As., 2018), *De nunca acabar* (Macedonia Ediciones, Bs As., 2020).

14.- **Graciela Chávez.** Nació en Salta, Argentina. Soy docente de profesión, aprendiz de escritora, madre y muy buena cocinera. Participé en antologías de revistas digitales: poesías, relatos y microficciones y en blogs de literatura.

15.- **Patricia Dagatti** nació en la provincia de Buenos Aires, Argentina, en el año 1970. Reside en la ciudad de Villa María, Córdoba. Es Contadora Pública y Licenciada en Administración. Escritora de narrativa breve, las microficciones de su autoría se han publicado en Argentina, Chile, Perú y México tanto en antologías como en revistas literarias, radios y sitios web especializados en el género.

16.- **Piero De Vicari.** San Nicolás, Buenos Aires, Argentina, 1963. Poeta, narrador, ensayista y gestor cultural. En microficción, ha publicado *Simbiosis de la guillotina y otras microficciones* (El español de Shakespeare, Santiago de Chile, 2017); *Ínfimas ínfimas/bazar de brevedades y otras minucias* (Macedonia Ediciones, Morón, 2018) y *Muerte del filósofo chino y otros textos insomnes* (El Taller Blanco, Bogotá, 2019).

17.- **Enrique del Acebo Ibáñez** (BA, Argentina). Sociólogo, realizador cinematográfico y artista plástico. Publicó ocho libros de microrrelatos, entre ellos: *Breviario* (Micro-cuentos), 2009; *Breves encuentros*, 2008; *Viajes en Micro – Cuentos*, 2010; *Lo mínimo que te puedo contar*, 2011; *Arrojando microrrelatos al mar* (Buenos Aires, Ginebra, Eskyfjördur), 2018. Participó en seis antologías en la Argentina, Colombia, España e Islandia. Varias de sus obras fueron traducidas a varios idiomas, y publicadas en revistas especializadas.

18.- **Luciano Doti** (Buenos Aires, 1977). Estudia Letras en la UBA. Ha publicado cuentos y microficciones en varias antologías y revistas. Obtuvo los premios Sexto Continente de Relato 2011 (de una audición de Radio Exterior de España), Microrrelato de Miedo 2013.

19.- **Zulma Fraga.** Nació en Realicó, La Pampa, vive y trabaja en Buenos Aires, Argentina. Publicó *Relatos del Piso 12*, *Marginales*, *el músico y Angelita*, *cuerpos en tránsito*, *Subirse al micro*. Incluida en diferentes publicaciones del país y el extranjero. Ha participado en distintas actividades multimedia con poesía y narrativa y ha recibido premios por su obra en el país y el extranjero. Condujo desde 1996 hasta 2007 el programa radial Contextos y ha sido codirectora de Editorial Piso12.

20.- **Daniel Frini** (Argentina, 1963) es Ingeniero de profesión, escritor y artista visual. Publicó varios libros, siendo el último *La vida sexual de las arañas pollito* (2019). Ha obtenido, entre otros reconocimientos, el Premio Internacional de Monólogo Teatral Hiperbreve ‘Garzón Céspedes’ (2009); Premio ‘El Dinosaurio’ (2010); Premio I Certamen Internacional de Relato Corto Nouvelle (2017), el Místico Literario del Festival Algeciras Fantastika 2017 y el 1er Premio del III Concurso de Microrrelato Ilustrado Universidad de Jaén (2019).

21.- **Jésica Galeano Jarcousky.** Nació en Pilar, Bs. As, en 1986. Es Profesora en Lengua y Literatura. Su primer libro *Claroscuros de la persistencia*, Tequisté Ediciones, 2018, fue presentado en la Feria del Libro de Pilar. También fue invitada en 2019 a leer microcuentos en la Feria del Libro de Bs. As. Stand de Tucumán. Fue finalista de varios concursos y publicada en revistas y antologías, la más reciente es *Contra molinos de viento*, *Antología internacional*, *Poesía Fusión 2020*, auspiciada por la Municipalidad de San Luis.

22.- **Nuria Paula García.** Nació en febrero de 1977. Me encanta la literatura, vivo en Buenos Aires, Argentina.

23.- **Luis Héctor Gerbaldo**, tengo 61 años. Nací y vivo en Córdoba. Cuento con publicaciones en diario *HOY DÍA CÓRDOBA*, antologías electrónicas y papel, colaboraciones en páginas web y blogs del género. Actué de curador en las antologías *Calicanto*, *La Cerradita*. Publiqué el libro de hiperminificción *Sé quién eres por las lágrimas en mis ojos*. Participo del grupo CÓRDOBA BREVE.

24.- **Clara Gonorowsky**. Ha publicado, entre otros textos: «Ficciones en familia», «Entre cuentos y novelas», «Desafíos», «Empujando al viento», «El escondite de la palabra»; «Chiquilladas», antología de poemas infantiles ilustrados y *Colorín, colorete, cuentos en zoque*, antología de cuentos infantiles ilustrada; *Acrobacias*, *Obrador*, *Rastros y rostros*. Colaboradora en el blog literario «Literautas» y en las revistas digitales *El Narratorio*, *Argentina* y *Letras de Parnaso*, Murcia, España.

25.- **Juan Pablo Goñi**. Escritor, autor y dramaturgo argentino nacido en 1966. Publicó: «Visitas» (cuentos de terror): «El cadáver disfrazado», Just Fiction, 2019; «Agosto», «Destino» y «Cabalgata» (Colección Breves), 2019; «La mano» y «A la vuelta del bar» 2017; «Bollos de papel» 2016; «La puerta de Sierras Bayas», USA, 2014. «Mercancía sin retorno», La Verónica Cartonera. «Alejandra» y «Amores, utopías y turbulencias», 2002.

26.- **Eduardo Gotthelf**. Ingeniero de Petróleos. Prestidigitador. Microficcionista. Impulsor de las *Microficciones Teatrales*, subgénero del que ya propuso y coordinó 3 concursos. Publicó *El sueño robado y otros sueños*, 1995; *Cuentos Pendientes*, 2007; *Principio de Incertidumbres* (libro-objeto), 2009; *Paraísos Paralelos*, 2012; *Legislación Urgente para el Logro de una Humanidad Sustentable* (libro-objeto), 2015; *Mentos y Veros* (libro-objeto), 2016; y *Mientras el lobo no venga*, 2020.

27.- **Raquel Guzmán**. Escritora e investigadora en estudios literarios, publicó libros y artículos referidos a la poesía argentina y la crítica literaria. Editó *Quiero volver a casa* (Premio Argos Córdoba 1991) y *Zócalo* (Premio Provincial de Poesía Salta 2016) y *Poema del cuerpo fugitivo* (2020); también microrrelatos, *Verde billar* (2018). Con la poeta Miriam Fuentes coordinó la antología cooperativa *Eva decidió seguir hablando. Poesía de mujeres en el noroeste argentino* (2009).

28.- **Sofía Hernández** nació en Merlo, en el Conurbano, oeste de la provincia de Buenos Aires, un 24 de marzo de 1997 (fecha emblemática en Argentina si las hay). Estudió Artes en la secundaria, e incursionó en la música luego, repartándose entre la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, y una escuela de música popular en Ituzaingó. Disfruta de leer y conocer sobre todo, por el afán de entender al mundo, o por lo menos, conocerlo y aprehenderlo.

29.- Apasionada de la microficción, **Alexandra Jamieson** escribe narrativa y publicó varios cuentos en antologías. Compiló, prologó y editó *Persistencia. Ficción breve escrita por mujeres* (Ediciones Outsider, 2017). Su primer libro de autora, compuesto sólo por microficciones se titula *Cómo iniciarse en micrología* (Macedonia Ediciones, 2018). Su libro más reciente es *Secreto de familia y otros cuentos en voz baja* (Niña Pez Ediciones, marzo 2020).

30.- **Daniel Juárez Dion** es un músico y escritor argentino nacido en Buenos Aires.

31.- **Mirta Krevneris**. Escribo desde hace más de 30 años, he participado en concursos de narrativa, poesía y formo parte de algunas antologías aquí y en el exterior. He recibido premios, premiecitos y palmaditas en el hombro. También soy autora de letras de tango. La literatura nos permite ponerle una cuota de humor, sensatez y sentido de la solidaridad en este momento.

32.- **Lucila Lastero.** Nacida en la provincia de Buenos Aires, en 1978. Profesora en Letras y Magíster en Estudios Literarios egresada de la Universidad Nacional de Salta. Magíster en Escritura Creativa por la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Docente de enseñanza media y terciaria. Publicó los libros de microficción *Regreso en breve* (2015), *Microlectos* (2019) y el texto teatral *Hay cadáveres* (2015), entre otros.

33.- **Rodolfo Lobo Molas.** Catamarca, Argentina. Poeta, Escritor, Piloto Comercial de Avión, Piloto de Planeador, Locutor, Periodista. Gestor y difusor cultural. Ha publicado los libros: *Catamarca, Ensueño y Leyenda* (ensayo) y *Los pájaros de la lluvia* (poesía). Participó en 19 antologías nacionales y 19 internacionales de microficción, poesía y narrativa. Obtuvo diversos premios y distinciones, su obra se publicó en Canadá, Chile, Colombia, Costa Rica, Cuba, España, Estados Unidos, México, Perú, Venezuela y Argentina.

34.- **María Elena Lorenzin.** (Jáchal, San Juan, Argentina). Licenciada en Letras, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza y doctorada en la Universidad de Flinders, Australia. Ha publicado *Microsueños* (2008) y *Parricidio y otras calamidades* (2018), ambos en Asterión Ediciones. Sus microrrelatos han sido recogidos en diversas antologías de los Estados Unidos, Canadá, Europa y Latinoamérica. Ha participado en otras convocatorias de Brevilla.

35.- **Ana María Martinengo.** Nació en Arroyo Cabral, Córdoba. Argentina. Profesora de Inglés. Asistió a talleres literarios de Nérida Cañas, Fabián Mossello, Inés Corton. Asistente asidua de cafés literarios. Participó del VIII encuentro Nacional de Poetas «Ciudad en llamas»-Grupo Literario Paco Urondo- Villa María. Prologó el libro de microrrelatos *Como si nada*- Nérida Cañas- Macedonia Ediciones-2018. Presentó varios libros de minificiones.

36.- **Lilí Muñoz Obeid.** Vivo en la ciudad de Neuquén. Nací en Victoria, Entre Ríos. He publicado y recibido reconocimientos en narrativa, poesía, ensayo y dramaturgia, dentro y fuera del país. Páginas: <https://www.facebook.com/lili.munoz.58> ; <https://twitter.com/LilMuoz1>

37.- **Patricia Nasello.** Magíster en Escritura Creativa por la Universidad de Salamanca (USAL) y Contadora Pública por la Universidad Nacional de Córdoba (UNC). Su último libro es una micronovela titulada *Acabemos con ellos de una vez*, (Alción, 2019); también publicó los libros de microrrelatos *Qué buen disfraz de leona* (Micrópolis, 2019), *Una mujer vuelta al revés* (2017, Macedonia), *Nosotros somos eternos* (2016, Macedonia) y *El manuscrito* (2001). Algunos de sus textos han sido traducidos al italiano, francés, rumano e inglés.

38.- **Laura Nicastro.** Nació en Buenos Aires, estudió Filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Residió dos años en Alemania. Publicó: libros de cuentos -*Los ladrones del fuego, Oyó que los pasos, Pueblos de Arena, Libro de los amores clandestinos, La Tigra*; libros de microficciones (*e-Nanos, Caleidoscopio, Entre Duendes y Pirañas*); novelas (*Intangible, Jueves para siempre, Tango Brujo*). En dramaturgia, estrenó las obras: *Mudanza, Los golpes, Máster en Gualichos*.

39.- **Cristina Noguera** es poeta y narradora. Vive en Pergamino, Argentina. Tiene varios libros publicados de cuentos y poesías. Ha recibido premios nacionales e internacionales.

40.- **Estela Porta.** Escritora argentina, de Tafí Viejo, Tucumán, R. Argentina. Prof. en Letras (U.N.T.) Publicaciones: *Pequeños Fuegos*, U.N.T., 2013. *Del Lado de los Tarcos*, U.N.T., 2014, *De Tarcos y Gorriones*, U.N.T., 2015. *Desde el Oriente*, Bs. As., 2015. *Hilos de la Historia*, Tuc., 2016. *Limonero en flor*, Tuc., 2018. *El beso mágico, coplas infantiles*, Tuc., 2018, *Cuando los ojos*, Tuc., 2019. Participó en numerosas antologías de poesía y microficciones nacionales e internacionales.

41.- **Graciela Poveda** (Buenos Aires, Argentina) es bioquímica (UBA). Recibió menciones en concursos literarios y publicó relatos en antologías. Primer Premio «Concurso de Cuento Casa de Madrid» (Argentina, 2008). Finalista «Premio Internacional de Novela Corta Mario Vargas Llosa» (Perú, 2011). Finalista en Concurso de cuentos «De Quevedo a Cortázar» (CECRA, 2015). Ha participado en talleres literarios de cuentos y microrrelatos.

42.- **Damián H. Ramírez** nació en la provincia de Mendoza, Argentina, en el año 1986. Es escritor de narrativa breve y estudiante universitario en la carrera de Letras. Las microficciones de su autoría se han publicado en Argentina, Chile, México y España, tanto en antologías como en revistas literarias y sitios web especializados en el género. Comparte microficciones y muchas cosas más en su blog <https://contactodamian.wixsite.com/blog>

43.- **Nanim Rekacz.** Escritora argentina (1963). Libros de microficción: *Jardín felino* y *Lluvia de arañas* (Macedonia 2014, 2016); de poesía: *Poemicros seriales y leves delitos poéticos*, *Enbebrándome* (Lamaruca, 2018) y *Brevísima* (libro objeto, Sirena de Palo, 2019); prosa poética: *Periplos*, catálogo de obra de la artística plástica Yolanda Velázquez (Blurb, 2018). Sus textos han sido publicados en antologías, libros colaborativos y revistas en Argentina, Chile, Colombia, España, Francia, Italia, Paraguay, Puerto Rico, Perú y Venezuela.

44.- **Ernesto Rojas.** Escritor; nació en Salta, reside en Tucumán hace 42 años. Posee nueve obras editadas en Argentina y extranjero; integra numerosas Antologías a nivel nacional e internacional. Es docente, pertenece a la SADE filial Tucumán, y a la Academia Argentina de Literatura Infantil y Juvenil. Dirige talleres literarios. Posee Premios y distinciones. Forma parte de la Antología de Poesía Argentina Contemporánea, año 2019.

45.- **Álvaro Ruiz de Mendarozqueta.** Nací en Santa Fe, Argentina, en 1957. Vivo en Córdoba, Argentina. Publiqué cuentos, artículos y relatos en las revistas *SuperHumor*, *Sinergia*, *Clepsidra*, *Cuasar*, *Vórtice*, *Garbo*, *Gestalt*, *Axxon*, *miNaturra* y *Puro Cuento*. Alción Editora editó en 2015 mi libro de cuentos *El arte de lo efímero*, y en 2018 editó mi libro de cuentos *Infinito en lo cotidiano*.

46.- **Claudia Sánchez.** Buenos Aires, Argentina, 1965. Al finalizar sus estudios en Venezuela y de vuelta en el país, ingresa al mundo de la publicidad donde trabajó durante 25 años. Apasionada por la lectura y la observación minuciosa de la realidad cotidiana, disfruta descubriendo y recreando mundos fantásticos detrás de las palabras. Escribe minificiones intentando que la realidad nunca supere a la ficción.

47.- **Norah Scarpa Filsinger:** Tucumán, Argentina. Publicó *Cuentas de maíz*, 2009; *Incisiones mínimas*, 2011; *La vida y otras inquisiciones*, 2014; microficciones. *Hojas al tiempo*, 2010, poesía: Ed. Macedonia. Obtuvo diversas distinciones, entre ellas 1º Premio en dramaturgia por su obra “Estación sin rosas” 2001, INT, con puesta y publicación. Participa en antologías nacionales y extranjeras.

48.- **Silvia Gabriela Vázquez** es autora de los libros: *La niña que se escapó de sus zapatos*, *Poemas desovillados* y *La tenacidad de la palabra*, entre otros. Obtuvo premios en certámenes internacionales. Dirige la Cátedra de Responsabilidad Social UdeMM y forma parte de iniciativas culturales a beneficio de causas solidarias. <https://mentesalacarta.com/conferencistas-capacitadores-coaches/silvia-gabriela>

49.- **Omar Julio Zárate**. Argentino, 62 años. Libros publicados: *Pan y Glicina* (2010) *La Curva de la Niña* (2012). Coautor de: *Un hilo de Imaginación* (Macedonia Ediciones, 2015) junto a la ilustradora Soledad Trinidad. Participó de las antologías *Borrando Fronteras* (2014), *69 Antología de microrrelatos eróticos* (Perú) *La Cerradita* y *¡Basta! Cien hombres contra la violencia de género*. Ha organizado por dos años consecutivos las Jornadas de microficción «Pilar en corto».

Bolivia

1.- **Jorge Jesús Barriga Sapiencia**. Nació en Potosí, Bolivia. Interesado en la escritura de guiones cinematográficos, tomó varios cursos sobre el tema. Uno de sus guiones forma parte del libro *Cómo se escribe un guion: doce guiones de cortometraje*, del guionista español Ramón Aguyé. Forma parte de *Macabro Festín*, Antología de cuentos de terror de la Editorial Soy Livre. *Caspa de Ángel*, de la editorial Kipus, compilado por Homero Carvalho y Marcia Batista Ramos.

2.- **Márcia Batista Ramos**. Brasileña, licenciada en Filosofía. Radica en Bolivia. Gestora cultural, escritora y crítica literaria. Publicó *Mi Ángel y Yo*; *La Muñeca Dolby*; *Consideraciones sobre la vida y los cuernos*; *Patty Barrón De Flores: La Mujer Chuquisaqueña Progresista Del Siglo XX*; *Tengo Prisa Por Vivir*; *Escala de Grises – Primer Movimiento*; Compiladora de *Escritoras Cruceñas* y *Escritoras Contemporáneas Bolivianas* (poesía, narrativa y drama).

3.- **Rossemarie Caballero**. Novelista y poeta. Nació en Cochabamba, Bolivia.

4.- **Homero Carvalho Oliva**. Bolivia, 1957, escritor y poeta, ha obtenido varios premios de cuento, poesía y novela a nivel nacional e internacional. Su obra literaria ha sido publicada en otros países y traducida a varios idiomas; está incluido en más de treinta antologías de cuento y poesía. Libros de microficciones: *Cuento súbito*, *La última cena*, *Pequeños suicidios* y *Geografía de las memorias*.

5.- **Gustavo F. Espada V**. Nació el 7 de marzo del 2000, en Sucre-Bolivia. En 2017 ganó el concurso de escritura epistolar de su localidad. En 2018, obtuvo el segundo lugar del concurso municipal «*Juana Azurduy de Padilla*» modalidad poesía. Ha sido publicado en la antología *Medellín-Cochabamba 2019*. Este año fue seleccionado en el *Concurso Internacional COVID 19* por Almandino Editores, y en la Antología los *Múltiples Rostros de la Muerte* por Aeternum Editorial.

6.- **Jhonny Peñaranda Subia**. Sucre, Bolivia.

7.- **Ariel Flores**. Escritor boliviano.

8.- **Silvia Rózsa Flores** (Santa Cruz-Bolivia). Editó libros de arte y otros como: El teatro de Jorge Rózsa; Mi Primera Enciclopedia, enciclopedia infantil cruceña, Pincel y condimento. Tiene publicados los poemarios: *Destello*, *Ritual de Tempestades* (en coautoría con Elías Serrano), *Tocarte con el otoño* y *Texturas de amor y lluvia*. Ha publicado los cuentos infantiles: *Anita en el Museo*, *Anita y la ciudad de los anillos* y *Los chicos de la calle Patujú*. Algunos poemas, microcuentos y cuentos se han publicado en antologías de cada género.

9.- **Eliana Soza Martínez**. *Antología Iberoamericana de Microcuento* (2017), compilador Homero Carvalho. *Armario de letras* (2018). Primer libro de cuentos: *Seres sin Sombra* (2018). Antología de cuentos de terror: *Macabro Festín* (2018). Junto a Ramiro Jordán libro de microficción y poesía: *Encuentros/Desencuentros* (2019). Antologías: *Cuentos Fuera de Serie* (2019); *Escritoras bolivianas contemporáneas* (2019); *Bestiarios* (2019), *antologías de microficción*, Ediciones Sherezade, Chile. *El día que regresamos: Reportes futuros después de la pandemia* (2020).

Canadá/Estados Unidos

1.- **Ricardo Camarena Castellanos**. (México, 1959). Ph. D., M. A. Spanish (Univ. of Ottawa, 2017, 2015). Maestría y Lic. en Letras (UNAM). Investigador de El Colegio de México: literatura y teatro novohispanos, Sor Juana, Inquisición (1984-1996). Premio Nacional de Investigación Teatral «Rodolfo Usigli 1993» (CITRU). Profesor de Literatura. Autor y editor de libros y artículos académicos. Conferencista académico y cultural en México, USA y Canadá. Columnista de rock en español y coeditor en el diario *La Opinión* y otras publicaciones en Los Ángeles (1996-2001). Músico.

2.- **Ernesto R. del Valle**. Nació en Camagüey, en 1940. Creó el Decineto, estructura poética neoclásica, fusión de la Décima y el Soneto. Obtuvo premios de poesía y narrativa en Cuba y Miami. Tiene libros de poesía y prosa en Estados Unidos y República Dominicana y textos en revistas y antologías en Italia, Cuba, Australia, Rumania, Argentina, España y México, también en revistas y foros internacionales de la Internet, como entrevistas a personalidades de la cultura de diversos países. Sus libros *Razones del Camaleón*, Rep. Dominicana y *Duendería*, Miami, EUA, están por salir.

3.- **Gabriela Etcheverry**. Es escritora, traductora y promotora cultural chileno-canadiense. Ganadora del Primer Premio en el concurso nacional de cuentos «Nuestra Palabra 2008» (Toronto). Doctorada en literatura en la Universidad Laval, Quebec, tiene dos maestrías (Literatura comparada y Español) de la Universidad Carleton. Ha publicado novelas, cuentos y poemas en inglés, francés y español. Actualmente trabaja en su nuevo libro de cuentos. En 2020 espera publicar su novela *Gravenhurst: A New Beginning*.

4.- **Jorge Etcheverry Arcaya**. Chile, 1945, integró la Escuela de Santiago y el Grupo América, colectivos poéticos de los 1960. En Canadá desde 1975, ha publicado poesía, prosa y artículos en diversos países. Su última novela, *Los Herederos*, fue publicada en 2018. Su último libro poema, «Samarkanda», constituyó un número especial de la revista canadiense *Ygdrasil*. Su última antología, *Canadografía*, es una muestra de autores latinoamericanos de prosa que residen en Canadá.

5.- **Ramón Fexas**. Escritor mexicano que lleva 30 años transferrado en Canadá.

6.- **Jorge P. Guillén.** Sus textos han sido publicados en *El cuento. Revista de imaginación*; en la antología de Alfonso Pedraza titulada «Minificciones», de *El cuento. Revista de imaginación*; *Plesiosaurio* y *Brevilla*. Ha ganado varias veces el concurso del taller de minificción de Ficticia. En 2015 recibió una mención honorífica en el concurso de cuento «Nuestra Palabra», en Canadá, organizado por la editorial del mismo nombre. Reside en Canadá desde hace 30 años.

7.- **Silvana Goldemberg.** Es educadora y autora argentino-canadiense con más de veinte libros y revistas publicados en español e inglés. Coordina talleres de escritura creativa para todas las edades y es creadora de premios literarios y ferias de libros, entre ellas, la Feria Anual del Libro en español en Vancouver patrocinada por la Vancouver Public Library.

8.- **Gloria Macher.** Escritora peruano canadiense, ha publicado seis novelas. Es ganadora del Premio Internacional del Libro Latino 2014, Estados Unidos, Finalista del Premio Verbum Iberoamericano 2017 y del IV Premio Internacional de Novelas, España. Sus cuentos en inglés aparecen en varias revistas literarias como *In / Words Magazine*, *The Nashwaak Review* y *Kola Magazine*; sus poemas en francés han sido presentados en varios eventos literarios y sus novelas y relatos en América Latina, Canadá y España.

9.- **Lidice Megla.** Camajuaní, Villa Clara, Cuba. Reside en Canadá desde 1999. Licenciada en Lengua Inglesa. Traductora. Ganadora del Primer Lugar del décimo concurso internacional de poesía, «El mundo lleva alas», 2018. Miembro del Registro de Autores Hispanistas Canadienses, sus poemas aparecen en antologías internacionales y magazines literarios. Poemarios: *Tú la Bestia*, *Totémica Insular*, *Mujer sin Paredes*.

10.- **Luis Mora** cursó sus estudios de comunicación, literatura de español, una maestría de creación literaria en la Universidad de Texas. Tiene su doctorado en literatura latinoamericana y peninsular en Florida State University. Actualmente trabaja como profesor de español en la universidad de Georgia Gwinnett College. Ha publicado el libro de poemas: *El arte de colgar los tenis* y el libro *Cuentos antes del anochecer*.

11.- **Zulma Ortiz-Fuentes** lives and writes in Brooklyn, New York. Her short stories have appeared in *bosque magazine*, *Writer's Digest*, and *Boricua en la Luna: Puerto Rican Voices*. She is a former Emerging Writer Fellow at The Center for Fiction, a Pushcart Prize nominee, and a finalist for the 2019 Elizabeth Nunez Caribbean-American Writer's Award. When not in quarantine, Zulma loves walking all over New York City and shopping at farmers markets.

Zulma Ortiz-Fuentes vive y escribe en Brooklyn, Nueva York. Sus cuentos han sido publicados en *bosque magazine*, *Writer's Digest*, y en *Boricua en la Luna: Puerto Rican Voices*. Ha sido *Emerging Writer Fellow* del Center for Fiction, y nominada para el Premio Pushcart; en 2019 fue finalista en el Elizabeth Núñez Caribbean-American Writer's Award. Cuando no está en cuarentena, Zulma adora caminar por toda la ciudad de Nueva York y hacer sus compras en los mercados de chacareros.

12.- **Marianela Puebla.** Chile/Canadá. Ha publicado siete libros. *Siempre en Mí*, Canadá, 1996; *Los tres Viajeros*, cuento preescolar, primer lugar 2001 Guadalajara, Jalisco, México; *El Conejo Astuto*, 2003, México; *Nuestro Secreto*, novela juvenil, 2009; *Amorario*, Chile, 2014; *Compromiso, poemas sociales de un tiempo difícil*, Chile, 2016, *El Cumplecuentas*, novela infantil, Chile, 2018. Ha recibido numerosos premios literarios internacionales: Canadá, México, España, Inglaterra, Argentina y Chile.

13.- **Carmen Rodríguez.** La galardonada escritora bilingüe (castellano-inglés), educadora, periodista y traductora chilena-canadiense Carmen Rodríguez es la autora de *Guerra prolongada/Protracted War*, un volumen de poesía; *De cuerpo entero/and a body to remember with*, una colección de cuentos; y *Retribution/El desquite/Chiles Dotre*, una novela. *Atacama*, una segunda novela y *Trasiego*, un poemario serán publicados en 2021.

14.- **Lady Rojas Benavente**, poeta nacida en Amazonas-Perú, profesora emérita de Concordia University, investigadora feminista de doce libros y presidenta de Crítica Canadiense Literaria sobre Escritoras Hispano-Americanas. <http://www.registrocreativo.ca/cclch/index.html>

Colombia

1.- **Óscar Barragán Martínez.** Nací en Valledupar, Cesar, Colombia. He escrito algunos libritos de poesía, entre ellos *Segunda visión*, *Un no tan cierto deseo*, *Poemas en entredicho*, y, *Destellos*. Me gusta la música y soy fan del cine. Pienso que de la cuarentena a la que nos ha sometido el bichito CoroCoro van a salir nuevas maneras de ver las cosas, incluso diría que en el reducto en el que aún seguimos algunos, saldrán iluminaciones, de las que se acompañan de aura, mediática o no, y de las otras, las profanas, benjaminianas.

2.- **Daniel Bello.** Bogotano de 29 años radicado en La Guajira. Enamorado del Mar Caribe y la Sierra Nevada de Santa Marta. A pesar del fracaso, sigue tratando de seducir a las letras. Tiene muchos oficios y saberes, tanto nobles como inútiles. Antes del virus trabajaba como *barman*, ahora puede ser cualquier cosa, sólo busca algo que le dé lo suficiente para poder sumergirse entre letras sin sentir hambre cuando se asome a la superficie. No tiene problema alguno con la cuarentena.

3.- **Guillermo Bustamante Zamudio** (Colombia - 1958) Profesor de la Universidad Pedagógica Nacional. Cofundador de la revista *Ekuóreo*. Co-compilador (con Harold Kremer) de: tres antologías del cuento corto colombiano (1994, 2007, 2016); *Los minicuentos de Ekuóreo* (2003); y *Antología cibernética de Ekuóreo* (2016). Co-autor de: *Ekuóreo: un capítulo del minicuento en Colombia* (2008). Co-editor del blog <https://e-kuoreo.blogspot.com/>. Libros de cuentos: *Convicciones y otras debilidades mentales* (2003); *Oficios de Noé* (2005); *Roles* (2007); *Disposiciones y virtudes* (2016).

4.- **Juan Sebastián Casas Ortiz.** Nacido en Bogotá, Colombia, el 15 de octubre de 1994. Licenciado en Lingüística y Literatura desde el 2016. Escritor. Corrector de estilo y estudiante todos los días.

5.- **Guillermo Arnul Castillo Ruiz.** (Buga - Colombia). Licenciado en Español y Literatura. Máster Universitario en Lingüística aplicada a la enseñanza del Español L/E. Maestrante de Escritura creativa en español. Blog: www.microbrevedades.blogspot.com

6.- **Luis Armando Garnica.** (Nemocón, Cundinamarca) Es autor de cuentos, poemas, crónicas y minifición. Vinculado desde el 2011 al proceso de Escuela de formación de Literatura, ha desarrollado también una importante labor de investigación histórica del municipio como presidente del Centro de historia. Ha publicado en *Contaban nuestros abuelos*, recopilación de leyendas e historias de Nemocón, *Por los caminos de la Literatura cundinamarquesa*, fabulas, cuentos y crónicas, del Patronato colombiano de las artes y las ciencias y en los cuadernillos *Poesía Itinerante*.

7.- **Cristian Garzón.** Estudiante de filosofía en la Universidad Pedagógica Nacional. Coeditor de El Taller Blanco Ediciones. Coordinador editorial de *Rizomatik*, revista dedicada a la ciencia ficción. Lector.

8.- **Juan Manuel Hernández** nació en Bogotá el 24 de abril de 1992. Es abogado egresado de la Universidad Militar Nueva Granada y Magister en Derechos Humanos y DICA de la Escuela Superior de Guerra. Ha publicado un libro de relatos *21% Vol. Mil historias en un solo trago* y una novela *Confesión de un Barra Brava*, ambos con la editorial Calixta Editores. Además, ha hecho parte de diferentes antologías como «100 relatos, 100 palabras, 100 autores», de Ita Editorial.

9.- **Juan Felipe Jaramillo G.** Colombia, 1975. Lector. Comunicador social periodista. Participante en talleres de escritura creativa.

10.- **Juan Esteban Londoño** es escritor, docente e investigador en las áreas de filosofía y teología. Ha publicado el libro de ensayo *Hugo Mujica: el pensamiento de un poeta en la poesía de un pensador* (Argentina, 2018), la novela *Evangelio de arena* (Colombia, 2018) y el poemario *El país de las palabras rotas* (Nueva York, 2019). Ha escrito diversos artículos científicos sobre filosofía, literatura y religiones.

11.- **Mauricio Albeiro Montoya Vásquez.** Estudios de Filosofía e Historia en universidades nacionales e internacionales (UPB – UNLP). Ha sido docente de diferentes universidades de Medellín (UPB – IUSH – EAFIT) e invitado como conferencista tanto en Colombia como en el extranjero (Guatemala – España – Argentina). Coordinador la serie radial: «100 preguntas y respuestas para comprender el conflicto colombiano» - Programa emitido en UN Radio Medellín.

12.- **Luis Ignacio Muñoz.** Colombia. Tallerista y escritor. Es autor de los libros *Reloj de aire*, 2006; *Cuentos para rato*, 2014; *Inocencia de la noche*, 2016. Varios de sus cuentos han aparecido en revistas y antologías de autores regionales y algunas internacionales como *Brevilla*, Chile, *e-kuóreo*, *El Espectador*, Colombia, *Piedra y nido*, Argentina, *Letras de Chile*, *Ikaro*, Costa Rica, *Delatripa*, *Nocturnario*, *Fantastique*, México. Administra el blog *Letras Itinerantes*.

13.- **Jorge Osbaldo** (Boyacá, Colombia). Ha publicado el libro de microrrelatos *Madera de árbol* (2012), *Una burra de ojos verdes* (2014) y *9 difuntos* (2018). Ha recibido, entre otros, los siguientes galardones por su trabajo poético y narrativo: III Premio Concurso Nacional de Novela Corta (Universidad Central de Colombia, 2014), con la novela *A un paso del salto*; segundo puesto Internacional y primero por Colombia en el Concurso Internacional de Cuento Ciudad de Pupiales 2018. Su trabajo como cronista hace parte del libro *Bogotá por Bogotá* (Fondo de Promoción de la Cultura).

14.- **Angie Lucía Puentes Parra.** Nació en Bogotá, Colombia. 1992. Profesional en Estudios Literarios. Universidad Javeriana. Publicó un libro de poesía (2009) titulado *Luciérnagas de otro tiempo*. Actualmente, se desempeña como profesora de Español y Literatura en colegios privados. Ha trabajado en proyectos de literaturas indígenas e interculturalidad. Está interesada en el trabajo con comunidades campesinas y con proyectos de promoción de lectura, emprendimiento y educación para la paz. Le encanta la naturaleza, las caminatas, la oración y tejer.

15.- **John Jairo Quitian.** Licenciado en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital de Bogotá y estudiante de maestría en Psicoanálisis en la Universidad Nacional de Colombia. Finalista del primer concurso nacional de poesía Pablo Neruda de la Universidad del Rosario y la fundación Pablo Neruda de Chile. Algunos poemas han sido publicados en la revista Cazamoscas (Colombia) y Espora (México)

16.- **Rosa Amelia Reyes Alvarado.** Licenciada en Educación Básica con énfasis en Lengua Castellana. Ex Instructora SENA Fortalecimiento de Competencias Básicas en los grados novenos en Convenio con colegios distritales y municipales. Fue Asistente Administrativa de ONG CIASE.

17.- **Darío Rodríguez** (1977). Ha sido docente, comerciante y promotor de lectura. Algunas de sus publicaciones –con modestas editoriales de provincias-: *Cuaderno invisible* –novela-, *Esa es un poco la historia* –relatos-. Textos suyos han aparecido en *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Malpensante*.

18.- **César Hernán Sánchez Alonso.** Escritor de cuento y minifición. Textos publicados en revistas y antologías de narrativa. Se desempeña como bibliotecario y en el fomento de la lectura y escritura.

19.- **Santiago Alberto Serna.** Escritor bogotano. Ganador con el guion para historieta «Suspiros de vida» para *Nabulli Comics* (2012). Primer puesto con «El paso de la marabunta», en el I Concurso de Poesía y Cuento Internauta Internacional. Libro de microrrelatos *Suspiros de vida y otros escombros*, de Ambidiestro taller editorial (2012). En el 2016, publica la primera parte de la trilogía «El cielo de los caídos» y en el 2017 «El folletín del cuenta historias y otros de cadáveres», con Calixta Editores S.A.

20.- **Aliex Trujillo García.** Nació en Caibarién, ciudad pesquera de la costa norte de Cuba. Resido en Colombia. Profesor de la Universidad Central y de la Universidad Pedagógica Nacional. Estudié Ingeniería Mecánica en Cuba. Y en Colombia: Maestría en Desarrollo Educativo y Social y Doctorado en Educación. Tengo publicaciones literarias en la revista de minicuentos *e-Kuóreo* y en *Hojas Universitaria*.

Costa Rica

1.- **Lucía Rodríguez Rodríguez,** nació en San José, Costa Rica el 04 de noviembre de 1989. De niña soñaba con ser escritora y de adulta continúa luchando por conseguirlo. Ha publicado relatos cortos y poemas en las antologías *Paseo con Animales*, de la Editorial de la Universidad de Costa Rica y *Desacuerdos*, de la Editorial Eva.

Cuba

1.- **Damaris Calderón Campos.** Cuba/Chile, La Habana, 1967. Ha publicado, entre otros, los libros *Sílabas*, *Ecce Homo*, *Guijarros* y *Las pulsaciones de la derrota*. Obtuvo, en 2014, el Premio Altazor; el Premio a la mejor obra publicada en Chile por *Las pulsaciones de la derrota* y, en 2019, el Premio a la trayectoria «Pablo Neruda».

2.- **Saturnino Rodríguez Riverón.** Placetas, Cuba, 1958. Narrador y poeta. Ha obtenido premios y menciones en diversos concursos nacionales e internacionales. En 1999 obtiene el Premio Calendario Narrativa con el cuaderno *Manuscritos en papel de cigarro* (Ed. Abril, 2001). Ha publicado, además, *Cuentos de papel* (Letras Cubanas, 2007); *Muchas veces mucho* (Letras Cubanas, 2013 y *Tres toques mágicos. Antología de la minificción cubana*, Editorial Letras Cubanas, 2017. Trabaja como periodista en la emisora Radio Reloj, de La Habana.

Chile

1.- **Daniel Araneda.** Vive en Temuco, Chile. Casado, sin hijos por opción de vida. Técnico Universitario en Electricidad. Aficionado a escribir, sin formación en Letras. Un libro y muchos cuentos; nada publicado, todos enterrados acumulando polvo virtual.

2.- **Julián Avaria Eyzaguirre.** Escritor y jardinero. A fines del 78 nace en Berlín. Apátrida hasta pisar Chile. Su casa está en el Jardín Botánico Las Ñañas del Valle Traslasierra. Hoy está atrapado en Melipilla con miedo de perder su silla.

3.- **Alex Daniel Barril.** Nací en el sur de Chile (Valdivia), tengo 49 años. Crecí en el exilio -ese que da y quita al mismo tiempo- y por eso tengo las «valijas» siempre listas, a la espera de un retorno o de un viaje. Escribí *La Memoria del Caracol* (Mago Editores-2006). Hago periodismo y antropología a ratos para sobrevivir y escribo para vivir.

4.- **Alejandra Basualto.** (Rancagua, Chile, 1944). Poeta y narradora. Licenciada en Literatura por Universidad de Chile. Ha publicado, entre otras, las obras *La mujer de yeso*, 1988; *Territorio Exclusivo*, 1991; *Las malamadas*, poesía, 1993; *Desacato al bolero*, 1994; *Casa de citas*, poesía, 2000; *Antología personal (1970-2010)*, poesía, 2010; *Invisible, viendo caer la nieve*, 2012; *Cuchillos*, 2017; *Telarañas y puñales / Cobwebs and daggers*, Edición Bilingüe, 2017, *Mujer cinco / Woman five*, Edición bilingüe, 2018. Dirige el taller literario y la Editorial La Trastienda desde hace más de 30 años.

5.- **Natalia Bronfman.** Santiago, Chile, 1984. Actriz y Magíster en Gestión Cultural, por la Universidad de Chile. Ha escrito dos obras de teatro: *La Virgen de los suspiros* (2006) y *Una historia para Xipe Tótec* (2009). Forma parte de la compañía «Los hijos de la China», con la que ha realizado tres obras: *Una Historia Para Xipe Tótec*; *Cara de Fuego*; adaptación y dirección de *Juego de Cuatro Estaciones*, basada en el cuento homónimo de Lilian Elphick (Sidarte, 2014, Fondart Itinerancia 2016 y 2017). Se desempeña, además, como gestora cultural, productora y docente.

6.- **Margarita Bustos Castillo.** Profesora de Castellano y Comunicación (PUCV) y gestora cultural. Algunos de sus poemas han sido publicados en las Revistas: *La Mancha*, *Cinosargo*, *Mal de ojo*, *Trilce* y *Valpoesía*. Ha participado en Encuentros literarios nacionales e internacionales en Perú, Argentina y Uruguay. Traducida parcialmente al rumano. Narradora Oral para niños de 4 a 99 años. Co-directora del Ciclo de Literatura de mujeres, *Versadas*.

7.- **Damaris Calderón Campos.** Cuba/Chile, La Habana, 1967. Ha publicado, entre otros, los libros *Sílabas*, *Ecce Homo*, *Gujjarros* y *Las pulsaciones de la derrota*. Obtuvo, en 2014, el Premio Altazor; el Premio a la mejor obra publicada en Chile por *Las pulsaciones de la derrota*, y, en 2019, el Premio a la trayectoria Pablo Neruda.

8.- **Eduardo Contreras Villablanca.** Nació en 1964 en Chillán. Hizo sus primeras armas de la mano de su maestro, Poli Délano. Más de veinte de sus cuentos y micro-cuentos han sido publicados en revistas (físicas y digitales), antologías, y compilaciones. Ha publicado las novelas *Don't Disturb: Crónica de un encuentro en Cartagena de Indias* (2005 y 2009); *Será de madrugada* (2015), *Muerte en la campaña* (Cuba, 2018), *La verdad secuestrada*, co-autor con Cecilia Aravena (2019). El libro *Cuentos urgentes para Nueva Extremadura* fue publicado en 2016.

9.- **Ingrid Córdova Bustos** es una poeta y narradora, nacida en Santiago de Chile. Gestora cultural, editora y miembro de la Sociedad de Escritores de Chile, SECH, su obra ha sido publicada en diversos medios escritos y digitales del país y el extranjero. Incluida en varias antologías, colabora con medios de prensa digital escribiendo artículos de opinión.

10.- **Marcos Fabián Cortez.** Santiago, Chile, marzo de 1965. Lector apasionado, amante del comics, la ilustración, el cine, la música Celta y *New Age*. Novelista y cuentista. Alumno de Diego Muñoz Valenzuela. Miembro asesor del directorio de Letras de Chile. Es parte de LDP MAGAZINE y miembro fundador de la Asociación de Literatura de Ciencia Ficción y Fantástica Chilena (ALCiFF). Ha publicado tres novelas y fue incluido en cuatro antologías de cuentos. Participó en el programa «Letras en el Aula» y fue organizador del «Ciclo de Lecturas» en sus versiones del 2017 y 2019.

11.- **Iván Cuervo Núñez.** 1977, Santiago de Chile. Miembro activo del Taller Literario Peuco Dañe de la comuna de Padre Hurtado. Conduce el Programa Radial Palabras en Aire. Coordinador del Taller Literario Todos Podemos Crear, Concurso Literario Escribe e Imagina, FIP Palabra en el mundo. Ha sido parte de las antologías: *Esquinas y Desvíos Antiguía del Santiago Imaginado*, Laboratorio de Escritura de las Américas LEA 2012. Debut Editorial *Santiago Inédito, 2017. Desde Otro Lugar*, Volumen I, 2019.

12.- **Maritza Delgado Rubilar.** Santiago de Chile, Ingeniero en ejecución. Ha participado en talleres dirigidos por Lilian Elphick, Jorge Calvo y taller literario Peuco Dañe. Ha sido publicada en la antología *Hokusai*, de revista *Brevilla* 2018, y en *Gaceta Peuco Dañe*. Obtuvo Mención honrosa 9º en el concurso de cuentos «Teresa Hamel», 2019.

13.- **Brian Elphick Kriz.** 37 años. Institutano de alma, Médico Veterinario Ms. Toxicología, de profesión. Alumno del taller de cuentos, nivel avanzado, de Lilian Elphick y eterno aprendiz de escritor de corazón.

14.- **Lilian Elphick Latorre.** Santiago, Chile. Es directora de talleres literarios y editora general de la revista virtual *Brevilla*. Durante doce años fue editora del portal *Letras de Chile*. Ha publicado: los relatos *La última canción de Maggie Alcázar* (1990); *El otro afuera* (2002) y *Praderas Amarillas* (2019); los microrrelatos *Ojo travieso* (2007); *Bellas de sangre contraria* (2009); *Diálogo de tigres* (2011); *Confesiones de una chica de rojo* (2013); *K* (2014); *El crujido de la seda* (España, 2016) y *Capilar* (2018). Sus textos han sido incluidos en numerosas antologías, tanto en Chile, como en el extranjero.

15.- **Martín Faunes Amigo.** Es autor de más de diez libros en todos los géneros literarios. Sus escritos aparecen en diversas antologías chilenas y extranjeras. Ha sido traducido al inglés, italiano, ruso y francés. Ha recibido entre otros, el Premio Municipal de Santiago, Gabriela Mistral, 2019 y, por su trabajo en torno a la historia reciente, fue galardonado por el Museo de La Memoria, con el «Premio Nacional de Derechos Humanos, 2015».

16.- **Denise Fresard Moreno.** Santiago de Chile, 1964. Es autora de los libros *Antonio Quintana 1904 – 1972* (Fotografía, 2007), *Una re-visión al Rostro de Chile* (Fotografía, 2005) y *El país que huye* (Microcuentos, 2014). Sus microcuentos han sido traducidos al inglés, francés y alemán y publicados en medios digitales como *Letras de Chile*, *Máquina de coser palabras*, *Brevilla*, entre otros, y en las antologías *73 Microcuentos a cuarenta años del golpe* (2011); *El ojo de Lilith* (2018); *MicroQuijotes II* (2016); *Antología de Microcuentos Fantásticos* (2019); *Revista Occidente* (2016) y *Peuco Dañe* (2017).

17.- **Patricio Fuentes Catalán.** (1981). Músico, profesor de Lenguaje y Comunicación (UACH). En 2006 gana el I Concurso de Microcuentos «Divagaciones en torno a la literatura». En 2012 obtiene el Primer Lugar en el concurso «El cerebro en 99 palabras», organizado por Explora Conicyt. En 2013 publica microcuentos en *Letras de Chile*. En 2017 y 2019 obtiene Mención Honrosa en el «Concurso de Cuentos Juan Bosch» (Universidad Austral de Chile).

16.- **Marcela Paz Gallardo.** Vive en Temuco, Región de la Araucanía, Chile. Casada, sin hijos por decisión propia. Matrona de profesión, con oficios dispares. Fanática del idioma inglés, la lectura, computación, contabilidad etcétera. «Lúgubre despertar» es su primer microrrelato.

18.- **Walter Garib.** Escritor y periodista chileno. Ha publicado dieciocho novelas y cuatro libros de cuentos. Traducido al inglés, francés, italiano, catalán y árabe. Ha sido editado en Chile, Argentina, República Dominicana, México, España, Francia, Italia, Dinamarca y Palestina. Primer Premio de novela Sociedad de Escritores de Chile, en 1972. Premio de Literatura Municipalidad de Santiago, 1989. Finalista en concursos en diferentes países. Invitado a México y Francia a encuentros internacionales de literatura.

19.- **Elijah Germani.** Chile. Autor de *Volver a Berlín* (RIL Editores, 2010, Premio del Consejo Nacional del Libro de Chile) y *Objetos Personales* (RIL Editores, 2015). Microrrelatos publicados en la antología *Puro Cuento* (El Mercurio Aguilar, 2004), en la revista *Enclave* (The City University of New York, 2012), en la revista *Hispanamérica* (USA, 2013) y en *Brevilla* (2019). Finalista del Concurso de Cuentos *Paula* 2017 con «Matar al padre» (Alfaguara, 2018).

20.- **Patricia Hidalgo.** Escritora. Ha publicado el libro de cuentos *Viajar de Noche* (2008) y la novela *Cuéntale tus Amores* (2014), ambos con Ediciones Asterión. Participó en las antologías *¡Basta! Más de cien mujeres contra la violencia de género* y *¡Basta! Más de cien cuentos contra el abuso infantil*, como en otras publicaciones.

21.- **Leonel Huerta Sierra.** Santiago, Chile, 1964. Escribe desde el año 2014. Miembro activo de: Taller Literario Peuco Dañe, Academia Libre y Colectivo *Niño Diablo*. Dirige la publicación *Gaceta Literaria Peuco Dañe*. Ha sido publicado en la revista *Alerce*, de la Sociedad de Escritores de Chile. Fue incluido en las antologías: *Más allá de un No*, Universidad Alberto Hurtado; *Hokusai*, revista *Brevilla*; *Desde Otro Lugar*, Taller Peuco Dañe y *Antología Alerce*, Sociedad de Escritores de Chile. Ganador del XXVI Concurso de Cuentos de San Bernardo. Asiste al taller literario de Lilian Elphick.

22.- **Pedro Guillermo Jara.** Chillán, 1951—Valdivia, 2019. Vivió en la ciudad de Valdivia desde 1973. Fue director, editor y periodista de la revista de bolsillo *Caballo de Proa*. Publicó, entre otras obras: *El Korto Cirkuito* (Afiche-literario) (2008); *Tres disparos sobre Valdivia*, de Peter William O'Hara (2009); *La bala que acaricia el corazón* (2010); *Kasaka*, (libro- objeto, 2011); *Patagonia Blues* (2013), *Diez telegramas* (2016), *El sendero de la mariposa*. [*Antología personal*] (2018).

23.- **Fernando Jerez.** Chile, 1937. Pertenece a la generación literaria chilena *Los novísimos*. Fue becado por la Fundación Luis Alberto Heiremans para estudiar novela en un curso dictado por el notable novelista Manuel Rojas. Es autor de novelas en las que se reflejan los convulsionados días del Chile post 1970. Dirigió la revista *Objetivos*. Jerez está ya clasificado en la categoría de cuentistas notables. Más información, aquí: <http://www.fernandojerez.cl/biografia.htm>

24.- **Sue Martín.** Chile. Magíster en Educación, Diplomada en Animación Lectora, escritora y relatora literaria. Ha escrito tres textos: «Aprendí a volar en este pequeño planeta» (2016), «Narraesía» (2018) y «Pepito», (2018). Actualmente, se dedica a la gestión cultural, con cursos de formación para mediadores de lectura con identidad territorial y dirige clubes de lectura. Participa activamente de seminarios, charlas y ferias del libro, entregando sus reflexiones en torno a sus lecturas en especial de mujeres Premios Nobel de Literatura.

25.- **Vanessa Martínez Emma.** Escritora y periodista, reside en Arica. Autora de dos libros de cuentos, una microrrelato en *plaque*, y un Poemario de Viajes. Aparece en doce antologías en Chile Perú, Bolivia, Colombia y España. Ejecutora en equipo de cuatro Proyectos financiados por CNCA. Ganadora en novela del Proyecto Fondo del Libro, Línea de Creación, CNCA, 2017. Ganadora del Primer Lugar en el Concurso de Cuento Breve en Arica, *Hazla Cortita*, 2019.

26.- **Hernán Meschi Velasco.** Chileno. Nacido el 5 de marzo de 1959.

27.- **Juan Mihovilovich.** Actual Juez de Puerto Cisnes, Región de Aysén, Chile. Ha publicado novelas: *Sus desnudos pies sobre la nieve*, *El contagio de la locura*, *Yo mi hermano*, *El asombro*, *Desencierro*, *Grados de Referencia*, *Espejismos con Stanley Kubrick*, *Útero*. Cuentos: *El ventanal de la desolación*, *El Clasificador*, *Restos Mortales*, *Los números no cuentan*, *Bucear en su alma*. Su obra ha sido traducida al croata y sus cuentos incluidos en variadas antologías. Ha obtenido premios nacionales y extranjeros.

28.- **Ana Montalva.** Escribidora y contadora de historias, chilena de nacimiento y latinoamericana de corazón. Asiste al taller de cuento avanzado de Lilian Elphick.

29.- **Camilo Montecinos Guerra.** Arica, Chile (1987). Escritor, profesor y gestor cultural. Ha publicado el libro de microficción *Golpes sobre la mesa* (Ediciones Sherezade, 2017). Asimismo, sus textos han sido publicados en antologías y revistas literarias de Chile, Perú, Argentina, Uruguay, Colombia, Venezuela, México y España. Ha realizado varios talleres de fomento lector, escritura creativa y charlas sobre microficción. El año 2017 obtiene Beca a la Creación Literaria del Ministerio de las Culturas de Chile.

30.- **Ximena Montero Miranda.** Nacida en Santiago de Chile; 49 años. Estudió psicología en la Universidad Diego Portales y es candidata a Magíster en Trauma y psicoanálisis relacional de la Universidad Alberto Hurtado. Se formó como Psicoterapeuta Corporal Vincular en la Fundación Cuerpo y energía. Actualmente, ejerce como psicoterapeuta de manera independiente.

31.- **Diego Muñoz Valenzuela.** Constitución, Chile, 1956. Ha publicado trece libros de cuentos y microcuentos y seis novelas. Cultor de la ciencia ficción y del microrrelato. Ha abordado en profundidad el periodo de dictadura militar. Libros suyos han sido publicados en España, Croacia, Italia, Argentina, Perú y China. Cuentos traducidos a diez idiomas. Premio Mejores Obras Literarias 1994 y 1996. En 2011 el autor fue seleccionado como uno de los «25 secretos literarios a la espera de ser descubiertos», por la FIL de Guadalajara para celebrar sus 25 años de existencia.

32.- **Zarela Pacheco.** Chile, 1966. En 2016 participa en la antología *Mujeres que NO Callan*, de Ruth Pérez Aguirre, de México, con el poema «Sonetillo Testimonio de una Mujer Golpeada». En 2017 obtiene el primer lugar en el concurso «XIX Historias de vida poeta Jorge Aguilera Pérez», en Chile, con el cuento «La casa de la abuela». En 2017 es seleccionada en el libro *VALPARAÍSO EN 100 PALABRAS Los Mejores 100 Cuentos*, de la iv versión del concurso, con su microrrelato «1972».

33.- **Cecilia Palma.** Chilena. Varios libros publicados. Editora y correctora de textos. Poeta y aprendiz de narradora. Su última publicación es *Grito* (2018), de Editorial Eutópia. En 2020 se adjudicó la Beca de Creación Literaria, del Consejo del Libro y la Lectura, del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, Chile.

34.- **Eugenio Poveda Valenzuela.** Profesor de Filosofía y Abogado. Nacido en Santiago de Chile, año 1958. Ha dedicado buena parte de su vida a la lectura y a escribir poesía. En 2018 publicó el poemario *UNi-VERSOs*, sin mucho éxito, pero con gran satisfacción personal. Como ha dicho: «Escribir un verso duele más que parir un hijo crudo».

35.- **Milton Puga.** Chile, 1960 · Publicista · Un libro publicado: *Amanecer*, Sudamericana, 2002.

36.- **María Isabel Quintana,** chilena, habitante del sur del mundo, odontóloga de profesión, escritora por afición. Tres libros publicados. Sus cuentos han aparecido en antologías chilenas y extranjeras. Asiste al taller de Cuento Avanzado de Lilian Elphick.

37.- **Mariela Isabel Ríos Ruiz-Tagle.** Nació en Santiago de Chile. Licenciada en Antropología Social, Universidad de Chile, 1981. Diplomada en Filosofía, Universidad Alberto Hurtado, 2003. Ha escrito libros de poesía, microrrelatos y narrativa. Sus textos aparecen en antologías chilenas y extranjeras. Su última publicación autorial es *Hija única* (Microrrelatos, 2016).

38.- **Patricia Rivas M.** Escritora chilena. Ha publicado los libros de microrrelatos *Hija bastarda* (2009) y *Transacciones* (2018); además, el libro infantil bilingüe *COF/COUGH*, con ilustraciones de Carolina Garrido. Ha obtenido la Beca de Creación Literaria del CNCA en dos ocasiones. Pertenece a la Corporación Letras de Chile. Sus textos han sido incluidos en varias antologías.

39.- **Luis Alberto Tamayo.** (San Fernando, Chile, 1960). Escritor chileno conocido principalmente por sus obras para niños/as y jóvenes. Ha publicado diecisiete libros, entre los que se destacan: *Ya es hora*; *Caballo loco, campeón del mundo*; *La goleta Virginia*; *Nos cuesta la vida*, *El hospital*. Ha ganado importantes premios literarios, como el Primer premio en el concurso *Todo hombre tiene derecho a ser persona* 1978, organizado en el marco del Año Internacional de los Derechos Humanos con el cuento «Ya es hora» y Premio Altazor 2014, categoría Literatura Infantil y Juvenil, por *Un gran gato*.

40.- **Roger Texier** (Valparaíso, 1955). Miembro de SECH y Letras de Chile. Poemas publicados en antologías colectivas de talleres (SECH, CEMOR-Chile) y microrrelatos publicados en antologías digitales «Sea breve, por favor» 2011, «Sea breve, por favor» 2013, «Microcuentos por la Memoria» 2013, «Dispara usted o disparo yo» 2017 y «*Lectures du Chili*», en los sitios web «E-Kuóreo» y «Letras de Chile» y en «Borrando Fronteras» (Ed. Macedonia, 2014).

41.- **Joaquín Toro.** (1994, Rancagua). Estudió interpretación de enlace inglés castellano en el instituto Eatri (escuela americana de traductores e intérpretes); actualmente, cursa segundo año de Pedagogía en Inglés en la Universidad de Santiago de Chile. Fue galardonado con el primer premio en prosa a nivel regional en el concurso «Historias de nuestra tierra» (2014) con la obra *Dicen los perros y los jotes*. En 2018 ganó el concurso «La Usach en 100 palabras», con el microcuento *Carpe diem*.

42.- **Mario Torres Dujisin.** Economista y escritor, nacido en Santiago de Chile. Actualmente, reside en la Riviera Maya mexicana.

43.- **Verónica Uzon Endress.** Chilena, nacida en 1959, Geógrafa y aficionada a escribir cuentos breves. He sido finalista en tres concursos literarios: Concurso «Escribe e Imagina» 2018, del Taller Literario Peuco Dañe; Convocatoria «Bestiarios» 2019, de Ediciones Sherezade; y Concurso de microrrelatos «Cuando Chile Despertó» 2019, de Escuela Casa Contada.

44.- **Cristián Vila Riquelme.** Villa Alemana, Chile, 1955. Ha publicado, entre otros libros, *Crónica del niño lobo* (novela, Lom, 1998), *Divertimentos Transilvánicos* (relatos, Bravo&Allende, 2001), *(Des)Exilios (poesía incompleta)* (poemas, Volantines, 2019), *Ideología de la conquista en América Latina* (ensayo, ULS, 2019). Ha ganado algunos premios y ha sido traducido a varios idiomas.

45.- **Romina Villalobos Oyarce.** Nacida y criada en Santiago de Chile. Escritora aficionada desde su niñez. Multifacética, emprendedora, independiente. Madre de una humana, de animales, de toda la danza, arte, letras y colores que brotan de su cuerpo. Creadora y soñadora.

El Salvador

1.- **Daniel Castillo.** (1974, El Salvador). Periodista y catedrático universitario. Desde 1995, y durante ocho años, formó parte del Grupo Literario Tecpán, en El Salvador, con el cual realizó conversatorios, recitales e intercambios literarios por Centroamérica, así como la publicación del libro poético denominado *Tecpán, donde suena la campana del amor*.

España

1.- **Pilar Alejos Martínez** (Manises, Valencia, 1961), residente en Quart de Poblet. Ha publicado poesía y microrrelato en varias antologías. Participa en concursos como *Relatos en Cadena* de la cadena-SER; *Wonderland-RNE4*. Ganadora del *VII Premio de Microrrelatos Manuel J. Peláez*. Ganadora del *II Concurso de relatos Pienso en ti*. Premio del Público y Mención de Honor del jurado del *VI Concurso de Micropoemas José García Nieto (Fundación Camilo José Cela)*. Mantiene el blog literario <https://versosaflordepiel.blogspot.com/>

2.- **Antonio Javier Álvarez Linares** (A Coruña, 1967). Es profesor de Lengua Castellana, reside en Sevilla. Ha escrito artículos en revistas de educación y cinematografía. Desde el año 2015, dedica su tiempo al género del microrrelato. Cuenta con varios premios literarios e inclusiones en antologías y revistas relacionadas con el género (*La Microbiblioteca*, año 2018; *Plesiosaurio*).

3.- **Javier Arroyo** (Madrid, 1964). Licenciado en Farmacia por la UCM. Ha iniciado su trayectoria literaria recientemente. Cuenta con publicaciones en el boletín de microrrelatos *Papenfuss* y fue proclamado ganador del IV Concurso de microcuentos del Festival Internacional del Cuento de Los Silos 2019.

4.- **Alfonso Blanco Martín**. Nació en Madrid (España) el día 10 de octubre de 1959. Soy licenciado en Historia del Arte y actualmente trabajo como informático. Me gusta recordar que he trabajado eventualmente en Panamá y en Paraguay. En 2015 fue publicado por Ediciones Oblicuas mi conjunto de relatos *Los Dioses en París*, y en 2020 ha sido publicada en Libros Indie mi novela *Composición con Ventana*.

5.- **Elena Bethencourt**. Tenerife, Islas Canarias, España. Licenciada en Filología y Especialista Universitario en Traducción Jurídica. Ganadora de algunos concursos de microrrelatos: Relatos médicos AMIR, México; RedPal de Andalucía; Feria del Libro de Trujillo; La pobreza en 100 palabras de EAPN España; Sumando capacidades, Cabildo de Tenerife; Noviembre Forestal, Cabildo de Gran Canaria; Relatos de Abogados, Abogacía Española; Zenda, Cuentos de Navidad, etc.

6.- **Sergio Borao Llop**. Nacido en Mallén, provincia de Zaragoza, el 25 de diciembre de 1960. Entre otros empleos, fue corresponsal de la revista Gigantes y colaborador del diario *Heraldo* de Aragón. Finalista del premio «Ciudad de Zaragoza 1990», tanto en poesía como en relato. Publicaciones: *El alba sin espejos* (ebook, 2013); prólogo en *Desde las profundidades* (2013); selección y prólogo en *La mano en la palabra* (2015).

7.- **José L. Campal** (Asturias, 1965) es filólogo y bibliógrafo. Ha publicado *Algunos microrrelatos* (Lisboa, Apenas Livros, 2010).

8.- **Pablo Cavero García**. Nació en Mota del Cuervo (Cuenca). He aparecido en una antología de poesía *Y lo demás es silencio* Vol.III. Me han publicado unas veinte Cartas al director en *El País* y *El Mundo*. Tengo un blog, *Relatos y poemas de Pablo Cavero*, donde aparecen todas mis ocurrencias literarias. Me divierte escribir. Finalista en cuenta#140, en poesía y microrrelato.

9.- **Sara Coca**. Licenciada en Ciencias de la Información, graduada en Gestión Cultural y postgraduada en Escritura Creativa. Actualmente cursa estudios de Doctorado en Literatura Hispanoamericana y coordina talleres de escritura creativa desde hace más de ocho años. En su vertiente como autora ha publicado los libros: *Puentes* (2005), *Micromundos* (2009), *A qué sabe lo que somos* (2012), *No quieras saber tanto* (2018) y participa en la antología *Resonancias*, editada por la BUAP de México (2018).

10.- **Ginés S. Cutillas** (Valencia, 1973). Ingeniero informático por la Universidad Politécnica de Valencia y licenciado en Documentación por la Universidad de Granada. Profesor en la Escuela de Escritores y codirector de *Quimera. Revista de Literatura*. Autor de los libros de relatos *La biblioteca de la vida* (2007) y *Los sempiternos* (2015), de los libros de microrrelatos *Un koala en el armario* (2010) y *Vosotros, los muertos* (2016), de las novelas *La sociedad del duelo* (2013) y *Mil rusos muertos* (2019), y del ensayo sobre el microrrelato *Lo bueno, si breve, etc.* (2016).

11.- **Carmen de la Rosa.** Santa Cruz de Tenerife, 1964. Escritora y médica rehabilitadora. Sus relatos y microrrelatos aparecen en los libros *Entre humo y cuentos*, *Todo vuela* y *Acordeón*, y en las antologías *Somos Solidarios*, *99 crímenes cotidianos*, *Ellas*, *Eros y Afrodita en la minificación*, *Perdone que no me calle*, Antología española de Minificación en redes, *100 palabras para mamá*. Ganó el I y el X premio de relatos breves «Mujeres» del Ayuntamiento de Santa Cruz de Tenerife.

12.- **José Manuel Dorrego.** Escribo microrrelatos desde hace mucho, mucho tiempo. Si aún no me he decidido por la novela, es porque a partir del medio folio, las historias me están pidiendo a gritos terminar. Y yo les concedo con gusto el deseo, por supuesto.

13.- **Lorena Escudero** (España) es doctora en Física y trabaja como investigadora. Sus microficciones han sido incluidas en blogs, revistas (*Microtextualidades*, *Quimera*, *Plesiosaurio*, *Atril*, *Salamanca Letra Contemporánea*, *Cita en las Diagonales* y *The Next Review*), antologías (*Los pescadores de Perlas*, *Futuro Imperfecto*, *Hokusai* y *Resonancias*). Ha publicado los libros de microficción *Negativos* (Torremozas, Madrid, 2015), *Formulario* (La tinta del Silencio, México, 2019) e *Incisiones* (Quarks, Perú, 2020).

14.- **Manu Espada** (Salamanca, 1974), Licenciado en Periodismo y Máster en Radio por RNE y UCM, es periodista y escritor. Trabaja como guionista en televisión. Es autor de los libros de relatos *El desguace* (GrupoBúho, 2007) y *Fuera de temario* (Talentura, 2010). En el ámbito del microrrelato ha publicado *Zoom. Ciento y pico novelas a escala* (Paréntesis, 2011), *Personajes secundarios* (Menoscuarto, 2015) *Petrivor* (Cuadernos del Vigía, 2015) y *Las herramientas del microrrelato* (Talentura, 2017).

15.- **Valentín García Valledor** (España). Poeta desde bien joven, aunque con mayor dedicación literaria desde su viudez en 2007. Profesor de instituto de 1985-2019. Pertenece al grupo de haiku internacional AGHA. Ganador de premios literarios, ha publicado poemas y relatos en varias antologías y revistas españolas y foráneas. Una selección de su obra y su currículum completo en <http://provermios.blogspot.com/>

16.- **Virginia Glez.** ‘Dorta’ en su bitácora *Phoeticblog*, cuelga micros, fotos, relatos de viajes, poemas. Algunos de sus textos cortos figuran en *La Torre de Babel*, *Máquina de coser palabras*, *Piedra y nido*, *Microfilias*, *La nave de los locos*, *Il sogno del Minotauro*, *Brevilla*, *Minificación*, *Plesiosaurio*, *Microtextualidades*, *Proyecto Tradabordo*, antología *Resonancias* y Revista *Litoral*, entre otros. Ha publicado el libro *Paisaje de infancia y viento*.

17.-**Yurena González Herrera** (S/C de Tenerife, 1980). Escritora y Gestora Cultural. Coorganizó los Encuentros de Escritoras de Minificación y los Jueves Literarios. Ha sido Secretaria de la Sección de Literatura y Teatro del Ateneo de La Laguna y ha participado en numerosos congresos y jornadas literarias como investigadora, tallerista y autora. Imparte Como investigadora, ha publicado ensayos sobre literatura canaria. Publicó en 2016 *El diablo se esconde en los detalles* (Escritura entre las nubes) y en 2020 *Carvoma* (Baile del Sol).

18.- **Ana Grandal** (Madrid, 1969) es traductora científica y audiovisual *freelance*. Cuenta con varios premios de relato corto y ha sido incluida en diversas antologías. En Amargord Ediciones publica la trilogía *Destroyer de microrrelato* (*Te amo, destríyeme* (2015), *Hola, te quiero, ya no, adiós* (2017), *Microsexo* (2019)), y también coedita con Begoña Loza la compilación de relatos *La vida es un bar* (Vallekas) (2016). Colabora en las revistas *La Charca Literaria* y *La Ignorancia*. Toca la flauta travesera en el grupo de rock *VaKa*. <https://anagrandal.com/>

19.- **Carmen Hinojal Amores.** Escritora de poemas, relatos y novelas. Colaboradora en revistas digitales: *Narratorio*, *El Callejón de las Once Esquinas*. Autora de la novela *Zoé en el laberinto del Minotauro*.

20.- **Luisa Hurtado.** Ha publicado relatos y microrrelatos en múltiples antologías, tanto en soporte papel como en digital; así como algunos libros y colecciones de cuentos infantiles *La meteorología en los refranes* (AEMET, en papel), *Menguantes* (Lágrimas de Circe, digital) o *La familia Meteo* (AEMET, digital). Desde 2010 es responsable del blog *Microrrelatos al por mayor*.

21.- **Ana Ibáñez.** (Córdoba, 1966) es coautora de los relatos *Pepe el okupa* (2001) y *Sincuentos* (2004); del cuaderno poético *Dedos, delirio, dulzura* (2016) y de los libros *Ecuaciones de segundo grado* (2017) y *Salvar el fuego* (2019). Cultiva tanto la poesía visual y discursiva como los microrrelatos, que han aparecido en diversas publicaciones literarias y experimentales nacionales y extranjeras, en papel y también online.

22.- **Rachid Lamarti.** Poeta, de Badalona, autor de los poemarios *Hacia Kunlun* (2013) y *Poemario del agua* (2017), y del libro de cuentos *Té de tucán* (2019). Reside desde hace algunos años en Taiwán.

23.- **Esther Lázaro.** Es investigadora, dramaturga, actriz y periodista cultural. Doctora en Literatura, se especializa en el exilio teatral republicano de 1939. Ha publicado numerosos trabajos en obras colectivas y revistas especializadas. Se han estrenado varias piezas teatrales de su autoría, así como adaptaciones suyas para la escena de textos dramáticos, narrativos y poéticos.

24.- **Gloria de la Soledad López Perera.** (Santa Cruz de Tenerife). Es miembro de la Junta Directiva de ACTE – Asociación Cultural Canaria de Escritores y directora de su revista digital. También es miembro de la Asociación Cultural Arando Letras México en Tenerife. Publicó en 2015 la novela *La leva del poder*. Sus textos han sido seleccionados en numerosas antologías y revistas, como *Brevilla* y *Sirena Varada*.

25.- **Josefina Martos Peregrín** (Granada, España) ha publicado libros de relatos (*Myriastérides*, *Nocturnos*, *El mar y los siglos*), novela *La cumbre del silencio*, el poemario *Mortalmente vivo* y participado en diversas antologías, tanto de narrativa (*El imaginario vientre de la tierra*), como de minificción (*Eros y Afrodita*, *Nocturnario*, *Amor con humor*) y poesía (*Enredados*, *El pájaro azul*, *Todo es poesía en Granada*). También trabaja en el campo de la fotografía y la poesía visual.

26.- **Paz Monserrat Revillo** (Tortosa, 1962) es bióloga de formación y profesora de instituto de profesión. Vive cerca de Barcelona. Como autora de microficciones ha formado parte de la antología *Mar de pirañas, nuevas voces del microrrelato español* (Menoscuarto, 2012) y *Los pescadores de perlas* (Montesinos, 2019) A finales del 2015 la editorial Nazarí publicó su primer libro individual de relatos, *Hormonantas* y en 2019 la Editorial Enkuadres su libro de microrrelatos *Jardinería de interior*. Publica sus textos en el blog *Crónicas desenfocadas*.

27.- **Ana Navarro** (Tenerife, 1975). Participa en los libros *Perdone que no me calle* (2017) y *Nubes de relatos* (2018), ese mismo año gana el VII Concurso de relato breve de El Sauzal y en 2020 el Cuento en cuarentena de la editorial Palabrerías. Pueden leerse algunos de sus microrrelatos en *Brevilla*, *Diversidad Literaria*, *La Sirena Varada*, *Papenfuss* y *Plesiosaurio*.

28.- **Rafael Olivares Seguí.** Jubilado de banca. Escribe relato breve y microrrelatos. Ha obtenido diversos premios en certámenes como Zenda, EACWP, Hotel Montreal, La Radio en Colectivo, Wonderland de Radio4, Relatos en Cadena de la SER y otros. Relatos suyos figuran en diversas antologías.

29.- **Ernesto Ortega** (Calahorra, La Rioja, cosecha del 71). De niño pasa mucho tiempo en la librería de sus padres y pronto aprende a hacer la O con un canuto. Se aficiona a las letras, hasta que le ponen los puntos sobre las íes y decide estudiar empresariales. Tras abrir un paréntesis en su vida, que todavía no ha cerrado, se traslada a Madrid, donde por h o por b, acaba trabajando como redactor publicitario. Ha publicado los libros de microrrelatos *Microenciclopedia ilustrada del amor y el desamor* y *Los defectos de la anestesia*.

30.- **Nieves Pascual** (España, 1966). Enseña online para la Universidad Internacional de Valencia. Ha publicado múltiples ensayos y libros de carácter académico. Sus cuentos han aparecido en *Brevilla*, *The Barcelona Review*, *La charca literaria*, *Baquiana*, *Canibaal*, *Nagari*, *Primera Página*, *Revista SinFín*, *Palabrerías*, *Letralía*, *Relatos sin contrato*, *Miscoscopías*, *miNatura*, *Asparkía*, *Babelicus en español* y *Almiar*.

31.- **Gemma Pellicer** (Barcelona, 1972) es licenciada en Filología Hispánica y Periodismo por la Universidad Autónoma de Barcelona. Trabaja como editora de textos de ficción y cultiva la crítica literaria en las revistas Quimera y Turia. Ha publicado dos libros de microrrelatos: *La danza de las boras* (2012) y *Maleza viva* (2016) y tiene un libro de aforismos en prensa (*Medidas extremas*, 2020). Es profesora en la Escuela de escritura del Ateneo de Barcelona, donde imparte un curso sobre microrrelato.

32.- **Aurora Rapún Mombiela.** Filóloga y bibliotecaria. Escritora aficionada en su tiempo libre. Gestiona el blog <https://lahistoriaestaentamente.wordpress.com> y forma parte del equipo de edición de la revista digital de Valencia Escribe. Ha publicado relatos en varias revistas y antologías colectivas.

33.- **Susana Revuelta** (1968). Santander, España. Apasionada del microrrelato, reúne sus pequeñas aportaciones al género en el blog estelasetinta.blogspot.com (con esto del confinamiento, recientemente actualizado). Algunos de ellos también han sido publicados en papel, en libros recopilatorios, como Estanochetecuento, La Microbiblioteca, Concurso Abogados, Solcultural y alguno otro.

34.- **Beh Sam.** Nacida en Madrid en 1994. Ilustradora y escritora, he publicado en la antología de De matar también se sale (Editorial Grupo Amanecer), en la antología *Insomnes hasta el amanecer* (Editorial Insomnia y Editorial Grupo Amanecer) y en la antología digital *T.ERRORES* (de Dentro del Monolito).

35.- **Atilano Sevillano** [Argusino de Sayago- Zamora (España), 1954] Residente en Valladolid (España). Doctor en Filología Hispánica y Lcdo. en Teoría de la literatura y Literatura comparada. Es coautor del libro de texto *Literatura española y universal* (1999). Tiene publicados tres poemarios, el último de ellos *TRAZOS*. Haikus y otros poemas breves (2020) y cuatro libros de relatos hiper(breves), entre ellos: *Minificiones de diván* (PiEdiciones, 2018). Ha participado en numerosas antologías y obras colectivas.

36.- **Lluís Talavera** (Barcelona, España) es Licenciado en Informática y profesor universitario. Ha publicado microrrelatos en revistas como *Brevilla*, *Plesiosaurio*, *Cuentos Para el Andén* y *Letralia*. Ganador o finalista en concursos como *Relatos En Cadena*, de la Cadena SER; *Wonderland*, de Radio 4; *Esta Noche Te Cuento* o *Purorrelato*, de Casa África. Es colaborador habitual de la sección de microrrelatos de la revista cultural *Amanece Metrópolis*.

37.- **Xuan Trenor**. Nació en Oviedo en 1981, aunque cuando no hay pandemias de por medio me reparto entre España y Chile. Participé en revistas y antologías, quedando finalista en el XVII certamen internacional de microcuento fantástico «miNatura» (2019); mención especial en el certamen «Supraversum de microcuentos» (2019). Gané el tercer premio del Concurso Literario de Bimenes y el accésit en asturiano de microrrelatos «Manuel Nevado Madrid».

38.- **Susi Underground**. Española nacida en Guarenas, Venezuela. Licenciada en Filología Francesa. Ha publicado el e-book *Los hijos de la lluvia de las ranas*. Mantiene la bitácora [Flotando sobre un laberinto de sueños innombrables](#).

39.- **Alberto J. Vargas**. Nacido en Málaga (España) hace 61 años. Licenciado en Psicología actualmente resido en Madrid, donde trabajo para la Administración de Justicia. Siempre me ha gustado escribir pero sólo desde hace unos pocos años y animado por las nuevas tecnologías, me he atrevido a mostrar lo que escribo. He sido premiado o he llegado a finalista en diferentes certámenes de microrrelatos.

40.- **Dominique Vernay Juillet** (Francia). *No te quites la costra que te quedará marca* es su primer libro de microrrelatos, y, *Y ahora qué, Emma?* (Ediciones Unaria, 2015) su primera novela. En junio 2017 su obra *Trast(b)adas* es representada en el Centro Cultural El Valey (Castrillón). En octubre 2018 presenta en Gijón la expo «Cómplices»: 32 relatos junto a 32 acuarelas de María Calvo. En 2019 su cuento infantil «Los viajes de Candela y de Irina» es representado en Avilés.

41.- **Juan Yanes**. (1947). Comenzó hace unos veinte años a publicar en la *Máquina de coser palabras* (I y II) y *El oscuro borde de la luz* (I, II,III). Desde hace seis publica todos los días en Facebook. Tiene cosas publicadas a la birlonga, por aquí y por allí. Quieren publicarle un libro, pero no se deja.

Guatemala

1.- **Norma Yurié Ordóñez**. (Guatemalteca). Diseñadora Gráfica. Segundo lugar, categoría cuento, «Don Simón», Primer Premio Nacional de Literatura para Nuevos Escritores, Diario de Centro América, 2013. Cuentos en antologías: «Viaje a la oscuridad» (México), 2015 y Antología Centroamericana «Tierra Breve» (El Salvador), 2018. Ha publicado, además en revistas como *Gazeta* (Guatemala) *Fantastique*, *Ek Chapat*, *Perro Negro de la calle* e *Ibidem* (México) *Plesiosaurio* (Perú).

Inglaterra/Nueva Zelanda

1.- **Fiona Taler**. Creció en El Salvador, de padres británicos, y cursó la secundaria en Inglaterra. Siempre se interesó en la literatura tanto en inglés como en castellano, lo que la llevó a dar clases en la Universidad de Auckland por muchos años. Ahora jubilada, está pasando la cuarentena en Nueva Zelanda con su esposo y una gata.

Fiona Taler. Grew up in El Salvador, but, being of British parents, she went to secondary school in England. She has always been interested in literature, both in English and Spanish, all of which led her to lecture for many years at The University of Auckland. Retired now, she is spending the days of quarantine in New Zealand with her husband and a cat.

Italia

1.- **Giulio Buresi.** Uno de los colaboradores del libro *Espacios Expandidos*, y profesor de arte, Giulio Buresi nació en Siena (Italia) en 1988. Especializado en el Renacimiento, ha estudiado el arte y la arquitectura de la Catedral de Siena. En literatura, Giulio se especializa en la antigüedad clásica y en la literatura moderna italiana. Es poeta y escritor. Como poeta ha publicado el poemario *Barlumi* en el año 2006, el cual ha sido traducido al francés.

2.- **Silvia Favaretto.** Venecia, Italia. Es Presidenta de la asociación Progetto 7LUNE que difunde la cultura hispanoamericana en Italia. Ha editado 11 libros entre prosa y poesía (ediciones en Costa Rica, Argentina, Colombia, México, Honduras, El Salvador). Es jurado del Premio internacional de poesía Castello di Duino y del Certamen internacional de poesía Altino. PHD en la Universidad Ca' Foscari de Venecia, es docente y traductora. Ha participado en el Festival de Rosario (Argentina), Medellín (Colombia), Amda Libertad (El Salvador), De los confines (Honduras).

Marruecos

1.- **Mustapha Handar.** Agadir, Marruecos, 1982. Profesor, microficciónista y miembro del grupo literario «Minificciónistas Pandémicos». Sus microrrelatos fueron publicados en las revistas *Círculo de Poesía* (México), *Letras Itinerantes* (Colombia), *Tardes amarillas* (Argentina) y *Papenfuss* (España). Fue antologado en *Letras Marruecas II: Nueva antología de escritores marroquíes en castellano* (2018), en las antologías de *Diversidad literaria* (España) y en *Piedra y nido* (Argentina). Sus relatos y artículos de crítica literaria aparecieron en las revistas *Hércules Cultural* (España), *Revista Dos Orillas* (España) y en *Crítica.cl* (Chile).

México

1.- **Luis Eduardo Alcántara.** Nace en la Ciudad de México. Es periodista cultural y escritor. Minificciones suyas se han publicado en diversas antologías de México y el extranjero. También ha incursionado en prensa escrita y radio, con diversos premios de narrativa desde el año de 1991. Es autor del libro de cuentos y minificciones *Desfiladero*. En la plataforma de Google Sites, administra el Cine Mexicano de Momias.

2.- **Liliana Almazán Hernández** es originaria de San Luis Potosí, radica en la Ciudad de México. Es psicoanalista y apasionada de la lectura, interesada particularmente en escritoras como Virginia Woolf, Sylvia Plath, Clarice Lispector, Alejandra Pizarnik, entre otras. Ha colaborado en otras revistas digitales con minicuentos.

3.- **Sergio Astorga.** Soy de México, de su ciudad, y gracias al tezontle —como primera piedra— el rojo comenzó a retumbar entre mis ojos y el cascabel se escucha por los cuatro puntos cardinales. Actualmente radico en Porto, Portugal.

4.- **Karla Gabriela Barajas Ramos** (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, 1982). Publicó *Valentina y su amigo pegacuandopuedes* y *La noche de los muertitos malviviendes* (Editorial Imaginoteca, 2016), así como *Neurosis de los bichos* (Colección Minitauro, La Tinta del Silencio, 2017), *Esta es mi naturaleza* (Editorial Surdavo, 2018), *Cuentos desde la Ceiba* (Colección Bocanada, La Tinta del Silencio, 2019).

5.- **Alejandro Barrón** (Tepic, 1987). Estudió Comunicación en su ciudad natal. Ha publicado un par de libros de ficciones breves. Tras ocho años de habitar en Ciudad de México, decidió mudarse a Donostia, San Sebastián, donde actualmente trabaja en una oficina de Correos.

6.- **Daniel Bernal Moreno** (México, 1978). Cursó el diplomado de Creación Literaria en la Escuela de Escritores Mexiquenses Juana de Asbaje. Ha sido dos veces ganador de la beca del PECDA (2015 y 2017) en el Estado de México. Autor del libro de minificción *Todos estamos aquí* (BUAP 2017). Mención honorífica en el Certamen Laura Méndez de Cuenca por su libro *Entonces vimos llover*, publicado por el Fondo Editorial del Estado de México (2019).

7.- **Sergio Francisco Camacho Gutiérrez.** Médico pediatra.

8.- **Judith Castañeda Suarí.** Ciudad de México, 1975. Técnico en química industrial y alumna en los talleres literarios de Alejandro Meneses, Beatriz Meyer y José Prats. Colaboradora en el sitio web *Vertedero Cultural*. Ha publicado en la revista *Crítica* y en antologías de cuento y minificción como *Lados B*, de Nitro/Press, *Antología virtual de minificción mexicana* y *Ráfaga imaginaria*, publicada por la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Autora de los libros de cuento *Dios de arena* y *Aire negro*.

9.- **Jacqueline Cota**, nacida en La Paz Baja, California, Sur, es lingüista, escritora y traductora; comparte su vida con un humano, un perro y cuatro gatos en las inmediaciones de Zapopan, Jalisco y navega en la *web* haciendo malabares entre cursos y trabajos bilingües.

10.- **David Chávez** (1981, Colima, México) Licenciado en Letras y periodismo por la Universidad de Colima y doctor en Literatura Latinoamericana por la Universidad de Concepción, Chile. Ha publicado *Zapping* (cuento, 2011) y en antologías y talleres de minificción a nivel nacional e internacional; becario del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes Colima 2010 y 2013 en Cuento. Le gusta andar en bici, el mezcal, leer de a cuatro cosas a la vez y escribir. Sus amigos y amigas dicen que cocina rico y también practica el tabaquismo.

11.- **Cristopher Josué Escamilla Arrieta** es mexicano, modelo 83, nació un 25 de diciembre en las afueras de la gran ciudad; es un opinador desmesurado, aficionado escritor de fantasías fugaces. Como microcuentista, relatos suyos aparecen publicados en las páginas especializadas en minificción: *Brevilla*, *Letras de Chile*, *Letras Itinerantes*, y *Esta noche te cuento*; asimismo, algunas de sus ficciones fueron recogidas en las antologías *Palabras que volaron* y *Bailemos palabras*.

12.- **Blum Felle** (México, 1999), en la actualidad es docente de educación básica, con especialidad en lenguaje y comunicación. A lo largo de su vida ha mostrado gran admiración por las artes en general, principalmente en la literatura, por lo que ha escrito cuento, poesía y minificción.

13.- **Rafael Fernández Flores.** Doctor Ingeniero por el Institute Polyteqnique National de Toulouse, Francia. Autor del libro de cuentos *Eros y Tánatos*, del libro de mini relatos: *El último poema de FerMart y otros 99 mini relatos de base científica. Entendibles para casi todo el mundo*, de los cómics de divulgación científica *Dime abuelita por qué* y de libros de divulgación científica, entre ellos *Derrotar a la ignorancia como en el juego del Maratón*.

14.- **Azucena Franco.** Nació en la Ciudad de México, es Maestra en Letras Latinoamericanas por la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), ha participado como ponente de temas literarios en congresos nacionales en la UNAM e internacionales en Berlín, Bogotá, Tenerife y Valparaíso, ha publicado cuentos y minificciones en una docena de antologías, y en diversos blogs y revistas electrónicas.

15.- **Ome Galindo** (Guadalajara, Jal. México) es docente y estudiante de la Universidad de Guadalajara. Tiene varias minificciones publicadas en revistas y antologías latinoamericanas, pero además se dedica al estudio de la literatura fantástica, mismo que lo ha llevado a impartir cátedra sobre su especialidad en México, Perú y Argentina.

16.- **Juan Carlos Gallegos** (1983). Maestro en Estudios de Literatura Mexicana de la Universidad de Guadalajara. Autor de *La rubia despampanante y otras microhistorias* (Effictio, 2014) y *Monstruos de bolsillo* (La Tinta del Silencio, 2018). Textos suyos aparecen en más de diez antologías de minificción, una de cuento, una de haikú y una de ensayo académico.

17.- **Edwin Alexander García Escobar.** Soy maestro en Docencia y egresado de la Escuela de Escritores del Estado de México Juana de Asbaje. Trabajo actualmente en el servicio público en el ámbito educativo. Lector, cinéfilo, guionista y cuentero.

18.- **Yobany García Medina.** (Estado de México, 1988). Escritor, profesor e investigador mexicano. Licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la Facultad de Estudios Superiores FES-Acatlán (UNAM). Miembro fundador del Seminario Permanente de Metaficción e Intertextualidad (FES-Acatlán). Ha publicado en diversas revistas y antologías, tanto de creación, como de investigación, nacionales e internacionales.

19.- **Dina Grijalva** es una escritora mexicana. Sus libros de minificción son: *Goza la gula*, *Las dos caras de la luna*, *Abecé sexy*, *Mínimos deleites*, *Miniaturas Salmantinas* y *Cuestión de tiempo*. Minificciones suyas han sido incluidas en una veintena de antologías. Ha publicado una antología de minificciones eróticas, bajo el título de *Eros y Afrodita en la Minificción*.

20.- **Perla C. Hermosillo** (Jalisco, México, 1982). Doctora en Educación, maestra en Literatura Mexicana y licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Escribe cuento corto y minificciones, publicados en antologías nacionales e internacionales. Creadora de contenido literario del canal de YouTube Ficción Súbita, directora de Effictio Editores y profesora universitaria.

21.- **Diana Raquel Hernández Meza** (Ciudad de México, 1985). Médica cirujana por la UNAM. Sus escritos están en *Los adolescentes escriben II* (UNAM, 2003), *El libro de los seres no imaginarios. Minibichario* (Ficticia Editorial, 2012), *Alebrije de palabras. Escritores mexicanos en breve* (BUAP, 2013), *Eros y Afrodita* (Ficticia Editorial, 2016), *Las musas perpetúan lo efímero. Antología de microrrelatistas mexicanas* (Micrópolis, 2017) y en la revista *Pleiosaurio* en el volumen: *Ochenteros. Miniantología de minificción mexicana* (Abismo Editores, 2017).

22.- **Hilario Martínez.** Soy artroscopista de profesión y tortuga bibliotecaria de afición. Escribo minificción desde hace pocos ayerés, en mi afán de que todo lo que leo no se desborde como cabellos de letras, trato de plasmarlo en minis que algo llevan de mí y algo de lo que leo, espero esta ficción les guste en estos tiempos del Covid.

23.- **Israel Montalvo** (Ciudad de México), es un trazador de pesadillas, las cuales ha manifestado en diversos medios artísticos como la pintura, la música, el arte secuencial y la narrativa. En donde aborda como temáticas centrales la metaficción, y la condición humana. Como escritor e ilustrador ha publicado en diversas antologías, revistas literarias, cómics y libros en México, España, Uruguay, Argentina, Perú y E.U.

24.- **Chris Morales.** Escritor de textos dramáticos, cuentos y microficciones. Su obra de teatro *Noticia Inesperada* le valió el premio «Nueva Dramaturgia», otorgado por la Asociación de Periodistas Teatrales en el 2007. Actualmente estudia en la UACM la carrera de Creación literaria y combina las letras con las artes escénicas en la CAM JADEvolucion-arte A.C.

25.- **Fabiola Morales Gasca.** Es egresada de los talleres literarios en la Casa del Escritor y la Escuela de Escritores. Terminó el Diplomado en Creación Literaria en la SOGEM-IMACP de Puebla. Actual estudiante de la Maestría en Literatura Aplicada. Ha publicado en diversos suplementos literarios. Autora de libros y seleccionada en varias antología en México, España y Paraguay. Fabiola es lectora voraz y escritora incansable.

26.- **Alfonso Pedraza Pérez.** Médico Cirujano (UNAM). Crea el Taller de Minificciones de Ficticia. Compilador de *Cien Fictimínimos. Microrrelatorio de Ficticia* (2012) y de *Minificcionistas de EL CUENTO, revista de imaginación* (2014). Sus textos incluidos en antologías, revistas electrónicas y diarios, nacionales y extranjero y en el libro *Plasticidades* emanado del blog del mismo nombre (www.plasticidades.wordpress.com). Desde hace 5 años produce y conduce «Gente de pocas palabras», emisión radial que difunde la minificción universal.

27.- **José Manuel Ortiz Soto.** Jerécuaro, Guanajuato (1965). Médico con especialización en Pediatría y Cirugía Pediátrica. Ha publicado los libros de minificción *Cuatro caminos*, *Las metamorfosis de Diana*, *Cava de minificciones*, entre otros. Y ha compilado, entre otros, *El libro de los seres no imaginarios (Minibichario)*. Coordina la Antología Virtual de Minificción Mexicana.

28.- **Katalina Ramírez Aguilar** (1990, Puebla) es licenciada en Literatura y Filosofía por la Ibero Puebla. Ha trabajado como editora independiente y ahora dirige la Editorial Cariátide. Ha publicado microcuentos y poemas en siete antologías internacionales, y en revistas nacionales. Ha publicado dos libros, uno de poesía, *Lengua soy* (3 norte y Universidad Iberoamericana), y uno de microficción, *Música primigenia* (BUAP). Se encuentra incluida en la Enciclopedia de la Literatura en México y la Antología Virtual de Minificción Mexicana.

29.- **Jeremías Ramírez Vasillas.** Ciudad de México, 1953. Licenciatura en Ciencias de la comunicación UNAM (1981-1985). Libros publicados: *Arañas en el silencio, minificciones*, (La Rana, 2010), *La rebelión de la memoria*, (Cuatro Gatos, 2012). *El guerrero, la doncella y otras estatuas*, (La Rana, 2014). Participación en más de 15 libros antológicos. Ganador del certamen permanente de Cuento brevísimo de la revista *El cuento*, No, 134, 1997. XXII, y del Premio Nacional de Cuento Efrén Hernández, 2013.

30.- **Gabriel Ramos Z.** Nació en la Ciudad de México. Es psicólogo egresado de la UNAM, escritor y promotor cultural. Actualmente su interés está centrado en la creación y estudio de la microliteratura. Ha publicado microficciones, cuento breve, crónica, reseña literaria y entrevistas en diversas páginas de Internet y Revistas de formato físico y electrónico. Sus brevedades han aparecido en diversas antologías se han traducido al francés, serbio y árabe.

31.- **Adriana Azucena Rodríguez.** Profesora-investigadora en el área de Creación Literaria de Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Autora de libros como *La verdad sobre mis amigos imaginarios* (2008), *Postales: Mini-hiper-ficciones* (2013) y *La sal de los días* (2017).

32.- **Graciela Roque García.** Ciudad de México, 1964. Pasante de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Textos narrativos de su autoría están incluidos en las antologías: *Cuentos del Sótano* I, II, III y IV, *Leer el Cuento* y *Cuarenta esquiras al aire*, Ediciones Endora y poesías en las antologías *El eco de la tinta*, Edit. Strombus, 2010 y *La República en la voz de sus poetas*, Centro de Estudios de la Cultura Mixteca, 2012.

33.- **Fernando Sánchez Clelo** (México, 1974). Doctor en Literatura Hispanoamericana. Entre sus obras más recientes están *La letra de bengala* (2019) y la novela *Un reflejo en la penumbra* (2016). Compiló *Cortocircuito* (2018) y fue coantólogo de *Resonancias* (2018), entre otros títulos. Dirige la colección de libros Ficción Express que está dedicada a la minificción.

34.- **Angélica Santa Olaya** (Ciudad de México, 1962), poeta, escritora, historiadora. Primer lugar en dos concursos de cuento breve e infantil en México. Publicada en numerosas antologías latino e iberoamericanas de minificción, cuento, poesía y teatro así como en diversos diarios y revistas nacionales e internacionales en América, Europa y Medio Oriente. Autora de trece libros. Jurado en concursos de poesía y narrativa nacionales e internacionales. Traducida al rumano, portugués, inglés, italiano, catalán y árabe.

35.- **Itzel Saucedo Villarreal.** Nació en Puebla, México en 1978. Estudió Lingüística y Literatura Hispánica y la Maestría en Ciencias del Lenguaje. Ha sido antologada en los libros *Alebrije de palabras. Escritores mexicanos en breve* (2013), *Ráfaga imaginaria. Minificción en Puebla* (2014). *Vamos al circo* (2016) y *Cortocircuito* (2017) de la colección ficción express, editados por Fomento Editorial BUAP. Es co-autora de libros de Redacción y Literatura.

36.- **Manuel Sauceverde** es doctor en Economía y pertenece al Sistema Nacional de Investigadores. Por un lado, ha publicado diversos artículos científicos en revistas especializadas; por otro lado, ha obtenido una docena de reconocimientos en narrativa, poesía y música. Además, dirige el proyecto Cómics Poéticos: collages digitales de poemas y minificciones. Sus libros: *Entre una estrella y dos golondrinas* (Poesía, Editorial Lectio) y *Universos perpendiculares* (Narrativa, Editorial Lectio).

37.- **Itala Schmelz.** Ciudad de México, 1968. Como gestora cultural, ha sido directora de la Sala de Arte Público Siqueiros (SAPS) (2001 a 2007), del Museo de Arte Carrillo Gil (MACG) (2007 a 2011) y del Centro de la Imagen (2013 a 2018). En 2013, fue seleccionada como curadora del pabellón de México en la 55 Bienal de Venecia, donde presentó *CordioX*, del artista Ariel Guzik. En 2019, obtuvo el título de Maestría en Filosofía por la UNAM. Actualmente, es profesora en la Escuela de Pintura, Escultura y Grabado (EPEG) La Esmeralda.

38.- **Audberto Trinidad Solís.** Licenciado en Pedagogía, UV, Coatzintla, Ver., México. Ha publicado en medios impresos y digitales de México, Chile, Argentina, España y Colombia. Tiene textos publicados en las antologías *Contraseñas* y *Hokusai. Antología de microrrelatos*. Autor de las plaquettes *La mejor batalla* y *Así en el mundo*.

39.- **J.R Spinoza.** Matamoros, Tamaulipas, México (1990). Escritor y profesor mexicano. Becario del PECDA (emisión 23), en la categoría de Jóvenes Creadores por novela. Asiste al Taller de Apreciación y Creación Literaria del Instituto Regional de Bellas Artes de Matamoros. Asiste al Ateneo Literario José Arrese de Matamoros. Libros Publicados: *El regreso de los dioses, la batalla de Folkvangr (Caligramas, 2019)*. *El demiurgo y otros cuentos fantásticos (Kaus, 2020)*.

40.- **Paola Tena** (1980, México). Pediatra es su identidad «oficial», escritora es su personalidad no tan secreta. Reside en Tenerife (España) desde hace 10 años. Ha publicado microcuentos en varias antologías y revistas dedicadas al género minificcional. Ha sido ponente en sesiones de animación a la lectura e imparte talleres de Escritura Creativa y elaboración de fanzines. Es autora de *Las pequeñas cosas* (Ediciones La Palma, 2017), su primer libro.

41.- **José Luis Velarde** (México, 1956). Narrador. Ciudadano de la Marina de Ficticia desde el 2001, tallerista desde 2014 y responsable de la coordinación general de agosto 2019 a febrero 2020. Ha ganado premios literarios en poesía, cuento y ensayo. Autor de las novelas *Norestense* y *Contradanza*, además de otras publicaciones individuales. Sus cuentos aparecen en más de veinte antologías publicadas en México, España, Perú, Chile y Argentina.

42.- **Paulo Verdín** (Jalisco, México, 1978). Licenciado en Derecho y en Letras Hispánicas. Maestro en Literatura Mexicana. Estudiante del Doctorado en Humanidades de la Universidad de Guadalajara. Escritor, tallerista y vlogger literario en el canal de YouTube Ficción Súbita. Director de Effictio editores. Twitter:@PauloVerdin

43.- **Karla Vidrio.** Nació en Guadalajara, Jalisco. Cursó sus estudios en la Escuela Normal Superior de Jalisco y en el ITESM, Campus Guadalajara en el área de Educación. Ha publicado cuentos y minificciones en las ediciones XIV y XVI de libro *Caleidoscopio* de la escuela de Escritores de Guadalajara (Sogem), en donde actualmente estudia. También ha colaborado para las revistas *Incorrecto*, *Necroscriptum* y *Sin Fronteras* en el campo de la minificción, artículo de opinión y cuentos.

44.- **José Zenteno Aguilar.** Nació el 25 de febrero del 2001. Estudia la licenciatura en Lengua y Literatura Hispanoamericanas en la UNACH y la licenciatura en Formación en Arte y Cultura. Ha sido publicado en varias revistas independientes de diferentes estados de la república y de otros países.

45.- **César Zetina Peñaloza.** México. Nació en 2000. A los 14 años fue antologado en el libro del Primer Concurso de Cuento Corto de la Editorial Endira, *Mariposas de Humo*. Participó en dos revistas literarias: el número zero del *Fanzine Libre Virtual* y en *Polisemia Revista*.

Nicaragua

1.- **Maynor Xavier Cruz** (Chagüitillo, 1988). Licenciado en Comunicación Social. Ha publicado dos novelas. Vive entre Chagüitillo y León.

2.- **Luis Montenegro R.** (Managua, 1991). Médico general. Ha publicado poemas en la revista *Columbia Journal* y participado en talleres de literatura con el escritor Sergio Ramírez.

3.- **Alberto Sánchez Argüello** (Managua, 1976). Psicólogo, minificcionista, escritor de Literatura Infantil y Juvenil. Fundador del colectivo microliterario nicaragüense y del sello literario digital *Parafernalía*. Incluido en antologías de minificción a nivel hispanoamericano. Publicó *Miniaturas voraces* con El Taller Blanco Ediciones (Bogotá, 2019) y *Naufragio de Botellas* con Quark Ediciones Digitales (Lima, 2020). Algunos de sus cuentos han sido traducidos al inglés, portugués, italiano, alemán y vietnamita.

4.- **Chema Sánchez** (San Marcos, 1983). Reside en México. En 2020 publicó *Disparos Rasantes*. Sus minificciones han sido incluidas en la *Antología de Hipermicroficción Narrativa* de Ediciones COMOARTES (Madrid), *Las Huellas de las Hormigas*, de Parafernalía Ediciones Digitales (Managua) y *El Hilo Azul*, revista del Centro Nicaragüense de Escritores. Ha colaborado con varias revistas literarias de minificción.

5.- **Krasnodar Quintana Urbina** (1991 – Managua Nicaragua). Se ha interesado en la literatura desde pequeño y participado en talleres literarios en la Universidad Autónoma de Nicaragua, el centro cultural Pablo Antonio Cuadra y asistido al taller de creación literaria con Sergio Ramirez. Sus minificciones han sido publicados en revistas como *El Hilo Azul*, Revista cultura *Mácula Malagana*, *Penumbria*, entre otras.

6.- **Martha Cecilia Ruiz.** (Managua, 1972) Escritora y periodista, incluida en varias antologías de poesía y cuento. Ha publicado el libro de cuentos *Familia de Cuchillos* (2017). Facilita talleres de escritura creativa para adolescentes.

7.- **Hannia Zelaya** (Jinotepe, 1987). Licenciada en Comunicación Social, Universidad Centroamericana UCA. Escribe narrativa breve y micro relatos. Actualmente colabora como creadora de contenido digital para una agencia publicitaria.

Panamá

1.- **Melanie Taylor Herrera.** Panamá, 1972. Es violinista y escritora. Escribe cuento, microrrelato y poesía. En 2009 obtuvo el premio de cuento «Rafaela Contreras» en Nicaragua. En 2019 sus microrrelatos fueron publicados en revista *Puñado* en Brasil y en la antología *Short of a 100*, en Estados Unidos. Su blog literario es «Cuentos al Garete».

Perú

1.- **Adriana Alarco de Zagra.** Nació en Lima, Perú y estudió idiomas. Le han publicado 17 libros: de geografía, de teatro para la escuela y cuentos en varios idiomas, además de artículos y relatos en antologías y revistas en América y Europa. En 2016 salió a luz su libro número 18, una recopilación de cuentos en italiano con el nombre: *Aspri Mondì, racconti di personaggi insoliti*, Ed. Reverdito, TN, Italia.

2.- **Ricardo Calderón Inca.** (Perú, Trujillo, 1986). Docente y escritor licenciado en Lengua Nacional y Literatura por la Universidad Nacional de Trujillo. Ha culminado una maestría en Lingüística y Comunicación en la misma casa de estudios. Ha publicado tres libros de microrrelatos: el híbrido *Microcertijos literarios* (Ediciones Orem, 2009), *Alteraciones* (Ediciones Orem, 2013) y *Grafitos* (Quarks Ediciones digitales, 2020).

3.- **Maritza Iriarte.** Escritora de minificciones algunos de sus textos integran diversas antologías: *BASTA 100 mujeres contra la violencia de género*, Antología Trinacional de microficciones *Borrando Fronteras*, *Circo de pulgas*, *Eros y Afrodita en la minifcción*, *Resonancias*. Publicó *Aztiram un mundo de brevedades*.

4.- **Juan Martínez Reyes.** Licenciado en la especialidad de Lengua y Literatura por la Universidad Nacional del Santa. Integra el Grupo Literario Isla Blanca, y es coautor de las antologías de cuentos *Desde el silencio* (2016 - Chimbote) y *Navío al viento* (2017 - Chimbote). Participó en la revista poética *Marea* N° 23 (2017 - Chimbote), *Marea* N° 24 (2018 – Chimbote) y *Marea* N° 25 (2019 – Chimbote).

5.- **Antonio Paz Fernández** (Cajamarca – Perú, 1984). Actor, profesor, escritor y periodista. Estudió Lengua y Literatura en la Universidad Nacional de Trujillo. Ha laborado en revistas culturales extranjeras. Actualmente es ilustrador de las portadas de Quarks Ediciones Digitales.

6.- **Kathy Serrano.** Actriz y directora de teatro. Publicó varios de sus microrrelatos en: *Plesiosaurio* (Perú), *Teresa Magazine* y *Fémina Incógnita*, en Vozed, (México), *Infolibre*, *Microtextualidades* (España), Editorial Sherezade, (Chile) y en la antología digital *En el Camino. Nuevas voces de la minifcción latinoamericana*, de Rony Vásquez Guevara (Quarks Ediciones Digitales, 2020). Es una de las ocho autoras del libro de microcuentos *Una voz que existe*, de la Editorial Planeta, 2019. Su primer libro de prosa breve saldrá publicado en los próximos meses.

Portugal/Brasil

1.- **Ana Hatherly** nació en la ciudad de Oporto en 1929 y murió en Lisboa en 2015. Poeta, pintora y profesora universitaria, es una figura muy interesante y fundamental en el panorama de la literatura portuguesa.

2.- **Mário Henrique Baptista Leiria** (Lisboa, 2 de Enero de 1923 — Cascais, Cascais, 9 de Enero de 1980). Escritor surrealista portugués.

3.- **Adília Lopes**, seudónimo literario de María José da Silva Viana Fidalgo de Oliveira, nació en Lisboa, en 1960. Licenciatura em Física, la Universidad de Lisboa. Comienza a publicar poesía en Anuário de Poetas Publicados en Assírio & Alvim, en 1984.

4.- **Ana Mello.** Nasci em São Leopoldo, sou licenciada em Ciências e Matemática pela Unisinos. Atuo profissionalmente como Téc. Química.

5.- **João Mexia** nació en 1980, en Lisboa, donde vive.

6.- **Luís N.** Luis Nogueira firma como Luis Ene. Detesta escribir notas autobiográficas. Es Licenciado en Derecho. Reside en Faro, Portugal. Representante destacado de la microficción portuguesa.

7.- **Chico Pascoal.** São Paulo, Brasil. Formado em Publicidade e Propaganda pela Faculdade Cásper Líbero.

8.- **Jaime Salazar Sampaio** (Lisboa, 5 de Mayo de 1925 – 13 de Abril de 2010) poeta, ficcionista y autor dramático portugués.

9.- **Luís Serpa.** Lisboa.

10.- **Gonçalo M. Tavares** nació en Luanda, Angola, 1970. Desde 2001 publica en diferentes géneros literarios. Ha sido traducido a más de 50 países. Premio José Saramago 2015.

República Dominicana

1. **Julio Sang Hiciano** es oriundo de República Dominicana, graduado de Ing. en Sistemas y Computación de la PUCMM. Participa en el taller literario «Mariano Lebrón Saviñon», de Santo Domingo, donde participa en talleres, conferencias y lecturas a nivel nacional. Asistió al curso de minificción con el catedrático Lauro Zavala y, desde ese momento, ha tomado otros cursos y ha producido en el género. Su primer libro de microrrelatos *La vida en un flash* será publicado próximamente en 2020. También trabaja en el libro de cuentos *Caribe en llamas*.

Uruguay

1.- **Eric D. Haym Fielitz** (Montevideo, 1966). Ha publicado en *Muestra de Narrativa Uruguaya* (1998); *El Monje y la Pulga y otros relatos*; finalista del V Concurso de Relatos de *Hislibris*, editado por Evohé (España, 2014); relatos de terror en las revistas *Nictofilia* (Perú, 2016), *Cruz Diablo* (Argentina, 2016) y *Letras y Demonios* (México, 2017), entre otros medios digitales. En 2017 publicó la novela *Variaciones Diabólicas* en formato *e-book*. Página web personal: <http://elescribabeodo.blogspot.com.uy>

Venezuela

1.- **Danibia Abreu.** Docente universitaria. Licenciada en Educación, mención Educación preescolar. Magister en Lectura y Escritura. Ambas por la Universidad de Carabobo. Coautora del libro *Leo, escribo y me divierto* (UC, 2013), y de los libros de creación colectiva *Urgencia del relato* (2012) y *Urgencia del relato II* (2015), ambos por Ediciones Zona Tórrida). Actualmente se encuentra en proceso de producción editorial su segundo libro: un libro de cuentos para niños.

2.- **Yoyiana Ahumada Licea.** (Caracas, 1964). Magister Literae. Profesora UCV. Periodista, Guionista de TV, Dramaturga, poeta, y actriz. Autora del poedrama *Polvo de Hormiga Hembra* (2016-2017), y de otros libros, entre ellos: *Cabrujas: la voz que resuena*, *Cabrujas por siempre* (Cultura Chacao, 2011- 2012), *Cabrujas: el estruendo de la memoria* (2018). *Venezuela: la obra inconclusa de José Ignacio Cabrujas* (Ebook-2012); y el ensayo *Alucinados, visionarios e irreverentes, la idea escénica en Venezuela en los 70*. @yoyiahu IG @cuartaparedsoy

3.- **Ana Cecilia Campos Zavarce.** (Caracas, 1956). Psicóloga, psicoterapeuta, docente universitaria, monja Zen, observante de la vida (desde Valencia, Venezuela).

- 4.- **Carlos Mario Cortés** (Valencia, 1994). Carlos Cortés, tengo veintiséis años. Trabajo de cocinero, soy de Venezuela y me gustaría estudiar Economía. Dice: «Mientras pienso que reúno en la rutina infinita material para escribir, es mi escape, y la basura de un hombre es la cordura de otro».
- 5.- **Maibí Carolina Cruces Zalazar**. (Acarigua, Portuguesa). Nació un 30 de julio de 1973. Docente jubilada, Licenciada en Educación Mención Idiomas Modernos, egresada de la Universidad de Carabobo, Venezuela. Magister en Lingüística del Instituto Pedagógico de Maracay Rafael Alberto Escobar Arias. Actualmente está residenciada en Bogotá, Colombia.
- 6.- **Sonia Chocrón**. (Caracas, 1961). Poeta y narradora y guionista. Ha publicado poesía: *Bruxa* (2019), *Mary Poppins y otros poemas* (2015), *Poesía Re-unida* (2010), *Fe de errantes. 17 poetas del mundo* (2006), *La buena hora* (2002), *Púrpura* (1998), *Toledana* (1992); novela: *La dama oscura* (2014), *Sábanas negras* (2013), *Las mujeres de Houdini* (2012); cuento: *La virgen del baño turco y otros cuentos falaces* (2008), *Falsas apariencias* (2004). Su trabajo literario, así como sus guiones para cine y televisión, le han merecido premios y reconocimientos.
- 7.- **Tannia Maruja García Guzmán**. (Maracay, Venezuela. 1986). Escritora, docente mención lengua y literatura UC, instructor *Kaibin Dojo* y psicoterapeuta CEPSIF. *Diplomado en Narrativas Contemporáneas* CIAP-UCAB/ICREA. Ha publicado *El muro y otros relatos sobre la oscilación* (2016). Relatos suyos han sido publicados en medios nacionales e internacionales. Actualmente se dedica a la escritura, la enseñanza del español, a dictar talleres de escritura creativa, y las artes marciales.
- 8.- **Geraudí González Olivares**. Ha publicado *Oficio de elipsis* (El Taller Blanco, 2019).
- 9.- **Geraldine Gutiérrez-Wienken**. (Ciudad Guayana). Poeta, traductora literaria y editora. Fundadora de la editorial *hochroth Heidelberg*. Entre sus más recientes traducciones se encuentran: Hilde Domin: *Canciones para dar aliento* (Llantén, 2018), Rafael Cadenas: *Klagelieder im Gepäck. Gedichte* (parasitenpresse, 2018 (co-traducción del español al alemán con Marcus Roloff) y Rainer René Mueller: *El deseo / Das Verlangen* (El taller blanco, 2020).
- 10.- **Luis Ernesto Medina Vásquez**. (Cabimas, Zulia, el 05 de marzo de 1954). Graduado como profesor de Idiomas Modernos de LUZ en 1954. La Editorial Novilunio publicó su libro de poemas *Cabos Sultos* en noviembre de 2014. Actualmente ejerce como productor radial, locutor profesional y director de la emisora Sonora 99.5 FM de Cabimas. Trabaja como docente de Inglés en Concordia Teachers, C. A.
- 11.- **Emma Meléndez**. (Valencia, Carabobo). Es Psicólogo Clínico. Miembro del Colectivo Letra Franca. Actualmente vive en República Dominicana.
- 12.- **Néstor Mendoza** (Mariara, Venezuela, 1985). Ha publicado los poemarios *Omblijo para esta noche* (2007); *Andamios* (2012), merecedor del IV Premio Nacional Universitario de Literatura 2011; *Pasajero* (2015); *Ojiva* (2019), libro que cuenta con una edición alemana: *Sprengkopf* (Hochroth Heidelberg, 2019), con traducción de Michael Ebmeyer, y *Dípticos* (Editorial Seshat, Bogotá, 2020). Forma parte de la antología *Nubes. Poesía hispanoamericana*, publicada en 2019 por la editorial Pre-Textos de España.

13.- **Maikel Ramírez.** (Venezuela). Profesor universitario, escritor, e investigador. Profesor de lengua inglesa. Magister en literatura latinoamericana. Estudioso de metonimias y metáforas conceptuales. Escribe sobre el lenguaje, el cine, la literatura, la música, y el arte. Ha colaborado con el encartado *Contenido*, del diario El Periodiquito, y con los portales Letralia, Sorbo de Letras, Digo.palabra.txt, Apapacho Gallery, y Guayoyo en Letras. Obtuvo el tercer lugar del Premio de cuento para jóvenes autores Policlínica Metropolitana (2013).

14.- **Ender Rodríguez.** (San Cristóbal - Venezuela. 1972). Escritor y artista multidisciplinario. Licenciado en Educación Integral. Ha publicado: *Cantos del origen* (2001); *El sofá de Beatrice* (2006); *Primavera cero* (2007); *Creativo I* (2007); *Rabo de Pez Nuevos idiomas en la creación formato e-book* (2014), *Entrecruzamientos* (2015), *Ex sesos y asa res Borriones para textos no tan perversos* (2016), *El Blues de la Parca cuentos grotescos* (2017), *Creativo II* (2017), *Poemas absurdos* (2019), y *VISO* (2020) entre otros publicados en internet, y en físico como coautor. Blog.

15.- **Arnoldo Rosas** (Porlamar, Venezuela 1960). Ha publicado los libros de relatos *Para enterrar al puerto* (1985), *Olvídate del tango* (1992), *La Muerte no mata a nadie* (2003), *Sembré los muertos* (2013) y *De amores y domicilios* (2014); la novela corta *Igual* (1990) y las novelas *Nombre de mujer* (2005), *Uno se acostumbra* (2011), *Massaua* (2012) y *Un taxi hasta tus brazos* (2015).

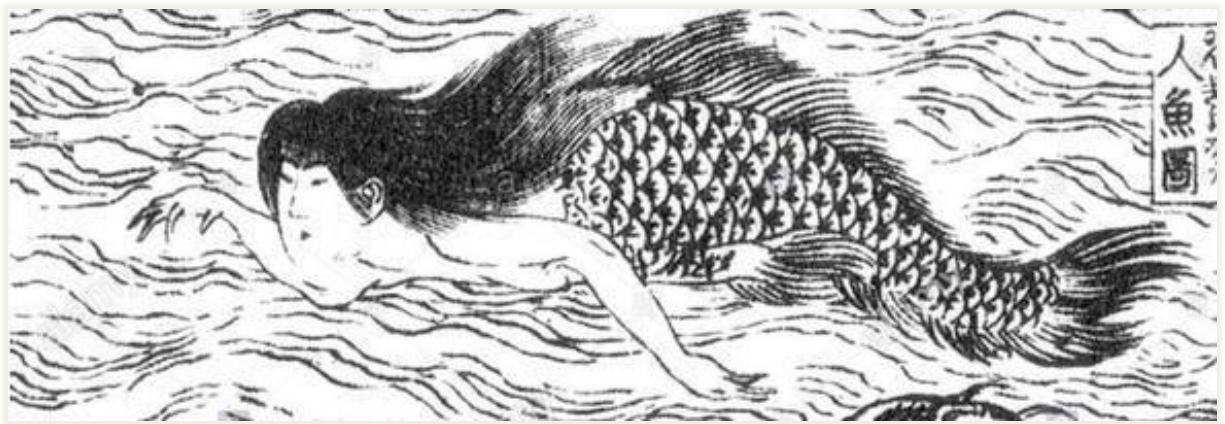
16.- **Wafi Salih** (Valera, Trujillo, 1965). Profesora de literatura. Magister en Literatura Latinoamericana. En proyecto doctoral en Historia. Ha publicado 19 libros en ensayo, poesía, cuento, narrativa. Conocida en el ámbito artístico como «la maestra de la poesía breve en el país». Su tesis sobre género, fue publicada en Monte Ávila Editores (2007) bajo el nombre: «Las imágenes de la ausente», es una propuesta innovadora sobre el feminismo. Ha sido traducida al árabe, francés, inglés e italiano.

17.- **Héctor Sho Iku** (La Candelaria, Caracas, 1958). Psicólogo, docente y monje zen. Por ahora, como casi siempre, vive en clausura, en la Valencia de Venezuela. Cuando se podía, viajaba con frecuencia a saludar al espíritu de Vicente Gerbasi, en la Cumbre de Canoabo, en los Valles Altos de Carabobo. Volverá.

18.- **Tibisay Vargas Rojas** (Caracas, Venezuela, 1961). Licenciada en Educación, mención Lengua y Literatura, Universidad de Carabobo. Poemarios: *Llana palabra* (1993), *Pasollano* (1993), *De humo y sal* (1998), *Tachaduras* (2000), *Tema de miseria* (2002, reedición 2019), *De un patio a otro* (2005), *Tercera Persona* (2008) y *Poemas* (2009). Entre sus premios: 1er. Premio Poesía Ipasme (1992); 1er. Premio Poesía Infantil «Rafael Rivero Oramas», (1997); 1er. Premio Interuniversitario de Poesía CUAM (2001)

19.- **Stefani Vásquez** (Valencia, Carabobo). Periodista y escritora venezolana. Autora de los cuentos «Déjame ir» y «Una noche más», publicados en el libro de creación colectiva *Urgencia del relato* (2012). Ganadora de Microrrelatos en un tuit del 5to. Festival de la Palabra PUCP, de la Pontificia Universidad Católica del Perú. La escritura se ha convertido en su composición mágica de la realidad. Actualmente reside en una pequeña comuna de la región del Bio-Bio en Chile, a la espera de regresar algún día a su tierra natal.

20.- **Farina Zambrano** (Valencia). Ingeniera Mecánica egresada de la Universidad de Carabobo. Amante de la lectura. Inicia sus primeros pasos en la escritura creativa.



«Ningyo», de Katsushika Hokusai (1808). Detalle.
Gentileza de Denise Fresard

Palabras al cierre

De todas las antologías publicadas por la revista digital *Brevilla*, la edición de *Brevirus* ha sido la que más me conmovió. Que decenas de minificcionistas hayan tenido el aplomo y la valentía de escribir en tiempos de pandemia y caos social, me parece una hazaña y una forma de decir: «Aquí estamos, vivos/as y creativos/as». Aún estoy sorprendida por la cantidad de textos recibidos, por las personas que enviaron desde países tan lejanos como Nueva Zelanda (lejanos, con respecto a mi continente estriado: las Américas). Me emocioné que un muchacho mexicano haya puesto en su biografía que su fecha de nacimiento es 2000. Con seguridad, es la persona más joven de esta antología; su mini me hizo recordar un aforismo de Franz Kafka. Lo sigue otro compatriota, nacido en 2001.

Se agradece la labor de compilación y edición de Alejandro Bentivoglio (Argentina), Eliana Soza (Bolivia), José Manuel Ortiz S. (México), Geraudí González (Venezuela), Guillermo Bustamante, Geraudí González y Cristian Garzón (Colombia), Sergio Astorga (Portugal y Brasil), Jorge Etcheverry (Canadá, EEUU), Alberto Sánchez Argüello (Nicaragua), Lluís Talavera (España), Rony Vázquez (Perú), y al escritor y profesor Camilo Montecinos, quien me ayudó con la edición general. Asimismo, valoro la colaboración técnica del escritor e informático español Lluís Talavera.

Gracias a todas las personas que enviaron sus textos, hayan sido seleccionadas o no; a todos/as aquellos/as que difundieron y compartieron esta instancia literaria en las redes sociales o vía correo-e; a los/as ilustradores/as y, sobre todo, a nuestro querido amigo Sergio Astorga, quien tuvo la generosidad ilimitada de crear un dibujo especialmente para la portada de *Brevirus*. También, van mis parabienes a Damaris Calderón, gran escritora y pintora cubana, avecindada en Chile.

Parafraseando a Gabriel Celaya: La minificción es un arma cargada de futuro.

Lilian Elphick Latorre

Revista *Brevilla*. Minificción al x mayor.

Junio de 2020

«El irreductible. El cantor», por Damaris Calderón Campos.



ÍNDICE

ARGENTINA.....	5
Mariángeles Abelli Bonardi.....	6
Beatriz Aloe	7
Gladys Elizabeth Alonso.....	8
Esther Andradi.....	9
Débora Benacot	10
Alejandro Bentivoglio.....	12
Sandra Bianchi.....	13
Matías Ezequiel Bonfiglio	14
Mónica Brasca	15
Ricardo Bugarín.....	16
Marylena Cambarieri.....	17
Jesica Sabrina Canto.....	18
Nélida Cañas	19
Graciela Chávez.....	20
Patricia Dagatti	21
Piero De Vicari.....	22
Enrique del Acebo Ibáñez	23
Luciano Doti.....	24
Zulma Fraga.....	25
Daniel Frini.....	26
Jésica Galeano Jarcousky.....	27
Nuria Paula García.....	28
Luis Héctor Gerbaldo.....	29
Clara Gonorowsky	30
Juan Pablo Goñi.....	31
Eduardo Gotthelf.....	32

Raquel Guzmán.....	33
Sofía Hernández.....	34
Alexandra Jamieson	35
Daniel Juárez Dion	36
Mirta Krevneris	37
Lucila Lastero	38
Rodolfo Lobo Molas	39
María Elena Lorenzin	40
Ana María Martinengo.....	41
Lilí Muñoz Obeid.....	42
Patricia Nasello.....	43
Laura Nicastro	44
Cristina Noguera	45
Estela Porta.....	46
Graciela Poveda.....	47
Damián H. Ramírez	48
Nanim Rekacz	49
Ernesto Rojas	50
Álvaro Ruiz de Mendarozqueta.....	51
Norah Scarpa Filsinger	52
Claudia Sánchez.....	53
Silvia Gabriela Vázquez.....	54
Omar Julio Zárate	55
BOLIVIA	56
Jorge Barriga Sapiencia	57
Márcia Batista Ramos	58
Homero Carvalho Oliva.....	59
Rossemarie Caballero	60
Ariel Flores.....	61
Gustavo Espada V.	62
Jhonny Peñaranda Subia.....	63

Silvia Rózsa Flores	64
Eliana Soza Martínez	65
CANADÁ/ESTADOS UNIDOS	66
Ricardo Camarena Castellanos	67
Ernesto R. Del Valle	68
Gabriela Etcheverry	69
Jorge Etcheverry A.	70
Ramón Fexas	71
Jorge P. Guillén	72
Silvana Goldemberg.....	73
Gloria Macher.....	74
Lídice Megla.....	75
Luis Mora	76
Zulma Ortiz-Fuentes	77
Zulma Ortiz-Fuentes	78
Marianela Puebla	80
Carmen Rodríguez	81
Lady Rojas Benavente	82
COLOMBIA	83
Oscar Barragán	84
Daniel Bello	85
Guillermo Bustamante Zamudio	86
Juan Sebastián Casas Ortiz.....	87
Guillermo Arnul Castillo Ruiz.....	88
Luis Armando Garnica	89
Cristian Garzón	90
Juan Hernández.....	91
Juan Felipe Jaramillo Gartner.....	92
Juan Esteban Londoño.....	93
Mauricio Albeiro Montoya Vásquez	94
Luis Ignacio Muñoz	95

Jorge Osbaldo	96
Angie Lucía Puentes Parra	97
John Jairo Quitian	98
Rosa Amelia Reyes Alvarado	99
Darío Rodríguez	100
César Hernán Sánchez Alonso	101
Santiago Alberto Serna	102
Aliex Trujillo	103
CHILE/OTROS PAÍSES	104
Daniel Araneda R.	105
Julián Avaria Eyzaguirre	106
Alex Daniel Barril.....	107
Alejandra Basualto	108
Natalia Bronfman.....	109
Margarita Bustos.....	110
Damaris Calderón Campos.....	111
Eduardo Contreras Villablanca	112
Ingrid Córdova Bustos	113
Fabián Cortez González.....	114
Iván Cuervo	115
Maritza Delgado R.	116
Brian Elphick Kriz	117
Lilian Elphick Latorre.....	118
Martín Faunes A.....	119
Denise Fresard.....	120
Patricio Fuentes Catalán.....	121
Marcela Paz Gallardo.....	122
Walter Garib	123
Eliah Germani	124
Patricia Hidalgo	125
Leonel Huerta Sierra	126

Pedro Guillermo Jara	127
Fernando Jerez	128
Sue Martin	129
Vanessa Martínez Emma	130
Hernán Meschi Velasco.....	131
Juan Mihovilovich	132
Ana Montalva	133
Camilo Montecinos G	134
Ximena Montero Miranda	135
Diego Muñoz Valenzuela.....	136
Zarela Pacheco	137
Cecilia Palma.....	138
Eugenio Poveda Valenzuela	139
Milton Puga.....	140
María Isabel Quintana	141
Mariela Ríos Ruiz Tagle.....	142
Patricia Rivas.....	143
Luis Alberto Tamayo	144
Roger Texier	145
Joaquín Toro.....	146
Mario Torres Dujisin	147
Verónica Uzon E.	148
Cristián Vila Riquelme	149
Romina Villalobos Oyarce	150
Lucía Rodríguez Rodríguez (Costa Rica)	151
Saturnino Rodríguez Riverón (Cuba)	152
Daniel Castillo (El Salvador).....	153
Fiona Taler (England/New Zealand).....	154
Fiona Taler (Inglaterra/Nueva Zelanda).....	155
Norma Yurié Ordóñez (Guatemala).....	156
Giulio Burresi (Italia)	157

Silvia Fabaretto (Venecia, Italia).....	158
Mustapha Handar (Marruecos).....	159
Melanie Taylor (Panamá)	160
Julio Sang Hiciano (República Dominicana)	161
Eric D. Haym Fielitz (Uruguay)	162
ESPAÑA	163
Pilar Alejos Martínez.....	164
Anton.....	165
Javier Arroyo.....	166
Alfonso Blanco Martín	167
Elena Bethencourt	168
Sergio Borao Llop	169
José L. Campal.....	170
Pablo Caveró García.....	171
Sara Coca.....	172
Ginés S. Cutillas	173
Carmen de la Rosa	174
José Manuel Dorrego.....	175
Lorena Escudero	176
Manu Espada	177
Valentín García Valledor.....	178
Virginia Glez.....	179
Yurena González Herrera	180
Ana Grandal.....	181
Carmen Hinojal	182
Luisa Hurtado	183
Ana Ibáñez	184
Rachid Lamarti	185
Esther Lázaro	186
Gloria de la Soledad López.....	187
Josefina Martos Peregrín	188

Paz Monserrat Revillo	189
Ana Navarro	190
Rafael Olivares.....	191
Ernesto Ortega.....	192
Nieves Pascual.....	193
Gemma Pellicer	194
Aurora Rapún Mombiela	195
Susana Revuelta	196
Sam Beh	197
Atilano Sevillano	198
Lluís Talavera.....	199
Xuan Trenor	200
Susi Underground	201
Alberto J. Vargas	202
Dominique Vernay Juillet.....	203
Juan Yanes.....	204
MÉXICO.....	205
Luis Eduardo Alcántara.....	206
Liliana Almazán Hernández.....	207
Sergio Astorga	208
Karla Barajas	209
Alejandro Barrón.....	210
Daniel Bernal Moreno	212
Sergio Francisco Camacho Gutiérrez	213
Judith Castañeda Suarí.....	214
Jacqueline Cota.....	215
David Chávez	216
Cristopher Josué Escamilla Arrieta.....	217
Blum Felle	218
Rafael Fernández Flores.....	219
Azucena Franco.....	220

Ome Galindo	221
Juan Carlos Gallegos.....	222
Edwin Alexander García Escobar.....	223
Yobany García Medina.....	224
Dina Grijalva	225
Perla C. Hermosillo.....	226
Diana Raquel Hernández Meza.....	227
Hilario Martínez	228
Israel Montalvo.....	229
Chris Morales.....	230
Fabiola Morales Gasca	231
José Manuel Ortiz Soto	232
Alfonso Pedraza	233
Katalina Ramírez Aguilar	234
Jeremías Ramírez Vasillas.....	235
Gabriel Ramos.....	236
Adriana Azucena Rodríguez	237
Graciela Roque García.....	238
Fernando Sánchez Clelo.....	239
Angélica Santa Olaya	240
Itzel Saucedo.....	241
Manuel Sauceverde	242
Itala Schmelz.....	243
Audberto Trinidad Solís	244
J.R. Spinoza.....	245
Paola Tena.....	246
José Luis Velarde.....	247
Paulo Verdín	248
Karla Vidrio	249
José Zenteno.....	250
César Zetina Peñaloza	251

NICARAGUA	252
Maynor Xavier Cruz	253
Luis Montenegro R.	254
Alberto Sánchez Argüello	255
Chema Sánchez	256
Krasnodar Quintana U.	257
Martha Cecilia Ruiz	258
Hannia Zelaya	259
PERÚ	260
Adriana Alarco de Zadra	261
Ricardo Calderón Inca	262
Maritza Iriarte	263
Juan Martínez Reyes	264
Antonio Paz Fernández	265
Kathy Serrano	266
PORTUGAL	267
Ana Hatherly	268
Mário Henrique-Leiria	269
Adília Lopes	270
Ana Mello	271
João Mexia	272
Luís N.	273
Chico Pascoal	274
Jaime Salazar Sampaio	275
Luís Serpa	276
Gonçalo M. Tavares	277
VENEZUELA	278
Danibia Abreu	279
Yoyiana Ahumada	280
Ana Cecilia Campos	281
Carlos Mario Cortés	282

Maibí Carolina Cruces Salazar	283
Sonia Chocrón	284
Tannia M. García Guzmán	285
Geraudí González Olivares.....	286
Geraldine Gutiérrez-Wienken	287
Luis E. Medina Vásquez.....	288
Emma Meléndez	289
Néstor Mendoza.....	290
Maikel Ramírez	291
Ender Rodríguez	292
Arnaldo Rosas	293
Wafi Salih	294
Héctor Sho Iku.....	295
Tibisay Vargas Rojas	297
Stefani Vásquez	298
Farina Zambrano	299
AUTORAS Y AUTORES	300
Palabras al cierre.....	335

*Dedico esta antología
de nombre Brevirus
a todxs lxs que han partido
a la otra orilla
ya sea
por la
peste
violencia
hambre
destierro*

*La que escribe
junio de 2020*

